



MÁS ALLÁ DEL ANHELO

Serie Las Damas del Diablo - Libro 1

Hilda Rojas Correa



ROMANCE & LETRAS

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

*«Poder decir adiós es crecer»
—Gustavo Ceratti—*

Prólogo

Londres, 12 de febrero de 1844.

Lady Laura Martin se situó detrás de su hermano mayor, Alec, el único caballero que se atrevió a responder al desafío impuesto por lady Somerton. Entre todas las solteras, él estaba ahí para atrapar el ramo de la novia, su amiga, Grace March, la nueva duquesa de Oxford.

Laura sonrió. Su hermano representaba un obstáculo insoslayable para que el ramo fuera a parar a sus manos. La ancestral tradición sentenciaba que, si la soltera —o soltero en este caso— lo atrapaba, sería la siguiente en contraer matrimonio.

En su círculo íntimo esa tradición casi no fallaba. Todos quienes atrapaban el ramo terminaban casados más temprano que tarde. Ese mismo hecho la impulsó a ocultarse para no ser tan evidente. No quería parecer desesperada por contraer matrimonio.

Miró de reojo hacia su derecha, ahí estaba «él». Pronto se iría de viaje a Italia. Suspiró. Le gustaba cuando volvía a Inglaterra con su piel más morena y con esas palabras sueltas en italiano que ya eran parte de su vocabulario.

¡Ay, no, la miró!

Laura fingió que solo fue casualidad. Tensó una sonrisa falsa, lo saludó con un ademán juguetón de sus dedos. Él le guiñó el ojo, y con un gesto le señaló que prestara atención hacia el frente.

—¡¡A la una!!... —exclamó la novia—. ¡¡A las dos!!...

El ramo voló alto por los cielos. Pasó por encima de las solteras, su hermano saltó y lo rozó con los dedos.

Laura ni siquiera había levantado sus manos, pero ahí fue a parar el hermoso ramo de la novia. Por un segundo ella fantaseó e imaginó que ocurría el milagro, que sus sentimientos eran correspondidos por él. Era un bonito sueño. Sonrió.

—Eres la siguiente, hermanita. —Escuchó la voz de Alec—. Me apiado del pobre hombre que se enamora de ti.

La sonrisa de Laura se esfumó y puso sus ojos en blanco.

—No seas ridículo, Alec. Eso no pasará, la tradición morirá en mí. Desde hace tres años que soy oficialmente una...

Las voces alegres de sus amigas y primas interrumpieron sus palabras. Algunas bromeaban, otras la felicitaban y otras fingían frustración por no ser la afortunada dueña del ramo. A su lado llegó Charity, su hermana menor, quien le susurró al oído:

—Oh, oh, le queda poco tiempo a tu Romeo.

Los ojos de Laura casi salieron de sus cuencas y amonestó a su hermana:

—Calla, Charity. —Miró en todas direcciones por si alguien había escuchado la indiscreción—. No insistas con ese tema.

—Ya descubriré quién es —continuó con su tono de secretismo—. Los flamantes candidatos son Matt, Caleb, Will, Tony... Jack y Malcolm son menores que tú... aunque eso no es impedimento, mamá es mayor que papá por tres años. Ay, cualquiera puede ser. ¿Quién será?

—Nadie, Charity.

Laura llevaba meses arrepintiéndose de un comentario críptico que lanzó al aire, y que su hermana lo captó en seguida. De haber sabido que Charity era tan perspicaz, habría cerrado su gran boca.

Dio media vuelta y se marchó del salón dando grandes zancadas. Sintió que, de pronto, se

volvió invisible. Después de arrojar el ramo, los novios se disponían a abandonar la fiesta, y todos se dirigieron al vestíbulo de la mansión para despedirse de ellos.

Laura dejó atrás el bullicio y atravesó las puertas francesas que daban al jardín. El frío aire invernal le dio la bienvenida. Su respiración se transformó en vaho.

Admiró el peculiar ramo de la novia. Rosas blancas adornadas con ramas y bayas de muérdago. Si no recordaba mal, en el lenguaje de las flores ese ramo tenía dos significados; el primero era fácil, las rosas blancas representaban el amor y la pureza; el muérdago...

—«Supero mis dificultades» —citó, recordando el significado—. Qué envidia... es un hermoso mensaje.

—Sí, *è molto bello* —coincidió la voz de él a sus espaldas.

Laura lanzó un gritito que mezclaba el susto y los nervios por ser descubierta por él.

«Debo dejar de actuar como una boba», se reprendió en su fuero interno. Frunció el ceño y dijo:

—Casi me matas, Will. Es de mala educación asustar así a las personas.

William alzó sus manos con esa sonrisa ladina que tan bien se le daba.

—Es divertido asustarlas.

Laura hizo una mueca y parafraseó con un tono grave como si fuera idiota:

—Es divertido asustarlas.

William rio. La estrechó entre sus brazos, travieso. Laura se envaró y se removió para deshacerse del contacto. Él apretó un poco más fuerte.

—Déjame. —Se retorció intentando liberarse. William soltó su agarre—. Qué fastidioso eres.

—Pero qué sensible estás hoy... ¿No te sientes feliz por haber atrapado el ramo?

—No lo atrapé. Llegó solo. —Se acercó a la balaustrada de piedra cubierta de nieve. Desistió de apoyarse en ella ante la idea de que la ropa se le humedeciera.

—Es lo mismo, da igual cómo lo digas... —replicó y se situó a su lado. William sí se apoyó, sin importarle la nieve—. Espero que no te cases antes de que vuelva de Italia. Me romperás el corazón si me entero de ello por carta.

«Tu corazón estará intacto», pensó Laura con amargura. A la postre, solo dijo una verdad disfrazada de mentira:

—Ridículo, eso nunca va a suceder.

—Sabes que es posible. Si Grace, teniendo casi treinta y uno, se casó de la noche a la mañana, aún quedan esperanzas para ti, primita.

—No me llames primita. Sabes que lo detesto, no soy una niña.

A William le pareció que Laura estaba más quisquillosa de lo normal, era mejor no provocar su mal humor.

—Lo sé. Dejaste de serlo hace mucho. —Su voz se apagó y permitió que el silencio se asentara entre ellos por un rato. Se enderezó y sacudió la nieve de su manga, intentaba dilucidar por qué Laura respondía tan a la defensiva. Decidió que lo mejor era ir de frente, como siempre... Ya, pero, hablando en serio... ¿No hay ningún caballero que ocupe tus pensamientos y tu corazón?

«Tú, imbécil», farfulló la mente de Laura. En su lugar, prefirió soltar una indirecta:

—Quizás.

William alzó una ceja y preguntó con interés:

—¿Lo conozco?

Laura masculló mil maldiciones en su mente por su torpeza. Ahora William insistiría en

saber. Tenía dos posibilidades, evadir o mentir. Las dos cosas se le daban fatal.

—No lo sé. Da igual. —Elegió la evasión—. No va a pasar nada porque ni siquiera me considera una mujer.

—¿En serio? —Frunció el ceño—. ¿Y si intentas hacerle cambiar de opinión?

Laura rio. Ah, qué ironía era tener esa conversación con William, el objeto de su afecto.

—¿Y eso es posible? —interpeló—. Yo creo que un hombre que solo siente hacia mí un cariño, digamos, fraternal, no va a cambiar de opinión. Ni siquiera si me paseo desnuda frente a él.

William carraspeó ante ese comentario tan desenfadado e inapropiado, y se deshizo de inmediato de esa imagen mental. No obstante, su humor cambió al entender el sentido de la declaración de Laura.

—¿Dijiste fraternal? —Se rascó la barba oscura—. ¿Estás enamorada de uno de nosotros?

Y con «nosotros» William se refería al círculo íntimo de sus familiares y amigos. Hombres —y algunas mujeres— que usaban la denominación de «Herederos del Diablo», debido al pasado escandaloso de sus padres que, valga la redundancia, heredaron a ellos, sus hijos. Cada uno de ellos usaba un apodo sacado del *Diccionario Infernal* de Collin de Plancy. Esa fama derivó a las solteras más jóvenes de la familia, quienes a sus espaldas eran llamadas las «Damas del Diablo».

«¡¡Maldición!!», Laura se daba de cabezazos en su fuero interno al darse cuenta de su error. Era como si estuviera disparándose en el pie con cada palabra que salía de su boca.

—Solo fue un decir, Will. Olvídalo.

—¿Quién es? Dime, quizás te puedo ayudar.

Laura negó con su cabeza. ¿Cómo se había metido en ese embrollo? Esa conversación parecía irreal. No obstante, la desazón la invadió. Constató la dura realidad, él no sentía nada por ella, ni una mísera pizca. Si su primo albergara un sentimiento diferente al fraternal, no estaría ofreciéndole sus servicios casamenteros para obtener el amor de otro.

—Déjalo... Es inútil, tú menos que nadie me puede ayudar. —Y todo fue claro en ese momento. La respuesta estaba ahí. Eso la impulsó a tomar la decisión de rendirse. Debía conservar lo que quedaba de su amor para sí misma. Ya no podía seguir así. Lo miró a los ojos y dijo—: Estoy intentando olvidarlo, cambiar lo que siento por él. Es lo mejor para mí.

—¿Cómo estás tan segura de que él no siente nada por ti? Me parece imposible. Eres una mujer como pocas. Posees belleza, diriges una academia, tienes vocación de servicio, cuando estás de buen humor eres dulce y tierna. Nadie supera tu buen gusto e ingenio y...

—Y, a pesar de todo eso, no me ama. —Suspiró. Era mortificante escuchar a William hablando de sus cualidades, cuando en realidad no significaban nada para él. Era hora de decir adiós a ese amor, necesitaba dejarlo ir—. Tú no me amas.

El rostro de William se desfiguró. Sorpresa, desconcierto y dolor se reflejaron en sus iris castaños. No fue capaz de decir ni una sola palabra.

Esa reacción fue otra puñalada en el pecho de Laura. Lo peor de todo era que no podía desquitarse con él. William no era culpable de nada. Intentó componer una sonrisa, pero sus ojos se anegaron en lágrimas. Era el primer paso para darle sepultura a sus sentimientos.

El mentón le tembló, mas lo alzó con orgullo. El pálido rostro enrojeció y el corazón bombeaba sangre con frenesí. Hizo acopio de toda su dignidad, y dijo:

—Desde hace tres años que te amo... con toda mi alma. Pero sé que jamás sentirás lo mismo que yo. Ya lo has dicho más de una vez, nunca te fijarás en una de nosotras. Todas somos como hermanas para ti. —Le ofreció el ramo de novia, la ofrenda de su moribunda ilusión.

William, aún desconcertado, lo recibió por inercia—. Espero que te vaya muy bien en Italia.

Al fin William sintió que su voz regresaba, a trompicones intentó decir:

—Lau... Laura, yo...

—No digas nada, Will, porque no te estoy pidiendo nada.

—Pero es que yo...

—Te prohíbo que intentes explicarme, consolarme, disculparte o alguna tontería por el estilo, porque no va a cambiar el hecho de que no sientes lo mismo. Nada de lo que puedas decir va a mitigar mi dolor. —Sus lágrimas cayeron. Una aguda punzada atravesó su pecho por contener la aflicción, y sintió la urgente necesidad de largarse a llorar como una niña. Inspiró profundo y añadió—: Lo dije y punto. Al fin ya no tendré este peso en mi corazón, ni tampoco sentiré arrepentimiento por haber callado.

El silencio de William decía más que mil palabras.

Laura constató que ya no tenía nada más que hacer en ese lugar. Se secó las lágrimas con el dorso de su mano.

Necesitaba estar sola y lamer sus heridas. Dio media vuelta.

—Adiós, Will.

Capítulo 1

Londres, 20 de mayo de 1844.

Dos veces a la semana, Laura pensaba en William.

Y, también, dos veces a la semana, Laura pensaba en algo relacionado con el imperio romano. Era una estupidez, lo sabía, pero todo a su alrededor le hacía evocar esa antigua civilización. Inglaterra fue parte del vasto poder de Roma y estaba plagado de sus vestigios.

Para Laura era un gran logro no destinarle más de dos pensamientos semanales. Antes de confesarle su sentir, pensaba todos los días en él —en William, no el imperio romano—.

Qué cosa tan curiosa era el amor. Toda la vida fueron cercanos, pero cuando él volvió del extranjero hacía tres años... Era otro, ya no era su primo con el cual pasó toda su niñez, ni el muchachito que veía cada verano cuando volvía de Eton. Tampoco era el joven que se despedía de todos para emprender sus estudios en Italia.

Se había transformado en un hombre. Uno que no correspondía su amor.

Laura comprendía que para el amor se necesitaban dos. Estaba segura de que la distancia contribuiría a olvidar a William. Tarde o temprano eso debía suceder.

Desde hacía tres meses, recibió con los brazos abiertos a la resignación, la cual pendía de un hilo dos veces a la semana, pues su rebelde corazón le recordaba que aún quedaban cenizas de ese amor unilateral.

William era su imperio romano... En su fase final... en la caída.

—Laura... —La voz de Margaret, su madre, la escuchó a lo lejos—. ¡Laura!

Parpadeó rápido. Su mente volvió a la sala de estar de Peony House, residencia de su tía Olivia, la vizcondesa Rothbury y madre de William. Contrariada, se centró en Margaret y se apresuró a responder:

—Perdón... Me distraje, ¿decías, mamá?

Margaret la amonestó con la mirada y añadió:

—Te decía que si has pensado en alguna propuesta para el baile de este año.

Los ojos de las grandes damas estaban sobre ella. La duquesa de Ravensworth, la vizcondesa Rothbury, la condesa de Corby, la vizcondesa Grimstone, las dos señoras Montgomery —nuera y suegra— y su madre, la duquesa de Hastings. Todas ellas tenían un lazo con Laura, ya fuera de sangre o de amistad.

El baile al que hacían referencia era uno que organizaban las grandes damas para recaudar fondos, los cuales ayudaban a mantener un proyecto social —disfrazado de caridad— que poseía dos instituciones educativas.

Una de ellas era la Academia Hope, Laura era su directora desde hacía un año. En aquel lugar les daban una segunda oportunidad a mujeres caídas en desgracia, brindándoles educación, techo y comida. El objetivo de ello era reinsertarlas en la sociedad ofreciéndoles trabajos en las casas más prestigiosas de Londres.

La otra institución era el Colegio New Hope, el cual era un internado que acogía y educaba a los niños que dependían de las estudiantes de la academia, con el fin de aligerar las preocupaciones familiares de estas últimas.

La mente de Laura todavía estaba perdida en los pensamientos remanentes que alternaban entre William y el imperio romano. «Olvida a Will, Italia, Roma, ruinas, arquitectura, nunca te va a amar, armas, coliseo, gladiadores, esculturas...»

—Arte —balbuceó.

«¡Estúpida!», se reprendió Laura al ver la expresión desconcertada de su madre al repetir:

—¿Arte?

Marian Montgomery —directora del Colegio New Hope y hermana de William— notó de inmediato que su prima estaba en las nubes, por lo que intentó ayudarla diciendo:

—¿En qué sentido podemos aplicar el arte en el baile?

La mente de Laura comenzó a trabajar a toda velocidad y, en medio segundo, soltó lo que primero se le ocurrió:

—Una subasta de arte... ¡Eso! ¡Una subasta!

Las grandes damas se miraron unas a otras y sus sonrisas se ensancharon.

Olivia aplaudió y dijo:

—Oh, es una verdadera genialidad. Podemos obtener dinero tanto por los donativos, como por lo que se pueda recaudar en la subasta. —Su dedo índice le dio toquecitos a su mentón, mientras pensaba en voz alta—: Yo podría donar para la causa uno de los retratos de Gioacchino Assereto. Es un artista italiano del siglo XVII. Will lo trajo de uno de sus viajes. Estoy segura de que no se opondrá si es para una buena causa.

Emma, la duquesa de Ravensworth, miró el cielo raso, pensativa...

—Mmmm... No sabría decir si poseemos algo que sea realmente especial y valioso en casa. Ya saben, tenemos lo típico: jarrones chinos, retratos de nuestros antepasados, una que otra escultura... —Miró a Olivia y dijo—: ¿Cuándo vuelve William de Italia?

Olivia, orgullosa, sonrió y respondió:

—De un momento a otro. En su última carta nos dijo que llegaría este mes. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues él es perfecto. En mi caso, puede ir a Westwood Hall y evaluar qué objetos son buenos para ser subastados y fijar un precio inicial.

Todas las damas hablaron al mismo tiempo, aprobando la idea.

Laura maldijo para sus adentros una vez más. ¿Cómo se le ocurrió decir la palabra «arte»? Era obvio que sería relacionado de inmediato con William. ¡Qué suplicio!

William Witney estudió pintura en la Academia de Bellas Artes de Florencia. No solo se dedicó a perfeccionar el talento que ya poseía, sino que también profundizó sus conocimientos artísticos en general. Al llegar de vuelta a Londres, inició su negocio como anticuario y asesor. Básicamente, les decía a sus clientes aristócratas qué objeto valía la pena comprar para ostentar su fortuna y estatus.

Lady Corby sacó a Laura de sus pensamientos cuando señaló:

—Qué buena idea has tenido, querida. —Dirigió su atención a las demás y añadió—: Podríamos ir con Althea, estoy segura de que ella puede ayudarnos a conseguir más donaciones para la subasta.

Minerva Montgomery, tía de Laura, intervino con creciente entusiasmo:

—También podríamos recurrir al señor Dutton, estoy segura de que estará encantado de colaborar. ¿Alguna sabe si está en Londres?

Se hizo un silencio. No se sabía nada de él desde enero, cuando se incendió su mercancía en una de las bodegas que alquilaba en Liverpool.

Laura tensó una sonrisa y añadió:

—Bueno, cuando sea el momento, alguna de nosotras podrá enviar un mensaje a su casa para preguntar si está de viaje o no.

La estancia se llenó de un súbito coro femenino. Todas las damas estuvieron de acuerdo con aquella propuesta. Entre todas esas entusiasmadas voces femeninas, lady Grimstone, la más

veterana de las damas, añadió:

—A todo esto, Olivia, querida, ¿cómo le ha ido a William en su negocio?

A Olivia siempre la embargaba la satisfacción cuando respondía:

—Según lo que me cuenta, va todo de maravilla. Me comentó en su última carta que traerá un barco cargado con objetos de Italia y Grecia para vender en su tienda. También me dijo que apenas ponga un pie en Inglaterra se pondrá a trabajar en el retrato nupcial de Oxford y Grace. —Miró a Emma—. Estoy segura de que Will podrá capturar el amor que tu hija le profesa a su esposo... y viceversa. Quedará divino, igual que el retrato de Lawrence y Sarah.

Todas asintieron, la obra que hacía mención Olivia correspondía a los marqueses de Bolton, quienes se habían casado el año anterior. William tenía un especial don para reflejar los sentimientos de las personas en sus pinturas. Algunos decían que se podía ver lo bueno y lo malo en el corazón de quienes retrataba. Quizás ese rumor se debía a su apodo, Raziél, el arcángel guardián de los secretos de Dios.

Muchos, por temor a exponer lo más oscuro de su alma, preferían no contratar sus servicios. Sobre todo, tiempo después de haber pintado el retrato familiar de los condes de Elsworth. La gente señalaba que el hijo menor de ellos, Bruce White, manifestaba un aura maligna, la cual se confirmó hacía dos meses, cuando asesinó a la duquesa viuda de Oxford, y luego intentó darle el mismo destino al propio duque.

Bruce no salió vivo. La duquesa de Oxford, en defensa de su esposo, lo apuñaló. Nadie tenía claro el motivo de la locura del hijo menor de los condes de Elsworth, pero todos coincidieron en que ese retrato fue casi premonitorio.

La reputación de William ganó una notoriedad ambivalente; apreciaban sus consejos, pero rehuían a que él capturara el lado oculto de su alma. Solo los valientes se exponían a ser immortalizados por él y su arte.

De pronto la puerta se abrió. Las damas miraron en esa dirección. Todas sonrieron... menos Laura.

—*Sono tornato, mie care signore.*

Hablando del diablo...

—¡¡Will!! —exclamaron las damas a coro y procedieron a darle una calurosa bienvenida.

Laura se mantuvo al margen. Sin embargo, mientras él saludaba a Olivia con un gran abrazo, alzándola en vilo, sus miradas se cruzaron, pero ella la desvió en el acto.

Necesitaba huir. En ese momento se dio cuenta de que no estaba preparada para hablarle sin sentir que el corazón se le caía a pedazos.

Tres meses resultó ser muy poco tiempo... Ninguna distancia parecía ser suficiente.

Se levantó aprovechando el revuelo causado por William y se acercó a su madre para susurrarle al oído:

—Creo que es mejor que nos marchemos. Tía Olivia querrá estar a solas con Will.

—Sí, me parece que tienes razón. Ah, pero sus anécdotas son tan interesantes.

—Lo sé, pero él debe estar cansado, ya sabes cómo es viajar en barco.

Margaret arrugó su nariz. La última vez que viajó a Francia estuvo la mitad de la travesía vomitando por la borda.

—Oh, cierto. A veces el entusiasmo me gana.

Margaret se acercó a Olivia y a William y les anunció que se marchaban. El resto de las damas coincidió con ella, y dieron por terminada la reunión. Sin embargo...

—Oh, por favor, no se vayan —rechazó él—. Sigán con su reunión. Sé que el tiempo es valioso y cada minuto cuenta para organizar el baile anual.

Las damas se miraron unas a otras, sopesando las palabras de William, mas no les costó decidir. Olivia sonrió y dijo:

—Si insistes, entonces continuamos. Sé que ha sido un viaje largo, pero ¿te quedarías con nosotras? Hay un asunto que queremos discutir contigo. Pareciera que te hubiéramos llamado con el pensamiento.

—¿Hay galletas? —preguntó como si aquello fuera un requisito indispensable para quedarse.

Olivia asintió y respondió:

—Por supuesto. Hoy Laura nos trajo galletas de limón. Cada vez son más deliciosas.

—¿Es eso posible? ¿Mejor que las de canela? —Su atención se desvió brevemente hacia su prima. Laura se miraba las uñas, como si no se hubiera dado cuenta de que hablaban de ella—. Bueno, tendré que confirmarlo. —Tomó asiento y el resto de las damas también hizo lo mismo—. Cuéntenme, ¿qué necesitan de mí?

Y Olivia procedió a comentarle lo que pretendían realizar y el rol que cumpliría William para la subasta. Entre galletas y sorbos de té, él observaba a su madre con atención, asentía o hacía preguntas, las que eran contestadas con celeridad por las damas. También propuso ideas para mejorar la organización del evento.

William, a diferencia de sus familiares y amigos cercanos —los varones para ser más precisos—, no huía de las grandes damas con el fin de evitar la presión de sus insinuaciones casamenteras. Él era encantador, disfrutaba de la compañía femenina y, a cambio, ellas eran más condescendientes y bajaban la intensidad de sus intentos.

Esa era una de las cosas que a Laura le fascinaba de él. Cuando eran pequeños, William era el que menos evadía a las niñas en juegos y competencias, incluso se atrevía a formar equipo con ellas. No hacía odiosas diferencias.

—Es una gran iniciativa —sentenció William cuando ya estuvo todo dicho—. Será un placer aportar este año para la causa. —Volvió a mirar de reojo a Laura, ella tenía la vista centrada en su taza de té. Pese a haber sido la que dio la idea, no dijo ni una sola palabra.

William se sintió contrariado. Por una parte, le alegraba ver a Laura, pero percibía que había cambiado. Era absurdo, ella no le dirigió ni un gesto, ni una mirada, solo la elusión; sin embargo, la percibía más segura y determinada.

La relación entre ambos siempre fue afectuosa y franca. Ella constantemente se mostraba interesada en su trabajo y le escribía largas cartas cuando él viajaba a Italia. No obstante, ahora todo se sentía extraño y vacío, como si hubiera perdido una parte importante de su vida.

La confesión de Laura lo cambió todo, y él no podía hacer nada al respecto. Tal parecía que jamás recuperaría a su prima, a su amiga... Se preguntaba si, en su inexperiencia, Laura había confundido el cómodo y cercano afecto fraternal con amor, y ahora estaba sufriendo en vano.

Todavía podía recordar cuánto le dolió ver en los ojos de ella la congoja al confirmar que él no la correspondía. Qué no hubiera dado por sentir lo mismo. Pero ni siquiera experimentaba una brizna de atracción.

Decidió en ese momento distanciarse de Laura todo lo posible. Era lo más sensato y lo mínimo que podía hacer para, en cierto modo, ayudarla a olvidar. Esperaba de corazón que llegara el hombre correcto que le devolviera esa luz que ella irradiaba y, quizás, todo volvería a ser como antes.

Olivia lo sacó de sus cavilaciones cuando dijo:

—Bien, creo que la reunión ha sido más productiva de lo que anticipamos. —Su expresión risueña y complacida hablaba por sí sola—. Este año tendremos que ser más activas en los

eventos sociales durante la temporada. En especial nuestras hijas mayores que están muy cómodas con sus actividades en la Academia Hope.

Laura de inmediato se sintió aludida y replicó:

—Tía Olivia, el trabajo en la academia demanda todo nuestro tiempo y energía. A título personal, no veo qué aporte adicional podría dar yo. En mis temporadas pasadas, los demás nunca me consideraron una persona destacada, y ahora que soy una solterona, menos. —Las grandes damas jadearon ante esa palabra que tenían vetada de su vocabulario. Laura no se amilanó y añadió—: Por favor, asuman lo que está sucediendo. A todas las que sobrepasamos los veintiuno, y yo por lejos, solo nos queda la suerte, y no esperaremos sentadas una propuesta de matrimonio salida de la nada. Estamos trabajando y aprendiendo a ganarnos la vida para no ser la carga de nadie. Eso se lo debemos a ustedes, no saben cuánto les agradezco que nos hayan educado como lo hicieron.

»Marian y Grace fueron la excepción al contraer matrimonio siendo ya mayores, mas eso no garantiza que vaya a sucedernos a las demás. Sé cuál es su intención con insinuar que debemos ser más activas, pero discrepo, ustedes son las que deben establecer las redes de contacto junto con las más jóvenes en los eventos de este año. Por mi lado, puedo hacerme cargo de la parte tediosa con los proveedores o lo que estimen conveniente, mas no me pidan resucitar mi vida social en los salones de baile. —Todas las damas la miraron con una mezcla de horror e incredulidad. Laura resopló, lo cierto era que no podían contrariarla—. De cualquier modo, pueden preguntarle a las demás si desean participar durante la temporada.

Un silencio incómodo se desparramó en la estancia.

El reloj de pie dio tres campanadas y todas dieron un respingo a excepción de Laura y William.

Laura se levantó, parsimoniosa.

—Debo retirarme, tengo una reunión académica en media hora. No puedo faltar. Como siempre, fue un placer pasar la tarde con ustedes. —Miró a Margaret y dijo—. Mamá, me iré en el carruaje y te lo enviaré de vuelta. No te molesta, ¿cierto?

Margaret, apenas saliendo de su estupor, dijo:

—P... Por supuesto. Ve, hija.

Laura sonrió, con un gesto se despidió de todos y se retiró de la estancia.

Tras un largo minuto, William parpadeó, se puso en pie con controlada serenidad y anunció:

—Acompañaré a Laura.

No tardó demasiado en alcanzarla en el vestíbulo, su prima se ponía el bonete. William se interpuso entre ella y la puerta. El corazón de Laura latía a un pulso frenético. Rogó al cielo que él no lo notara. Lo ignoró.

A William ya estaba empezando a molestarle esa fría actitud y dijo:

—Iré contigo.

Mientras ella ataba las cintas de su sombrero con sus dedos temblorosos, replicó un categórico:

—No es necesario, William. Gracias, eres muy amable.

William sintió un escalofrío recorriendo su espalda ante la firmeza en la voz de Laura. Durante un momento, estuvo a punto de retroceder, pero se obligó a mantenerse firme.

—Por supuesto que es necesario. Una dama soltera no debe ir sola en un carruaje.

Laura lanzó un resoplido. Se sentía agotada, drenada. Pero no debía ceder, estar a solas con William era un peligro para su corazón. No iba a ser capaz de reprimirse, de seguro cometería

una insensatez.

—¿Acaso no escuchaste nada de lo que dije ahí adentro? —Se puso los guantes de encaje.

—Sí, pero...

—Pero nada. Cumpliré veinticinco, soy una solterona, no necesito una carabina, ni nadie que me proteja, y menos tú. Soy capaz de subirme al carruaje del ducado y llegar a la academia sola. Gracias.

William no sabía qué hacer con la negativa. Enderezó su postura, se cruzó de brazos y recriminó:

—Antes no te negabas a que te acompañara.

Laura apretó los labios, conteniendo la respuesta afilada que estaba a punto de salir. Sabía que William solo quería ayudar, pero en ese momento, su presencia le resultaba insoportable. Con todo el temple que pudo reunir, replicó:

—Y ahora me niego. —Se atrevió a mirarlo a los ojos. Por largos segundos no se dijeron ni una palabra. Era como esa tonta competencia infantil de quién parpadea primero. Como él no agregó nada más, ella le brindó una cortés y vacua sonrisa y dijo—: Adiós, William... ¿Me permites?

Él se hizo a un lado y Laura abrió la puerta. No quiso esperar al mayordomo para que le anunciara que el carruaje esperaba. Necesitaba respirar.

Sintió algo parecido al alivio cuando vio el carruaje en la entrada de Peony House. Dirigió su atención al cochero que estaba sentado en el pescante y dijo:

—Buenas tardes, Paul. Lléveme a la academia, por favor. Después vuelva aquí por la duquesa.

—Como ordene, milady —respondió y se tomó el ala de su sombrero.

Un lacayo le abrió la puerta. Sin ceder a la tentación de mirar atrás, Laura subió al carruaje. Sabía que William la estaba observando con su ceño fruncido.

Suspiró. Se preguntó si de ahí en adelante todas sus conversaciones serían así de agotadoras. Necesitaba sacudirse la turbación y concentrarse en la reunión en la academia. No había sido una excusa para huir. Cerró los ojos. Quería vaciar su mente, aunque fuera por unos minutos.

Por otro lado, William se quedó de pie en la entrada del vestíbulo, observando cómo el carruaje se alejaba por la calle. Cerró la puerta y el eco se sintió abrumador. Aturdido y frustrado, se masajeó el cuello y soltó un bufido.

Sus pasos vacilaron por un momento. No tenía ganas de volver a la sala de estar y enfrentar la mirada de las grandes damas.

De súbito, el cansancio lo invadió.

Mejor se iba a su alcoba, ya había tenido suficiente por un día.

Subió la escalera con pesadez. Del mismo modo abrió la puerta de su habitación. Estaba tal cual la había dejado, ni siquiera una mota de polvo ensuciaba los muebles. Esbozó una sonrisa, su madre siempre procuraba mantener todo en orden cuando él estaba de viaje.

Sin embargo, esa sonrisa se borró al recordar el ramo de novia que le regaló Laura. Su mirada se desvió hacia su escritorio. Ahí estaba, seco.

Se preguntó por qué no lo habían arrojado a la basura.

Se acercó lento, cauteloso, como si aquel manojito de rosas y muérdagos lo fuera a morder.

«Desde hace tres años que te amo... con toda mi alma», recordó la confesión de Laura una vez más.

¿Cómo iba a poder distanciarse si sus familias eran tan unidas? ¿Cómo era posible

desarraigar costumbres y afectos? Ahora se daba cuenta de que era bastante absurda su resolución de minutos atrás. Fue fácil pensar poco y nada en los sentimientos de Laura y los propios mientras estuvo en Italia. El trabajo, visitar amigos y maestros, deambular por las calles de Florencia, lo mantuvieron con la mente ocupada.

Llegar a Londres y darse de lleno con los ojos marrones de su prima fue como un balde de agua fría. Tal parecía que nunca iba a estar preparado para soportar la indiferencia y que lo tratara como un real desconocido.

¿Qué diablos iba a hacer?

Capítulo 2

El silencio era absoluto en el estudio donde trabajaba William. Solo se escuchaba el sonido del lápiz sobre el papel. Los trazos eran rápidos y precisos. Miraba constantemente a la pareja que, inmóvil, posaba frente a él. Eran sus amigos, Grace y Sebastian, los duques de Oxford.

A diferencia de muchos artistas, William prefería dibujar un boceto sobre papel en vez de hacerlo sobre el lienzo. Aunque, a decir verdad, la palabra boceto se quedaba corta. Su técnica de dibujo en lápiz grafito era casi prodigiosa. La mejoró tanto en tiempo como en valor artístico, cuando hizo el ejercicio de reproducir daguerrotipos en un tamaño más grande. Muchos artistas conservadores, al enterarse de su procedimiento, decían que él hacía trampa, él lo llamaba referencia. No consideraba que fuera pecado usar una imagen y reproducirla para lograr un resultado más fiel.

En el caso particular de los duques de Oxford, estaba haciendo el boceto sin un daguerrotipo. El duque deseaba posar sin tanta seriedad, con una leve sonrisa, y confiaba en la habilidad de William para llevar a cabo su objetivo sin que le tomara demasiado tiempo.

El luminoso estudio se encontraba en la parte trasera de su sofisticada y exclusiva tienda de antigüedades en Jermyn Street en pleno Saint James. William pretendía, con el tiempo, expandir su negocio a una galería de arte.

Un plan ambicioso, sin duda, pero debía ir paso a paso. Quería que su nombre y ocupación fueran más conocidos que su origen y el escándalo que arrastraba desde antes de su nacimiento.

Hasta los tres años, él fue William Martin, el hijo bastardo de lady Olivia Martin y lord Felton. Lo concibieron cuando estaban comprometidos, pero su progenitor falleció antes del matrimonio.

En aquella época, el abuelo de su madre, el implacable y autoritario duque de Hastings, la repudió cuando ella confesó el hecho. Antes de que todo el mundo se enterara, la envió a Cragside, un pueblito al norte de Inglaterra, y la mantuvo en una pequeña y precaria cabaña, prácticamente cautiva, con recursos económicos limitados. William vivió con Olivia en esas condiciones hasta que tuvo poco más de dos años, cuando, por azares del destino, ella decidió salir de aquel lugar y encontró trabajo como institutriz para la prima del nuevo vizconde Rothbury, Andrew Witney, o más conocido como el adefesio de Rothbury, debido a su cojera y a una cicatriz que atravesaba el lado derecho de su cara.

Se enamoraron. No obstante, contra todo pronóstico, Andrew, en vez de proponerle una relación inapropiada de amantes, la desposó, convirtiendo a Olivia en la nueva vizcondesa.

Al volver a Londres causaron gran revuelo, pues con su retorno quedaron al descubierto los motivos de la desaparición de Olivia de los grandes salones. No había que ser un genio de las matemáticas para deducir que el hijo de la vizcondesa era el producto de su relación con el difunto conde de Felton, asunto que provocó la debacle familiar para el duque de Hastings; su heredero, el padre de Olivia, cansado de ser un títere de las mentiras del duque, lo abandonó. A eso había que sumarle los continuos escándalos de los que era protagonista Michael, el hermano de Olivia, jugador y supuesto libertino.

El viejo no lo resistió, una apoplejía lo condenó a una cama y la muerte llegó, implacable.

Hasta ese punto, el escándalo fue público. Sin embargo, en privado...

Tampoco fue fácil para la familia paterna de William, la aparición de Olivia gatilló una rencilla interna en la que el nuevo conde de Felton casi fue asesinado por su hermano gemelo, Nicholas.

El error de Nicholas fue involucrar a Olivia en aquel entuerto, pues ella poseía una mina de

oro que el difunto conde de Felton le legó.

Resumiendo, Andrew, por defender a Olivia y a Felton, asesinó a Nicholas e hizo desaparecer su cuerpo al amparo de la noche. Todos juraron guardar el secreto. El vizcondado de Rothbury y el condado de Felton mantuvieron una discreta distancia.

Nunca más se habló del asunto, la única prueba de aquel suceso fue una nueva cicatriz en el rostro de Rothbury que atravesaba la antigua y formó una equis deforme.

Cuando William cumplió tres años, cambiaron su apellido por Witney. Andrew siempre lo consideró su hijo, al igual que a su pequeña prima, Marian. Nunca hizo diferencias entre ellos y los hijos que engendró con Olivia: Anthony, Florence, Elijah y Violet.

William se consideraba un hombre más que afortunado en ese aspecto, adoraba a su familia. No se repitieron los errores de la generación anterior. En vez de opresión, hubo libertad. En vez de secretos, todo se podía conversar, sin temor a ser condenado.

Sin embargo, la sociedad parecía tener cierta selectividad cuando se trataba de errores; algunos los olvidaban, y otros, los restregaban en la cara cada vez que podían. A sus espaldas, cuando hablaban de él, era señalado como el bastardo de Felton, como si aquel fuera su único logro.

«Idiotas», masculló William en su fuero interno y volvió al momento. No sabía por qué de pronto comenzó a recordar el pasado...

—¿Pasa algo, Will? —preguntó Grace intentando no perder su sonrisa.

William se aclaró la garganta, se rascó la barba con su índice, y compuso una expresión más relajada para responder:

—Nada importante... —Comparó su boceto con la pareja que tenía al frente. Su mente se había perdido en los recuerdos, pero su mano trabajó casi sola. Dio unos últimos retoques y añadió—: Hemos terminado.

Sebastian y Grace soltaron un suspiro de alivio, y procedieron a masajearse las mejillas.

—Dios, ahora sonrío más, pero no por tanto tiempo —se quejó Sebastian con ligereza—. ¿Podemos verlo?

—Por supuesto.

William puso el papel sobre el atril para exponer el boceto. Sebastian y Grace se acercaron. El asombro iluminó sus rostros.

—Por Dios —dijo Grace—. Tu trabajo es impresionante, Will. Sebastian se ve casi tan guapo como lo es en la vida real.

Por su parte, el duque de Oxford comentó:

—Extraordinario, sin duda. Es notable cómo logras diferenciar las tonalidades de los ojos de Grace. Aunque no haya color, sé cuál es el verde y cuál es el azul.

—Gracias...

En ese momento golpearon la puerta de una forma casi imperceptible.

—Entre —autorizó William.

La puerta se abrió y Remington Churchill entró en el estudio. Él era el encargado de la tienda y otros asuntos de William, una suerte de secretario y también un gran amigo.

—Will, tu madre ha venido a visitarte. Le dije que estabas ocupado con sus excelencias, pero ya sabes cómo es.

—Y siempre tiene suerte, ya he terminado. Hazla pasar. —Remington se retiró. Mientras tanto, William miró a Sebastian y Grace y señaló—: Cuando tenga el lienzo listo tendremos otra sesión. Les avisaré.

—Gracias, Will —dijo Grace admirando el boceto—. Sé que quedará precioso... Más que

el que le hiciste a Lawrence.

William rio y replicó:

—Envidiosa. No todo es competencia.

—Todo es competencia, demonio, ya deberías saberlo.

William negó con la cabeza.

En ese momento entró Olivia. Alegre y efusiva, saludó a los duques, quienes ya se retiraban. Una vez a solas con su hijo, le dio un beso en la mejilla. Luego contempló el boceto. En su expresión había un profundo amor y admiración.

—El estudio se ve mucho mejor que la última vez que lo visité —elogió mientras miraba a su alrededor. El lugar era sencillo: una mesa llena con útiles de trabajo, atriles, obras en diversas etapas de desarrollo, una chimenea y dos sofás frente a ella. Sus ojos se detuvieron en una sencilla cama—. Oh, eso es nuevo...

Olivia dejó en el aire su oración. No quiso entrometerse de más en la privacidad de su hijo. Ya tenía veintiocho años, por todos los santos.

William siguió la mirada de su madre. Horrorizado por lo que ella estaba pensando en ese momento, se apresuró a explicar:

—A veces me da pereza ir a casa cuando ya está muy avanzada la noche. Es más práctico quedarme. —«No es para traer amantes casuales», pensó. Había tenido demasiado de ello en Italia durante sus años de estudio.

Lo cierto era que aprendió lo suficiente para satisfacer a una mujer, pero no disfrutaba del vacío que sentía en su pecho después del placer. Era deprimente no poder establecer ningún vínculo más allá del físico. Con el tiempo se dio cuenta de que necesitaba estar enamorado para acostarse con alguien.

Su celibato llevaba tres años.

—Claro, hijo. Entiendo.

Olivia sonrió, le dio el beneficio de la duda. Solo esperaba que su hijo fuera responsable en ese aspecto. Su esposo, Andrew, fue abierto y sincero a la hora de educarlo en lo que refería al sexo.

Nunca se sabía cuándo las enseñanzas entraban por una oreja y salían por la otra.

William, ajeno a los pensamientos de su madre e impaciente por desviar el tema de la cama, preguntó:

—¿Y a qué le debo el honor de tu visita?

Olivia parpadeó y respondió:

—Oh, pasaba por aquí. Vengo de una reunión de la fundación y aproveché el impulso.

—Hizo una pausa dramática y anunció—: Necesitamos tus servicios profesionales.

William asintió y la invitó a sentarse en uno de los sofás. Él hizo lo propio frente a ella y preguntó:

—¿Ya están avanzadas con los preparativos de la subasta?

—Así es. Hemos recibido muchas donaciones. No nos dimos cuenta de que una subasta también es una forma de exhibición de los que contribuyen a ella. El asunto es que necesitamos empezar a catalogar y a tasar lo que ya tenemos lo antes posible. De hecho, Laura tuvo que contratar un almacén porque Rock Hall ya no estaba dando abasto.

William sintió incomodidad al escuchar el nombre de Laura. Llevaba tres semanas sin saber nada de ella, lo cual era extraño. Carraspeó y accedió:

—Bien, no hay problema. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Ponte de acuerdo con Laura. Ella es la que ha organizado todo lo relacionado con la

subasta. No sé cómo lo hace, la verdad... Entre ese asunto y la dirección de la academia no tiene nada de vida social. Estoy segura de que quiere evitar que tu tía Margaret la lleve a rastras a un baile.

—Nunca la he visto del todo cómoda en los bailes familiares, debe ser peor en un evento social.

—Lo sé. Hasta me atrevería a decir que debió saltar de felicidad cuando cumplió los veintiuno y la empezaron a llamar solterona. —Suspiró—. Como sea, Laura está casi todo el día en la academia. Solo ve y resuélvanlo juntos.

Laura se encontraba en su despacho de la Academia Hope. Concentrada, revisaba el inventario del almacén de la cocina, y anotaba lo que le faltaba en una lista para hacer el pedido a su proveedor.

En ese momento golpearon la puerta y entró la señora Waters.

—Señora Martin, ha venido el señor Witney, desea una audiencia con usted.

Laura pensó de inmediato en William; sin embargo, él no era el único señor Witney que conocía, por lo que replicó:

—¿Cuál de los tres señores Witney?

La señora Waters esbozó una sonrisa antes de responder:

—El mayor. Dijo que era importante. —Laura lanzó un quejido lastimero. La señora Waters, contrariada, repuso—: ¿Desea que lo despache?

Su corazón gritó «¡Sí!». Su mente tartamudeó un «No». Era inútil, no podía huir de William, estaba obligada a tratar con él por el asunto de la subasta. Sabía que eso sucedería tarde o temprano.

Ella esperaba que fuera más bien tarde.

Se tapó la cara. Inspiró profundo. Retuvo el aire por largos segundos, y lo soltó. Cuando se sintió más serena —si es que eso era posible—, se atusó el cabello y ordenó:

—Dígale que pase, por favor.

La señora Waters nunca había visto tan inquieta a Laura. Su instinto de protección le hizo indagar con cierta cautela:

—¿Todo bien, señora Martin? ¿Necesita que me quede cerca mientras él se entrevista con usted?

Laura se dio cuenta del mensaje implícito en aquellas preguntas. Quizás la señora Waters pensaba que William le haría daño o que ya lo había hecho. Era irónico, por un lado, era cierto, pero por otro, era solo su culpa por enamorarse de él y no haberlo confesado antes. El silencio era tan contraproducente como las palabras. No existían caminos que fueran menos dolorosos.

William aún era su imperio romano. Estaba intentando mantenerse más ocupada que nunca para no pensar en él. A veces creía que lo lograría, pero, en momentos como ese, lo veía imposible.

—Todo está bien, señora Waters. No se preocupe, William es un caballero, no ha hecho nada malo.

—¿Segura?

—Sí. —Asintió firme con su cabeza—. Solo que estaba muy concentrada y su visita me distraerá. Ya sabe cuánto me cuesta volver a retomar una tarea no terminada.

—Tiene razón. ¿Desea que traiga té y galletas?

—Sí, por favor. —Modales, ante todo, incluso con un corazón roto.

—Muy bien.

La señora Waters se retiró y cerró la puerta. Laura aprovechó esos segundos preciosos para componer un rostro serio e inexpresivo. Intentó ralentizar los latidos desbocados de su corazón, inspirando y espirando, lento, hondo y pausado.

Distrajo su mente volviendo a repasar el inventario.

Así la vio William en el instante que entró. ¿Desde cuándo Laura usaba gafas? Ella tardó un segundo en alzar la mirada y esbozar una leve sonrisa.

—Hola, William. Toma asiento, por favor.

Era tan extraño escuchar su nombre completo en vez del diminutivo. Detestaba esos cambios que le recordaban que su relación ya no era lo misma.

Serio, atravesó la estancia y se sentó frente a ella.

—¿Desde cuándo usas gafas?

Laura alzó sus cejas, sorprendida por aquella inesperada pregunta. Se propuso solo responder, mas sin justificar.

—Desde los diecisiete.

—¿Heredaste la miopía de tío Michael?

—Alguien tenía que heredarla, ¿no?

—Pero ¿por qué no las usas todo el tiempo?

Laura se encogió de hombros.

—Lámalo costumbre... Además, no está tan avanzada. Puedo distinguir las cosas grandes sin problema.

Una verdad a medias. Lo cierto era que Laura no usaba las gafas en público para no evidenciar su defecto. La sociedad tendía a castigar con severidad a las personas que no eran perfectas. No obstante, para un hombre que era miope, lo más grave que podría pasarle era aparentar que no tenía carácter, pero, por lo general, se tendía a pensar en ellos como intelectuales. En cambio, una mujer con gafas era un producto defectuoso, enfermizo, una mella que podía transmitir a su progenie. Ningún caballero buscaba mezclar su sangre con una mujer enferma.

Cuando Laura debutó en sociedad, prefirió ocultar su miopía, lo que le trajo problemas pues, para no equivocarse en reconocer a las personas o llamarlas por otro nombre, prefería mantenerse al margen y no sobresalir.

Quizás fue un error. Se había convertido en una solterona, una que, en su inexperiencia, entregó su corazón en vano.

A esas alturas, era una pérdida de tiempo lamentarse.

En ese momento entró la señora Waters con una bandeja.

Diligente y en silencio, dispuso sobre el escritorio lo necesario para tomar el té. Le dedicó a la pareja sendas miradas de soslayo para corroborar que todo estaba bien.

Y, tal como llegó, se fue.

—¿Quieres té? —preguntó Laura alcanzando la tetera y sirvió su taza—. Me tomé la libertad y pedí para ti, pero no pasa nada si no quieres.

—Sí, por favor. —Una taza de té y galletas lo mantendrían entretenido para atravesar esa situación con más naturalidad. Todavía sentía que estaba frente a una desconocida.

Laura sirvió ambas tazas de la misma manera, un té fuerte con un poco de leche y dos terrones de azúcar.

—¿Y a qué le debo el honor de tu ilustre visita? —preguntó Laura mientras le acercaba la taza a William.

—Mi madre me habló del inesperado éxito con las donaciones para la subasta. —Bebió un sorbo de té. Laura lo preparó tal como le gustaba. Comió una galleta. Deliciosa.

—Oh, ya veo. Pensé que te iba a ver en un par de semanas para catalogar y tasar. —Probó su té... No se había dado cuenta de que tenía tanta hambre y bebió un poco más.

Sus gafas se empañaron. Laura masculló una maldición y aprovechó de limpiarlas con un pañito de franela que siempre guardaba en sus bolsillos. No solo el vapor era un incordio, sus dedos habían quedado marcados en los cristales cuando se tapó la cara.

—Es mejor empezar desde ahora —apremió William. Apretó los labios para reprimir su risa. Laura se veía cómica lidiando con sus gafas. Se aclaró la garganta y repuso—: Estas semanas estaré ocupado con unos clientes y también, pintando el retrato de Oxford y Grace.

Aquellas palabras le arrancaron una genuina sonrisa a Laura. Había visto parejas enamoradas y felices, pero nunca una que le produjera alegría y envidia en partes iguales. Su historia de amor era digna de ser escrita.

—Sé que te quedará hermoso. —Humedeció los cristales con su aliento y siguió limpiando sus gafas—. Yo creo que debemos fijar ahora mismo los días que nos reuniremos. ¿Qué te parece cada dos semanas?

—Me parece perfecto. Pero la primera cita deberá ser esta semana.

—Sí, claro... Dame un segundo... —Se puso las gafas. Ahora veía mucho mejor. Del cajón de su escritorio sacó una agenda y la hojeó hasta llegar al mes de junio—. Mañana no... Mmmm, el jueves. ¿Te parece bien el jueves? A las... ¿Tres de la tarde?

William hizo memoria. Él no era tan organizado como Laura. Tras unos segundos en los que repasó sus compromisos, asintió.

—Sí, me parece bien.

Laura entintó su pluma y anotó la cita mientras decía:

—Entonces nos reuniremos cada dos jueves. Te daré la dirección del almacén para que...

Se escucharon golpes en la puerta y entró la señora Waters. Laura levantó la mirada, atenta.

—Señora Martin, ha venido el señor Dutton. Dijo que usted le dejó un mensaje.

Laura sonrió con amplitud. Al fin pudo localizar al esquivo señor Dutton. No podía despacharlo ni hacerle esperar. Se quitó las gafas y dijo:

—Dígale que pase, por favor. Ah, y traiga otra taza para el té.

—Como ordene, señora.

—Maravilloso.

La señora Waters cerró la puerta y volvió a dejarlos a solas.

—Ay, qué bueno que regresó de la India —dijo para sí misma, sin perder la sonrisa.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó de pronto William.

Laura parpadeó y ladeó su cabeza.

—¿Por qué?

—Supongo que querrás hablar en privado con el señor Dutton.

Laura hizo un ademán para desestimar los dichos de William.

—De hecho, prefiero que no. El señor Dutton es un posible donante. Ya sabes que posee una invaluable colección de objetos indios y...

La puerta se abrió e interrumpió las palabras de Laura. Sus ojos se desviaron y sonrió. Era el señor Edward Dutton. Se levantó y fue al encuentro de su visita.

Por algún inexplicable motivo, a William no le simpatizó la situación.

Capítulo 3

Laura hizo una leve genuflexión y el señor Dutton le brindó una corta inclinación.

—Muchas gracias por venir, señor Dutton.

—Hubiera sido una descortesía permitir que usted fuera a mi casa, preferí ahorrarle el largo viaje, milady.

—Muy amable de su parte. —Por el rabillo del ojo notó que William se levantaba de su asiento—. No sé si conoce a mi primo, el señor Witney.

William se acercó y le extendió la mano.

—Es un placer conocerlo, señor Dutton —saludó respondiendo implícitamente la duda de Laura.

Edward la estrechó firme y añadió:

—Al fin conozco al orgullo del vizcondado Rothbury. Su madre me ha hablado mucho sobre usted. Es una lástima que no hayamos coincidido antes, teniendo tanto en común.

—También solo he oído elogios sobre usted.

Laura carraspeó e invitó:

—Por favor, señor Dutton, tenga la bondad de acompañarnos.

Edward se sentó con propiedad en la silla contigua a la de William. La señora Waters llegó con la taza para el té, y Laura sirvió.

Una vez terminados todos los rituales de aquella infusión, Laura procedió a relatarle al señor Dutton sobre el proyecto de la subasta, el papel que cumplían ella y William y lo que querían de él.

—Tal parece que los astros se alinearon de una formidable manera —concluyó Edward—. Verá... —Dudó por un momento, Laura lo observaba sin siquiera parpadear, pero al final se decidió y añadió—: Hay varios objetos de valor que pertenecieron a John...

—Oh, entiendo —dijo Laura con prudencia. Era *vox populi* que John, el hermano menor de Edward, fue un asesino de mujeres y que terminó colgado en la horca hacía dos años—. ¿No ha podido hacer nada con ellos?

—He querido venderlos, pero no me atrevo por sus implicancias, detesto mentirles a las personas ocultándoles la procedencia o a quién le pertenecieron esos objetos. —Hizo una pausa, le costaba hablar abiertamente del tema—. Entre ellos está la daga con la que... Bueno, usted entiende. Creo que esta es una oportunidad de hacer algo decente con el legado de John, y qué mejor si va en beneficio de su fundación. Mi única condición es que mi identidad quede en el anonimato. Eso será sencillo, hay muchos coleccionistas de arte indio en Inglaterra.

—Claro, comprendo. Por mi parte, no tendría ningún problema en aceptar su propuesta. Sin embargo, debido a las implicancias, esa es una decisión que no puedo tomar sola.

—Por supuesto... Debe actuar con cautela. —Le sonrió con cierta desazón—. Bueno, cuando les exponga la situación a las grandes damas, también coménteles que el valor aproximado de la colección personal de John asciende a unas cien mil libras.

Si Laura y William hubieran podido escupir su té, lo habrían hecho. En cambio, sus miradas desorbitadas coincidieron, como si quisieran confirmar lo que habían escuchado.

Una oferta tentadora, sin duda.

Edward lanzó una estentórea carcajada. Laura y William lo miraron sin poder dilucidar si él estaba hablando en serio o no.

Los segundos y el silencio dieron paso a una sonrisa pícaro que se dibujó en los labios del señor Dutton, y este añadió:

—No puedo dejar de ser un comerciante. Debo jugar todas mis cartas. Lo que le he dicho es cierto.

Laura arqueó una ceja con cierta coquetería y dijo:

—Sin duda conoce los secretos de ser comerciante, señor Dutton. Tenga por seguro que eso también lo sabrán las grandes damas.

—Es la idea, milady. Y, como último ofrecimiento, cuente conmigo si desea catalogar y tasar las donaciones de arte indio. Estaré toda la temporada en Inglaterra. —Miró a William y agregó—: Corríjame si me equivoco, señor Witney, usted se especializa más en arte europeo, quizás se le dificulte la tarea con el legado de John.

William se sintió tocado en su orgullo. Dutton tenía razón. Sus conocimientos eran superficiales si se trataba de culturas asiáticas o africanas. Intentó parecer natural cuando dijo, lacónico:

—Exactamente.

Laura ignoró a William. Cuando él contestaba con solo una palabra era porque estaba molesto. Se sintió tentada de seguir señalando las falencias de su primo —una estrategia para dejarlo de amar—, pero no deseaba causar un altercado infantil e innecesario. No sabía si el señor Dutton lo había hecho a propósito o no, mas no le importaba. El bien superior era contar con la ayuda de ambos, por lo que decidió desviar el tenor de la conversación:

—¿Va a estar durante la temporada? Usted siempre permanece poco tiempo en Londres, señor Dutton. ¿Por qué este año es diferente?

Edwardladeó la cabeza y respondió sin vacilar:

—Estoy buscando una esposa dentro de la aristocracia. Los años pasan y no me hago más joven. Pierdo oportunidades de negocios por ser un solterón.

Laura sonrió. No iba a ser fácil para él introducirse, debido a sus maneras y su aspecto —el aire marino y el sol traía sus consecuencias; el señor Dutton parecía un pirata—, pero tenía algo que los aristócratas adoraban: montañas de dinero.

—Entiendo, espero que pronto encuentre a la joven adecuada.

—También espero lo mismo. —Se levantó—. Bien, me retiro, tengo un compromiso importante. —Hizo una leve inclinación—. Milady, señor Witney, ha sido un placer.

Laura se levantó, le brindó una leve reverencia y se despidió:

—El placer ha sido todo mío. En cuanto tenga una respuesta lo contactaré.

—Estaré esperando su mensaje, milady.

William también se levantó, le estrechó la mano con un poquitín más de fuerza de lo debido y dijo:

—Que tenga un buen día, señor Dutton.

Edward esbozó una media sonrisa, casi imperceptible. Soltó la mano de William y respondió:

—Usted también, señor Witney. —Miró por última vez a Laura y se retiró.

William se quedó con los ojos fijos en la puerta, el cejo se contrajo en un tenso nudo y masculló un «imbécil». Su atención retornó a Laura. Ella se sentaba, seria, y volvía a ponerse las gafas.

El surco de su cejo se profundizó. Con voz grave y severa, cuestionó:

—¿Por qué te las quitaste?

A Laura no le gustó ni la pregunta ni el tono. Entrecerró sus ojos y replicó:

—¿Acaso importa?

—No tienes que aparentar nada frente a Dutton.

—¿Y quién eres tú para decirme cómo me tengo que comportar? Hago o dejo de hacer como se me plazca.

William estuvo a punto de replicarle que él era su primo y que tenía el deber de... Dios, qué idiota era. Laura no obedecía ni a sus hermanos, ¿en qué demonios estaba pensando?

Ante el silencio de William, Laura añadió:

—Si no tienes nada más que agregar, puedes retirarte. Nos vemos el jueves en... Ah, sí. —Entintó su pluma y garabateó sobre un papel—. Aquí está la dirección del almacén donde se encuentran las donaciones que debes catalogar. Nos veremos a las tres.

Le ofreció el papel a William sin dejar de desafiarlo con la mirada. En su mente repasaba un millón de réplicas a cualquier estupidez que saliera de la boca de él. Sin embargo, su primo solo tiró del papel y dijo:

—Bien.

—Bien. Que tengas un glorioso día. —Y volvió a su lectura.

William empuñó sus manos. El papel se arrugó.

Lo último que escuchó Laura fue el sonido de la puerta cerrándose un poco más fuerte de lo normal. Se obligó a no mirar el espacio vacío frente a ella y se limitó a murmurar un furioso:

—Idiota.

Ni bien pasaron cinco minutos y la puerta se abrió de súbito. Laura resopló y rezongó:

—Ahora, ¿qué?

Eran sus primas, Emily y Sophie Montgomery, y su hermana, Charity. Trabajaban en la academia como maestras e impartían diversas materias. Todas, incluyéndose ella misma, eran llamadas las Damas del Diablo, un apelativo burlesco que les dieron otras aristócratas, debido a su parentesco con los Herederos del Diablo.

El apodo ganó fuerza cuando estas mujeres, una a una, fueron convirtiéndose en solteronas. Todas, a excepción de Charity, sobrepasaban los veintiún años, y sus temporadas se convirtieron en un fracaso. ¿Cuáles eran los motivos para no ser elegibles por los distinguidos caballeros? No se sabía a ciencia cierta. Y, pese a que dos de ellas —Marian y Grace— ya se habían casado, parecía que en los demás no cambiaba la idea de que aquellas damas debían tener un defecto indeseable.

Volviendo a la situación. Las damas en cuestión entraron en el despacho de Laura con expresiones de preocupación. Charity fue la primera en preguntar:

—¿Por qué Will salió de tu oficina hecho un energúmeno?

Sophie se apresuró a subrayar:

—Apenas nos saludó. Jamás lo he visto comportarse tan maleducado.

Emily agregó:

—¿Qué le hiciste para transformarlo en un imbécil que contesta con monosílabos?

Laura se pellizcó el puente de la nariz. Lo que le faltaba.

—No le hice nada. Él solo oculta muy bien que no es un imbécil, pero lo es, créanme.

Emilyladeó la cabeza y dijo:

—Parece que tú también estás de mal humor, mi querida Laura. ¿Discutieron?

—Nooo.

Charity abrió sus ojos y acusó:

—¡Es mentira! —La señaló y les dijo a las demás—: Ese es su tono cuando dice mentiras... —Frunció el ceño y su atención volvió a Laura—. ¿Por qué discutieron? Will siempre es encantador y cariñoso con todas. Ni siquiera molesta a sus hermanas.

Laura forzó una sonrisa, juntó la yema de sus dedos y sentenció:

—Ha quedado muy claro que nadie es perfecto, y mucho menos él.

Al terminar de decir esas palabras, a Laura se le formó un nudo en la garganta. No, William no era perfecto, era un hombre común y corriente, con virtudes y defectos. Y lo amaba.

No podía distanciarse de él tanto como quería, siempre se iban a encontrar, siempre iban a coincidir.

Ante ese hecho, ella optó por establecer esa distancia en su corazón. La única alternativa razonable que encontró fue tratarlo como si él no significara nada.

Esa estrategia no estaba sirviendo de mucho, parecía que solo se ganaba el desprecio de William. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Charity, Emily y Sophie se miraron unas a otras. La situación era más que extraña. William y Laura, más que primos, siempre fueron buenos amigos.

Y de pronto, todo fue claro para Charity. Y la pregunta salió antes de que pudiera reprimirla.

—Es él... ¿cierto?

Emily y Sophie fruncieron el ceño. Laura evitaba hacer contacto visual. Los ojos de su prima tenían ese brillo previo a las lágrimas. Las crípticas palabras de Charity cobraron sentido.

El silencio de Laura confirmó lo que sospechaban.

Charity se atrevió a insistir con cautela:

—Y él, ¿lo sabe?

Laura, cabizbaja, asintió. Las damas intuyeron la respuesta de William y sintieron como propio ese dolor. Era triste constatar que no todas las historias tuvieran un final feliz. Charity hizo una última pregunta para tener claridad respecto a lo sucedido.

—¿Ahora se lo dijiste?

—Se lo confesé en febrero, cuando Grace se casó. No me corresponde y nunca cambiará de parecer.

Laura se atrevió a mirarlás. Dos goterones cayeron de sus espesas pestañas y se encogió de hombros.

Intentó aguantar el llanto, intentó alzar su barbilla con dignidad. Pero las miradas de compasión de las demás fueron demasiado.

Y lloró.

Emily, Sophie y Charity rodearon a Laura y, sin decir nada más, le brindaron su cariño.

Y entre lágrimas lo contó todo.

Cuando terminó, las demás comprendieron lo trascendental de la situación y se sintieron tan descorazonadas como Laura, incluso sus narices se veían coloradas y sus ojos, vidriosos.

—En fin, no hay nada más que hacer —sentenció Laura—. No se le puede ordenar al corazón que deje de amar de un día para otro, así como tampoco se le puede forzar a enamorarse de alguien.

Todas asintieron y suspiraron. Ninguna quería estar en los zapatos de Laura.

Cuando faltaban cinco minutos para las tres de la tarde, William volvió a leer la nota arrugada de Laura. Maldijo por haberla empuñado antes de que la tinta se secara. No sabía si ella escribió 31 de Broad Street. ¿O era el 87 de Broad Street? ¿O el 37? ¿El 81? La tinta estaba corrida y no podía identificar si los números eran tres u ocho, o uno o siete. Ya había cotejado las posibles direcciones y solo dos eran almacenes en el puerto de Londres. Decidió situarse frente al 81.

El sol brillaba y daba más calor de lo habitual y el Thames expelía un olor nauseabundo a

esa hora. Todavía no se acostumbraba al hedor de Londres.

—¿Por qué fui tan imbécil? —Y pateó una piedra.

Se sentía estúpido por no saber a ciencia cierta dónde esperar. No quería parecer un idiota ante Laura.

En los últimos tres días había pensado en ella más veces de las que hubiera querido.

Se preguntaba cuándo cesaría esa fría tensión entre los dos. A esas alturas sentía que esa indiferencia era peor que ser extraños. Cuando repasaba en su mente el intercambio entre Dutton y Laura, le molestaba que ellos se trataran como si se conocieran de toda la vida. Incluso hubo un velado flirteo.

Era ridículo. Entendía que ella deseaba poner una distancia emocional con él, pero se estaba excediendo.

A veces imaginaba la posibilidad de que Dutton cortejara a Laura, mas luego desechaba esa idea. Era absurdo, ella no asistía a bailes ni a otro tipo de eventos sociales. Además...

Además, Laura era mayor. No era el ideal de mujer que un hombre como Dutton espera cuando busca una esposa... Eso, suponiendo que pretendiera un enlace por conveniencia...

—William, ¿qué haces aquí? —Escuchó la voz de Laura. Su tono parecía más de amonestación que de interés.

Él escudriñó de un lado a otro, y reparó en el carruaje que estaba frente a él. Laura lo observaba desde la ventanilla con expresión desconcertada.

Se sintió patético. Al parecer se había equivocado.

—Estaba esperándote.

—Pero si el almacén está en el 31, casi al principio de la calle.

«Soy un idiota», pensó. Pero no quiso reconocerlo y se justificó:

—Tu caligrafía es pésima.

Laura puso sus ojos en blanco y repuso:

—Debiste enviarme un mensaje para corroborar. Sube.

Abrió la puerta del carruaje y William dudó por un instante en aceptar.

¡Al demonio!

La cabina se mecía cuando él se sentó en la esquina opuesta a la de Laura, y miró hacia la calle sin siquiera saludar. Ella se encogió de hombros y le señaló al cochero que prosiguiera con su marcha. Si estaba molesto, no era su problema.

Ni su caligrafía. Estaba muy segura de que era decente y legible. Nunca había recibido quejas.

El trayecto fue breve y en pocos minutos carruaje se detuvo frente a un portón. Descendieron. Laura se acercó y tiró de la campanilla con propiedad.

El portón se entreabrió y apareció entre ellos un hombre alto y robusto con cara de pocos amigos, que le propinó a Laura una mirada que rozaba el desprecio. William frunció el ceño y se preparó para lo peor.

—Buenas tardes, Knox —saludó Laura con un tono firme—. Necesito las llaves del almacén 33.

Knox gruñó mientras asentía y abrió.

—Pase. El jefe no está hoy —informó. William no perdía de vista al guardia. No confiaba en él... ¿Por qué no trataba a Laura por su título?—... Pero me dijo que ya solucionó el problema que usted le comentó la última vez.

—Estupendo. Gracias —respondió Laura.

Caminaron por el inmenso galpón, en el cual reverberaba el eco de la actividad constante.

En su interior se encontraba una serie de almacenes que se alineaban en perfecta simetría, cada uno marcado con números. Los tragaluces iluminaban los pasillos, donde los trabajadores se movían con eficiencia transportando diversas cargas. En el aire se podía sentir el olor a madera mezclado con el aroma metálico de la estructura.

Laura parecía una singular hada con su sobrio vestido azul, en medio de esa tosca y recia masculinidad que se respiraba en el ambiente.

Knox entró a una caseta. En una pared había varias hileras de llaves colgadas bajo un número, entre ellas, eligió la solicitada y se la entregó a Laura.

—Gracias, Knox. Tardaremos una hora, dos como máximo.

El hombre asintió y se sentó en una silla que rechinó cuando descansó todo su peso, y se dedicó a leer el periódico.

William se vio tentado en señalar la mala educación del portero; sin embargo, la tranquilidad de Laura, que caminaba a través de ese lugar saludando con un gesto de cabeza a algunos trabajadores, lo persuadió de que debía mantener la boca cerrada.

Llegaron al almacén 33. Laura introdujo la llave en el candado y sonó un clic metálico.

Abrió las puertas de par en par para que la luz entrara, y les dio la bienvenida el indefinible aroma de esos objetos que tenían más años de los que podían contar.

Laura entró y William fue tras de ella. El almacén estaba repleto. Dudaba que fueran a tardar dos horas.

—He organizado lo mejor que he podido los objetos. A la derecha, en los estantes, hay porcelanas de menor tamaño. Debajo de ellas, las esculturas. A la izquierda, dentro de esas cajas, hay jarrones. Al fondo están las pinturas. Le pedí al administrador si podía facilitarme un mueble especial para protegerlas lo mejor posible. —Tomó una libreta que reposaba sobre una de las estanterías, y un lápiz grafito. Dio media vuelta—. ¿Empezamos?

Aquella orden lo sacó de su mutismo y respondió:

—Claro.

Pero no le dio elocuencia.

Lauraladeó su cabeza y propuso:

—¿Qué tal si comenzamos a catalogar las pinturas? La luz en esta parte del almacén no es buena, sugiero llevarlas afuera. En ese rincón hay un atril para que puedas examinarlas con mayor libertad.

William asintió y procedió a sacar del almacén la primera pintura de siete, con sumo cuidado. Cuando la montó en el atril, se dispuso a examinar.

—Interesante —dijo tras unos minutos en que la estudió en todos los ángulos posibles—. Se encuentra en muy buen estado para tener casi doscientos años. Anota todo lo que diga, por favor. —Laura se situó al lado de él y prestó atención—: Óleo sobre tela. Medidas. Setenta centímetros de alto y ochenta y cinco de ancho, más o menos. La pintura retrata a una mujer desconocida. Nada en ella indica su identidad. Hermosa. Cabello ondulado y castaño... En la pose ella está a punto de mostrar sus senos. Mirada sensual y relajada, como si estuviera recién levantándose de la cama de su amante. El artista es John Michael Wright, la obra se titula *Retrato de una dama*. —William arqueó una ceja y miró subrepticamente a Laura. Quería castigarla en cierto modo, provocar alguna reacción en esa actitud tan gélida. Sin embargo, ni siquiera un mísero tono de carmín coloreó las mejillas femeninas. Decepcionado por el fracaso de su treta, añadió—: Wright fue famoso en su época, no solo por su arte, sino por su ocupación; fue anticuario en Italia durante el siglo XVI. Él pintó veintidós retratos que se exhiben en el ayuntamiento. ¿Los has visto alguna vez?

—No he tenido el placer. ¿Y qué tienen de especial? ¿También son damas que recién salen de las camas de sus amantes?

El tono de Laura fue cáustico. William lo sintió como una victoria.

—No. Wright retrató a los Jueces de los Incendios, ellos fueron designados para valorar los conflictos patrimoniales derivados del Gran Incendio de Londres.

—Ah... Me gusta más la dama desconocida que veintidós señores con caras amargas. —La estudió mejor—. A ella se le ve satisfecha consigo misma. —Se centró en la expresión de los ojos y pensó en voz alta—: Me da envidia.

El tono de la voz de Laura en esas tres palabras hizo que William tuviera la ilusión de volver a tener una conversación relajada con ella. Se atrevió a preguntar:

—¿No estás satisfecha con tu vida?

Cuando terminó de soltar esa interrogante, se dio cuenta de que había cometido un error. Laura apretó los labios. Ella miraba fijo a la dama del retrato y contestó:

—No es de tu incumbencia.

Y William estalló:

—¿¡Qué demonios tengo que hacer para que dejes de tratarme así!?

—No sé de qué hablas, William. —Cada vez se le volvía más difícil aparentar. Él no le facilitaba la tarea con su actitud.

—¡De eso mismo! Desde ese día dejaste de llamarme Will.

—¿Estás enfadado por un diminutivo? ¿En serio? ¡Qué infantil!

—Sabes muy bien que no es solo eso. ¡Admítelo!

—No tengo nada que admitir. —William la miraba con el ceño fruncido. Laura sentía que se estaba volviendo loca, le gustaba ver cómo él caía en la exasperación. Que se sintiera tan fuera de lugar como ella. Tan perdida y descorazonada. Sin dejar de mirar esos amados ojos castaños, añadió—: Sigamos con el catálogo, por favor.

—No.

—Como quieras. —Dejó caer la libreta y el lápiz al suelo. Tomó el retrato para devolverlo al almacén.

William intentó arrebatarárselo. Laura le propinó una mirada furibunda. Sus mejillas se llenaron de carmín.

—Basta, William. Les diré a las grandes damas que busquen a otro asesor, que estás sepultado de trabajo y no te sobra el tiempo... No tienes por qué preocuparte por tu reputación de encantador, nadie sabrá que eres un imbécil.

William la miraba sin dar crédito.

—¿Ahora me odias? Yo...

—No te odio... Lo sabes.

—No, no lo sé. Tú... tú antes me querías y ahora soy...

—Y ahora eres William. Así estoy lidiando con lo que siento, y si no te gusta, lo lamento mucho. Prefiero incomodarte de esta manera que mirarte con ardor. Quiero fingir que no eres nada, en vez de pensar qué haré con mi corazón cuando te cases con otra... Porque cada día que pasa, pienso que me costará la vida dejar de amarte. Permíteme hacer las cosas a mi modo. Tengo que ser egoísta para que este amor se convierta en un recuerdo... Y tal vez llegará el día en que vuelva a llamarte Will. Ahora no puedo, no soy capaz.

Los dedos de William se aflojaron y soltó el retrato. No sabía qué responder, pero al fin entendía a Laura a cabalidad. No obstante, discrepaba en un punto; de los dos, él era el que estaba siendo egoísta, y sus motivaciones eran del todo pueriles. Sabía que ella quería

distanciarse, pero subestimó la profundidad de sus sentimientos. Era un idiota insensible que no era capaz de mirar más allá de sus propias emociones.

Ni siquiera merecía que una mujer como Laura lo amara.

Ella, al sentirse liberada, hizo el ademán de entrar en el almacén, mas no alcanzó a avanzar. Sintió que volvían a sujetar el retrato. Escuchó el tono sereno y pausado de William al decir:

—Perdóname, Laura... Me extralimité... Continuemos con el catálogo y avancemos lo más rápido posible. Te prometo que no seguiré incordiándote.

Ella vio la sinceridad en él. Asintió con un leve movimiento de cabeza y dejó que William devolviera el retrato al atril.

Reprimiendo sus lágrimas, recogió la libreta y el lápiz.

Y por el resto de la tarde, fingieron que ni siquiera la sangre los unía.

Capítulo 4

El jueves se acercaba. William se encontraba en su estudio pintando a los duques de Oxford. Ya había avanzado con los colores de base, y en ese momento iniciaba la etapa de ir aplicando sombras en las ropas, por lo que sus modelos tenían la pequeña libertad de conversar.

No obstante, todo era silencio. William se encontraba inmerso en sus pensamientos que se mezclaban con el olor del óleo y el leve sonido de sus pinceladas.

Al día siguiente volvería a reunirse con Laura en el almacén. La vez pasada, por más que trabajaron tres horas, no pudieron terminar con el catálogo. Y, según lo que le había comentado su madre, a lo largo de los últimos días llegaron unas cuantas donaciones más.

Parecía un cuento de nunca acabar. Si seguían así, terminarían viéndose todas las semanas. No le agradaba que Laura estuviera obligada a soportar su compañía. Le dolía ser el causante de ese pesar.

Recordó los ojos de Laura, cálidos y transparentes. La voz clara y firme que justificaba su actuar para proteger su corazón, exponiendo la profundidad de sus sentimientos. Para William, ser consciente de ello, fue una bofetada de realidad.

Todavía no podía entender cómo un cariño fraterno se transformó en amor romántico. Laura traspasó una línea que él nunca se cuestionó franquear. ¿Qué habría gatillado ese cambio?

¿Volvería a ser Will para ella? ¿Él volvería a verla sin esa sensación de que era el culpable de su aflicción?

Temía que nunca más podría ver a Laura como su prima y amiga.

—¿Estás bien, Will? —indagó de pronto Grace.

Él la miró. Se dio cuenta de que el pincel estaba inmóvil, sin tocar el lienzo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, tu cara dice mucho.

—No pasa nada...

Grace rio y dijo:

—Eres el hombre número cuarenta y cinco millones ochocientos dos mil trescientos nueve que dice esa mentira... A mí no me puedes engañar, demonio. —Miró de soslayo a su esposo y agregó—: ¿En qué podemos ayudarte?

William centró su atención en sus óleos y mezcló hasta obtener un color apropiado para destacar los pliegues del vestido magenta. Soltó un resoplido, quizás necesitaba algo de perspectiva, sin comprometer a Laura. Después de todo, los duques de Oxford eran más experimentados que él en asuntos de índole amorosa, y podrían brindarle un poco de luz en ese túnel oscuro que se había convertido su relación con su prima.

—Tengo un amigo... allá en Italia. Estoy preocupado por él. —Se rascó la barba. Sebastian y Grace se miraron de reojo. Fingirían que le creerían.

—¿Y qué le pasa a tu amigo? —preguntó Sebastian.

—Bien... —Empezó a pintar las sombras con cuidado—. Guglielmo, así se llama, me comentó en su última carta que su prima le ha confesado que lleva tres años enamorada de él, pero él no la corresponde.

Grace hizo un leve gesto de dolor. Entendía el sentimiento a la perfección y comentó:

—La prima de Guglielmo no se encuentra en una posición muy fácil, sobre todo en Italia, donde el matrimonio entre primos está prohibido por la iglesia católica. ¿Son muy unidos?

—Es tan unido a ella como con cualquier prima a la que se estima mucho... o como una amiga... —Oscureció un tono más el color que estaba utilizando—. Mi amigo no entiende cómo

pudieron cambiar los afectos de ella. Nunca la vio como una mujer.

Grace meditó por unos segundos su respuesta y dijo:

—El corazón es un órgano indomable cuando elige. Tu amigo está tratando de encontrar una respuesta que no existe... Supongo que lo más sano es que se aleje de ella.

William apretó los labios. Era contradictorio. Grace tenía razón, pero en el fondo, era extraño no contar con Laura en su vida. Era una de esas personas que siempre estuvieron ahí, no solo como un pariente en su diario vivir, sino también en sus viajes por medio de sus cartas. Ella era con quien más se escribía.

Debía admitir que le hizo falta en su último viaje a Italia. Le ilusionaba la llegada del cartero y le decepcionaba no encontrar nada de parte de ella. En ese momento recordaba el motivo y desviaba sus pensamientos en otra cosa.

Consiguió el tono que deseaba y siguió pintando mientras respondió a Grace:

—Y así ha sido, ambos decidieron que lo mejor era distanciarse. Sin embargo, el asunto se complicó... Hay una situación que los está forzando a trabajar juntos.

A Sebastian y a Grace no les costó atar los cabos, mas acordaron sin palabras que no lo evidenciarían. Para cualquier persona era difícil exteriorizar sus vulnerabilidades. El duque continuó indagando:

—Y tu amigo, ¿cómo se siente ante esta situación?

William dejó el pincel en el aire. Por un momento se arrepintió de exponer su problema. Hablar de sus sentimientos en voz alta le daba un matiz diferente. Los sentía más reales, más intensos. Necesitaba tener claridad y dijo:

—Me sie... Se siente dolido... Frustrado... Es como si hubiera muerto alguien importante de su vida, y no se resigna a la pérdida... Ella, por su parte, se esfuerza por no importunar a Guglielmo, lucha contra ese sentimiento, lo disfraza de indiferencia. Han discutido como nunca, cada pequeñez es motivo de disputa.

Grace arqueó sus cejas. Sebastian hizo una leve mueca y añadió:

—Es una situación compleja, sin duda. Es fácil alejarse cuando se trata de personas que no son parientes, pero ellos están obligados a coincidir... Y, por casualidad, ¿no sabes si hay alguna posibilidad de que tu amigo considere ver a su prima de otra forma?

William negó con su cabeza.

—Te recuerdo que son católicos, aunque quisiera no podría. Además, él dice que el amor no se puede obligar, se siente o no se siente. Debe ser una fuerza que arrasa con todo, que indique sin lugar a dudas que esa es la persona indicada...

—Si él la quisiera de verdad, pedirían una dispensa con el obispo... Pero yo discrepo del concepto que tiene Guglielmo respecto al amor. El amor no es solo ese sentimiento espontáneo que se desata por unos ojos bonitos o una simple atracción física. Como bien sabes, mi primer matrimonio fue por conveniencia. No obstante, antes de cortejar a Felicity recibí el mejor consejo que pudieron darme, me dijeron: «propóngase amarla, haga que surja el amor».

William conocía la historia del primer matrimonio de Oxford. La conveniencia se transformó en amor, hasta que la muerte los separó.

—¿Y cómo lo hiciste? Enamorarte... Si es que se puede saber.

Sebastian no tenía secretos con Grace, por lo que reveló con naturalidad:

—Solo deseaba que Felicity fuera feliz... deseaba hacerla feliz. No quería que se arrepintiera de haberme aceptado como esposo. Partí por dedicarme a conocerla de verdad.

—Una sonrisa nostálgica se instaló en sus labios—. Recuerdo que la primera vez que me sentí enamorado fue cuando ella se enfadó conmigo. No me acuerdo por qué, debió ser una tontería,

nunca discutíamos. Yo solo me quedé embobado viendo su cejo fruncido y sus manos en las caderas, su tono de voz... Se enfadó aún más cuando notó que sonreía como idiota... En fin, en mi caso valió la pena el intento, pues ella también se enamoró. Construimos nuestro amor.

William dudaba que fuera a resultar con él... Detuvo el hilo de sus pensamientos, ¿de verdad lo estaba considerando?

Su atención se desvió con el sonido discreto de los golpes en la puerta. Era Remington. William autorizó con un lacónico:

—Adelante.

Remington entró y saludó con un gesto a los duques, luego miró a William y dijo:

—Ha llegado esta carta de parte de lady Laura. El mensajero dijo que era importante y espera una respuesta.

«Hablando del diablo», pensó William. Dejó de lado el pincel y la paleta y tomó la carta que le ofrecía su amigo, el cual se retiró.

William rompió el sello y mientras desdoblaba el papel acotó:

—Disculpen. Si Laura dice que es importante...

Grace y Sebastian asintieron.

Estimado William:

Ayer en la tarde tuve una reunión con las grandes damas y, después de una larga deliberación, han decidido aceptar la donación del señor Dutton. Sin embargo, prefieren que tú seas parte del proceso de catalogación y tasación de los objetos que él entregará, sobre todo porque llegó un cuadro indio por parte de un donante anónimo. Intenté que no te involucraran, debido a tu inexperiencia en esa área, pero fue inútil, ellas argumentaron que te serviría adquirir ese conocimiento. Además, me insistieron que necesitaban terminar pronto para poder organizar los detalles del baile y la subasta, dijeron que tres avanzaban más rápido que dos. Incluso ya anunciaron que, por este año, no recibirán más donaciones.

Esta mañana le he enviado una nota al señor Dutton informándole sobre este asunto y me respondió de inmediato. Nos citó para mañana, a las dos de la tarde, por lo que, en vez de ir al almacén, tendremos que acudir a la residencia de él, la cual queda en Fulham. Debido a la lejanía, te pasaré a buscar al estudio para ir juntos.

Confírmame lo más pronto posible si me podrás acompañar.

Saludos cordiales.

Lady Laura Martin

«Estimado William», odiaba ese encabezado. Era como si le dijera «Detestado señor Imbécil». Y lo que le echó más leña al impío fuego de su frustración fue ese indolente «Saludos cordiales», que él sentía como un «Vete al demonio, idiota». Sin embargo, el gélido «Lady Laura Martin» fue una puñalada en el pecho.

Ya no era «Mi querido Will», «Con afecto, tuya» y su firma un solitario, pero íntimo «Laura».

Dios, cómo deseaba dejar de sentirse tan contrariado. Comprendía lo que motivaba el actuar de Laura, pero lo odiaba.

Se vio tentado a romper la carta, mas no lo hizo por puro orgullo, la dobló y la lanzó sobre

la mesa con indolencia.

Tomó una hoja cualquiera y garabateó su respuesta. La plegó sin siquiera preocuparse de que quedara bien o de sellarla.

—¡Remington!

Los duques dieron un respingo ante ese tono tan impropio de William.

El joven apareció de inmediato para recibir la respuesta al mensaje. No necesitó más indicaciones y se retiró.

La atención de William volvió a su pintura. Tensó una sonrisa a los duques, quienes simulaban que no se dieron cuenta de la impresionante transformación de su rostro y de su voz. Sin más propuso:

—¿Continuamos?

Laura se concentró en develar el intrincado tejido del encaje de sus guantes, asunto complicado si solo veía manchas borrosas. La portezuela del carruaje se abrió de repente y subió William.

Se sentó frente a ella.

Laura contó hasta tres, alzó su mirada y esbozó una sonrisa amable para decir:

—Buenas tardes, William.

—Buenas tardes, lady Laura.

Si las palabras congelaran, ella se habría convertido en un bloque de hielo en ese mismo instante. Debió suponer el malhumor de William, pues el día anterior, cuando recibió la respuesta a su mensaje, solo había escrito un escueto y maleducado «Sí».

¿Por qué estaba tan molesto? Ella envió una misiva muy formal y decorosa, cumplía a cabalidad con su tácito acuerdo de tratarse como si fueran desconocidos.

Prefirió no pedir explicaciones, aceptaría la actitud glacial de William con dignidad. Cada uno tenía que lidiar con sus decisiones y él decidió ser un idiota.

Esperaba que ese tormento terminara pronto, la cercanía de William era un veneno y un antídoto para su corazón.

Le dio la señal al cochero y partieron a la propiedad del señor Dutton.

Para William, ese viaje se estaba transformando en el más largo de su vida. No solo por el silencio y la indiferencia de Laura, sino porque no soportaba sentarse en dirección opuesta al sentido de la marcha del carruaje.

Podía tolerar trayectos cortos, pero cuando estos superaban la media hora, empezaba a sentirse enfermo.

Ya llevaban cuarenta minutos. Y, para peor, no circulaba ni una brisa de aire fresco que le diera tregua. Se sintió mareado.

William se encorvó y se tomó la cabeza con ambas manos. La boca se le estaba llenando de saliva.

—Te cambio el asiento. —Escuchó la voz de Laura, que sonaba como una amonestación y una orden, todo a la vez.

William apreciaba más su estómago que su orgullo. Sin palabras, aceptó el intercambio. No obstante, antes de obedecer, debía puntualizar un hecho.

—Usted también se mareará de este lado, lady Laura.

Para ella, su título de cortesía resonaba como un insulto. Si William quería jugar sucio,

recogería el guante. Una cosa era fingir, pero él lo estaba llevando al extremo. Laura alzó su barbilla con orgullo y replicó:

—Sobreviviré, señor Witney.

Algunas personas decían que los ojos castaños, eran amables, cálidos y confiables... La mirada de William era de todo, menos eso.

—Es suficiente con que uno de nosotros se sienta a punto de vomitar. ¿Tan insoportable es respirar el mismo aire que yo?

Laura soltó un resoplido, rindiéndose. Se hizo a un lado.

William se cambió de lugar y soltó un brusco:

—Gracias, milady.

Laura percibió el calor de la cercanía, y pronto llegó a sus fosas nasales el aroma del perfume que él emanaba, lo conocía bien. Ella se lo regaló la pasada Navidad, era una mezcla de cardamomo, mandarina, rosa, cedro y almizcle, la que preparó gracias a la asesoría de la tienda de perfumes Floris. Todavía recordaba como él sonrió al sentir el aroma. Espontáneo y sin dudar dijo: «Lo usaré todos los días».

Ese aroma era William. Fresco, sutil, con un punto de dulzura, masculino.

Laura echó la cabeza para atrás y cerró sus ojos. Por lo que quedaba de trayecto cedería a la tentación y se solazaría con el aroma de Will. Necesitaba descansar un momento, tener un breve alto al fuego en esa lucha casi imposible de convertir ese incandescente amor en una llama débil y tibia.

Aunque fuera unos minutos lo iba a amar en libertad sin pensar en que tenía que dejar de amarlo.

Inspiró. Tomó todo el aire que pudo, se llenó de él y exhaló.

Con el paso de los minutos, William se sintió mejor. Miró de reojo a Laura. Dormía. Sus labios carnosos se curvaban formando una leve sonrisa, como si estuviera soñando algo maravilloso.

Extrañaba esa expresión risueña en el rostro de su prima. ¿Desde cuándo que no la veía? Ni siquiera podía recordarlo. Solo sabía que las sonrisas de Laura ya no llegaban a sus ojos.

«Deseo verla feliz».

Aquel fugaz pensamiento le hizo desviar la mirada hacia el exterior. Mientras veía el paisaje citadino, se convenció de que esa oración la escuchó en su mente con la voz de Sebastian.

No podía comparar su situación con la del duque de Oxford. En primera instancia, un matrimonio por conveniencia ya era suficiente incentivo para proponerse amar a su cónyuge. No era lo mismo que intentar amar a Laura para no seguir hiriéndola sin querer.

Sintió el peso muerto de ella, apoyándose en él. William se tensó. En otra época la habría rodeado por los hombros para que ella descansara con más comodidad. El calor de su cercanía no hubiera significado nada.

La cabeza de Laura reposó en su hombro, mas se fue resbalando.

William no podía permitir que ella cayera o, peor aún, que despertara. En sus sueños Laura era feliz. No deseaba perturbar esa efímera paz.

La abrazó. La sostuvo.

El femenino suspiro flotó en el aire hasta llegar a los oídos de William.

Por primera vez en semanas lograba sentir una brizna de tranquilidad entre ellos. Era como volver al pasado, pero a la vez era diferente. Él sabía que ella lo amaba y él...

Laura se acurrucó en su pecho y lo abrazó por la cintura, distrayéndolo. William tragó saliva al sentir las manos pequeñas aferrándose a su ropa, a él. El aroma familiar de ella saturó

sus sentidos, siempre olía a nardos. No era una fragancia especial, muchas mujeres lo llevaban; no obstante, en Laura había algo singular que la diferenciaba del resto.

Inspiró profundo. Ella se aferró más.

Soltó el aire. Movi6 el pulgar acariciando el brazo de Laura y volvió a mirar al exterior. Ya no había casas, sino hectáreas y hectáreas de sembradíos. El carruaje viró a un camino estrecho bordeado de álamos.

Diez minutos después, el coche se detuvo ante una imponente mansión.

Era el fin de esa inesperada tregua.

—Laura —murmuró William—. Despierta, querida, ya llegamos... Laura.

Ella volvió a acurrucarse en él, pero el movimiento se detuvo en seco y William sintió la tensión en Laura.

Pasaron cinco largos segundos en que ambos aguantaron la respiración, sin atreverse a mover un músculo.

Laura fue la primera que se llenó de valor. Con la misma lentitud de un gato que mide cada uno de sus pasos ante un depredador, ella se incorporó y envaró su postura con todo el decoro que le fue posible imprimir a sus movimientos.

Él pudo notar que el rostro femenino se había encendido. No quiso bromear para incomodarla. Sería una crueldad.

—Perdón. —El tono de Laura era apenas audible—. No fue mi intención. Me quedé dormida.

—Lo sé.

La puerta del carruaje se abrió. Un lacayo le ofreció su mano enguantada para descender.

Laura, antes de tomarla, le pidió a William con un tono neutral:

—¿Me harías el favor de tratarme con normalidad frente al señor Dutton?

—Yo ya no sé lo que es eso.

—Solo imagina que tengo quince años.

—Eso será fácil, gorrión.

«Gorrión». Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que ella escuchó ese apodo.

Gorrión era mejor que lady Laura.

Capítulo 5

Cuando Laura y William bajaron del carruaje, se encontraron con una inmensa propiedad del siglo XVII estilo jacobita. Su fachada de piedra caliza se alzaba imponente sobre columnas corintias que parecían sostener la segunda planta. Pero lo que más impresionaba eran los jardines que rodeaban la mansión dando un despliegue de color y fragancia. Rosales, lirios y arbustos de boj formaban parterres geométricos.

El señor Dutton fue a su encuentro para darles la bienvenida. Su sonrisa era amplia y su atuendo... singular.

William y Laura se miraron de soslayo. Habían escuchado por parte de las grandes damas que el señor Dutton, pese a ser inglés, solía vestir a la usanza india; pantalones blancos y holgados y una túnica de seda azul.

A William le pareció un tanto salvaje el aspecto del señor Dutton, pues su cabello negro le llegaba a los hombros y la tupida barba cubría la mitad de sus facciones. Características que pasó por alto cuando lo vio semanas atrás, debido a que el hombre vestía como caballero y disimulaba su aspecto desaliñado.

Por otra parte, a Laura le pareció de lo más refrescante que había visto en su vida. Daba la impresión de que el señor Dutton era un hombre libre con ese atuendo. Se preguntó por qué querría atarse a los convencionalismos al buscar una esposa aristócrata.

Cuando Edward llegó a la pareja, comentó con tono informal:

—Adoro la puntualidad inglesa. Sean bienvenidos a mi humilde morada.

Laura se permitió bromear y replicó:

—Vaya modestia, señor Dutton. He visto la propiedad que poseía cerca del puente Waterloo y, comparada con esta, le doy la razón, de verdad esta es más humilde... guardando las proporciones.

—Esta es más barata de mantener y tiene un embarcadero propio. —Le ofreció el brazo y ella lo tomó. Miró a William—: Señor Witney, escoltemos a la dama.

William se limitó a asentir y a ofrecerle su brazo a Laura. El tenso prelude vivido en el carruaje les provocó cierta rigidez a sus movimientos, como si no quisieran tocarse. Sin embargo, era importante aparentar ante Edward que entre ellos no existía ninguna clase de conflicto, para no crear un ambiente de desconfianza.

Subieron la escalinata y, sin necesidad de separarse, cruzaron el umbral de la puerta principal que les dio acceso al vestíbulo. Mármoles blancos y negros formaban intrincadas figuras en el suelo. Sobre ellos pendía una majestuosa araña de cristal. Al fondo se apreciaba la escalera de roble, con barandillas curvas y balaustres ornamentados, que ascendía elegante hacia la segunda planta.

William admiraba el lugar con una molesta sensación. Si solo el vestíbulo era así de fastuoso, no quería ni imaginar el resto de la mansión.

El señor Dutton tenía más dinero que Crespo.

Sus sospechas fueron confirmadas al entrar al salón de estar, si es que se le podía llamar de ese modo. Era como viajar sin haberse movido. Una inmensa alfombra persa delimitaba un espacio donde se encontraban extraños sofás que bien podían ser camas, con tapizados coloridos. Plantas ornamentales otorgaban un toque verde en cada rincón y en el aire se respiraba el aroma del incienso. Al centro reinaba una mesa baja hexagonal colmada de flores y una fila de figuras de elefantes dorados.

Edward se separó de ellos y los invitó a tomar asiento con un gesto. Él hizo lo propio y se

recostó en uno de los sofás como si fuera un rajá.

Ni bien William y Laura se acomodaron, se presentó ante ellos un hombre joven alto y moreno, vestía un estilo similar al de Edward. Sus facciones delataban su origen indio. Detrás de él venían dos jovencitas que, de seguro, provenían también del mismo lugar. Traían consigo bandejas con bocadillos tradicionales de la India y té.

—Gracias, Ranjit —dijo Edward. Miró a sus visitas—. Disfruten, por favor. Que no los engañe la apariencia de los dulces, son una verdadera delicia.

William fue el primero en probar un tipo de tortilla gruesa y de corteza crujiente. Lo degustó sin prisa. Era dulce, especiado.

—Delicioso, muy diferente a las galletas o scones.

Edward sonrió, satisfecho, y precisó:

—Ghi'pitha, está hecho de arroz, canela y azúcar.

Por su parte, Laura bebió su té. Su rostro delató que el sabor y la fragancia era diferente al de siempre. La sonrisa de Edward se amplió más al notarlo y añadió:

—El té que está bebiendo, milady, proviene de la región de Assam. Desde hace cuatro años que lo estamos produciendo de manera comercial. Tener todo el té de la India es la ventaja de ser uno de los principales accionistas de la Assam Tea Company.

—Delicioso, sin duda.

—¿Ser accionista o el té?

Laura rio y, para cortar ese atisbo de flirteo, replicó:

—El té, señor Dutton, por supuesto.

A William le pareció inapropiada la broma del señor Dutton. Un hombre, que aparentaba estar más cerca de los cuarenta que de los treinta, no debería coquetear con una dama que era mucho más joven que él. Su expresión se tornó adusta. Anticipaba que esa jornada iba a ser eterna.

Laura, ajena al creciente malhumor de William, agregó:

—Ah, casi lo olvido. —Esculcó su retículo, extrajo varios sobres y se los entregó a Edward—: Ya que va a estar en Londres durante la temporada, las grandes damas me pidieron de favor que le diera las invitaciones a todos los eventos que están organizando. Les mencioné su intención de buscar un enlace conveniente, y dado que usted siempre ha colaborado con nuestra causa, consideraron que es el momento ideal para que se convierta en su protegido. Se han declarado sus casamenteras.

Edward alzó una ceja.

—¿Protegido de las grandes damas? Me gusta cómo suena. Las revisaré y estaré confirmando a las que pueda asistir. Envíeles de mi parte mi más sincera gratitud.

—En su nombre, señor Dutton.

Edward, como buen anfitrión, incluyó en la conversación a William y preguntó:

—Señor Witney, cambiando de tema, ¿ha pensado introducir obras de arte indio en su negocio de antigüedades?

William bebió un poco de té, a él no le pareció diferente. Sacó ese pensamiento de su mente y respondió:

—No soy especialista, pero no lo descarto. Siempre es bueno darles variedad a los clientes y ampliar mis fronteras.

—Usted tiene una gran base de conocimientos que puede aplicar cuando estudie las piezas de mi colección. Yo me considero un aficionado, solo adquiero objetos que me parecen hermosos. Usted puede apreciar los aspectos más técnicos y enriquecer mi visión con otro punto

de vista. Creo que podríamos establecer una buena alianza en el futuro, si las cosas salen bien. Su reputación como anticuario lo precede.

William no sabía si tomar su elogio como una estrategia para ganar el favor de Laura o si lo hacía con buenas intenciones. Para él era obvio que el señor Dutton ya estaba mirando con otros ojos a su prima. Le parecían absurdas sus pretensiones. Era demasiada la diferencia de edad, pese a que era la norma que hombres maduros se fijaran en mujeres mucho más jóvenes.

Miró de reojo a Laura. Sonreía y parecía relajada en compañía del señor Dutton. De pronto, los ojos de ella se encontraron con los suyos. De inmediato los desvió hacia uno de los... ¿Cómo se llamaban? Ah, sí, los ghi'pitha.

Tomó uno y comió. Laura le comentó a Edward:

—Y eso que no ha visto los retratos que William ha pintado. Son maravillosos.

—También en ese aspecto lo precede su fama, pero no he tenido el placer de ver la obra del señor Witney. Aparte de retratos, ¿también pinta otros temas?

William tragó el bocado y respondió:

—Lo típico, naturalezas muertas, paisajes. Tengo un proyecto que quiero iniciar pronto. El tema hablará sobre el origen del mundo según las diferentes mitologías, no solo europeas, sino de Asia y América.

—Un proyecto ambicioso... Tendrá que investigar mucho. Creo que hoy le seré de ayuda. Tengo textos antiquísimos que le pueden servir como fuente de inspiración.

William se sintió entusiasmado ante la expectativa, luego se recordó que no le simpatizaba tanto el señor Dutton. Con un tono de voz que pretendía sonar neutral respondió, fallando estrepitosamente:

—¡Ya quiero verlos!

—Excelente. En cuanto terminemos, iremos a la galería.

Galería era una palabra que se quedaba pequeña. Todo lo que rodeaba a Edward Dutton era en grandes dimensiones. En realidad, ese lugar parecía un museo. Esculturas, armas, pinturas, joyería, libros, incluso ropa conformaban la colección.

Laura observaba con avidez y reverencia ese trocito de India en Londres. Los colores, las texturas, las exquisitas formas. Todo parecía tan vivo. William, por su parte, admiraba y estudiaba los objetos hasta el más mínimo detalle valiéndose de una lupa. Cada uno era un descubrimiento y una inspiración. Podría estar horas y horas en ese lugar sin siquiera hartarse de todo aquello.

—¿Por qué esto está cubierto? —preguntó Laura sacando de sus pensamientos a William. Ella señalaba una vitrina oculta con una cortina.

Una sonrisa maliciosa adornó los labios de Edward y respondió:

—Hace seis años un capitán británico redescubrió unos templos en Khajuraho, uno de ellos es el de Kandariya Mahadeva y está consagrado a Shiva. Tiene unas esculturas fascinantes en sus paredes. Según algunos, fueron dedicadas al amor, otros dicen que son un manual para los amantes. Me enamoré de esas esculturas y le pedí a un artista local que me hiciera reproducciones para mi disfrute personal.

—¿Y por eso están cubiertas?

—No son aptas para que las vean las jóvenes solteras como usted, milady... Pueden corromper su inocencia.

Laura detestaba esa actitud en los hombres, solo ellos tenían derecho a adquirir

conocimientos de esa índole. Agradecía al cielo que su madre no fuera una hipócrita que ocultaba todo a sus hijas. Además, también debía agregarle su experiencia en la academia, las historias que contaban las internas eran... podían llegar a ser escalofriantes.

Alzó su barbilla y respondió con una pizca de altanería:

—Quizás si yo fuera una debutante, señor Dutton. No es necesario que sea tan condescendiente conmigo. La inocencia se desvanece con los años, y también al estar en contacto con las miserias del mundo. El ver unas esculturas no supondrá diferencia alguna sobre un tema que es perfectamente natural e inherente al ser humano.

—No me gustaría que su madre me reprenda por mostrárselas.

—No tengo diez años, puedo apreciar cualquier tipo de arte con altura de miras.

—Ya que insiste... —Edward tomó un extremo de la cortina.

La acción de Dutton horrorizó a William. Él había escuchado hablar de aquellos templos. Esas esculturas no eran aptas para Laura.

Raudo, se interpuso entre ellos y la vitrina, e intervino:

—Su colección es magnífica, señor Dutton, pero tenemos trabajo que hacer y se nos hará tarde. ¿Cierto, Laura? —La miró suplicante.

Ella esbozó una leve sonrisa y accedió:

—Tienes razón... —William suspiró de alivio—. Pero primero quiero ver las reproducciones.

Edward rio y repuso:

—No son tan terribles, señor Witney. Solo quería asustar a la dama.

Y corrió la cortina. Por muy ancha que fuera la espalda de William, no podía ocultar la vitrina. Los ojos de Laura se desviaron justo hacia una escultura.

Laura ladeó la cabeza...

Luego hacia el otro lado...

Era como ver desde arriba a un hombre haciéndole el amor a tres mujeres al mismo tiempo; dos con sus manos y una con su... Ella no sabía decidir dónde empezaba un cuerpo y dónde terminaba otro.

Sus ojos se posaron en otra. Eran varias parejas en diferentes posturas sexuales; de pie, acostadas, a cuatro patas, al revés, besando sus...

—Interesante —susurró Laura.

—Lo son, sin duda —convino Edward, sintiendo una pizca de admiración por esa dama que no parecía perder la cabeza. Estudiaba las esculturas con respetuosa curiosidad.

—Son hermosas. Dudo que en nuestro país permitan exhibir algo así en un museo.

—Lo más cercano que tenemos son los griegos. Aun así, cubren sus partes pudendas con hojas de vid.

—Cierto. Aunque he visto algunas sin esas hojas. —Y siguió admirando.

Laura debía admitir que tenía una idea acerca del sexo poco explícita si tomaba en cuenta lo que mostraban esas esculturas. Sabía lo teórico. Se preguntaba si eso lo hacían todas las parejas.

Laura alzó las cejas. Su mirada se desvió hacia la de William.

Vaya, pues resultó ser una inocente después de todo. Solo en ese momento fue consciente de que el amor también implicaba el sexo.

O sea, lo sabía... Pero cuando se trata de un amor no correspondido, ni siquiera podía imaginar más allá de un beso o el susurro de un «Yo también te amo».

Se preguntó qué se sentiría tocar la piel desnuda de otra persona... de un hombre. Quiso

ver más.

—¿Puedes moverte, William? —Aquella petición sonó como una orden.

Él ya nada podía hacer al respecto. Claudicó y dio media vuelta. También estudiaría las esculturas.

Algunas no tenían nada del otro mundo, si se contaba con la debida experiencia. Otras... Ni siquiera él se atrevería a tanto. A nivel técnico eran sorprendentes y singulares.

Cada cierto rato observaba con discreción las reacciones de Laura. A veces posaba su mano en el pecho, o se mordía el labio inferior. En otros momentos se acercaba más y entrecerraba sus ojos, quizás su miopía no le permitía apreciar mejor los detalles. Se vio tentado a prestarle la lupa.

Se preguntó qué pensaba ella en ese momento. Si, por esas casualidades, se imaginaba llevar a cabo aquellas prácticas con él, o con otro.

Dios... no podía estar preguntándose eso. Intentó borrar de su mente la fugaz imagen de la cabellera de Laura desparramada sobre una almohada nívea, arqueándose, ofreciéndose.

Desvió su mirada hacia Edward... Podía jurar que estaba imaginando lo mismo, observaba a Laura como si fuera un vaso de agua fresca en medio del desierto.

Quiso cerrarle los ojos a puñetazos.

Laura interrumpió ese violento deseo cuando soltó un suspiro y sentenció:

—Ahora sí, a trabajar. Muchas gracias, señor Dutton. Su colección es magnífica.

Edward asintió. Sutil, posó su mano en la espalda baja de Laura y la guió.

William apretó su mandíbula al igual que sus puños.

¡Qué se imaginaba ese imbécil, no era digno de Laura!

Quería ver el mundo arder.

El trayecto de vuelta lo hicieron en silencio. Sin palabras acordaron sentarse uno al lado del otro para evitar mareos.

Ya estaba anocheciendo y el paisaje solo eran siluetas descoloridas. En la mente de Laura se mezclaban toda clase de pensamientos que iban desde cómo organizar el almacén de las donaciones, hasta la extraña actitud de William durante la catalogación de los objetos indios; su primo acaparó la atención del señor Dutton, haciendo preguntas tanto técnicas como históricas.

Sin embargo, lo que predominaba en su mente era la singular muestra de estatuas del templo... no recordaba su nombre.

Se sentía extraña. Añadirle el matiz carnal a su enamoramiento no era bueno para su imaginación ni su corazón. Antes, William era un ideal romántico, ahora... Era difícil no pensar en cómo había cambiado su cuerpo a lo largo del tiempo. La última vez que lo vio a torso desnudo fue cuando él tenía doce años. En ese entonces la mayoría de sus hermanos y primos ya estaban cambiando, ellas mismas ya habían empezado a desarrollarse. Fue el fin de la infancia y todo se transformó en que se convertirían en señoritas y caballeros.

Algunas cosas permanecieron con el tiempo, como el cariño, el entendimiento y la fraternidad. Otras, se perdieron para siempre.

Así era la vida.

Necesitaba terminar con ese suplicio pronto.

—William... —lo llamó por su nombre, rogaba al cielo que él cesara con su actitud tan volátil. Ya no sabía qué hacer para estar en paz.

—Dime.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos reunamos más seguido para terminar el catálogo?

William no respondió enseguida. Intuyó que ella estaba harta de todo. Él también... No obstante, aquella petición no le trajo alivio ni tranquilidad.

—El próximo martes, si no tienes inconveniente. Yo creo que en dos jornadas más terminamos. Iremos acordando nuestras reuniones según vayamos avanzando, ¿te parece bien?

—Perfecto. Gracias. —Bostezó largo, largo, largo. William también se contagió e imitó a Laura. Ella rio en medio de su bostezo y dijo—: Disculpa, estoy cansada y me duele la cabeza.

—Fue una larga y productiva jornada. Duerme un rato, todavía nos queda una hora de viaje.

—Sí, creo que eso haré —respondió, pensando en que solo se limitaría a disimular que dormía. No podía ocurrir otra vez lo de esa misma tarde.

Sin embargo, su determinación no duró más de diez minutos.

Poco rato después, William sintió el peso muerto de Laura sobre su hombro. La abrazó para que descansara en él.

Ella se acurrucó y, tal como esa misma tarde, se aferró a su torso.

El pulgar de William acariciaba con pereza esa curva donde se difuminaba el límite del hombro y el brazo. Suspiró y echó la cabeza para atrás.

Cerró sus ojos, los sentía pesados. No fue capaz de mantenerse despierto...

—Will...

Él despertó de golpe y dejó de respirar.

Una emoción que no supo describir borboteó en su corazón y se derramó en todo su ser. Había vuelto a ser Will. No William. No señor Witney.

Solo Will.

Miró a Laura. No se movía, su respiración seguía siendo pausada y regular.

Dormía.

—Will...

Él decidió responder. Le causaba curiosidad saber qué había en los sueños de Laura.

—Dime, gorrión.

—Templo...

William alzó una ceja. Después de todo, sí le impresionaron esas esculturas. Quiso sacarla de quicio.

—Son sucias, Laura. Eres una mujer decente, no pienses en ellas.

—No... no quiero.

—¿No quieres ser decente?

—Sola... —Soltó un sollozo—. Sola...

William ya no quiso seguir jugando. Sin proponérselo estaba entrando de lleno en el gran miedo de Laura; la soledad. Ser una solterona no figuraba en los planes de ella, lo sabía, y él era uno de los causantes de esa situación. Pese a la culpa, no pudo evitar responder, sincero:

—No estás sola, gorrión. Estoy a tu lado.

—Sola...

Un suspiro entrecortado por parte de ella terminó con aquella onírica conversación.

El silencio fue llenado por el ruido de los cascotes y el de las ruedas del carruaje. La palabra «sola» era como una letanía en la mente de William. Laura era una mujer sensible, inteligente y con carácter, ¿cómo era posible que nadie viera eso? Ah, sí, al parecer, el señor Dutton lo estaba

viendo...

Esa idea le molestaba. Podía enumerar mil motivos por los cuales ese hombre no era adecuado para Laura.

¿Y si ella, por puro miedo a quedarse sola, aceptaba un matrimonio por conveniencia? Él no quería imaginarla dando el sí ante el altar, tampoco en su noche de bodas entregándose sin amor...

Pero lo hizo. Le dieron escalofríos.

—William...

Odiaba su nombre completo en la voz de Laura.

—Soy Will, no William.

—Tonto... Te amo, Will.

Y algo de lo más extraño sucedió. No sintió incomodidad, ni pesar. Tampoco compasión o frustración. William se quiso convencer de que ya se había acostumbrado a esas palabras.

Sabía que se mentía. Pero tampoco estaba seguro de lo que sentía en ese momento.

Laura se removió. Somnolienta se enderezó. Su cabello era un desastre y su mejilla estaba colorada por la presión. Sentía la boca seca y se mojó los labios con la lengua. Su expresión parecía bailar en esa delgada línea del sonambulismo y la consciencia. Su voz pegoteada de sueño dijo:

—Perdón, me dormí.

—Lo sé... ¿Todavía te duele la cabeza?

—Un poco... —Echó su cabeza para atrás y se quejó—. Pero ahora me duele el cuello. —Su atención se dirigió hacia la ventanilla, mas solo había negrura en el exterior. No pudo reprimir las ganas de estirarse. Arqueó su torso, tensó sus brazos y gimió largo. Suspiró. Sabía que era inapropiado. Se atrevió a mirar a William para disculparse. Sin embargo—... ¿Por qué me ves así? —Se tocó la cara, una de sus mejillas estaba húmeda. Había babeado. Un rojo furioso intenso se propagó en su rostro en menos de un segundo—. Ay, perdón... Es que...

Se tapó la cara, mortificada. No era capaz de mirar a William. No podía estar más avergonzada. Quería que un rayo la fulminara y la sacara de ese pozo de miseria.

Y ese fue el momento en que William sintió, sin duda alguna, que ya no veía a Laura como una hermana.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Laura bajó a tomar desayuno con su familia. No importaba que durante la temporada trasnocharan casi toda la semana, a las siete y media estaban en pie para iniciar sus actividades diarias.

Sin embargo, cuando ella entró en la estancia solo se encontró con su madre. Ni su padre ni sus hermanos estaban a la mesa.

Laura se sentó y preguntó:

—¿Y los demás?

Margaret, la madre de Laura, respondió:

—Tu padre duerme, ayer fue una jornada horrorosa en el Parlamento. Alec tuvo que viajar, Gabriel se fue temprano a Camdem y Charity está indispuesta... Ya sabes cómo se pone en esos días, necesita dormir un poco más.

Laura entendía a su hermana. Tenía la suerte de no padecer cólicos dolorosos, pero en su caso no le llegaba el periodo todos los meses y, cuando aquello sucedía, necesitaba dormir un par de horas más de lo normal.

—Menos mal que hoy no tiene que impartir clases en la academia.

—Se salvó... —Sonrió. Se hizo un silencio en el cual Laura aprovechó de servirse té, y luego embadurnó una tostada con mermelada de moras. Margaret bebió un sorbo de su café y repuso—: Y cambiando de tema, ¿cómo les fue en la casa del señor Dutton?

—Bien. —Laura le dio una mordida a su tostada, no quiso extenderse más allá de ese monosílabo. Con tan solo recordarlo se cansaba, aquella sensación no era producto del viaje o por lo arduo del trabajo, sino porque cada encuentro con William la dejaba con sus energías drenadas.

Margaret observó a su hija por unos instantes. Por lo general, no era tan conversadora cuando empezaba un nuevo día, pero esa mañana parecía que había que sacarle las palabras con una demanda judicial.

Suspiró, que así fuera.

—¿Le entregaste las invitaciones?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que confirmaría a las que podía ir.

Margaret se masajeó el entrecejo, temía que su hija le agotara la paciencia antes de siquiera empezar el día.

No dijo nada más y siguió desayunando. Esperaría a que el estómago de su hija se llenara y mejorara su humor. Cuando se juntaban los factores cansancio y hambre en el cuerpo de Laura, se convertía en una niña de tres años. Lo mejor era esperar, porque tenía que decirle algo que no iba a ser del todo su agrado.

Diez minutos después, Laura bebió el último sorbo de su té y comentó de buen humor:

—Ah, ayer el señor Dutton dijo que iría al baile de tía Olivia.

Margaret sonrió. Ahora venía lo complicado...

—Oh, maravilloso... Sobre eso mismo. Hemos conversado con las grandes damas, y decidimos que esta vez queremos que todas ustedes vayan al baile.

—¿A qué se refieren con todas?

—Tú, tu hermana y tus primas que imparten clases en la academia, por supuesto.

A Laura le desagradaban los bailes. Durante sus temporadas, con suerte era invitada a

bailar por sus amigos, hermanos o primos. Lo que era bastante frustrante.

En ese momento se dio cuenta de que nunca pudo bailar con William, sus tiempos no coincidieron. Cuando ella debutó, él estudiaba en Italia, y cuando él volvió, ella había dejado de asistir a los bailes. ¿Para qué? A esas alturas ya era una solterona.

Las únicas instancias en las que pudo haber tenido la oportunidad fueron en las celebraciones familiares, pero ella huía. Le aterraba la idea de perder la cabeza entre sus brazos, mirarlo más de la cuenta, que él lo descubriera y...

Tardó demasiado tiempo en comprender que la decepción iba a doler de todas formas.

—Mamá. No sé si podrán persuadir a las demás de que vayan, pero por mi parte, ya sabes que no me gustan los bailes. ¿Cuál es el fin de que yo asista?

—Te recuerdo que tú diste la idea y estás llevando a cabo la gestión de la subasta. Si queremos que esto sea un éxito, debes ir y conversar con los invitados acerca de tu labor y la de William. Es una forma de transparentar el proceso a la aristocracia y, de paso, encumbrar la reputación de los que han aportado sus obras de arte.

Como toda respuesta hubo un quejido.

Laura no tenía posibilidad de rechazar los contundentes argumentos de su madre. Ella y William podían hablar con más soltura sobre el proceso desde un punto de vista más «técnico». No obstante, conocía a su madre y sus verdaderas intenciones. En el fondo Margaret anhelaba que ella, por fin, encontrara a su futuro esposo. Ese baile era una nueva oportunidad, aunque fuera una solterona.

—¿No vas a intentar emparejarme con nadie? —preguntó con desconfianza.

Margaret se apresuró a replicar con un leve tono de indignación:

—Por supuesto que no, hija. Solo es por el bien de la causa.

Laura miró por largo rato a su madre. No le creyó, mas era inútil discutir con ella.

—Está bien...

—Ponte ese vestido hermoso que no estrenaste el año pasado.

—Creo que ya no me queda —mintió. A decir verdad, el vestido era una maravilla, mas no quería llamar la atención. Era rojo... Tan rojo como su rostro el día anterior.

—Bueno, entonces el azul, ese también es bello.

—Ya veré qué usaré ese día.

Margaret soltó un suspiro y negó con su cabeza.

—Mientras no sea un saco de papas, estará bien.

A esa misma hora William caminaba hacia Magno, su negocio de antigüedades. En su cabeza se reproducía una y otra vez todo lo vivido el día anterior... De hecho, ni siquiera pudo dormir bien. Cualquier ruido lo despertaba, y en lo primero que pensaba era en Laura. No lograba ponerle un nombre exacto a esa extraña tensión que existía entre ellos.

Lo único que podía sacar en limpio era que ya le era imposible volver a ver a Laura como una hermana o una prima. Después de su discusión en el almacén hacía dos semanas, él asumió que ella lo veía como un hombre y que ese amor era significativo y profundo.

Un amor que Laura se empeñaba por matar, y él no sabía hasta qué extremo podía ella llegar. La creía capaz de todo.

¿Y qué iba a hacer él? Ni siquiera estaba seguro de lo que sentía. ¿Y si se equivocaba al definirlo como amor? ¿Y si no era real?

¿Y si terminaba provocándole a Laura un daño irreparable?

Detuvo sus pasos.

Una opresión se apoderó de su pecho, necesitaba respirar, sosegar esos latidos que amenazaban con explotar su corazón.

Ese era el temor de él, seguir dañando a Laura. Le importaba, la quería, deseaba verla plena y feliz... pero no sabía si la amaba.

No tenía idea de cómo se sentía el amor entre un hombre y una mujer. Lo había visto miles de veces en los demás, pero jamás lo experimentó en carne propia.

Nunca había amado, nunca se sintió verdaderamente enamorado.

Cuatro días después, Laura y William se encontraban en el almacén número 33. Su conversación se centraba en las obras de arte que iban catalogando. Eran como dos extraños que apenas tenían en común el trabajo que estaban llevando a cabo.

Del mueble que almacenaba los cuadros, Laura sacó una peculiar ilustración enmarcada, la que era protegida entre dos cristales para que pudiera verse el reverso.

Al presentarla en el atril, explicó:

—Esta es una de las dos donaciones anónimas que recibimos. Llegaron a Rock Hall con un mensaje que solo decía: «Un regalo para vuestra causa».

William examinó la pintura por largos minutos. Era de origen indio. Sin embargo...

—Por lo que aprendí en la casa de Dutton, esto puede ser una ilustración estilo Mogol, lo más seguro es que esta hoja provenga de un álbum o un libro.

—Es hermosa. —Se acercó un poco más y entrecerró sus ojos.

—Sí. La técnica de pintura con gouache es soberbia.

—¿Qué es gouache?

—En términos simples es un tipo de acuarela opaca. Mira estos detalles. —La instó a acercarse a él y usó su lupa para que lo estudiaran juntos.

Laura sintió el calor de William. Lo miró de reojo, él parecía pendiente de la pintura. Centró su atención a lo que le mostraba. Jadeó al darse cuenta.

—¿Dorado?, ¿es oro?

William sonrió.

—Así, es. El polvo dorado es una invención de esta década. Todo lo que tenga este tipo de detalles y más de diez años de antigüedad es oro. Impresionante, ¿cierto? —La miró, ella sonreía. Volvió su atención a la pintura—. Deberías usar tus gafas más seguido. Has estado toda la tarde forzando tu vista, después te va a doler la cabeza, gorrión.

Laura quiso responderle que no era asunto suyo, pero el tono de William no fue imperativo. Solo reflejaba preocupación.

Además, tenía razón. Si seguía así, su cabeza estallaría en una jaqueca tarde o temprano. Solía usar sus gafas en su casa o en la academia, solo se las quitaba ante las visitas o cuando salía.

A esas alturas ya ni se daba cuenta en qué momento se las ponía o se las quitaba. Era un acto tan involuntario como los latidos de su obstinado corazón.

Del bolsillo oculto en su falda sacó sus gafas y se las puso. Observó la pintura.

Y todo fue más claro.

De pronto percibió la mirada de William sobre ella mientras él decía:

—Ahora es más hermosa, ¿cierto?

Laura no se atrevió a corroborar sus sospechas. Se convenció de que era su imaginación, y

siguió el hilo de la conversación.

—Incluso viéndola sin gafas es hermosa, pero ahora puedo apreciar mejor los detalles, como esas letras extrañas.

—Quizás qué dirá... Parece auténtica. —Ladeó su cabeza y chasqueó su lengua—. Aunque hay algo raro en ella que no me convence del todo. —Soltó un resoplido y admitió—: Tendré que llevarme este cuadro y recurrir a Dutton, me guste o no.

Laura arqueó su ceja y se irguió.

—Tú, William Witney, ¿tienes celos profesionales?

Él frunció su ceño y también enderezó su postura para responder:

—No son celos profesionales. En su área, Dutton es experto y ha de conocer a especialistas que podrán corroborar lo que estoy sospechando, pero él, como persona, no me agrada.

—¿Por qué? Considero que es de lo más refrescante. No es un estirado pomposo. Me hace pensar que es solo un niño que tiene demasiados juguetes y desea divertirse con alguien, y ese alguien eres tú.

—Yo creo que con quien quiere divertirse es contigo.

—¿Conmigo? —Laura rio a carcajadas—. Ay, William, no, ¿de dónde sacaste semejante idea?

—Mis ojos están lo suficientemente buenos para saber cómo un hombre mira a la mujer que desea. Y si él pudiera, te devoraría entera.

Laura tardó unos segundos en procesar las directas palabras de William. Rio otra vez y negó con la cabeza.

—¿Cómo? Dime, ¿cómo es posible que un hombre con tanto mundo, como lo es el señor Dutton, se va a fijar en mí? Me da la impresión de que él es de gustos más sofisticados en todo orden de cosas. Son imaginaciones tuyas.

El gesto de William se endureció y su tono parecía de reproche cuando preguntó:

—¿Y por qué no se va a fijar en ti?

Laura entreabrió su boca. ¿En serio estaba hablando de Dutton con William? Era ridículo. ¡Absurdo!

—Porque... porque... no soy una... por favor, mírame. Si fuera tan especial, tan irresistible, me habría casado hace más de cinco años. —«O tú me habrías visto hace tres», pensó. En sus labios se dibujó una sonrisa de aceptación de esa realidad y alzó su barbilla con orgullo—. Mi vida habría sido diferente, pero he aprendido que a veces los sueños no se cumplen.

William no respondió. Se quedó mirándola fijo. En su mente intentaba encajar lo que ella le decía con la mujer que tenía en frente. La trató de imaginar con un esposo, hijos... Ni siquiera estaría dirigiendo la academia.

Sería otra mujer.

No sería Laura.

No habría conocido esa versión que era mucho más de lo que ella pensaba de sí misma.

No fue esposa, no fue madre. Pero eso no la definía. Ella era una mujer que era mucho más que un rol; podía enfrentar a hombres en su terreno, de igual a igual, como el inmenso y tosco guardia del almacén; se presentaba con decisión ante las grandes damas, sin dar su brazo a torcer; tomaba el desafío de llevar las riendas de una institución académica; tuvo el valor de confesarle a un hombre que estaba enamorada, aun sabiendo que no era correspondida, porque era el momento de renunciar y avanzar.

Esa versión de Laura era más impresionante que la que se hubiera casado a los diecinueve

o veinte años con algún idiota, que se habría aprovechado de su inocencia y juventud.

Laura, en verdad, era admirable. Y ella parecía no ser capaz de verlo.

William se vio tentado a preguntarle una vez más si estaba satisfecha con su vida, pero no quiso arruinar el momento provocando una reacción a la defensiva por parte de ella. Por fin esa tarde parecían estar en paz. Sin embargo, él se atrevió a decir:

—Bueno, discrepo de tu opinión sobre ti misma. Solo diré que no subestimes a Dutton y sus intenciones.

Laura se encogió de hombros y aseguró:

—Cuando él vaya al baile de tu madre, se dará cuenta de que hay opciones mucho mejores que yo para su propósito.

William no replicó, pero pensó: «Y más le vale a Dutton considerar otras opciones».

Días después y tras una previa coordinación por mensajes, William fue a la propiedad de Edward para que estudiara la ilustración. Durante un buen rato, el señor Dutton estuvo analizando y explicando a William los aspectos técnicos de la obra.

—El estilo Mogol se desarrolló en el siglo XVI al XVIII. Esta ilustración en particular parece pertenecer al periodo del emperador Jahangir, quien gobernó a principios del 1600. —William tomaba notas, frenético, para no perder ningún detalle—. Se aprecia por las pinceladas más finas, colores más claros y en el estilo en general. Es más evidente la influencia europea... Esta ilustración en particular, por el tema y las personas representadas, puede ser de Manohar Das. —Chasqueó su lengua—. Notable sin duda. Sin embargo, sus sospechas están en lo correcto, señor Witney. Esta ilustración no es auténtica.

William sintió orgullo por sí mismo y sus conocimientos. No obstante, aquel hecho suscitaba otras aristas que ensombrecían ese pequeño triunfo.

—A su juicio, señor Dutton, ¿esta obra es una falsificación o una réplica?

Edward se cruzó de brazos y contempló, serio, la ilustración. Tras una breve reflexión, dijo:

—Lo considero una falsificación. —Dio vuelta el marco para exponer el reverso—. Incluso intentaron disimular la antigüedad del papel, entintándolo. Si lo desmontamos, no me sorprendería si no huele a papel viejo. Tengo obras del mismo autor, el color y textura son diferentes. Me pregunto si la ilustración original está aquí en Inglaterra o no. Para hacer una falsificación se debe tener el original para captar todos los detalles.

William se quedó pensativo por unos instantes. Se preguntaba si el donante habría sido consciente de que la ilustración era una falsificación. Sin los conocimientos adecuados era fácil engañar a un comprador. Él sospechó de su autenticidad solo por el tono del papel, de otro modo, también habría pensado que estaba frente a una obra original.

—¿Usted considera ético que subastemos esta falsificación si especificamos que es una réplica?

—Por supuesto. Una réplica se diferencia de una falsificación por la intención. En la subasta no engañarán a los futuros compradores. ¿Es la original? No. ¿Es tan buena que parece auténtica? Sí. ¿Vale la pena comprarla? Absolutamente.

—La podríamos subastar con un lote de objetos del mismo periodo histórico.

Dutton hizo una mueca que señalaba que aprobaba la idea.

—Bien pensado, usted tiene espíritu de comerciante.

—No podría ser de otro modo... —El silencio se cernió entre ellos. William se sintió tentado a pedirle a Dutton que le mostrara su colección, en especial, lo que no alcanzaron a ver la

vez anterior, y que le podría ayudar en su proyecto pictórico.

No...

«Es solo un niño que tiene demasiados juguetes y desea divertirse con alguien, y ese alguien eres tú», a su mente llegaron claras las palabras de Laura.

¿Por qué no? Conocimiento era conocimiento, no importaba si le simpatizaba Edward o no.

—Señor Dutton, ¿sería tan amable de mostrarme el material que me comentó hace unos días? Es para la documentación de mi proyecto.

Edward sonrió y asintió.

—Oh, sí. Le va a parecer muy interesante... Me hubiera encantado que lady Laura estuviera aquí. Creo que a ella también le habría gustado verlo.

William se aclaró la garganta, se rascó la barba y se obligó a ser cortés:

—A ella también le habría encantado, pero sus deberes con la academia la tienen sepultada de trabajo.

—Entiendo... Una mujer admirable, sin duda. Por cierto, ¿no sabe si ella va a asistir al baile que ofrecerá lady Rothbury?

—No lo sé, Laura no es muy aficionada a los bailes. La verdad no creo que asista.

—Oh, es una lástima... No entiendo cómo una mujer como ella no se ha casado.

William se tensó. Los elogios de Dutton eran tan parecidos a los que él mismo lanzó en febrero, cuando todavía ignoraba los sentimientos de Laura.

Incluso en ese momento coincidía con Edward, pero su sentir ya no era el mismo cuando pensaba en lo extraordinaria que era Laura. Y eso mismo le impulsó a decir una verdad a medias:

—Ella aprecia mucho su independencia.

—Ese es el problema de la mayoría de los hombres, intentan confinar el espíritu femenino, en vez de apreciar su infinito valor.

—Es cierto...

Y en su fuero interno comenzó a alzarse una lucha. Dutton parecía sincero y honorable, y era evidente que sentía atracción por Laura.

En circunstancias normales a él le simpatizaría, incluso lo animaría a cortejarla. Pero cuando imaginaba a Laura correspondiendo las atenciones de Edward, solo sentía ira.

En circunstancias normales, le aliviaría constatar que Laura ama y es amada.

Sin embargo, las circunstancias ya no eran las normales, habían cambiado. William no sabía en qué punto la vida se convirtió en una gran ironía. En su último encuentro con Laura percibió que ella estaba manejando mucho mejor su cercanía.

Un angustiante e inmenso sentimiento atenazó su corazón.

Cabía la gran posibilidad de que Laura por fin logró lo que más anhelaba.

Olvidarlo.

Esa misma tarde Charity, Emily y Sophie entraban en el despacho de Laura. Ella alzó su mirada con curiosidad y preguntó:

—¿Pasa algo?

Charity sonrió con malicia y respondió:

—Hemos venido a secuestrarte.

Laura alzó sus cejas y esbozó una sonrisa. De buen humor siguió la jugarreta.

—¿Y por qué me van a secuestrar?

—Consideramos que has trabajado demasiado estas semanas y que necesitas despejarte con

algo de frivolidad.

Sophie asintió y añadió:

—Y hemos decidido ir a Bond Street.

Emily se apresuró a agregar:

—Y no digas que no, porque nosotras también estamos obligadas a ir al baile de tía Olivia. Nuestra madre insistió en que debíamos asistir para representar al cuerpo docente de la academia, y también para vigilar a cierto caballero que está pretendiendo a Eleanor. Al parecer, nuestra hermana menor va a ser la que romperá el patrón de solteronas... Anda, acompáñanos. Retiraremos unos vestidos que mi madre encargó a nuestras espaldas.

Charity hizo un puchero e ironizó:

—Nuestra amada madre también hizo lo mismo. Usó las medidas del año pasado.

Laura resopló, su madre era incorregible. Resignada, se levantó.

—Está bien. Me dejaré secuestrar, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntaron las tres al mismo tiempo.

—Antes de ir al atelier, pasemos por Floris. Quiero cambiar el perfume que uso desde que debuté, necesito algo más maduro y acorde a mi edad. —Ante esa condición, todas se miraron con cautela. Laura frunció el ceño y dijo—: ¿Por qué ponen esas caras?

Charity dudó por unos segundos antes de responder:

—En esa calle está el negocio de Will.

—¿Y qué tiene de malo?

—Bueno, te puedes cruzar con él y tú... Y ustedes... Ay, perdón, solo suelto sandeces.

Ellas no habían vuelto a hablar de William. Parecía ser un acuerdo tácito vetar el nombre de él en presencia de Laura, lo cual ella agradecía. Le eterneció que su hermana y sus primas quisieran protegerla.

—No importa si nos cruzamos con él. En serio. Lo he visto bastante seguido por la subasta y bueno... No ha sido fácil, pero intentamos volver a la normalidad. La última vez estuvimos dos horas sin sacarnos los ojos.

Cautelosa, Emily preguntó:

—¿Tus sentimientos por él están cambiando?

Laura suspiró.

—No... Pero ya me estoy acostumbrando a la idea de que esta situación estaba destinada a ser así. Cuando termine el asunto de la subasta podré tomar la distancia necesaria... y olvidar. En el futuro me reiré de todo esto y diré: «Fui tan tonta, era tan solo una chiquilla ilusa».

«Espero que eso suceda pronto», pensó Laura.

—¡Dios!

William cerró los ojos con fuerza mientras se veía arrastrado por el éxtasis, jamás había sentido algo semejante en su vida. Se derramaba y se derramaba sin poder parar.

No se atrevió a abrir los ojos. Necesitaba alargar un poco más el placer, ese anhelo de sentir su alma unida a la de su amante.

Esperó experimentar aquel aciago vacío en su pecho, ese frío que lo abrumaba cada vez que tenía un encuentro sexual.

Nada de eso sucedió.

Emocionado y colmado de una inigualable satisfacción, abrió los ojos, necesitaba con su vida admirar a su mujer.

Lo sabía, era su mujer, la que yacía bajo él...

Era Laura.

¿Laura?... ¡Laura!

Ella le sonreía y le acarició la mejilla con ternura.

—Me gusta tu barba, Will. —Lanzó una risita maliciosa—. Ha sido magnífico hacer el amor contigo.

William disfrutó del calor de esa caricia, de la maravillosa conexión entre ambos. Al fin podía decir con absoluta convicción:

—Te amo.

El rostro de Laura se desfiguró. Se separó de él y se levantó. Desnuda, recogía su ropa y replicó:

—No puedes amarme, me lo dejaste más que claro. Tú nunca has amado a nadie, no sabes lo que es estar enamorado.

—¿Por qué no puedo? ¿Qué sabes tú acerca de lo que siento o no?

—No puedes y punto... Te dije que intentaría dejar de amarte y lo logré. Esto ha sido por diversión. Soy una solterona, pero no pretendía morir sin saber cómo era el sexo... —Suspiró—. Así es la vida. Demasiado tarde, Will...

William no pudo alcanzarla. Se vio arrastrado fuera de ese lugar. Su mente le decía que era un sueño.

Confusión.

Desconcierto.

«Se siente real. Estoy destrozado».

Una aguda punzada se instaló en su pecho. Como si su esternón estuviera a punto de quebrarse. El corazón bombeaba sangre. Latía, latía y se hacía cada vez más grande.

Resollaba, le costaba la vida respirar.

Despertó. Parpadeó. Los haces de luz lo cegaron por un momento. Las cortinas no estaban bien cerradas.

Le dio la espalda a la molesta luz. Su mano reposaba empuñada sobre su pecho que aún le dolía.

Al menos podía respirar.

Inspiró profundo. Después de interminables segundos en los que pensó que iba a morir, abrió los ojos.

—¿Qué acabo de soñar?

William sabía que estaba en su habitación de Peony House, sabía que estaba solo en su cama, sabía que todo había sido un sueño. No obstante, fue tan vívido, tan real.

El deseo, el éxtasis, la certeza de estar con la mujer de su vida.

La decepción, la ira... Constatar que no era correspondido.

La había perdido. Había perdido para siempre a Laura.

Se giró hasta quedar de espaldas. Se cubrió los ojos con el antebrazo. Soltó el aire de sus pulmones.

—Estoy despierto... Esa mujer me está volviendo loco.

Con el paso de los minutos, el dolor fue remitiendo junto con el recuerdo del desconcertante sueño.

No sabía qué era lo que faltaba para entregarse y aceptar lo que estaba sintiendo. Algo lo retenía para no dar el paso...

«Mentira... lo sabes, cobarde».

—Sueñas tonterías porque ella te ignoró, ridículo —insistió en engañarse a sí mismo. Tal vez si lo decía en voz alta se lo creería—: Ayer la viste feliz mientras paseaba con las demás, sin preocupaciones. Pensaste que entrarían a saludar cuando pasaron frente a tu tienda y ni siquiera se detuvieron... Eso fue todo, te molesta que te ignore, que quizás ya lo logró... Es lógico y natural. Es lo que Laura debía hacer... —Su tono perdió convicción e ímpetu. Obstinado, se obligó a decir—: Después de todo, tú no la...

Ni siquiera pudo terminar la oración. Era inútil, no quiso seguir persuadiéndose.

Capítulo 7

Los anfitriones del baile, los vizcondes Rothbury, daban la bienvenida a los invitados que arribaban al Hanover Square Rooms, lugar donde alquilaron el lujoso salón principal para llevar a cabo el evento social. Peony House, la casa familiar, era minúscula para ese tipo de reuniones, las cuales lograban reunir a más de trescientas personas.

No obstante, no solo los vizcondes, Olivia y Andrew, recibían a los invitados, sino también sus hijos mayores, e iban jerarquizados por la edad, no por su posición. William llevaba un par de años encabezando la comitiva, pues su hermana mayor, Marian, se había casado. Le seguían Anthony, el heredero del vizcondado, y Florence. Los menores, Elijah y Violet, no estaban presentes; el primero, por estar estudiando en la universidad; y la segunda, por no tener la edad suficiente para ir a eventos sociales.

Esa fresca noche de junio era ideal para bailar. La luna y las estrellas resplandecían en el aterciopelado firmamento. Ni una sola nube manchaba aquel espectáculo.

—Señor Dutton, qué placer contar con su presencia —saludó Olivia, complacida por la asistencia del principal donante para la subasta.

Edward hizo una regia inclinación y respondió:

—Mis prioridades han cambiado y me obligan a quedarme en Inglaterra. Sin embargo, es todo un agrado poder asistir. Sus bailes son famosos, milady. —Miró a Andrew. Muchos decían que, con el paso del tiempo, las cicatrices en el rostro del vizconde le hacían parecer más fiero que en su juventud. A sus cincuenta y tres años, todavía podía poner en aprietos a un hombre de treinta. Edward saludó con un respetuoso gesto—. Milord, es un placer conocerlo al fin.

—Mi esposa me ha hablado mucho de usted. —Le ofreció la mano y Edward la estrechó. No era común que un aristócrata tuviera ese tipo de consideraciones con un burgués—. Sea bienvenido, señor Dutton, más rato lo buscaré para conversar.

—Será un placer. —Edward avanzó hacia el siguiente integrante de la comitiva de bienvenida. Con un tono menos formal, saludó a William—: Señor Witney, buenas noches.

William fingió ser un caballero y, amable, respondió:

—Buenas noches, señor Dutton. Permítame presentarle a mis hermanos, el señor Anthony Witney y la señorita Florence Witney.

Edward alzó las cejas, sonrió y saliendo del protocolo dijo:

—Si no me equivoco, ustedes son integrantes del Quinteto Divino, ¿cierto?

Anthony y Florence sonrieron con orgullo al ser reconocidos. El primero era violinista y ella, la violista.

—Así es —respondieron al mismo tiempo.

—He leído mucho sobre ustedes, pero no he podido ir a sus presentaciones.

Florence, con una sonrisa, repuso:

—Espero que pronto lo veamos en una. De seguro mi madre le envió una invitación para la presentación anual que dedicamos a nuestros familiares y amigos. Será el próximo mes.

—Así es, espero confirmar pronto.

Anthony notó que sus padres ya estaban recibiendo a sus tíos, por lo que, muy a su pesar, debía despedir a Dutton.

—Por favor, disfrute de la velada. Tocaremos un par de piezas de dueto con mi hermana durante el descanso de la orquesta.

—¡Excelente! Nos veremos.

William desvió su atención hacia sus padres, conversaban animados con Michael y

Margaret, sus tíos. Sonrió al ver a Charity, tenía la misma cara de hastío que sus primas, Emily y Sophie, quienes llegaron hacía media hora junto con su tía Minerva y una entusiasmada Eleonor. Él estaba convencido de que aquella actitud solo era una máscara indolente, la que les servía para evadir el hecho de que la sociedad las había relegado a desempeñar el papel de «solteronas».

Se distrajo saludando a sus tíos. Cuando desvió la mirada para fastidiar a Charity, se encontró con los ojos de Laura. Llevaba sus gafas con orgullo... Sin embargo, no solo eso era diferente.

Lady Laura Martin se veía escandalosamente hermosa. Ese tono de rojo de su vestido era como la sangre y contrastaba con la piel blanca de sus hombros y del nacimiento de sus pechos. No había volantes, encajes, joyas o adornos que desviarán su atención. Ese atuendo solo engalanaba la belleza de la mujer que ya se situaba frente a él.

La sonrisa en los labios de William emergió espontánea, al igual que sus palabras que se aceleraron al decir:

—*Sei la donna più bella del mondo.* —Un aroma sensual invadió sus sentidos. Tuvo que domar las ganas de volver a dar una larga inspiración para llenarse de la adictiva e indescriptible fragancia.

Laura no sabía cómo responder. Las palabras de William salieron tan rápido que no tenían sentido. Lo único que podía asegurar era que el idioma en que fueron dichas fue el italiano. Era muy malo para su corazón escuchar a William hablando de esa forma, su voz se percibía más grave y seductora que en inglés.

No se explicaba qué tenía el italiano que le hacía pensar en besos y caricias.

«Basta, Laura», se reprendió. De su boca solo salió un glacial:

—Buenas noches, William. —Luego le sonrió a Anthony y a Florence, quienes observaron el intercambio como si hubieran estado en presencia de un unicornio cabalgando sobre un arcoíris—. Tony, te ves muy guapo esta noche, casi pareces un adulto.

Anthony salió de su estupor y replicó la pulla, cáustico:

—Tenemos la misma edad, ridícula.

Laura lo ignoró y le dijo a Florence:

—Controla a tu hermano, si sigue así, tendrás que llevarlo a la habitación infantil de Peony House.

Florence rio y dijo:

—Violet le dará su merecido.

Laura rio femenina y diabólica. Con un altivo gesto se despidió.

Cuando Laura se internó en la inmensidad del gran salón, Anthony y Florence miraron a William.

Su semblante era una verdadera máscara de granito, serio, con sus ojos clavados en la espalda de Laura.

Florence, solo para fastidiar, pasó su mano por el campo visual de su hermano mayor.

—Vuelve, Will... Estás en Inglaterra, no en Italia. —William parpadeó y miró a Florence. Ella le sonrió y añadió—: Cuando papá y mamá nos liberen de este tormento podrás ir tras Laura.

William se sintió expuesto. De momento era mejor hacerse el imbécil —asunto que le salía bastante fácil en el último tiempo— y replicó:

—¿De qué hablas?

—*Pensate che non capisca l'italiano, Guglielmo?* —Una sonrisa burlona se desparramó en los labios de Florence—. ¿Así elogias a las damas que quieres conquistar?

Anthony alzó sus cejas y añadió en el mismo idioma:

—*Sei finito, fratello mio... Sei finito.*

William se aclaró la garganta y un inusitado fuego incendió su rostro.

Anthony tenía razón. Estaba acabado. Esa noche iba a ser un tormento.

Edward esbozó una sonrisa al ver a Laura. Le gustaba mucho la dama. Se preguntaba si, pese a que era hija de un duque, estaría dispuesta a ser cortejada por él. Tenía la sensación de que podrían llegar a entenderse lo suficiente para formar una buena unión.

Nada perdía con intentar. Mientras avanzaba entre los invitados, notó que la dama iba de la mano con otra, la cual era muy parecida a ella. Segundos después se unieron a otras dos jóvenes y se saludaron con alegría y cariño.

Edward sonrió aún más, se limitó a seguirlas de cerca con la mirada y estudiarlas.

En comparación con las muchachitas que estaban pegadas a las faldas de sus madres, esas cuatro mujeres eran singulares. No solo era el tipo de vestido o el color, que difería de las debutantes. Se notaba en la soltura de sus ademanes, en esas sonrisas maduras y francas, en cómo ignoraban los comentarios que hacían a sus espaldas sin disimulo.

Si le pedían en ese momento que eligiera a su esposa entre esas cuatro damas, pues optaría por lady Laura solo porque había tratado más con ella. No obstante, como buen hombre de negocios, no podía ir por el primer par de ojos bonitos sin ver el resto.

Reanudó su avanzada hasta entrar en el campo visual de lady Laura. Ella le sonrió con dulzura y le brindó un femenino ademán a modo de saludo. Para él fue suficiente invitación a unirse. Se acercó al grupo y se inclinó ante ellas con respeto.

—Milady, es un placer y sorpresa verla esta noche. El señor Witney me comentó que no era muy aficionada a los bailes.

—El señor Witney le comentó bien, pero mi madre fue muy persuasiva.

—Entonces he de agradecer a la duquesa.

—Exactamente. —En el breve silencio que se instaló entre ellos, Laura intentó vislumbrar en la insondable mirada de él esa atracción que señaló William, pero no halló nada... de momento. Le distraía ver a Edward vestido como caballero, no parecía sentirse cómodo—. Señor Dutton, permítame presentarle a mi hermana y a mis primas. Trabajan conmigo en la Academia Hope. Ella es lady Charity Martin, imparte clases de etiqueta, arte y literatura; la señorita Sophie Montgomery, ella se ocupa de las clases de ciencias e historia; y la señorita Emily Montgomery se encarga de matemáticas, finanzas y administración.

—Es un placer conocerlas, señoritas, milady.

Sophie fue la primera en tomar la palabra y dijo:

—Nos han hablado mucho de usted, señor Dutton.

—Espero que solo hayan sido cosas buenas.

—La mayoría.

—¿La mayoría? Eso quiere decir que no todo ha sido bueno.

Charity intervino, socarrona:

—Ha sido muy escurridizo para las grandes damas... Siempre se quejan de que es generoso con sus donativos, pero nunca está en Londres para que ellas puedan agradecer como corresponde.

—Me debo a mi trabajo.

Emily, más solemne, terció:

—Nos comentaron que usted está buscando un enlace conveniente. —Edward asintió—. ¿Conveniente solo para usted?

—Para los dos, por supuesto. Sin embargo, considero que, nunca se puede igualar lo que se recibe y lo que se entrega.

Emilyladeó su cabeza e interesada, preguntó:

—¿A qué se refiere con eso?

—Hay personas que consideran valioso qué tan lleno puede estar un joyero, y para otras, basta una flor, un beso.

—¿Y usted qué considera valioso?

Edward se quedó en silencio. Sin duda esas eran las Damas del Diablo, su interrogatorio estaba muy lejos de hablar sobre el clima. Parecía que disfrutaban poner en aprietos a los hombres. Esa pregunta era de todo, menos banal.

—La tranquilidad —respondió sincero—. Siento una profunda aversión a los conflictos, de la índole que sea... —Se aclaró la garganta—. Ustedes son astutas, han centrado la conversación en mí... ¿Qué pueden decirme sobre lo que esperan de un enlace conveniente?

Las cuatro rieron a carcajadas, y llamaron la atención de varias matronas que las miraron horrorizadas ante ese comportamiento vulgar.

Edward no sabía por qué su pregunta les provocaba tanta gracia a las damas. No obstante, no le incomodaba. Curiosidad era un término que describía mejor su ánimo.

Laura se apiadó de su alma y repuso:

—Nosotras no esperamos nada, señor Dutton.

Emily agregó:

—Perdimos el tren del matrimonio, el carruaje nupcial se fue sin nosotras, el barco del sagrado vínculo no atracó en nuestro puerto... Elija la expresión que más le guste.

Charity precisó en voz baja:

—Solteronas... Ni siquiera deberíamos estar aquí, le quitamos espacio a las debutantes. Bueno, a mí me faltan dos temporadas más, pero yo ya he perdido la esperanza de encontrar a alguien decente.

Edward las reprendió con la mirada, mas el gesto era amable:

—Son demasiado duras consigo mismas.

Sophie replicó:

—Somos realistas, nuestro estado civil no nos acongoja; sin embargo, a nuestras madres les preocupa.

Laura estuvo a punto de agregar un comentario, pero sintió que alguien posaba su mano en su espalda baja y dio un respingo.

—Lamento interrumpir la conversación. —Era la voz de William, la percibió muy cerca de ella. El conocido aroma de su viril fragancia era embriagadora—. Laura, mi madre requiere de nuestra presencia en el grupo del conde de Warwick.

Laura tembló. Sentía que la cálida mano de William era enorme. No se atrevió a mirarlo.

—Por supuesto. —Le sonrió a Edward—. Señor Dutton, lo dejo en compañía de las damas. Pese a lo que aparentan, no muerden.

—No, solo despedazan —replicó guasón—. Pero será un placer ser su tributo al sacrificio.

Charity, Emily y Sophie alzaron una ceja al mismo tiempo. Laura tenía razón, el señor Dutton era refrescante. Cualquier otro habría buscado una excusa para huir.

William se llevó a Laura, no sin antes darle una última mirada a Dutton. Para su mala suerte, hicieron contacto visual y Edward le brindó una leve inclinación, en sus labios bailaba

una media sonrisa sardónica.

¿Acaso era un desafío?

¡Pamplinas!

Guió a Laura entre la multitud. No quitaba su mano de la tentadora curva de la espalda femenina. No se resistía a ese toque, era mejor que en sus sueños, que no dejaban de asaltarlo todas las noches.

Por momentos Laura pensaba que se iba a incendiar ahí mismo. Necesitaba deshacerse del terrible y excitante contacto.

Discreta, dio un paso al costado.

De la nada apareció un sirviente por su lado, llevaba una bandeja repleta de copas de champaña. Solo sintió el tirón, gentil pero firme. Se tensó al sentir el cuerpo de William alineado con el de ella. La mano masculina se posaba abierta sobre su vientre.

—Cuidado por donde vas. —La advertencia, lejos de sonar con irritación, le pareció más bien una sensual amenaza.

El baile, ese estúpido vestido, la voz de él, su aroma, todo ponía en jaque su cordura.

Sintió frío cuando él se alejó y susurró:

—Vamos.

Laura y William llegaron por fin al numeroso grupo de conversación. Lady y lord Rothbury los recibieron y los presentaron con orgullo, y una avalancha de preguntas los tomó por sorpresa.

¿Cuántos objetos? ¿Cuál es el más antiguo? ¿El más raro? ¿El más caro? ¿El más hermoso? ¿De qué países? ¿Era verdad que había esculturas de Italia y Grecia?

Cambiaban de grupo y las mismas e interminables preguntas se repitieron, las cuales contestaron con prestancia y a cabalidad.

Laura, muy a su pesar, debía admitir que fueron un buen equipo de trabajo. No se había dado cuenta de todo lo que aprendió de William esos días. No importaba cuán incómodo y molesto estuviera con ella y la situación, se tomaba el tiempo de explicar y enseñar de buen modo.

Fue consciente de que solo faltaba una jornada de trabajo. Ya no habría más encuentros hasta el día de la subasta. De pronto, una profunda desazón inundó su corazón. Después de ese evento, comenzaría la angustiante y terrible espera que el olvido implicaba.

No tenía la certeza de cuánto iba a tardar en convertir ese amor en recuerdo. Todo era cuestión de tiempo y distancia.

Era terrible, a veces el tiempo pasaba demasiado lento y la distancia nunca era suficiente.

—Oh, señor Dutton. —La voz de lady Rothbury la sacó de sus pensamientos—. Únase a nosotros.

Laura miró en la misma dirección que su tía. Edward se acercaba a ellos con una sonrisa. Cuando llegó a su lado dijo:

—Va a ser un inmenso placer conversar con ustedes, pero primero, quería pedirle a lady Laura una pieza de baile.

Laura esbozó una sonrisa y respondió:

—No tengo carnet de baile.

Se suponía que esa respuesta era suficiente para indicar a un caballero que una dama no estaba disponible.

Pero Edward no era un caballero. Laura se dio cuenta de que él era como una tabla de salvación a la forzada cercanía con William.

—Mejor para mí... —Ofreció su brazo—. Si no le importa, quisiera reclamar mi lugar ahora mismo.

—Usted tiene un serio problema de paciencia. —Laura tomó el brazo de Edward.

—A veces, he de reconocer.

Y se marcharon a la pista de baile.

Los ojos de William los siguieron sin disimulo.

Sus labios eran una fina línea.

En el aire sonaron los primeros acordes de un vals.

Su mandíbula se tensó a ver que él la atraía hacia su cuerpo. Estaban demasiado cerca.

Sus fosas nasales se dilataron cuando ella le sonrió. Se hablaban, cómplices.

—William... Querido... —La voz lejana de su madre intentaba alcanzarlo—. Will.

Él miró a Olivia y ella alzó sus cejas, desconcertada.

—¿Qué te ha hecho enfadar?

—¿Por qué lo dices?

—Tu cara lo dice, querido. —Con su pulgar masajeó el entrecejo de su hijo—. Últimamente pasas con el ceño fruncido.

—Perdón, no me he dado cuenta. —Se obligó a sonreír—. Esta es mi cara de seriedad y concentración, solo eso.

—Claro. —Olivia no se tragó esa mentira—. ¿Por qué no vas a tomar aire fresco?

—Sí, eso haré. Gracias...

William se alejó del grupo, mas no hizo lo que le sugirió su madre. Sus pasos lo llevaron a un sofocante rincón que tenía una vista privilegiada de la pista de baile. Como un halcón no dejó de observar a Laura y Dutton.

No dejó de estudiar cada gesto, cada sonrisa.

¿Por qué se sentía tan furioso?

¿Con Dutton por pedirle un baile?

¿Con Laura por aceptarlo?

¿Por qué?

No... Descubrió que estaba enfadado con él mismo.

Los límites ya no eran tan claros. Definitivamente era más que el cariño familiar.

¿Por qué la miraba de otra forma? Necesitaba estar seguro de la respuesta.

¿Se estaba forzando a sentir algo más por Laura?, ¿fue espontáneo?, ¿o fue porque vio cómo era ella en un contexto diferente al familiar?

No comprendía por qué le producía angustia pensar que otro la podía cortejar y, peor aún, desposar. ¿Era una mera sobreprotección o celos?

Lo único que sabía era que no quería perderla, pero sabía que, en cierto modo, ya la había perdido, al menos a su prima.

Y que, con cada segundo que corría, a él se le acababa el tiempo por su indecisión. Estaba perdiendo a la mujer.

La música cesó.

Ya no podía seguir escondiéndose.

Engañándose.

William salió de su rincón y, raudo, interceptó a la pareja. La sonrisa que adornaba el rostro de Laura se esfumó cuando él dijo:

—Necesito conversar contigo en privado.

—¿Es urgente?

—No hay tiempo que perder. Surgió un imprevisto que solo tú puedes manejar.

Laura asintió firme. Edward la dejó ir.

—Vamos.

William la tomó de la mano y caminó dando enormes zancadas. Laura le seguía el ritmo como podía, confundida y preocupada en partes iguales.

Salieron del salón principal y parecía que nadie reparaba en ellos. Atravesaron el inmenso vestíbulo.

William no conocía bien el lugar, pero no le importó. Intentó abrir una puerta y no tuvo éxito. Cerrada.

Y otra, y otra, y otra... Nada.

—William, ¿por qué no me lo dices aquí? No hay nadie en este lugar.

Él miró a su alrededor. Se encontraban en un rellano desierto y en penumbras. Fue consciente de que estaban solos. La música del baile llegaba ahogada a sus oídos.

Ella intentó soltarse de su agarre, mas él no se lo permitió.

—No, Laura... Espera. —Inspiró profundo. Espiró largo. La miró a los ojos.

—¿Qué está sucediendo, William? —preguntó perdiendo la paciencia—. ¿Qué es tan urgente?

El tono de William sonó más duro de lo que pretendía cuando interrogó:

—¿Qué hablaste con Dutton?

—¿Perdón?

—¿Qué hablaron mientras bailaban? ¿Quiere cortejarte?

Laura frunció el ceño. Intentó liberarse una vez más. Y una vez más fue inútil.

—Lo que hable con Edward no es de tu incumbencia, William. Ya hemos conversado sobre esto.

—¿Lo llamas por su nombre? —Sin darse cuenta, avanzó un paso hacia Laura y redujo el espacio entre ellos, al punto de sentir la falda rozando sus piernas.

Laura alzó su barbilla y replicó:

—¿Por qué no?

William boqueó, ofuscado. Tras unos segundos solo pudo balbucear:

—Porque no, es demasiado íntimo...

Laura resopló. Otra vez volvían a lo mismo.

—Eso tampoco es de tu incumbencia. ¿Qué demonios te sucede, William? No es tu problema... No soy tu problema.

—En este momento eres el mayor de mis problemas, Laura.

Ella quiso liberarse una vez más. Él no cedió ni un milímetro.

—¿Y ahora qué hice? ¿¡Qué tengo que hacer para que estemos en paz!?

William no dijo nada. La miraba fijo, severo. No había vuelta atrás.

—Me rindo... Que todo se vaya al demonio.

La tomó por la cintura y la besó.

Capítulo 8

Laura no entendía qué estaba pasando. Sus labios se unieron a los de él, desobedeciendo a la razón que le decía que aquello era imposible.

Era su primer beso y nunca imaginó que sería de esa forma.

Era su primer beso y no sabía si abofetear a William o dejarse llevar.

¡Al demonio! Nunca más tendría una oportunidad como esa. Después lo pensaría. Después se arrepentiría.

Respondió a ese llamado primordial que la reclamaba.

Abrió su boca y le dio la bienvenida al hombre que amaba.

Sus alientos se fundieron y sus respiraciones fueron al mismo delirante compás. Sus lenguas se degustaron y reconocieron el sabor del otro.

Bebieron del otro.

Laura sintió la frialdad de la pared en su espalda. Ni siquiera se había dado cuenta de cómo llegaron a ese punto del rellano. No le importó.

William soltó la mano de Laura solo para enmarcar el rostro y no permitir que se alejara, aunque ella no daba señales de huir. Su boca sabía a inocencia y a fuego, y revivía esa parte dormida de él, la que creía que jamás despertaría.

Laura, al verse liberada, se ancló al cuello de él y profundizó más el contacto. Aquella sensación de estar unidos le arrancó a William un grave gemido, que llegó ahogado a la garganta de ella.

La mano que permanecía aferrada a la cintura de Laura se soltó y vagó, errante, hacia el sur. En el interior de William se desató algo más fuerte que el simple deseo. Fue consciente de los latidos de su corazón, de la atracción que lo empujaba a ella. Quería descubrir cada centímetro de ese cuerpo, poseerlo cada día, cada noche. Acarició el glúteo y lo reclamó para sí, era perfección hecha carne. Descendió más y, al llegar al muslo, la instó a alzar la pierna y que se anclara a su cadera. Por sobre la ropa, rozó el monte de Venus con su tenso y anhelante promontorio. Siseó. Un ramalazo de placer lo llenó de vida. El deleite unido a lo que sentía en su corazón le confirmaba lo que decidió mucho tiempo atrás. No volvería tocar a una mujer a menos que estuviera enamorado.

Y lo estaba, hasta lo más profundo de la médula de sus huesos.

Laura jadeó ante el sensual contacto, era justa la presión que necesitaba en ese punto sensible de su cuerpo, y que no sabía cómo aliviar. Una inusitada y palpitante necesidad rugió entre sus piernas. William la saciaba y llenaba de anhelo con cada uno de sus roces. No pudo evitar pensar que se parecían a una de las esculturas eróticas de Dutton. Ambos se movían para estimularse y estimular.

Jadeaban en la boca del otro. Se alimentaban del otro.

Ninguno de los dos quiso decir una palabra. Temían que el voluptuoso hechizo se rompiera.

Los labios de William iniciaron el recorrido para saborear la piel de Laura. Aspiraba esa fragancia que lo volvía loco desde que la sintió al pasar por su lado. Besó y lamió el cuello, sin dejar de mover sus caderas y avivar el fuego que incendiaba a la mujer que tenía entre sus brazos. Se preguntó qué tan húmeda estaría. Se imaginó entrar en ella y embestir sin cesar hasta hacerle gritar de puro placer. Era tan receptiva, tan desinhibida y dispuesta a vivir.

Su boca se perdió en el nacimiento de esos pechos que lo desafiaban a cruzar el límite del pudor.

Bajó el escote y devoró. Se llenó la boca de ella. Laura echó la cabeza hacia atrás. La piel le ardía, cada lamida era un erótico tormento. Su cuerpo sentía... ¡Sentía! No era un amasijo de huesos, músculos y piel que encerraban su espíritu.

Necesitaba sentir a William entero, su piel desnuda rozando la suya, llenarse los pulmones de su aroma. Que el tiempo se detuviera lo suficiente para disfrutar de ese instante como si fuera una eternidad.

—¡Will! ¿Dónde estás?

Era Anthony que lo llamaba a lo lejos. Laura y William se paralizaron por medio segundo.

Tarde o temprano estaría frente a ellos, y si los descubría los obligarían a casarse. Ninguno de los dos quería llegar a ese extremo de esa forma.

Sus miradas lo dijeron todo e hicieron un pacto sin decir una palabra.

—¡¡Will!!

Se separaron conteniendo el aliento. Debían actuar con celeridad. Dando resuellos, William subió el escote de Laura, al tiempo que ella le enderezaba la pajarita.

Adecentaron sus ropas. Ella arregló ese mechón rebelde que bailaba sobre la frente de él. Él acarició con su pulgar los labios hinchados que acababa de besar. Laura era una verdadera Afrodita. Se miraron de arriba abajo, buscando un defecto, un detalle fuera de lugar y asintieron.

El plan era sencillo y efectivo. William saldría primero y se llevaría a Anthony al salón principal.

Fueron conscientes de sus respiraciones aceleradas.

Él dio un paso para alejarse de Laura, mas le fue imposible avanzar más. Se detuvo, dio media vuelta y la volvió a besar.

Corto, crudo, tan intenso que iba más allá del anhelo.

—En cuanto se dé la oportunidad, hablaremos, *cara mia* —susurró sobre sus labios, dejándola con el alma a punto de salir de su cuerpo.

Se alejó. Sus pasos eran seguros pero apresurados. Con cada segundo que transcurría, se volvían menos perceptibles a oídos de Laura.

—¡Tony! —Era la voz de William—. Pensé que me había perdido. Es gigantesco este lugar.

Y ya no escuchó nada más.

Soltó el aire de sus pulmones.

¿Qué acababa de suceder?

¡¿Qué demonios acababa de suceder?!

Se tocó los labios, los pechos, el rostro. Sintió su feminidad húmeda y resbaladiza... No era la primera vez que la sentía así, pero no de esa alarmante manera.

¡Por los clavos de Cristo!

William la había besado. No. ¡¡William la había devorado!!

¿Por qué? ¿¡Por qué!?

Intentó encontrarle sentido a las palabras, a las acciones de él desde que se la llevó a «hablar algo urgente».

¿La estaba castigando?

¿Acaso él solo quería asustarla mostrándose tan pasional?

¿Cabía la remota y minúscula posibilidad de que los sentimientos de William hubieran cambiado en los últimos días?

¿Cómo? ¿En qué momento?

Recordó los consejos de sus amigas casadas. Ella no se sintió incómoda ni le molestaron

los avances de William. Lo cierto era que confiaba en él y ella deseaba experimentar. Aunque fuera una vez, quería sentirse como una mujer, y no como una niña frágil que no conoce nada de la vida.

Dios, casi hicieron el amor ahí en ese rincón. Sabía que eso iba a suceder de no haber sido interrumpidos por Anthony. No dudaba de que se habría entregado sin siquiera pensar en las consecuencias.

No sabía si Tony fue una maldición o una bendición.

Inspiró y exhaló... inspiró y exhaló... inspiró...

¿Cómo diablos iba a entrar en ese salón y fingir que nada había pasado? Ni siquiera se sentía ella misma después de ese beso.

Quizás nunca más volvería a ser la mujer que fue hacía diez minutos.

Se quedó un rato esperando a que el calor de sus mejillas se disipara y los latidos de su corazón se ralentizaran. Estaba segura de que tenía escrito en la cara que había estado besándose con William como si el mundo se fuera a acabar.

Quizás era un poco de eso. Lo besó como si se fuera a morir de un momento a otro.

Inspiró profundo, les ordenó a sus pies que se movieran. Se sorprendió de que su cuerpo le obedeciera. Un paso se sucedió al otro y logró caminar con la suficiente entereza para volver al baile, sabía que pronto estarían preguntando por ella.

Salió del rellano con cautela. No había nadie, cruzó el vestíbulo tratando de actuar natural y llegó al gran salón.

La música le dio la bienvenida. Caminó entre los invitados, saludó a algunos conocidos por su paso y se encontró con Charity, Sophie y Emily. Las tres sonreían y conversaban animadas.

—¡Al fin has vuelto! —celebró Charity—. Pensé que te habíamos perdido hasta el final del baile.

Laura negó con la cabeza y se excusó:

—Tía Olivia está haciendo una campaña intensa para promover la subasta, eso es todo.

Emily tomó del brazo a Laura y preguntó:

—¿Por qué no nos dijiste que el señor Dutton tenía poderes mágicos?

Laura rio. Aquella interrogante la distrajo de sus turbulentos pensamientos —cosa que agradeció— y respondió:

—¿Los tiene? Yo solo sé que tiene montañas de dinero y arte indio. ¿Por qué me preguntas?

—Todas bailamos con él.

—¿En serio?

—Así es... y después todos los caballeros se dieron cuenta de que existimos. Apenas ahora nos desocupamos.

Sophie bebió un sorbo de limonada y añadió:

—Jamás había bailado tanto. Me duelen los pies, pero lo he disfrutado mucho.

Laura alzó sus cejas, se suponía que a Sophie no le gustaba bailar y repuso:

—Vaya, Edward parece ser nuestro hado padrino.

—¿Lo llamas por su nombre? —interpelaron las tres al mismo tiempo.

De inmediato esas palabras le recordaron a William. Reprimió el impulso de buscarlo con la mirada.

—Él me lo propuso. Me simpatiza y me parece que no es necesaria tanta formalidad con él, ¿no creen?

Charity miró el cielo raso, pensativa, y dijo:

—¿Querrá cortejarte?

Laura se encogió de hombros.

—No lo sé... Es encantador, pero, aunque él tenga la intención, no me siento preparada.

Las damas entendieron a qué se refería Laura. Sin embargo, ignoraban que, si antes para ella era difícil olvidar a William, ahora era casi imposible.

De soslayo, Laura notó que un caballero se acercaba a ellas, si no mal recordaba era lord Matlock. Él se inclinó y las cuatro damas hicieron una leve reverencia.

—Lady Laura, buenas noches... —Sí, era él. Su tono profundo de voz era inolvidable—. No sabía que usaba gafas.

—Buenas noches, milord... Los años no pasan en vano —aseveró, se sintió en la necesidad de puntualizar que ya era «vieja» para los cánones sociales—. ¿Ha disfrutado del baile?

—Por supuesto. —Dio un rápido barrido visual—. Su tía se ha lucido este año.

—Ella siempre se esmera. Por cierto, en nombre de la Academia Hope, permítame agradecerle la donación que su señoría ha hecho a la causa.

—Ha sido un placer. Las grandes damas son muy persuasivas... —Esbozó una sonrisa y preguntó—: Milady, ¿me concedería el honor de bailar una pieza?

Laura parpadeó, sorprendida ante el cambio de tema, y musitó un desconcertado:

—Sí... esteeee, pero no tengo carnet de baile.

—Oh, eso no importa. ¿Podría ser la que van a tocar a continuación?

Laura asintió. Ella no era una debutante, pero no podía desairar a un caballero negándose. Lord Matlock le ofreció el brazo para que lo acompañara a la pista de baile.

Cuando Laura se alejó lo suficiente, Emily, Charity y Sophie rieron. Lo que estaba sucediendo esa noche no tenía precedentes. De hecho, el mismo caballero ya había bailado con ellas. Aquella insólita reacción les hizo preguntarse por qué, después de tantos años, los aristócratas habían reparado en ellas.

Los hombres eran seres muy extraños.

En el mismo instante en que William vio a Laura bailando con lord Matlock, se excusó del grupo de conversación en el cual estaba respondiendo un entusiasta interrogatorio, y se marchó sin notar que alguien lo observaba.

Se acercó a la pista de baile y aguardó. Necesitaba hablar con Laura. Disculparse por haber sido tan animal y sincerarse con ella. Ni él comprendía hasta donde había llegado. Cuando se trataba de mujeres no era impulsivo ni avasallador. Sin embargo, al sentir la boca de Laura respondiendo a su beso con la misma pasión y entrega, perdió la cabeza y el corazón. Ya no...

—¿La va a cortejar? —Escuchó una voz conocida que interrumpió sus pensamientos. Era Edward. Estaba cruzado de brazos mirando hacia la pista de baile—. Porque si no lo hace...

No había que ser una luminaria para saber a quién se refería.

William también se cruzó de brazos y replicó, categórico:

—Tenga por seguro que me casaré con ella.

Edward hizo una mueca. Esa respuesta que parecía tan sólida no lo convencía del todo e insistió con un retintín de burla:

—Y por casualidad, ¿ella lo sabe?

William tensó sus músculos. Ni siquiera pensó en mentir, ya no consideraba a Dutton como un peligro para sus intenciones y replicó, sincero:

—Aún no.

—Entonces ella aún puede declinar su propuesta. —William inspiró hondo ante esa posibilidad, sus pulsaciones se aceleraron al punto del dolor. Laura respondió a su beso, pero no podía cantar victoria, no era garantía de nada. Si tenía que arrastrarse y humillarse ante ella, lo haría sin dudar. Edward, ajeno a esa lucha interna, agregó—: Le recomiendo que se lo haga saber pronto. Por si no se ha dado cuenta, no soy el único que ha notado lo interesante que es la dama... O puede ser que los caballeros se sientan amenazados. —Lo miró de soslayo—. Los de su clase...

William frunció el ceño e interrumpió:

—Yo no soy un aristócrata, señor Dutton. —Con un ademán de cabeza señaló a los hombres del salón y agregó—: Ellos siempre me lo han dejado en claro. Solo soy un bastardo que tuvo la gran suerte de tener una madre que nunca se avergonzó de mí, y un padre que me aceptó como si mi sangre fuera la suya.

—Conozco la historia... Mis más sinceras disculpas si lo ofendí... —William asintió—. Bueno, como decía... Los caballeros parecen sentirse amenazados cuando un hombre como yo se fija en una de sus damas.

—Así actuán. Suelen tomarse atribuciones que no les corresponden. En todo caso, ninguno de ellos es competencia para mí, no conocen a Laura como yo.

Edward arqueó una ceja. Nombrar a la dama en voz alta y clara ya era una irrefutable admisión. Ah, tal parecía que debía considerar otras opciones. Una lástima.

—Usted cuenta con la ventaja de que no se encontrará con sorpresas una vez casado. —Lo miró burlón, como si estuviera lanzando un desafío. Le gustaba sacar de sus casillas al señor Witney, era divertido ver a un hombre perdiendo el control por una mujer—... Si es que se atreve a pedir su mano.

—Lo haré. —Su mirada determinada coincidió con la de Edward—. Laura se casará conmigo.

—Esperaré mi invitación a su matrimonio entonces... —Ladeó su cabeza—. Si me intereso por una de sus primas o su talentosa hermana, ¿encontraré la misma oposición de su parte?

Si William tuvo alguna duda de sus sentimientos por Laura, aquella pregunta terminó por sepultarla. Esa aversión visceral ante la idea de que Dutton cortejara a las aludidas no se hacía presente. Debía admitir que no tenía nada en contra de él, su animadversión aparecía cuando Laura entraba en la ecuación.

—Puede interesarse en la reina Victoria si quiere.

—Es un alivio... Las damas de la Academia Hope son muy singulares, en el buen sentido de la palabra. Hacen que los encantos de las jóvenes debutantes parezcan sosos, no representan ninguna clase de desafío; demasiado complacientes, demasiado sonrientes. Ah, y sus madres, qué terrible. Me las imagino de suegras y la idea del matrimonio pierde atractivo.

—Usted es demasiado mayor para esas jovencitas, es lógico que se sienta así.

Edward lanzó una risita grave.

—Puede que tenga razón, señor Witney. —Hizo una pausa y luego dijo—: Pero soy un hombre obstinado, sopesaré todas mis opciones... incluyendo a lady Laura si usted no se apura. La dama no lo esperará para siempre, no desde que vio mi colección de esculturas.

William tensó su mandíbula. Recordó lo que sucedió en ese rellano, su cuerpo evocó el de Laura. Carraspeó.

—Pronto le llegará la invitación, Dutton.

—Seré el primero en confirmar. Si me disculpa, iré a ver si alguien supera a las Damas del Diablo.

William detuvo la retirada de Edward sujetándole el brazo firme, mas no amenazante, y dijo:

—Las Damas del Diablo son mujeres que saben lo que quieren, Dutton. Y me atrevería a decir que no desean un enlace por conveniencia.

—Podría sentir un sincero afecto.

William negó y sonrió.

—¿Por qué cree que siguen solteras? Ninguno de los que están aquí es capaz de dar lo que ellas están dispuestas a entregar. Tampoco son lo suficientemente hombres para soportar una mujer con carácter e independencia.

—Y eso a ellas les sobra por lo que veo.

—Si va por una de ellas, más vale que se enamore hasta la médula. No aceptarán cambiar sus vidas privilegiadas por menos que eso.

—Ya veremos. Nunca se sabe, Witney.

William esbozó una sonrisa y negó con su cabeza. Ese hombre no dimensionaba en lo que se estaba metiendo si decidía fijarse en una de las Damas del Diablo.

Lo soltó y Edward prosiguió con su búsqueda. La noche aún era joven.

Cuando William volvió a fijarse en la pista de baile, maldijo por lo bajo. Dutton lo distrajo demasiado y no se dio cuenta de que Laura ya había terminado de bailar con lord Matlock.

No obstante, al dar el primer paso hacia ella, se detuvo. Otro caballero la invitó a bailar y aceptó.

Puso los ojos en blanco y resopló. Se arrepentía de haber vaticinado que esa noche sería un tormento, fue una especie de profecía autocumplida, porque estaba resultando insoportable.

—William, únete a nuestro grupo, por favor —lo llamó el duque de Wexford, un gran amigo de sus padres. No le quedó más remedio que fingir una sonrisa y volver a conversar—. Cuéntanos, ¿qué es lo que has traído de Italia?

Sí, esa noche resultó ser un tormento para William. Pareciera que todos los dioses de todas las civilizaciones se habían puesto de acuerdo para torturarlo.

Cuando lograba zafarse de un grupo de conversación, Laura ya estaba bailando con otro caballero. Y así sucedió una, y otra, y otra, y otra vez.

Una eternidad después, la música cesó para el descanso de la orquesta. Sus hermanos presentaron un interludio musical de veinte minutos, lo que significó que perdiera de vista a Laura.

Cuando volvió la orquesta y se reanudó el baile, no encontró a Laura por ninguna parte. No le quedó más remedio que preguntar a sus tíos o primos, con el riesgo que pareciera sospechoso su interés. Necesitaba la ventaja de la confianza...

Ahí, su tío Michael estaba en un grupo pequeño. Perfecto.

Se acercó y, discreto, preguntó en voz baja:

—Tío, ¿ha visto a Laura? Necesito conversar con ella.

—Oh, se marchó a Rock Hall hace una media hora. —Sonrió, satisfecho a la par de asombrado—. Estaba cansada, bailó demasiado esta noche.

William se comió una maldición para que no saliera de su boca. ¿Cuánto más tendría que esperar? «Laura esperó por ti tres años, pedazo de imbécil. Deberías quedarte sentado hasta el día del juicio final como castigo a tu estúpida ceguera», se reprendió.

En ese momento, se dio cuenta de que nunca había bailado con Laura... ¿Por qué? William

se sacudió los pensamientos, se obligó a sonreír y dijo:

—Es cierto, pocas veces la he visto bailar... Bien... Tendré que conversar con ella otro día. No era tan importante. Gracias, tío.

Una gran mentira. Era crucial esa conversación, no podía esperar más.

Volvió a mentir, se excusó con su madre poniendo una convincente cara de enfermo. Una insoportable y repentina jaqueca fue su dolencia. Mejor se marchaba al estudio, el cual se encontraba en una zona más silenciosa que Hanover Square.

A la salida alquiló un carruaje, su destino y su vida residía en Rock Hall.

Capítulo 9

Laura se acostó y se quedó mirando fijo el cielo raso. A su memoria volvía una y otra vez su encuentro con William y evocaba en su cuerpo el aroma, el tacto y la voz de él. No quería cerrar sus ojos y que el sueño la venciera, tampoco tenía ganas de apagar la vela y sumirse en la ominosa oscuridad de su habitación.

Debería sentirse eufórica, llena de expectativas; sin embargo, tenía que admitir que el sentimiento que predominaba era el miedo.

No dudaba de su capacidad mental. Los besos, las caricias no fueron su imaginación ni un sueño. No temía a que al amanecer se diera cuenta de que nada sucedió.

Ella le temía a esa conversación con William y no estaba tan segura de que todo llegara a buen puerto. El comportamiento de él había sido tan errático las últimas semanas, que ya no podía asegurar que estaba en sus cabales cuando la besó... No quería escucharlo decir: «Perdona mi mal comportamiento», «Olvidemos lo que sucedió», «Fui débil», «Cometí un error», «No sé qué me pasó»...

O peor aún: «Fue tu culpa, tú me provocaste».

Le aterraba ilusionarse... y luego decepcionarse.

Sus ojos se anegaron en lágrimas. Tal vez eso era lo mejor, decepcionarse al punto de matar ese amor desde la raíz.

Quizás sí podía admitir que todo lo que le estaba pasando era su culpa. Lo idealizó al punto de no ver que William también tenía defectos que tal vez ella no podría soportar.

El sonido del picaporte abriéndose la sacó de su estado meditabundo. Se incorporó con brusquedad y sus lágrimas cayeron. Las secó, apresurada.

Abrió la boca y ahogó un jadeo cuando William asomó su cabeza y la miró. Él no esperó una invitación o autorización, solo entró y cerró con llave sin ofrecer ninguna excusa. Dio media vuelta, mas no avanzó.

Laura se espabiló y se cubrió con el cobertor hasta el cuello. Reacción bastante absurda si él había besado, lamido y...

Sus mejillas se incendiaron. Su voz apenas salió cuando preguntó:

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí, William? —Laura ni siquiera se preguntó cómo él había llegado hasta su habitación. Él conocía la casa como la palma de su mano, y eso incluía la forma de entrar sin ser detectado por la servidumbre.

William no avanzó. No porque no quisiera, sino debido a que no confiaba en sus propios impulsos. Estaban solos en esa habitación y había una cama. En voz baja respondió:

—Dije que hablaría contigo en cuanto se diera la oportunidad.

—¿Y no pudiste esperar hasta mañana?

—No. Necesito aclarar todo ahora.

Con un ademán, Laura lo invitó a sentarse donde él estimara conveniente. Sería contraproducente armar un escándalo intentando expulsarlo de su habitación. William no se arriesgaría a irrumpir en una casa ajena y entrar en el dormitorio de una mujer soltera solo porque sí. Lo conocía, para él aquella intrusión no era un juego o un capricho. Sus motivos debían ser poderosos y urgentes.

William avanzó y dio un barrido visual por la estancia. La última vez que entró en ese lugar había una casita de muñecas, soldaditos de plomo, caballitos y naipes. Ahora no se diferenciaba mucho de su propia habitación. Una cama sencilla y mesitas de noche a cada lado, un tocador, un ropero, un pequeño escritorio. La decoración era femenina y delicada. Tomó una silla y la situó

de revés frente a Laura, se sentó apoyando sus brazos en el respaldo.

El silencio se apoderó de la atmósfera. William la miraba sin saber cómo empezar. Laura resopló.

—Si vas a quedarte toda la noche mirándome, créeme que no es lo que yo entiendo por una conversación urgente.

Sí, ahí estaba Laura, belicosa y sin ganas de seguir esperando. William inspiró y dijo:

—Primero, debo disculparme por mi comportamiento...

Laura sudó frío, aquello no auguraba nada bueno. Todo su cuerpo se tensó al decir:

—Disculpas aceptadas. Puedes retirarte.

—¿Podrías dejarme terminar? —Laura lo miró de mala gana y no dijo nada más. William añadió—: Nunca me comporto así, no debí hacerlo...

Cada palabra que salía de la boca de William, Laura la sentía como un golpe. No fue capaz de mantenerse en silencio y arremetió:

—Pero lo hiciste y de seguro estás muy arrepentido, debiste sentirte asqueado por lo que pasó... Claro que no volverá a suceder, el mal sabor de boca será suficiente recordatorio para no repetirlo... Por mi parte te puedes ir al demonio. —No quiso seguir escuchando las justificaciones de William—. Vete de una vez por todas. No quiero verte nunca más. —Se acostó y se tapó hasta la cabeza. Se ovilló. No quería que él la viera llorar. Estaba harta de dar lástima.

«Nunca más... nunca más», pensó sintiendo la hiel del arrepentimiento llenando su boca.

William se dio de cabezazos en el respaldo de la silla. No sabía si Laura estaba molesta por lo que hicieron, o si ella había malinterpretado sus palabras... Pero nada de eso importaba demasiado, él ya estaba ahí, y esa terca mujer debía escuchar todo lo que tenía que decir y aseguró:

—No me arrepiento de lo que hice. —El bulto en el que se había convertido Laura no se movió—. Los celos me estaban comiendo vivo... Y quería... No... Necesitaba... Necesitaba preguntarte si aún sientes algo por mí.

Silencio.

William tragó saliva. Sus palmas sudaron. Un nudo se tensó en su vientre. Necesitaba acabar con aquella tortura.

Era la primera vez que se declaraba. Pese a que hubo muchas mujeres en su pasado, nunca salieron esas palabras de su boca, siempre la atracción fue mutua, espontánea y superficial.

Sin amor.

—No importa si ya no me quieres... Pero debo reconocer que cuando me confesaste tus sentimientos, pensé que era imposible que yo te correspondiera. Lo pensé porque creí que te conocía, que eras la misma Laura de siempre, pero estas últimas semanas me di cuenta de que no. Ni siquiera un poco... —El bulto se movió y se sorbió la nariz—. La mujer que conocí me sacó de quicio, no es complaciente y tampoco sumisa. Es desafiante, orgullosa y no aguanta que ningún imbécil la trate con condescendencia... Y estoy seguro de que aprendió a no aceptar las migajas de cariño de nadie...

»Hasta hace unos momentos creí que todavía sentías algo por mí. Ahora no lo sé... Quizás me lo merezco por haber subestimado tus sentimientos, no tenía el suficiente valor para lidiar con la posibilidad de que podían cambiar los míos. Y sí, ya no siento lo mismo que antes. —Y William constató en carne propia lo difícil que era reunir el valor para entregar la vida, el corazón y el espíritu al decir—: Te amo, Laura... con toda mi alma.

Se quedó en silencio y solo se escuchaban los sollozos de ella. El bulto se movía al compás del lamento.

Le angustiaba escucharla llorar. Necesitaba con todo su corazón aliviar ese dolor. Se odió por siempre ser el culpable de ello.

No lo soportó más.

Se levantó de la silla, se acostó en la orilla de la cama e instó a ese bulto a que le permitiera abrazarlo. No hubo resistencia.

—Laura, si queda algo de afecto, por favor, dame una oportunidad para hacerlo crecer de nuevo. Déjame ganarme tu corazón... Y si lo intentas y no resulta... Me iré a Italia para dejarte en paz. —«Y no sentirme destruido cada vez que te vea», pensó. Se dio cuenta de lo débil que era. Laura aguantó mucho mejor el no ser correspondida y actuar conforme a la situación. Él no podría. Le insistiría, la buscaría y al final ella lo iba a terminar odiando—. Y no volveré. Te lo prometo.

El sollozo de Laura se intensificó. No obstante, ella se removió y él la liberó de su abrazo para permitirle salir de su escondite. Se sentó. Su cabello despeinado parecía ser el de Medusa. Su rostro estaba congestionado, era un verdadero desastre húmedo y colorado.

A William le pareció que Laura era la mujer más adorable del mundo. Le ofreció su pañuelo y ella lo recibió, hipando. Se sonó y se secó las lágrimas.

Laura tenía su garganta apretada. Había escuchado cada una de las palabras de William y aun así no podía creer lo que estaba sucediendo. Inspiró profundo. Con un hilo de voz dijo:

—¿Y cómo sabes que lo que sientes es amor? A lo mejor solo fue el calor del momento.

William negó con la cabeza.

—Simplemente lo sé, Laura. Ni siquiera puedo explicar cómo cambiaron mis sentimientos, pero sucedió. —La miró a los ojos y acarició su mejilla—. Solo me basta saber si aún me amas para irme o quedarme.

Laura se imaginó su vida sin él. Era insoportable, tan insoportable como la idea de que él no la correspondía. Sin embargo, ahí estaba él pidiéndole una oportunidad.

En realidad, la oportunidad era para ambos.

—No te vayas, Will. Te lo suplico. —Su voz se quebró. Suspiró entrecortado y lo miró. Su mentón tembló antes de decir—: No he podido dejar de amarte... ni un poquito. Quédate conmigo.

Él parpadeó. Laura lo llamó Will... Todavía lo amaba.

La palabra felicidad cobró otro sentido para él. Ya no era esa sensación satisfactoria y efímera que lo colmaba por un instante. Ahora comprendía que la Felicidad —sí, con mayúscula— era saber que amaba a Laura, y que ella lo amaba a él. Era tener la certeza de que tarde o temprano serían esposos, que vivirían juntos lo bueno y lo malo y, si tenían la bendición de Dios, tendrían hijos que serían la milagrosa mezcla de ellos dos. William estaba seguro de que esa radiante y maravillosa sensación iba a ser constante e imperecedera.

Entre sus manos enmarcó el rostro de Laura. Ella le sonrió y, pese a las lágrimas, esa sonrisa sí llegó a sus ojos.

—*Cara, cara mia...* —Sus frentes se tocaron—. Déjame hacerlo bien esta vez, vuelve a decir tus palabras de febrero, te lo ruego.

Laura cerró sus ojos, dos lágrimas cayeron pesadas. Volvió a sentir el dolor y la decepción que la embargó ante el esclarecedor silencio de William. Inspiró profundo y repitió con renovada esperanza:

—Te amo, Will... con toda mi alma.

William sintió el pecho apretado como si el corazón le fuera a estallar. Acarició los pómulos húmedos y dijo:

—Yo también te amo, Laura. Soy todo, todo tuyo. Y si fuera por mí, me caso contigo mañana mismo para no seguir prolongando tu espera. —Ella negó con su cabeza. William sintió que el corazón se le detuvo. Se alejó un poco para observarla bien cuando preguntó: ¿No quieres casarte conmigo?

Laura se sorbió la nariz y repuso:

—Oh, sí que quiero, pero... Si nos comprometemos, no disfrutaremos de la libertad que tenemos ahora.

—¿Tú crees? No digamos que tus padres o los míos son muy estrictos. Ya viste que con mi hermana y Horatio fueron bastante laxos.

—Estaban en medio de una investigación de asesinato, Will...

—Y nosotros estamos en medio de la organización de la subasta... —Resopló, lo que menos quería era tener una relación a escondidas con Laura, no después de ese beso que casi pasó a mayores—. ¿Y qué propones?

—¿Nos podemos comprometer después de la subasta?

William lo sopesó por unos momentos. Podía soportarlo, no quedaba tanto tiempo.

—Está bien. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Si llegamos a hacer el amor, nos casamos de inmediato con una licencia. No prolongaremos ni un día la espera, porque podrías quedar embarazada. ¿Estás de acuerdo?

Laura estuvo a punto de rebatir. No obstante, en aquella condición subyacía un motivo más profundo, un temor. William era el producto del amor de su tía Olivia y su prometido, lord Felton. Su vida habría sido muy diferente de haber nacido dentro de un matrimonio.

A William no le faltó amor, ni tuvo que luchar por la aceptación de su familia. Sin embargo, la sociedad siempre, de una forma u otra, le recordaba que era un bastardo con suerte. De haberse cumplido el propósito del bisabuelo Joseph, William habría muerto antes de los cinco años, debido a las precarias condiciones en que vivía Olivia. En cierto modo, el amor del padre adoptivo de William los salvó.

Si ella llegaba a quedar embarazada y él moría antes de casarse, su hijo sería ilegítimo. Por supuesto que no sería repudiada por su familia, pero... Al final, para el resto del mundo no borraría el hecho de que sería un bastardo, hijo de un bastardo.

Laura asintió, era una condición fácil de cumplir. Sin embargo, veía difícil que sus besos no pasaran a convertirse en cuerpos enredados, tal como las estatuas de un templo hindú.

—Está bien, si llegamos a... a esa instancia, nos casaremos.

—¿Es un trato?

—Trato hecho.

Y tal como lo habían hecho desde niños, Laura se escupió la mano y se la ofreció a William. Él, solemne, hizo lo mismo y se la estrechó. Ambos arrugaron la nariz y rieron. Era asqueroso. Al soltarse se limpiaron en el cobertor.

William esbozó una sonrisa y sentenció:

—Para la próxima cerraremos el trato con un beso.

—La baba tiene su encanto. —Rio—. Pero sí, un beso es mejor.

—Entonces volvamos a cerrar nuestro trato...

Y sus labios volvieron a acariciarse, a reconocerse y a saborearse. Sin nada que ocultar, ese beso sabía a libertad. William, más experto, la condujo por senderos seguros, alejados de la pasión, la cual se daba tan fácil entre los dos...

Por el momento no cedería a la tentación de volver a profundizar.

Quería amarla con dulzura, inocencia y complicidad. Y aquello lo llenaba tanto como la pasión.

William se dio cuenta de que esas tres cosas eran lo que siempre le faltaban para enamorarse.

Cuando ese beso terminó y admiró los ojos castaños de Laura, sintió que la amó más. Parpadeaban lento, rezumando somnolencia, solo la euforia que experimentaban la mantenía despierta. A la postre, ambos bostezaron al mismo tiempo.

Debía admitir que estaba destruido. Tenía que volver al estudio y dormir tres días seguidos. Tomó una bocanada de aire para darse el ánimo de levantarse y dijo:

—Debo irme, gorrión...

Laura lo tomó de la mano y gimió un:

—Nooooo... Quédate un rato más, Will.

—Ambos estamos muertos de sueño... —Bostezó. Laura también abrió su boca y tomó una larga bocanada de aire—. ¿Ves? Tienes que descansar.

—Sí... ¿Y si esperas a que me duerma?

—Oh, *cara mía*...

—Por favor...

William sabía que, si se quedaba dormido, iban a meterse en problemas, y no por motivos carnales. Si los descubrían, sería decirles adiós a las pretensiones de Laura de comprometerse después de la subasta.

Pero ella lo miraba con tanto anhelo. Con ese amor contenido por demasiado tiempo y que ahora se podía expresar sin barreras. No pudo decirle que no... y, probablemente, nunca sería capaz de negarse a los deseos de Laura.

Claudicó.

—Está bien, dame espacio. —Con una ancha y adormilada sonrisa, Laura se acomodó y él se quitó los zapatos. Se acostó sobre la cama, los cobertores eran una buena barrera para la virtud de su gorrión.

Ella lo abrazó abarcando el ancho pecho, y él la rodeó por sobre el hombro. William no quiso apagar la vela.

—Buenas noches, Laura.

Ella se acurrucó más a él e inspiró su aroma, convenciéndose de que todo era real, y no un cruel y dulce sueño. Lo abrazó más fuerte.

Sí, era él, podía escuchar los latidos briosos de su corazón.

—Buenas noches, Will.

Ambos cerraron los ojos.

Cuando el frío despertó a William, todo estaba oscuro... Mejor dicho, casi oscuro. Pronto iba a amanecer. Maldijo por lo bajo, se había dormido rápido y profundo.

Miró hacia el lado, Laura dormía ovillada y le daba la espalda. La observó por un rato... Qué no daría por despertar todos los días junto a ella.

«Pronto», se dijo.

La oscuridad retrocedía a una velocidad alarmante. Decidió que lo mejor era no despertarla.

Sigiloso, se levantó, se puso los zapatos y se encomendó a Dios para que la servidumbre todavía estuviera durmiendo.

Salió de la habitación y se dirigió a la puerta que daba a la escalera de servicio. Bajó controlando la velocidad y la fuerza de sus pisadas para que la madera de los peldaños no crujiera en exceso.

De pronto, sintió que abrían la puerta del piso superior, donde se encontraban las habitaciones del servicio doméstico. Sus pulsaciones se dispararon a la par de sus pisadas.

Bajó, bajó... Otras pisadas se unieron a las suyas. El tiempo se le acababa. Alcanzó el pomo para abrir la puerta que daba a la cocina y, para su consternación, alguien la abrió un segundo antes que él.

La sangre abandonó su rostro.

Se encontró cara a cara con un hombre alto, de barba y mirada fiera. ¿Dutton? No, no era posible. William parpadeó para acostumbrarse a la luz. En cuanto escuchó la voz grave y autoritaria, pudo asociarla a un nombre familiar.

—¿Qué demonios haces aquí, Will?

El que preguntaba era su primo, Alec... El hermano mayor de Laura.

Capítulo 10

William alzó sus manos a la altura del pecho y dijo:

—No es lo que tú crees.

Alec frunció el ceño y replicó:

—¿Y qué sabes tú sobre lo que yo creo o no, demonio?

William se dio cuenta de que se acercaban los pasos del servicio doméstico, y sintió la catástrofe respirándole en la nuca.

—Alec, por favor, mis intenciones son...

Alec lo tomó de las solapas y lo zamarreó.

—Contesta, ¿estás mancillando a alguna chica de la servidumbre? —William boqueó desconcertado por aquella pregunta—. Sabes que ellas son sagradas, como si fueran nuestras hermanas. No se tocan ni con el pétalo de una rosa.

William se vio en la encrucijada de mentir para proteger su relación secreta con Laura o decir la verdad.

Sin embargo, daba igual, cualquiera de las opciones lo arrastraría a un escándalo familiar sin precedentes. Se encontraba en un callejón sin salida.

Las voces de las chicas de la servidumbre estaban casi encima. William apenas pudo susurrar:

—Vamos afuera y te contaré todo. Nadie puede verme aquí... Te lo suplico.

Alec solo gruñó y se lo llevó al patio halándolo por las solapas. William se aferraba a las muñecas de su primo para no perder el equilibrio. Lo más sensato era no oponer resistencia. Si se atrevía a hacer lo contrario, los dos terminarían con los ojos morados.

Una vez en el patio, Alec miró a William en silencio y, sin soltarlo, repitió su pregunta:

—Contesta... y más te vale no mentir, ¿qué demonios hacías saliendo por la escalera de servicio, Raziel?

William tragó saliva. Pese al frío del amanecer estaba sudando, Alec no solía llamarlo por su apodo a la ligera.

—Antes que nada, prométeme que no me vas a interrumpir, ¿entendido?

—No estás en posición de poner condiciones.

—No son condiciones, solo estoy asegurándome de que no me vayas a golpear antes de tiempo.

—Habla, y ya veré si te golpeo o no.

William se aclaró la garganta y dijo:

—Vine a conversar con Laura. —Alec parpadeó como si no hubiera escuchado bien. William aprovechó ese lapsus para resumir—: Nos enamoramos y nos vamos a casar.

Alec frunció más el ceño —si es que eso era posible—, pero su expresión era de incredulidad.

—Entonces, déjame ver si entendí... ¿Tú y Laura se van a casar? —William asintió—. ¿Y qué cosa tan importante viniste a hablar con mi hermana que te hizo allanar una casa de madrugada?... Supongo que el mayordomo no te abrió la puerta.

William cerró sus ojos, reprendiéndose. En su afán por sintetizar los hechos, no explicó bien. Tenía que ser más preciso.

—Vine a confesarle que la amo...

En un movimiento lento y premeditado, Alec ladeó su cabeza y, amenazante, interpeló:

—¿En su dormitorio?

—¿Dónde más?

—¿Y por qué no pudiste esperar hasta mañana?

William abrió su boca, Laura le había hecho esa misma pregunta. Se sintió como un payaso. En su molestia consigo mismo, replicó:

—Porque ella me vuelve loco y Dutton pretendía cortejarla y necesitaba zanjar ese asunto de una vez por todas. No podía esperar más. —«Porque ella esperó demasiado», su mente agregó, pero no la iba a poner en evidencia.

—Sabes que mi padre va a exigir que se casen ahora mismo. Aunque seas nuestro primo, no puedes pretender entrar de madrugada a su dormitorio, sin esperar a que todos piensen lo peor... Yo estoy pensando lo peor.

Los ojos de William casi salieron de sus orbitas y rogó:

—Te juro por mi madre que no pasó nada.

—¿Nada de nada? —interpeló entrecerrando sus ojos. Jurar por la madre eran palabras mayores.

—Nos besamos. —No era tan estúpido como para agregar que fue al punto de perder la cabeza... y, por poco, la ropa. Pero en la práctica nada más sucedió.

—¿Solo eso? Porque mi padre es capaz de retarte a duelo si...

—¡No va a ser necesario! Recuerda que nos casaremos... pronto.

—Pronto es demasiado tiempo y, dado que te he pillado, será ahora.

—¡No! ¡Por favor!

—¿Por qué no? ¿Acaso no tienes honor?

—Sí, lo tengo, pero Laura... —Suspiró. Solo en ese momento comprendió a cabalidad lo que ella pretendía al postergar el compromiso. Su prometida estaba acostumbrada a la libertad, se iba a sentir expuesta en su propia casa. Alec se comportaba como si fuera un guardia de la reina Victoria, y era lógico dadas las circunstancias. No obstante, todo indicaba que iba a ser así, o peor, en todo momento. Sus primos y tíos iban a estar pendientes de ellos como si fueran halcones tras su presa, solo para proteger la virtud de Laura. Lo peor era que tenían razón, le costaba la vida domar sus ganas de poseerla.

—¿Laura qué? —insistió, zarandeándolo.

William dio un respingo y se apresuró a añadir:

—Ella desea mantenerlo en secreto hasta después de la subasta.

—¿Por qué?

—¿Y me lo preguntas? Mira cómo estás, como si yo la fuera a mancillar solo respirando cerca de ella... Laura no tiene dieciocho años, es una mujer hecha y derecha, y sabe lo que es bueno y malo. Alec, hemos trabajado todas estas semanas en el catálogo de la subasta, ella no quiere que eso cambie a causa de nuestra relación.

Alec soltó a William. Se masajeó la frente y comenzó a pasearse de un lado a otro. De vez en cuando le propinaba miradas subrepticias a su primo. A la postre, y sin dejar de caminar, dijo:

—Te dejaré ir... —William sonrió de puro alivio—. Pero no cantes victoria, demonio.

—La sonrisa se esfumó—. Si voy y le hago este mismo interrogatorio a Laura, ruégale a Dios que me dé las mismas respuestas, o si no, te buscaré, te encontraré y te arrastraré ante un sacerdote.

William asintió. Si fuera por él, haría lo mismo, pero la voluntad de Laura estaba en primer lugar. Ella quería unos días de romance libre sin sentirse presionada. Se metió las manos en los bolsillos y aseveró con fingida indolencia:

—Entonces tendrás que esperar hasta después de la subasta, Badariel.

—Es la primera vez que deseo estar equivocado... Pero no creas que guardaré tu pequeño secreto para siempre. Te estaré vigilando. Vete, antes de que te vean.

No fue necesario que se lo repitieran. Emprendiendo la huida, se despidió con un ademán.

Alec soltó el aire de sus pulmones y con el cejo fruncido miró hacia la segunda planta, en específico a la ventana de la habitación de Laura.

Tenía que hablar con ella de inmediato, le importaba bien poco lo gruñona que era en las mañanas.

Entró a la cocina y se encontró con la cocinera, las doncellas y el mayordomo. Lo miraron, extrañados. La presencia de las maletas en la estancia ahora tenía una explicación. Cuando Alec viajaba, solía entrar por la puerta principal. Quizás no quiso incomodar a nadie al llegar tan temprano.

—Bienvenido, señor Croft —saludó el mayordomo e hizo el ademán de tomar las maletas. Alec se lo impidió adelantándose.

—No se preocupe, Lincoln, yo las subo.

—¿Va a desayunar?

—No, gracias. Dormiré un par de horas. Comeré algo cuando el resto de la familia lo haga.

—Como diga, señor Croft. ¿Tuvo un buen viaje?

—Pudo ser mejor.

—Una lástima. Espero que todo se resuelva pronto.

—Gracias.

Alec se dirigió a la segunda planta con una cierta cuota de alivio. Tal parecía que el servicio doméstico no había reparado en la presencia de William. Subió la escalera y fue directo a la habitación de Laura.

Dejó sus maletas en el rellano y, sin mediar ninguna ceremonia, abrió la puerta.

Estudió la habitación. Laura le daba la espalda, dormía ovillada. Nada parecía indicar que hubo alguna clase de encuentro sexual, a menos que hubieran usado la silla que estaba al lado de la cama, eso era lo único fuera de lugar. No había ropa u objetos en el suelo. Olfateó el aire. Se acercó a la cama y volvió a olfatear...

Destapó a su hermana con brusquedad y la despertó de golpe.

Laura miró hacia todas partes. William no estaba. Alivio. Sus ojos furibundos conectaron con los de su hermano.

A él no le importó la expresión iracunda de Laura y olfateó.

No había olor a sexo.

—¡Alec! ¿Qué te pasa, idiota? —Laura se levantó sobre la cama para quedar a la misma altura que su hermano—. ¿Cómo se te ocurre...? —Alec le tapó la boca.

—Silencio, mocosa. —Una sonrisa sardónica cruzó su cara y dijo—: Adivina a quién descubrí escabulléndose por la escalera de servicio.

Los ojos de Laura se desorbitaron.

—Sí, tu noviecito... Más te vale responder mis preguntas y que coincidan con la versión de William. ¿De acuerdo?

Laura asintió. Alec volvió a olfatear el aire aprovechando que su hermana estaba más cerca. Solo percibió un aroma a flores.

—¿Cambiaste tu perfume?

Laura puso sus ojos en blanco. Alec destapó la boca de su hermana y ordenó:

—Siéntate. No estás en posición de ponerte altanera. A menos que quieras que vaya donde papá y mamá y les cuente la ilustrativa conversación que tuve con Will. Dime, ¿qué demonios

hacía él en tu alcoba?

Laura se sentó de brazos cruzados. Alec hizo lo mismo, provocando que se hundiera el colchón y su hermana terminara apoyada en él.

Y así, a cada pregunta que formuló Alec, Laura daba las mismas respuestas que William, con sus justificadas y obvias diferencias. Su tono de voz era sereno, pero a la vez reflejaba cautela.

Cuando Alec terminó con su interrogatorio, se levantó. Laura lo miró con un gesto suplicante y dijo:

—¿Le contarás a nuestros padres?

Alec alzó una ceja inquisitiva.

—¿Te comportarás a la altura de mi silencio?

—Alec, basta... Por esa misma actitud que tú tienes es que yo no quiero contar nada hasta después de la subasta.

—¿Cuál actitud? —Puso sus manos en sus caderas—. ¿Protegerte? ¿No permitir que William se tome atribuciones que no le corresponden?

—Por favor, Alec. —Se levantó y alzó su barbilla—. No soy una niña. Me casaré con Will... Es más, me hizo prometer que si... que si... —Era vergonzoso decírselo a su hermano, pero debía ser directa, aunque sintiera su rostro arder—... Me hizo prometer que, si hacíamos el amor. —Alec abrió sus ojos, escandalizado—..., me llevaría a la iglesia al día siguiente. No sé qué más garantías quieres... Además, no digamos que eres un santo.

—Esta conversación no se trata de mí. No desvíes el tema.

—No, pero quiero puntualizar lo injusto que es. Tú, porque eres hombre, puedes acostarte con cualquiera, y nadie lo va a cuestionar, incluso te defenderán. —Agravó su voz—. Oh, pero si es la naturaleza masculina, son impulsos que no se pueden controlar. Las mujeres deben ser puras y virtuosas, solo las sucias sienten deseos...

»Como si fuéramos a dejar de ser personas si hacemos lo mismo sin casarnos... Pero en realidad no pasa nada, seguimos siendo iguales. Son ustedes los que lo ponen como requisito para que una mujer tenga alguna clase de valor...

—Yo nunca...

—No me refiero a ti, me refiero a la sociedad. Y a fin de cuentas piensas lo mismo, de lo contrario, no estarías protegiendo tanto mi virginidad. —Resopló—. ¿Alguna vez tuviste que cuidar la castidad de Lawrence o la de Thomas? ¿La de Gabriel? No, porque son hombres. A ellos los felicitas, los secundas y guardas sus secretos. Ni siquiera pasa por tu mente el obligarlos a casarse. ¿Qué me diferencia de ellos, aparte de lo obvio? ¿Tu lealtad está supeditada a que soy mujer? —Suspiró. Laura ya no sabía qué más argumentos podía esgrimir—. Alec, estamos hablando de William, no es un sujeto que apareció de la nada, no es alguien que no conozcas, ni sepas hasta dónde llega su honor. —Hizo una pausa, necesitaba dejar en claro que no era una chiquilla, sino una mujer, una que podía tener otra clase de necesidades, unas más terrenales—. Y si queremos hacer el amor, ni tú ni nadie podrá impedirlo, a menos que me encierren en esta habitación. Así que tendrás que confiar en mi criterio.

Alec arqueó una ceja. No era una mala idea encerrarla, pero era absurdo, su hermana estaba dando argumentos sólidos que exigían igualdad entre los hermanos. ¿En qué momento se convirtió en un mojigato? Estaba frente a lady Laura Martin, la mujer que dirigía una institución educativa, organizaba una subasta y manejaba a William con su dedo meñique. De haber estado en la misma situación, no habría aceptado las condiciones de su amada para mantener su relación en secreto.

—Me apiado del alma de William, lo has convertido en un pobre diablo. —Fue la velada rendición de Alec. Iba a ser el alcahuete de Laura, tal como lo fue de los demás hermanos.

—Idiota. —Laura le dio un manotón en el brazo a su hermano, pero sus labios se curvaron con ligereza.

—Auch —satirizó—. Más te vale comportarte, pequeña bestia.

—Lo intentaré.

—¿William sabe que eres una gruñona matinal?

—Algún día lo averiguará.

Alec sonrió con malicia.

—Lo pondré al tanto, en una de esas se arrepiente de casarte contigo, monstruo.

Laura le propinó otro manotazo a Alec... Tal vez solo a William le mostraría su lado amable en las mañanas.

Laura comía un emparedado mientras leía en su agenda el listado de actividades diarias. Como todos los lunes, al mediodía, esperaba a su hermana y primas para almorzar y realizar la reunión semanal académica.

La puerta se abrió sin aviso. Laura se acomodó las gafas y vio que Charity, Emily y Sophie entraban a su oficina. Sonrió y saludó:

—Buenas tardes. Tenía hambre así que empecé a comer antes.

Se levantó y se dirigió a la zona de estar de su oficina, que consistía en sofás dispuestos frente a la chimenea y una mesa de centro, en la cual había vasos de limonada y una bandeja con emparedados de huevos cocidos con queso.

Laura tomó asiento en un sofá y Charity se sentó a su lado. Lo mismo hicieron Emily y Sophie en el que estaba situado frente a ellas.

Charity tomó un emparedado y le dio un mordisco nada femenino. Se tapó la boca para decir mientras masticaba:

—Mmmmmmm... Moría de hambre. —Tragó—. Están divinos. —Bebió limonada.

Con un leve tono de amonestación, Emily preguntó:

—¿No desayunaste? —Y tomó un emparedado.

—Mamá me quitó el apetito con su idea de que debo ir a todos los bailes que quedan de la temporada. Y yo que pensaba que ya no tendría que ir más.

Laura suspiró. Esa mañana su madre se empecinó en aprovechar esa inesperada y repentina popularidad que gozaron las Damas del Diablo y, de ese modo, lograr que otra clase de caballeros se dieran cuenta de lo maravillosas que eran sus hijas. A ella también la estaban «persuadiendo» —aunque obligar lo describía mejor— a asistir a los bailes que restaban de la temporada. Sin embargo, lo único que le preocupaba era la falta de sueño y tener que rechazar los posibles avances del señor Dutton. Le simpatizaba mucho y le gustaba tratarlo sin tantas formalidades, pero eso le haría pensar que ella quería otra clase de relación.

Se dio cuenta de que, con o sin palabras, no era nada fácil decirle a una persona que no era posible corresponder a sus afectos, y pretender que tuvieran una relación de amistad —a menos que no hubiera sentimientos de por medio y solo conveniencia—. Constató que sometió a William a una situación compleja cuando ella se confesó.

Al menos su historia estaba teniendo un giro inesperado. Contra todo pronóstico, William sí la vio como mujer y se enamoró.

Una sonrisa se asomó en sus labios.

—¿De qué te ríes, Laura? —reprendió Emily, sacándola de sus pensamientos—. Mamá nos ordenó exactamente lo mismo. ¡Es una tragedia! ¿Sabes qué nos dijo cuando le explicamos que no podríamos dar abasto entre la academia y los bailes?

—No.

—Que contrates personal nuevo, o que le dieras una oportunidad a alguna exalumna destacada... O sea, no es mala idea, la carga académica aumentó con la salida de Grace y Florence... Pero no quiero volver a los bailes y seguir confirmando que esos papanatas viven en una realidad alejada del mundo real. —Puso sus ojos en blanco—. Fue divertido bailar y conversar con otras personas que no fueran nuestros hermanos o primos. Reconozco que, de vez en cuando, es bueno animarse y pasar un rato agradable, pero de ahí a volver a confraternizar con todos ellos, hay un largo trecho.

Laura asintió. Incluso ella estaba molesta con verse presionada a ser una especie de «re debutante». De todas formas, a ella le parecía extraña la situación en general y dijo:

—Estoy segura de que esta ridícula popularidad se esfumará tal como llegó. Creo que el señor Dutton tiene algo que ver. Antes de que nos invitara a bailar, pasábamos desapercibidas. A mí me da la impresión de que a los caballeros no les gusta que un advenedizo entre a su círculo, y empiece a olfatear la fragancia de sus flores inglesas. Y, tal parece, que eso incluye a las solteronas.

Sophie hizo un mohín y agregó:

—Es decepcionante que no sea porque se dieron cuenta de que somos más que solteronas y un apodo... Imbéciles. En fin, no les agrada el señor Dutton. Demasiado dinero, influencia económica e irreverencia. ¿Te imaginas si se casa contigo, Laura?

Ella se atragantó con su emparedado. Se dio de golpecitos en el pecho hasta que bajó por su esófago. Charity le ofreció una limonada.

Tras beber un sorbo, volvió a toser una última vez, y todo se sumió en silencio.

Emily no se abstuvo de preguntar, incisiva:

—¿Pasó algo anoche con el señor Dutton?

Laura miró a su hermana y a sus primas, quienes la miraban a la expectativa. No, a ellas no podía mentirles con algo tan importante. Ya no sufrirían con ella, ni se verían obligadas a cambiar su actitud con William. Además, sabía que serían mucho más comprensivas que Alec.

Bebió otro sorbo de limonada y dijo:

—No precisamente con él.

Las Damas del Diablo sonrieron con malicia. Al mismo tiempo preguntaron:

—¿Quién?

Laura hizo una pausa dramática. Apretó los labios para no sonreír al revelar:

—Con Will...

Un grito grupal de asombro e incredulidad no tardó elevarse en la estancia. Charity aplaudió de pura emoción y demandó:

—Cuéntenos todo.

Laura solo omitió los detalles más ardientes, más por pudor que por proteger las sensibilidades de las demás.

Emily, Sophie y Charity escuchaban boquiabiertas. A medida que avanzaba el relato, se sonrojaban, gritaban emocionadas, se tapaban los ojos, reían o maldecían a Alec. Y cuando Laura finalizó, suspiraron con una sonrisa, como si ellas mismas hubieran vivido ese romance.

—Aaaaaah, yo quiero algo igual... —sentenció Emily—. Sin la parte de estar enamorada por tres años y no ser correspondida.

Sophie alzó una ceja y le dijo:

—Tú, Emily Montgomery, ¿quieres enamorarte? Nunca lo habría imaginado de ti. Eras la que más detestaba ir a los bailes y se quejaba de los caballeros.

—Pues me gustaría vivir un amor intenso y constante como el de papá y mamá. Lo que detesto de los bailes es el ritual del mercado matrimonial en sí. Nuestros padres lo ven como una oportunidad para que conozcamos cómo funciona la «buena sociedad», y también para dar una muestra implícita de su poder y estatus. Y si nos enamoramos de un buen hombre en el proceso, mejor.

—Y yo que pensaba que no querías nada de eso.

—Nada con imbéciles que creen que soy una yegua de cría. Y esos abundan.

Todas asintieron.

Charity resopló y declaró:

—Me niego a tener que volver a los bailes sin dar la guerra. Estamos a unos cuantos meses de que acabe esta temporada. Yo ya estaba empezando a disfrutar de ser una solterona.

Laura, pese a que ya no le importaba el asunto de los bailes, y ser solterona, apoyaba y entendía a las demás, por lo que dijo:

—Pues supongo que una forma de dar la guerra es comportándonos peor de lo que imaginan.

Charity chasqueó sus dedos y coincidió:

—¡Eso! Irreverentes, que no nos importe si el caballero es un duque o un vendedor de manzanas. Todos son iguales.

Sophie añadió:

—Mala influencia para las debutantes, hablamos de más y sabemos demasiado.

Emily sonrió y agregó:

—Y con un serio problema con acatar las normas. Uy, qué vulgares.

Laura asintió con altivez y orgullo...

—Y así volveremos a la normalidad para dedicarnos a la academia.

Capítulo 11

Laura sonrió al escribir la última palabra en su libreta.

—Al fin, hemos terminado, Will. ¡Qué alegría!

Rio y tomó de las manos a su novio, reprimiendo todas las ganas de colgársele al cuello y besarlo.

Debían guardar las apariencias en ese lugar, circulaban muchos hombres entre los almacenes, y ella no quería dar un mensaje equivocado respecto a su reputación.

Era muy sencillo catalogar a una mujer como fácil si se le veía en una situación comprometedora, por muy inocente que esta fuera... Y una mujer fácil no era respetada.

—Nos hemos demorado relativamente poco, *cara mía*. Somos un gran equipo, de haberte tenido en Italia no habría tardado tres meses en volver.

Laura subió sus gafas. Con un gesto coqueto, replicó:

—Menos mal que notaste lo buenos que somos juntos. Cuando vayas a...

—Cuando vayamos —se apresuró a corregir—. El próximo año pretendo hacer mi viaje contigo, ¿te gustaría que también fuera nuestra luna de miel?

El rostro de Laura se iluminó.

—¿Y podré ver El David de Miguel Ángel? —William asintió—. ¿Visitaremos Florencia, el palacio Uffizi?

—Y Roma, Venecia... Aunque se hayan prohibido los carnavales hace cincuenta años, tiene otros atractivos dignos de ver.

Una sonrisa malévola emergió en el rostro de Laura cuando dijo:

—Podríamos tener nuestro carnaval privado, con disfraces y máscaras.

—Eres una pícara. —Y le encantaba—. Mejor cerremos la bodega.

Justo cuando Laura y William se disponían a poner el candado, apareció el señor Gordon, el administrador de los almacenes, y los saludó con un ademán.

—Buenas tardes, señorita Martin. —Por un instante su gesto cambió al desconcierto al verla con gafas, mas lo recompuso de inmediato—. Qué bueno que aún no se ha marchado.

—Buenas tardes, señor Gordon —saludó con un tono cordial pero firme. A William todavía le sorprendía ver esa actitud en ella, se transformaba en solo un segundo—. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Hace unos días uno de nuestros clientes reportó un robo de sus almacenes. Quería saber si todo está en orden.

William y Laura se miraron de reojo, acto seguido, ella repuso:

—No hay ninguna novedad que comentar. Es una lástima lo que ha ocurrido. Ustedes se caracterizan por brindar un servicio seguro. Por eso los elegí.

—Así es. En diez años esta es la segunda vez que sucede este lamentable hecho. Lo malo es que solo se trata de la palabra del cliente, y no sabemos a cabalidad si lo que dice es cierto o no, por muy indignado que esté. No tenía un registro escrito de sus pertenencias y tampoco había señal de que hubieran forzado el portón del almacén. Esa noche los guardias no vieron nada inusual. Como usted sabe, siempre les sugerimos a nuestros clientes que manejen un inventario de lo que almacenan en nuestras instalaciones.

—Y así lo hemos hecho.

—Lo sé, señorita Martin, y lo mantenemos seguro en la caja fuerte... A lo que quiero llegar es que la han visto bastante seguido en el almacén y deseo constatar si lo tiene actualizado.

—Oh, sí. De hecho, hoy corroboramos el inventario. Es más, aprovecho de comentarle que,

tal como hemos acordado, en unas semanas lo vaciaremos.

—Perfecto. Para mayor seguridad, le he traído dos candados adicionales para que los ponga en los picaportes inferiores. —Se los ofreció y William los tomó por ella—. Y también hemos aumentado nuestro personal de seguridad.

—Fabuloso. Muchas gracias, señor Gordon.

—Siempre a su servicio, señorita Martin.

El hombre dio media vuelta y se retiró.

Cuando quedaron a solas, William preguntó con expresión severa:

—¿Por qué aquí nadie te trata por tu título?

—Porque no les dije que soy aristócrata.

—Esa costumbre viene de familia —ironizó. Comprendía que el padre y los hermanos de Laura lo hicieran para medir el carácter de las personas, pero en el caso de ella, no le veía el sentido. Una de las pocas cosas que privilegiaba a las mujeres era el título, aunque fuera de cortesía.

Laura vio la desaprobación en el cejo fruncido de William y replicó:

—Si doy mi título en lugares como este me pueden tratar de dos formas, y ambas las detesto por igual; son en exceso serviciales, al punto de ser irritantes, o creen que soy una solterona ociosa y sin cerebro. Al final me tratan como una cosa y no como una persona. Prefiero que tengan la imagen de una solterona seria, con una pizca de amargura, pero humana y accesible.

William miró de arriba abajo a Laura. En ese momento se dio cuenta de que usaba colores más terrosos y un estilo de vestir más sobrio cuando visitaban los almacenes. Las gafas acentuaban mucho más esa imagen que ella deseaba proyectar.

No obstante, se vio en la necesidad de puntualizar:

—Ambos sabemos que ya no eres una solterona.

—Aún lo soy. Hasta que no tenga un anillo en mi dedo, lo seguiré siendo.

Ante esa declaración, William puso sus manos en las caderas y replicó, indignado:

—Te ofrecí casarnos pronto y...

—Y no quise... Quiero que seamos tú y yo por un tiempo, sin los ojos de nuestras familias encima de nosotros... Ya es suficiente con Alec. —William solo gruñó al escuchar ese nombre. Laura preguntó—: ¿Fue muy terrible contigo, *caro mio*? Conmigo fue un imbécil, pero al final lo pude manejar. Nos va a guardar el secreto.

William trató de no sonreír al escuchar ese precioso «*caro mio*» en la voz de Laura, pero falló. Inspiró profundo para domar el impulso de estrecharla entre sus brazos y besarla. A la postre solo dijo:

—A mí lo único que me preocupaba era que nos obligaran a casarnos, porque pasaba a llevar tus deseos... —Le acarició la mejilla—. Me encanta cuando me llamas *caro mío*.

—Suenas lindo... —alzó su barbilla, complacida—. Siempre me han gustado tus palabras sueltas en italiano. Algunas las entiendo, otras no cuando hablas más rápido.

—¿Quieres aprender?

—Por supuesto... Vamos a viajar seguido, ¿o no?

—A todas partes... ¿Entendiste lo que te dije la otra noche en el baile? —Laura negó con su cabeza esbozando una sonrisa—. Dije que eras la mujer más bella del mundo. *Sei la donna più bella del mondo*.

Las pulsaciones de Laura se dispararon al escuchar la voz de William más grave. Era muy malo para su sanidad mental. Se acomodó los lentes y aseveró:

—Te cambia mucho la voz cuando hablas en italiano.

—*Lo credi davvero?*

Laura se tapó la cara. Sus mejillas ardían, solo podía evocar su primer beso con William.

—Calla, por favor.

Aaaaah, Laura había evidenciado su talón de Aquiles. William esbozó una sonrisa maliciosa, se acercó y le susurró al oído:

—*Hai pensato al nostro primo bacio?* —preguntó. Dada la reacción de Laura, supuso que recordó su primer y ardiente beso. Ah, le encantaba que ella lo evocara de esa manera. Él jamás podría olvidar lo que sintió.

—Basta, Will. —Lo miró con una mezcla de molestia y súplica—. No es justo lo que haces.

—No es justo para los dos, *cara mía*. Contigo tiendo a sabotear mis buenas y honorables intenciones. —Le guiñó el ojo—. ¿Tienes algo que hacer después?

Laura fingió un llanto dramático.

—Mi mamá me está obligando a ir a todos los bailes que quedan de la temporada. Ahora tengo que ir a la modista para que me haga un par de vestidos nuevos.

William alzó una ceja.

—¿Serán tan provocativos como el último?

—No era para tanto, había debutantes con vestidos más reveladores que el mío.

—Para mí eras la mujer más provocativa del mundo —Sin darse cuenta, se mordió el labio—. Nunca hemos bailado siendo adultos. Anótame siempre dos bailes en tu carnet.

—Vas a ponernos en evidencia.

—Uy, será todo un atrevimiento. Así no les sorprenderá tanto cuando pida tu mano después de la subasta... ¿Mañana tienes algo que hacer aparte de tus deberes de la academia?

—Es el baile de los Wexford.

William soltó un bufido, lo había olvidado. Podría ver a Laura, pero no de la forma que pretendía. Estaba empezando a detestar el hecho de que la agenda de Laura era demasiado apretada... y pública.

—¿Pasado mañana?

—Tenía pensado ir a Jermyn Street.

William sonrió, ilusionado.

—¿Irás a mi estudio?

—No, a Floris...

—Cruza la calle y ve al estudio. Quiero mostrarte algo.

La perfecta y perfilada ceja de Laura se arqueó.

—¿Qué me vas a mostrar, demonio?

—Será una sorpresa.

—Dime.

—No, perderá la gracia si te lo digo.

Laura hizo un puchero, sus ojos y cejas gritaban «Te lo suplico, Will».

—No me convencerás, gorrióncito...

—Oooooooh, Will.

—Solo diré que te va a gustar... —Sintió que estaba a punto de ceder, lo más sano era cambiar de tema—. Mejor cerremos este lugar de una vez por todas.

Laura, Emily, Charity y Sophie se encontraban en medio del salón de Silverstone Hall bebiendo champaña. A su alrededor el baile estaba en todo su apogeo, grupos de conversación, parejas danzando con gracia, matronas observando a los solteros, debutantes esperando a ser elegidas.

Confirmando su renovada y aumentada popularidad, las damas del diablo ya habían sido invitadas a bailar, asunto que no les agradaba para nada. No sabían si bailaban vals o si estaban siendo sometidas a un odioso interrogatorio.

—Bien, tenemos que poner en marcha el plan —sentenció Charity tras beber un sorbo de la efervescente bebida—. No tienen idea de la estupidez que acaban de decirme —Las demás negaron, ella agregó—. Qué descaro, me preguntó si existía la posibilidad de que mi padre agregara a mi dote la propiedad que posee en Richmond.

Las demás hicieron un gesto de desagrado. Emily indagó:

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que mi padre solo da dinero...

Emily se quedó pensativa y repuso:

—Mmmmmm, creo que debiste darle una respuesta más contundente, ser más impertinente que su pregunta. Incomodarlo de verdad.

—¿Y qué le habrías dicho tú?

Emily se aclaró la garganta para imitar su voz como si fuera una matrona y dijo:

—«¿Y no quiere también las tierras ligadas al título de Hastings? Digo, ya que lo veo tan ambicioso, milord».

Charity entreabrió su boca, más su expresión aprobaba la idea de su prima.

—Así lo haré.

—He estado pensando mucho en la estrategia para que nuestras madres dejen de traernos a estos bailes.

Sophie esbozó una siniestra sonrisa y preguntó:

—¿Y en qué otro tipo de estrategias has estado pensando?

Emily, antes de contestar, desvió la mirada y se encontró con la del señor Dutton. Sonrió y lo llamó con un ademán.

Edward no huía de ellas. Se acercó de inmediato y dio una respetuosa inclinación, las cuatro damas le respondieron con una reverencia. Esbozando una sonrisa, él dijo:

—Es un placer volver a encontrarnos, mis estimadas damas.

Sophie replicó:

—El placer es nuestro, señor Dutton... Aunque nuestros planes no eran venir a este baile...

Charity agregó:

—A ninguno, a decir verdad.

Edward rio y repuso:

—Imagino que sus madres fueron las culpables.

Todas asintieron, pero Emily lo señaló con su abanico y acusó:

—Y usted también es culpable, señor Dutton.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Estamos seguras de que usted nos trajo de vuelta a la vida social, invitándonos a bailar. La reacción de los caballeros es absurda.

Edward pensó que las damas eran muy sagaces. La acusación de la señorita Montgomery confirmaba que no estaba tan perdido en sus conclusiones respecto a la aristocracia. Sus dinámicas sociales parecían un verdadero juego de ajedrez cuyas piezas eran movidas por víboras.

Y entre todas esas víboras había singulares damas que parecían querer jugar con sus propias reglas.

Eran un soplo de aire fresco.

—No sé si sentirme ofendido o elogiado, señorita Montgomery.

—Mejor siéntase con la obligación de ayudarnos a volver a la realidad.

Un soplo de aire fresco mandón.

—¿Y cómo puedo hacer eso?

—¿Me concede la siguiente pieza?

Edward la miró, desconcertado. Era la primera vez que una dama lo invitaba a bailar.

—Creo que esa pregunta la tengo que hacer yo. ¿O es una nueva moda de la cual no me he enterado?

—No, solo soy impertinente. Estoy convencida de que también puedo pedirle un baile a un hombre, y usted se encargará de comentar a los demás lo inapropiado de la propuesta, pero que se vio en la obligación de aceptar.

—Oh, ya veo... Es una genialidad. Puedo hacerlo más escandaloso, si quiere.

—¿Me va a permitir invitarlo dos veces?

Edward lo pensó por cinco segundos y replicó:

—Sí, por qué no. Se verá impertinente y desesperada.

—Entonces, vamos.

Edward, galante, le ofreció el brazo y Emily lo tomó. Antes de marcharse, él le preguntó a las demás:

—¿Ustedes también me invitarán?

Charity replicó:

—Debemos ser impertinentes de otra forma. Será demasiado evidente para nuestras madres si todas usamos la misma estrategia.

Edward asintió y se llevó a Emily a la pista de baile.

Las demás se quedaron mirándolos con una sonrisa. El señor Dutton era el aliado perfecto para poner en entredicho sus reputaciones.

En ese momento Laura sintió en el aire un aroma peculiar y conocido. Era él. Sophie delató su presencia cuando exclamó:

—¡Will! ¡Qué alegría verte!

Él pasó por el lado de Laura y, discreto, rozó sus dedos con los de ella. Relajado, respondió:

—Pasaba por aquí. Por lo que veo, están siendo muy populares, Dutton ya se llevó a Emily a bailar. —Se rascó la barba y, fingiendo inocencia, preguntó —: ¿Ya tienen sus carnets llenos?

Charity lanzó un resoplido cansado y dijo:

—Casi.

—Anótenme uno cada una.

En los labios de Laura se dibujó una sonrisa, William no estaba al tanto de que las demás lo sabían todo. Pronto le revelaría ese secreto, así él no tendría que disimular frente a ellas. Decidió usar la misma estrategia de Emily, pero no con el mismo fin y solicitó:

—¿Me concedes un baile, Will?

La misma expresión desconcertada de Dutton se replicó en el semblante de William. Laura rio.

—Se supone que es al revés. ¿O es una nueva moda?

Todas rieron, incluso sus respuestas eran parecidas. Hombres.

—Lo sé. Vamos, demonio.

Lo tomó de la mano y fueron a la pista de baile.

La orquesta ya había empezado el vals, pero no les importó. William posó su mano en la espalda de Laura, ella en el hombro de él y sus manos libres se tomaron. Se miraron a los ojos. Él marcó el ritmo y, al son de una leve señal, se unieron a las demás parejas.

—Te ves hermosa esta noche, *cara mia*. El gris te sienta muy bien, pareces la diosa del invierno.

—Lo mismo puedo decir de ti, *caro mio*...

No dijeron nada más, disfrutaron del contacto, de estar cerca el uno del otro sin que el resto del mundo sospechara de su relación. Debían admitir que lo furtivo también tenía su encanto. Entre ellos rezumaba la tensión, esa aguda sensación de querer y no poder.

William rompió el silencio entre ellos y preguntó:

—¿Me puedes recordar por qué no habíamos bailado antes?

—Mis temporadas coincidieron con tus años de estudio en Italia.

Él entrecerró sus ojos, algo no calzaba con aquella respuesta.

—¿Y después?

Laura tardó un poco más en responder:

—Huía de ti.

—¿Por qué?

Ella negó con sutileza y desvió la mirada. William notó que ella estaba sonrojada cuando dijo:

—Vas a creer que es tonto.

Preso de la curiosidad, insistió:

—No, dímelo. Te prometo que no me reiré.

Laura volvió a mirarlo. Para él era importante, su seriedad lo evidenciaba.

—Pensaba que, si bailábamos juntos, te darías cuenta de que yo estaba enamorada de ti con tan solo ver mis ojos.

—Hubiera sido tan idiota que no lo habría notado... —reconoció. La última vez que bailó con Laura fue en un lejano verano, ella estaba tomando clases de danza y él fue su torpe compañero. La experiencia no se podía comparar con la actual. Ahora bailaban sin perder el ritmo. Se prendó de la mirada enamorada de ella. Había admiración, amor y algo más que no supo identificar, mas le hizo sentirse honrado de recibirla—. Y si se hubiera dado el caso contrario, tal vez me habría convencido de que era mi imaginación. Pero ahora puedo notarlo. Esa mirada... sí esa, es mía, solo mía...

Laura no podía dejar de admirarlo, tenía la libertad de hacerlo sin temor.

Siguieron bailando, giraban, se sonreían y en sus corazones se afianzaba ese sentimiento que crecía y se derramaba cálido entre ellos. Se conocían de toda la vida, pero en ese momento se estaban descubriendo como amantes.

—¿Por qué lo ocultaste tanto tiempo? —preguntó William con auténtica curiosidad.

—Al principio pensé que solo se trataba de la primera impresión. Fuiste todo un espectáculo cuando volviste de Italia.

—¿Un espectáculo?

—El cabello más largo, tu piel tostada, tus facciones se endurecieron con la barba, el italiano que se te salía cada dos palabras. Tus historias. Ah, estaba fascinada contigo. Representabas todo lo que quería hacer y no podía por ser mujer.

—Viajar solo, estudiar...

—Ir a fiestas, beber vino, coquetear con descaro, tener amoríos... —William la reprendió con la mirada—. No niegues que los tuviste.

—Tener amoríos no es lo mismo que enamorarse.

—Concuerdo... En fin, intenté sacudirme la fascinación, pero fue muy tarde cuando me di cuenta de que te amaba.

—¿Cómo lo supiste?

—Cuando perdí cualquier clase de esperanza al enterarme de que a todas nos considerabas como hermanas. Y, aun así, no podía dejar de pensar en ti.

—¿Cuándo dije eso?

—En el matrimonio de Marian y Horatio. Conversabas con los demás demonios, y plantearon la hipotética situación. Esa fue tu respuesta. También me lo dijiste en una de las tantas conversaciones en reuniones familiares.

La orquesta ejecutó los acordes finales del vals, giraron una última vez y finalizaron con una reverencia. El pecho de William subía y bajaba con cierta agitación. Le ofreció el brazo a Laura y ella se dejó conducir.

Salieron del gran salón hacia el jardín de la propiedad. No estaban solos, había otras parejas y grupos de personas que paseaban bajo la luz de las lámparas, respirando aire fresco.

William caminaba a paso relajado, sin apuro. Disfrutaba de ese silencio cómodo que se instaló entre ellos.

Rodearon una pérgola que se encontraba en el centro del jardín y se internaron en un túnel de hierro, por el cual trepaban frondosas enredaderas. No era la primera vez que transitaban por esos parajes, los anfitriones eran amigos de sus familias y habían pasado muchas jornadas en ese lugar.

William llenó el silencio con solo tres palabras.

—Te amo, Laura.

Ella todavía no se acostumbraba a que esa fuera su realidad. Y es que llevaba mucho tiempo amando sin ser amada. Era invisible a los ojos de William, y él no la vio hasta que se confesó...

A veces sentía irreal decir en voz alta:

—Te amo, Will...

Lo que no sentía irreal eran esas ganas de besarlo. Aquello le confirmaba que todo lo que vivía no era una ilusión. De no haber probado el sabor de William, no sabría qué se sentía.

Estaban solos en ese rincón oculto del jardín. Sus pasos se detuvieron.

Y sin mayor preámbulo, se besaron.

Su primer beso fue fuego. El segundo, ternura e inocencia.

El tercero fue descubrimiento.

Fueron conscientes del sonido de sus respiraciones, cada vez más rápidas y superficiales.

Percibieron el calor de sus bocas, la tersura de los inquietos labios.

Lo fascinante de besarse con la impresión de que siempre lo hicieron. Sus movimientos se acoplaban con naturalidad y despertaban el resto de sus sentidos.

William, para no perder el control, se mantuvo estoico con sus manos arraigadas en las caderas de Laura. Ella, por su parte, se atrevió a explorar a aquel hombre.

Acarició la suave barba, se paseó por el cuello y se aferró a la nuca. Profundizó más el beso saboreando su lengua. Sabía a champaña. Eso no la distrajo de seguir tocando por encima de la ropa, sus manos se deslizaron hasta llegar al pecho.

Acero cálido y maleable, de formas cóncavas y convexas.

Fascinada, acarició el torso masculino sin piedad. William no la rechazaba ni impedía ese reconocimiento de la viril geografía, mas ella lo percibía tenso. Los recios dedos de él se enterraban en sus caderas.

—¿Por qué estás tan quieto? —preguntó inocente.

—Si te toco ahora, puede que mañana te tenga que llevar a una iglesia.

—Pensé que podrías controlar más tus impulsos.

—Me di cuenta de que contigo apenas puedo... Además...

—Además, ¿qué?

—Desde que volví de Italia que no he estado con nadie —confesó. Sintió que era necesario decirlo.

—¿Desde hace dos meses?

—No, tres años... y lo que haces... Bueno, es un excitante suplicio.

La pérvida mano de Laura descendió hasta alcanzar ese promontorio que pugnaba por salir de los pantalones de William.

Sólido y caliente.

Acarició.

William ahogó un gemido e impulsó su pelvis para obtener un contacto más explícito de su perversa amante.

—Estás jugando con fuego, Laura.

—En las esculturas de Dutton vi que algunas parejas usaban sus manos o bocas. —Acarició con delicadeza. Se lamió los labios.

—Ay, Dios santo.

Laura lanzó una risita malvada.

—Estoy muy segura de que no concebiremos ningún bebé si utilizamos otros métodos, ¿o me equivoco?

—Estás en lo correcto... —susurró—. Pero no hagamos nada aquí, será un escándalo si nos sorprenden, tu reputación...

Laura detuvo sus avances. Si bien a ella no le importaba nada, pues pronto se casaría, un escándalo de esas magnitudes salpicaría a su hermana menor y a sus primas. Por fin lograrían el objetivo de alejarlas de bailes y eventos sociales.

Pero el costo sería muy alto.

Una cosa era ser tildadas de solteronas, otra muy diferente era ser señaladas como ligeras de cascos. Daría pie a que los hombres las buscaran solo para ser amantes o intentaran aprovecharse de ellas a la fuerza.

También afectaría la inmaculada reputación de la Academia Hope. Arruinaría el trabajo de las grandes damas y echaría por la borda un proyecto de casi veinticinco años.

Sí, el costo era demasiado alto para exponerse de esa forma.

Laura suspiró. Besó la mejilla de William.

Una parte de ella se estaba arrepintiendo de ocultar su relación. De todas formas, no tenía libertad.

Capítulo 12

Como todas las mañanas, William bajó a desayunar a las nueve en punto. Pese a las noches ajetreadas que se extendían hasta la una o dos de la madrugada, en Peony House se levantaban temprano en comparación con otras casas aristocráticas.

Cuando llegó al comedor, solo se encontraban sus padres, Andrew y Olivia, a los que sorprendió besándose con ternura. Ignorantes de la presencia de su hijo, se miraron y volvieron a lo que estaban haciendo antes de ese pequeño interludio amoroso; ella continuó con su lectura del Clarín Social y él, uno de los tantos periódicos a los que estaba suscrito.

No era algo extraño para William encontrarse con aquellas escenas, ellos siempre se demostraban afecto de manera abierta en su hogar. No dijo nada y solo se sentó en su lugar, a la izquierda de su padre.

—Buenos días... —Se sirvió café.

Sus padres lo miraron de reojo sin perder de vista sus respectivas lecturas y le respondieron al unísono:

—Buenos días, Will.

En ese momento llegó Violet. Besó a sus padres en la mejilla y se sentó al lado de William. Miró a su hermano y le dijo:

—Hola... ¿Qué te pasó en la cara?

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Tus ojeras llegan hasta el suelo, pareces un mapache barbudo.

William le propinó una mirada irónica mientras bebía café, él tenía un espejo y sabía cómo era su lamentable aspecto. Luego respondió:

—Anoche fui al baile de los Wexford.

—Mamá y papá también fueron, y no tienen la misma cara que tú.

—Ellos se retiraron más temprano que yo.

Olivia intervino con un velado tono de orgullo:

—Tu hermano invitó a bailar a todas sus primas. Gracias, Will, por ayudar a que sean más visibles. Ha sido una gran sorpresa esta especie de renacimiento social de ellas. Estoy segura de que esta vez más de alguno querrá ser un pretendiente.

William se rascó la barba y repuso:

—Bueno. —Tomó una tostada y la embadurnó en mermelada—... Ellas no se ven felices con ese renacimiento. —Y le dio una gran mordida a su pan.

—Yo creo que al menos Laura va a cambiar de opinión. Tu tía Margaret me dijo anoche que varios caballeros le solicitaron permiso a Michael para ir a visitarla.

Si de algo podía jactarse William en ese momento, era de su capacidad de no demostrar que aquella noticia le sentaba como una patada en sus partes sensibles.

Tragó con dificultad el bocado de pan que había masticado con furia reprimida y dijo:

—¿En serio?

Olivia asintió con entusiasmo y respondió:

—Por lo menos tres... Creo que al fin llegó la hora de Laura. La tradición del ramo de novia está haciendo su magia. —A William se le quitó el apetito al recordar el bendito ramo. Olivia miró a su hijo—. A todo esto, ¿por qué tenías el ramo de Laura en tu habitación?

William no esperaba esa pregunta. Apenas articuló un:

—Ella me lo dio. —Recordó ese día, los ojos vidriosos de Laura, su dolor, su amor... su infinito amor, y su deseo de dejar atrás la ilusión de ser correspondida—. No lo quería.

En ese momento entraron Anthony y Florence dando un «Buenos días» y tomaron asiento frente a William.

De pronto Violet, curiosa, preguntó a nadie en particular:

—¿Por qué Laura no quería el ramo de novia? ¿Acaso no se quiere casar?

Se hizo un largo silencio. Sin embargo, Florence respondió:

—Laura, como todas nosotras, quiere un matrimonio por amor. —Miró a sus padres, ellos eran un ejemplo de lo que deseaba para su vida—. Y no es fácil encontrar a alguien que comparta nuestros mismos valores, visión de la vida e intereses.

Lo decía con conocimiento de causa. Florence también era una solterona, sus tres temporadas fueron infructuosas. De todas formas, a ella no le pesaba, pues dedicaba su tiempo a la música. Junto con Anthony eran parte de un quinteto que estaba ganando una buena reputación en el último año, y eso los llenaba de satisfacción.

Anthony agregó:

—Y para nosotros los hombres ese objetivo tampoco es fácil. Prefiero ser soltero que casarme con una persona que está conmigo por obligación o conveniencia.

—Pero a ustedes no los llaman solterones después de los veintiuno —repuso Violet.

—No, tienes razón. Pero algunas veces empiezan a sembrar otra clase de rumores, que pueden ser peores que ser llamado solterón.

—¿Cómo cuáles?

—Cuando seas grande te lo diré, enana.

—Ay, qué odioso, ya tengo dieciséis —rezongó Violet. No obstante, todavía rondaba una última duda y miró a su hermano mayor—. ¿Y por qué Laura te dio el ramo a ti, Will?

Por un segundo él pensó que el asunto ya había terminado. Anthony y Florence lo miraron con sus cejas arqueadas y esbozaban unas sonrisas que lo decían todo. Aquella pregunta confirmaba más sus suposiciones respecto a los sentimientos de su hermano por Laura. Fue obvio que ese «*Sei la donna più bella del mondo*» no era un elogio que se le daba a una prima, sino a la persona a la que, mínimo, le atrae como mujer. William los reprendió con la mirada, resignado a que, tarde o temprano, tendría que confesarlo.

Mientras tanto y para zanjar el asunto de una vez por todas, decidió mentir.

—Como Laura no le tenía mucho cariño al ramo, se lo pedí para un proyecto de naturaleza muerta.

Olivia le dedicó a su hijo una mirada de suficiencia.

—Lo supuse, por eso mismo di la orden a las muchachas del servicio de que no tocaran el ramo. Contigo nunca se sabe si un montón de papeles es basura o un proyecto pictórico.

William forzó una sonrisa. Sí, había dicho una mentira, pero a medias. En aquellos días de confusión, en los que ni él mismo entendía lo que sentía por Laura, dibujaba bocetos de ese ramo y fue registrando cómo se fue reduciendo a un frágil y seco manojo de hojas, ramas y pétalos. Nunca se sintió capaz de arrojarlo a la basura. Sentía que, si lo hacía, era como hacerles lo mismo a los sentimientos que ella le había entregado y, aunque en ese momento no la correspondía, no era capaz de despreciarlos.

Ahora ya sabía qué hacer con los vestigios del ramo de novia.

De súbito, Andrew dobló el periódico, serio, y miró a William.

—¿Cómo te ha ido en las ventas de la tienda?

William agradeció el cambio de tema y respondió:

—Mucho mejor que el año pasado... De hecho, justamente ayer, Remington me comentó que la cartera de clientes ha aumentado de manera considerable. Si todo eso se traduce en ventas,

es probable que tenga que adelantar mi viaje anual al continente.

La expresión de Andrew no cambió ante esa respuesta. William tuvo un mal presentimiento. No alcanzó a preguntarle a su padre, cuando este añadió:

—¿Has tenido algún problema con tu competencia?

William frunció el ceño, extrañado por aquella pregunta, y contestó:

—No, hasta donde yo sé, ¿por qué?

—Acabo de leer en este periódico una nota acerca de los peligros de comprar objetos antiguos falsos en negocios que no poseen trayectoria ni tradición.

—Ah, te refieres a eso. En este rubro es habitual intentar manchar la reputación de la competencia.

—Aun así, no tienen derecho a hablar mal de ti y de tu negocio. Eres de los pocos anticuarios que no es un simple aficionado al arte. Estudiaste por años, te perfeccionaste, has viajado, tienes contactos.

—Eso les da lo mismo, papá. A veces solo prefieren al que tiene más... categoría.

La mirada de Andrew se tornó sombría. La palabra categoría encerraba los conceptos de clase, reputación y linaje. Algunas personas todavía medían a su muchacho por su origen, y él no podía hacer nada para protegerlo. William era un adulto, podía defenderse, pero detestaba que siguiera recibiendo ese trato.

William tomó otra tostada y, mientras le untaba mermelada, añadió:

—Independiente de todo, mis clientes hablan por mí. No sucederá en un minuto, pero el tiempo me dará mi lugar. Le estoy dando un valor agregado a los objetos que les ofrezco, porque certifico la procedencia y la autoría con documentos de compraventa. Algunas obras, como los retratos, las respaldo con árboles genealógicos y declaraciones juradas que avalan su autenticidad. Así me gano la confianza de los clientes.

—Tal vez a tu competencia no le está gustando que des tantas pruebas de autenticidad.

—No es mi problema que no quieran tener buenas prácticas, pero es mi responsabilidad dar garantías.

—De todas formas, no subestimes la situación, William Witney.

Cuando salía su nombre completo de la boca de su padre, era un asunto serio y era mejor no contrariarlo.

—Sí, papá. Tendré cuidado.

Antes de entrar a su tienda, William miró hacia el letrero que instalaron la semana anterior. Se dio el lujo de cambiarlo por uno más grande y con letras de bronce.

«Magno. Arte y Antigüedades» era el nombre. Un velado tributo a su progenitor, Magnus Woods, lord Felton. Lo hizo por dos motivos; uno, porque le dio la vida y no se avergonzaba de ser su hijo ilegítimo; y dos, por la herencia que le dejó a su madre, la cual le permitió financiar su negocio.

Sí, era un bastardo con suerte. Podía vivir de sus pasiones.

Con una sensación de orgullo entró a su tienda. Su amigo, Remington, estaba sentado detrás de un escritorio leyendo el periódico, ensimismado. Mientras William colgaba su sombrero en el perchero, dijo:

—Hola, ¿hay alguna noticia interesante? —Remington soltó un resoplido, y lanzó el ejemplar sobre el escritorio. William notó que era el mismo que su padre había leído—. Ah, eso.

—Estoy seguro de que fue uno de esos imbéciles pomposos de la calle Oxford. Como no

pueden jugar limpio, movieron sus influencias para que este periodista de tercera hiciera esta nota.

William se masajeó el cuello y respondió:

—Si bajan las ventas, nos podremos recuperar. La subasta que harán las grandes damas nos servirá para mostrar la seriedad de nuestro trabajo.

—Sí, de seguro eso va a ayudar... —convino. William pensó que el asunto estaba terminado y dio un paso hacia su estudio. No obstante, no era la última palabra de Remington—. ¡Aaaaaaaagh! ¡Qué rabia! Lo que más me molesta es que el año pasado nos costó sangre, sudor y lágrimas mantener el punto de equilibrio, y justo cuando ya estamos repuntando viene esto. —Miró a su amigo—. Hay que buscar formas de atraer más clientes.

William hizo un mohín. Se metió una mano al bolsillo y con la otra se mesaba la barba. ¿Y si hablaba con Dutton? Ese sujeto no era del estilo de lanzar preguntas y propuestas sin ton ni son... ¿Por qué no?

—Creo que ya tengo una idea. Dame un par de días para ver si es viable...

—Yo también estaré pensando en algo... Pero... ¿Te gusta como suena la palabra espionaje?

—Si lo hacemos nosotros me parece aceptable.

Remington sonrió con malicia. Su expresión no duró ni dos segundos y cambió a la intriga.

William dio media vuelta para mirar lo que borró la sonrisa de su amigo.

Laura.

Todas las preocupaciones dejaron de tener importancia. Verla ahí le hizo notar cuánto la necesitaba. Una inmensa tranquilidad lo llenaba con solo estar en el mismo lugar que Laura. Su cuerpo actuó más rápido que su voluntad y en menos de un segundo ya estaba frente a ella, besándola como si no hubiera testigos.

Tal parecía que a Laura tampoco le importaba que los vieran, respondió a su beso con una pizca de desesperación.

Por otro lado, la quijada de Remington llegaba al suelo, impactado por aquella revelación tan inesperada e improbable... Parpadeó al darse cuenta de que algunos transeúntes podían ver a través del escaparate y la puerta francesa y, de hecho, dirigían miradas de reprobación hacia ellos.

El amigo de William tosió como si tuviera tuberculosis para llamarles la atención y dijo:

—El estudio está atrás, tortolitos. Me espantan a los clientes con su conducta inapropiada.

William y Laura se separaron de golpe, como si fueran dos niños que han sido descubiertos haciendo una travesura. Remington chasqueaba su lengua y negaba con la cabeza.

Laura también conocía a Remington desde que eran niños, con sus mejillas azoradas, saludó con cariño:

—Hola, Remington.

—Buenos días, lady Laura ... Y dadas las circunstancias, en el futuro tendré que llamarle señora Witney. —Le propinó una mirada de reproche a William, e ironizó—: Will, eres el peor amigo del mundo, ¿cuándo me ibas a contar?

—Ahora lo sabes...

—Tremendo consuelo... Asumo que, si yo no me he enterado de nada, es obvio que nadie más sabe.

William asintió. En cambio, Laura apretó los labios y luego confesó:

—También saben Charity, Emily y Sophie... Ah, y Alec, pero él no cuenta, nos descubrió.

William miró a Laura, consternado:

—¿Desde cuándo ellas lo saben?

—Unos cuantos días... Ay, hubiera sido injusto. A ellas no podía ocultárselos, sufrieron junto conmigo y...

William interrumpió alzando su mano. Ya suponía lo que seguía, y dijo:

—No me sorprendería si toda la familia ya se ha enterado, y yo soy el único idiota que piensa que lo nuestro aún es secreto.

—No, nadie más sabe... Por eso estoy aquí a esta hora.

Y esa era la respuesta a la pregunta que a él le rondaba en la cabeza, y no había tenido oportunidad de formular.

—¿Por qué no estás en la academia?

—Porque ahí es donde me irán a buscar en cualquier momento.

William frunció el ceño, e intrigado preguntó:

—¿Quiénes te van a buscar?

—Mis padres. Esta tarde irán unos... pretendientes a Rock Hall. Aquí no me encontrarán...

Remington volvió a toser e insistió:

—¿Por qué no van atrás? Mientras menos yo sepa, mejor. Digo, por si viene toda la familia del ducado de Hastings a interrogarme.

William tomó de la mano a Laura y se dirigió al estudio. No fue necesario darle ninguna explicación a su amigo, quien alcanzaba el periódico y volvía a su lectura como si nada hubiese pasado.

Cuando se encontraron a solas, William sentenció con severidad:

—Iré a pedir tu mano. Esto está fuera de control, ni siquiera llevamos una semana guardando el secreto y ya lo sabe media familia. No tiene ningún sentido.

Para desilusión de Laura, William tenía razón.

—Está bien... —Suspiró—. Bueno, fue divertido mientras duró.

Miró a su alrededor, era la primera vez que entraba al estudio de William. Había varios atriles dispersos en el lugar, todos con pinturas en diversos estados de avance. Jadeó al ver el retrato de su amiga Grace y su esposo, Sebastian.

Se acercó y sonrió.

—Está quedando precioso, William. —Se centró en los ojos verdes del duque—. Se ve tan real, casi como si Oxford quisiera desviar su mirada hacia Grace... Y ella apenas y aguanta esa expresión de saber qué es lo que quiere hacer él. Puedo ver su complicidad y cuánto se aman.

Laura sintió que William la abrazaba desde atrás y apoyaba el mentón en su hombro.

—Un día seremos nosotros. Y todos verán cuánto nos amamos. —Le besó la sien—. Te lo prometo, *cara*.

Laura se deleitó del contacto y el calor de William y cerró sus ojos para grabar en su memoria esa sensación.

Tras un largo y solaz momento, abrió sus ojos y preguntó:

—Cuando me pediste venir acá, ¿qué era lo que me querías mostrar?

—Ah, cierto...

Se separó de Laura, la guio a su mesa de trabajo y abrió su cuaderno de bocetos en la primera página. En ella se apreciaba el dibujo de un hombre desnudo que extendía su mano en medio de un mundo incandescente y hostil. Una mujer que resplandecía se aproximaba hacia él, despertando a su paso toda la vida de la tierra. Sobre ellos estaban el sol y la luna.

Laura observó por largos minutos la obra sin decir una palabra. William la instó a dar vuelta la página y se encontró con los mismos elementos, pero la propuesta era diferente. Y así

pasó por varias páginas hasta ver diez versiones.

—Un día, en Florencia, conocí a una singular mujer, Sayén, era su nombre —comenzó a relatar William—. Jamás había visto a alguien con un acento tan extraño al hablar y una apariencia tan singular. Ella provenía de un país al sur de América.

—¿México?

—No, mucho más al sur... —Hojeó el cuaderno. Al final de los bocetos tenía un improvisado mapamundi, en el cual señalaba con una flecha un país del extremo sur del continente americano—. Chile. Hace poco más de veinte años se independizaron de España... El asunto es que esta mujer era descendiente de un pueblo indígena de ese país, y me contó cómo era para ellos el origen del mundo. Me pareció muy interesante su historia.

—¿Y ahí surgió la idea de tu proyecto?

—Así es. Es increíble cómo los relatos son similares y diferentes a la vez. El ser humano siempre intentó explicar ese gran misterio.

Laura apoyó sus codos en la mesa y su mentón descansó en sus palmas, entusiasmada pidió:

—Cuéntame la historia.

A William siempre le gustó ese genuino interés de Laura. No era simple curiosidad, era el deseo de saber más, de imaginar. Cuando ella pedía que le contara una historia, no era por mera cortesía o solo conversar.

—Bien. Para los mapuche, así se hacen llamar, al principio solo había aire, y Ngen, el dueño del aire, era un dios muy poderoso que vivía con otros espíritus. En un momento hubo una disputa entre ellos por ser el más poderoso. Se crearon los bandos del bien y el mal. En esta guerra, cuando un espíritu malo caía a la tierra se convertía en piedras. En el punto más álgido de esa contienda, el aire se abrió y rompió la esfera que era la Tierra; se formaron las montañas y el fuego. A los espíritus que no eran tan malos y que quedaron suspendidos en el aire, Ngen los dejó salir y se transformaron en estrellas. Los espíritus en el cielo lloraron y se formaron los ríos, lagos y mares... Como no había nada más en la tierra, el espíritu poderoso envió a su hijo para que viviera en ella, pese a la oposición de la madre. Luego tomó una estrella y la convirtió en mujer para que fuera al encuentro de su hijo. La Tierra estaba yerma y era doloroso para ella caminar, por lo que Ngen ordenó que creciera pasto muy blando y flores por donde ella pasara. Todo se llenó de vida. Ngen hizo un agujero en el cielo para mirar hacia la Tierra, y cuando lo hacía brillaba y daba calor; él era el sol. También la madre posaba sus ojos por la hendidura dejando filtrar una luz blanca y suave; ella era la luna... Es lo que recuerdo de su historia a grandes rasgos...

Laura volvió hacia atrás con los bocetos.

—Entonces estos son una versión de Adán y Eva para este pueblo. ¿Sus dioses son el sol y la luna?

—Ellos no tienen una religión ni dioses propiamente tal, tampoco erigen templos ni llevan a cabo grandes rituales, solo poseen una gran conexión con la naturaleza. Ni siquiera conocían el concepto de pecado hasta que llegaron los colonizadores.

—Interesante... Me gusta su visión de la creación del mundo... y que no sepan nada del pecado. —Miró a William con amor y se vio junto a él en ese viaje que se llamaba vida—. Va a ser un proyecto largo de llevar a cabo.

—Así es. Al principio pensé que solo conociendo la historia podía pintarlo. Pero a medida que fui haciendo bocetos sentí que le faltaba alma... Lo mismo me pasó con el material que me proporcionó Dutton. Quizás si viajó a los lugares que dieron origen al mito y veo cómo viven las

personas, cómo ellos cuentan su propia historia, podría encontrar mayor inspiración para plasmarlos con mayor realismo. Sería absurdo representarlos con aspecto europeo si son indios, mapuche o de cualquier otra etnia diferente a la nuestra, tengo que ver sus rasgos característicos, empaparme de sus culturas.

Laura arqueó sus cejas sintiendo una mezcla de emoción y temor.

—¿Pretendes viajar a América? ¿A la India?

—Y quizás a otros países... Este es uno de mis proyectos más ambiciosos y ya me resigné a que me tomará muchos años realizarlo.

—Entiendo. —Sin embargo, Laura pensó que sería duro para ella esperar a William mientras él iba de viaje por el mundo.

—¿Qué opinas? ¿Te gusta? ¿Estás de acuerdo?

—Considero que, si lo puedes financiar y te llena, pues nada te impide hacerlo.

—¿Me vas a acompañar a todos esos viajes?

Aquella pregunta la sorprendió, pensó que William solo la llevaría a Italia, pero no a cada lugar.

—¿Quieres que vaya?

—Lógico, eres mi mujer... ¿O no quieres?... No, espera, no me contestes... Tengo una pregunta mejor. ¿Qué quieres hacer tú? ¿Qué sueño o proyecto tienes? En este matrimonio no todo se tiene que tratar de mi trabajo y mis pasiones, eso me haría muy egoísta... ¿Cuáles son las tuyas? ¿Cuál es tu sueño?

Laura entreabrió su boca, no sabía qué decir. Nadie se lo había preguntado.

Era curioso. Ella solo había aceptado que algún día se enamoraría, se casaría y tendría su familia. Viviría su vida criando a sus hijos y amando a su esposo. Y si bien su trabajo en la academia satisfacía parte de su vocación de servicio, tampoco lo significaba todo porque no era enteramente suyo.

A veces sentía envidia de Emily y su pasión por las matemáticas, o de Grace y Florence por encontrar su vocación en la música. Incluso su cuñada, Bernie, cumplía su anhelo de diseñar vestidos de ensueño. Laura estaba rodeada de mujeres satisfechas consigo mismas, y las admiraba. Ellas siempre tuvieron la certeza de poseer algo propio, que nadie se los podía quitar.

¿Qué tenía ella?, se preguntó.

William se preocupó ante ese silencio. Enmarcó el rostro de Laura entre sus manos, la besó con ternura y dijo:

—¿Hay algo que te causa mucha curiosidad y que te gustaría aprender? ¿O que quizás te produce una inquietante sed de conocimiento?

Laura inspiró y a sus sentidos llegó el aroma de William, ese tan característico y que ella había preparado pensando en él. Y obtuvo su respuesta, mas no se sentía segura que fuera a transformarse en una pasión... o si valía la pena.

—La verdad es que sí hay algo... —Dudó. Temió que fuera una frivolidad... De hecho, ella la consideraba una frivolidad, una que disfrutaba con un sentimiento de culpa.

—¿Qué es? Cuéntame.

Laura volvió a dudar. Sintió que no era tan importante o grandioso como otras pasiones. Ni siquiera era trascendental.

—No creo que valga la pena...

—Todo vale la pena. Todo. No importa si es algo pequeño o grande, es tuyo, es parte de ti... Dímelo.

—Me gustan los perfumes... No comprarlos —se apresuró a aclarar—..., sino prepararlos.

Bueno, me encantaría conocer todo el proceso. El señor Floris dice que poseo una nariz privilegiada y que tengo un don, pero creo que exagera, su negocio es mantener a su clientela feliz. Sin embargo, cuando voy a su tienda, me gusta personalizar los perfumes cambiando ciertos aceites esenciales y agregando otros para lograr algo único, algo que nadie haya hecho antes...

—Como el perfume que me regalaste para Navidad. —Laura asintió—. No he encontrado nada igual. Me queda muy poco y me estaba preguntando dónde lo conseguiste para comprarlo. Creo que el señor Floris no se equivoca. Tienes un don.

Laura parecía no encajar bien aquel elogio, quizás era cierto.

—Lo ideé pensando en ti. Es una mezcla de cardamomo, mandarina, rosa, cedro y almizcle... Entre otros aceites.

—¿Tiene rosas? No hubiera imaginado que había flores en su composición...

—Todos tienen flores.

William aspiró la nueva fragancia de Laura, lo volvía loco.

—Antes olías a nardos... Bueno, una vez me dijiste que eran nardos, no tengo idea si huelen así o no... En fin, siempre pensé que tu antigua fragancia, pese a que es usada por muchas mujeres, en ti tiene un no sé qué, y eso la hace especial.

—Es porque también tenía iris, azahar y sándalo. La de ahora es bergamota, naranja, rosa, jazmín, pachulí y almizcle.

—Un gran cambio. —Se acercó a su cuello e inspiró—. Me encanta.

—Yo cambié.

—Lo sé. —Le besó el cuello y susurró—: Por eso me enamoré, amo a la mujer en la que te transformaste... —Ascendió hasta llegar a su oreja y a Laura se le erizó la piel—. Te amo... Vamos a hacer algo al respecto... —Mordió con delicadeza el lóbulo de su oreja y lo soltó. Laura gimió—. Con tus pasiones, ¿te parece, *cara mía*?

—Me encantaría.

—¿Te imaginas si te conviertes en una importante perfumista?

—No lo sé... ¿Y si solo lo hago para la familia?

—De todas formas, me sentiré muy orgulloso de ti.

Y ante sus palabras, Laura sintió que se enamoró de William... Una vez más.

Lo besó como si no lo hubiera hecho antes, con inocencia, ansia y ternura. Lo miró a los ojos, a esa boca entreabierta que parecía estar siempre esperándola.

En ese momento golpearon la puerta. Ambos resoplaron, hartos de nunca tener más de veinte minutos a solas. A regañadientes tomaron una decorosa distancia y William masculló un:

—Adelante.

Remington se asomó por la puerta y anunció:

—Voy a cerrar la tienda por un rato. Recordé que debo comprar un encargo de mi madre en la pastelería de la calle Oxford. ¿Alguno quiere algo?

Ambos negaron con la cabeza, y William respondió:

—Ve, y aprovecha de comprar lo necesario para tu otra misión.

Remington sonrió y dijo con acento norteamericano:

—Me encantan las baratijas de los anticuarios de esa calle... Nos vemos, tortolitos. —Su gesto alegre se tornó adusto y advirtió—: Compórtense.

Y cerró la puerta tras de sí.

William y Laura se quedaron en silencio, esperando, atentos, el sonido de la puerta principal cerrándose.

Con tan solo una mirada William preguntó si estaba segura. Laura se limitó a asentir.
Y ya no les importó nada más.

Capítulo 13

Sus labios impactaron con una mezcla de desesperación y ansiedad, como si solo tuvieran unos minutos antes de que el mundo se acabara.

William se apoderó del pecho de Laura, y apretó lo suficiente para arrebatarse un jadeo lujurioso a esa mujer que respondía a su beso con desenfreno.

Ella tampoco fue pasiva, despeinaba el cabello de William enterrando sus dedos entre los mechones suaves y ondulados, para luego descender por la nuca hasta la ancha espalda. Su toque se desvió hacia las solapas de la levita e intentó sacársela. Él le facilitó la tarea y se la quitó, apresurado.

Laura dio media vuelta, se deshizo de las gafas y William le ayudó a desabotonar el corpiño, el cual cayó al lustroso suelo de roble. Ella cerró los ojos cuando sintió la boca de él besando su cuello, las enormes manos acunando sus pechos y el rígido miembro clavándose en su trasero. Maliciosa, movió sus caderas, solo para estimularlo. Su premio fue el siseo largo, grave, casi doloroso, saliendo de la garganta de él.

William de inmediato abandonó los pechos de Laura y ancló sus dedos en sus caderas. Impúdico, se estimuló con la retaguardia de su amante, simulando el sensual acto, jugando con la anticipación de lo que llegarían a hacer.

La intimidad de Laura se llenó de primitiva necesidad. Una pulsante compulsión la llamaba a saciarse. El instinto la conminaba a abrir las piernas y a buscar entre ellas ese desconocido punto que clamaba por ser tocado.

Sus caderas se movieron, ondulantes, seductoras. El roce de William también la tentaba, le propinaba ramalazos de deseo que apenas podía contener.

—Date la vuelta y mírame —ordenó la voz cruda de él.

Laura obedeció. Los ojos de William eran dos pozos oscuros y anhelantes. Le subió la falda y las enaguas, lo suficiente para que él se abriera paso entre las capas de encaje y algodón.

Pronto sintió la suntuosa caricia masculina entre sus muslos. William no dejaba de mirarla, esperando, quizás, alguna señal de Laura que le indicara que se detuviera. Nada de eso ocurrió, ni siquiera cuando los largos dedos indagaron en la abertura ribeteada de su ropa interior, o cuando alcanzaron sus rizos y pliegues húmedos.

Ella se movió hacia su encuentro, sedienta de más, buscando más contacto de esa diestra mano que le propinaba tentadoras caricias. Abrió sus piernas.

Jadeó cuando sintió que un dedo penetraba en su centro, lento pero decidido. William se lamió los labios, casi saboreando ese toque.

«¿Por qué no te vi antes?», pensó él empapándose del momento, grabando en su memoria la imagen de Laura recibiendo sin artificios, sin siquiera tener la intención de seducirlo. Era tan pura y erótica a la vez. Ávida por vivir, por sentir.

—Muévete, *cara*. Úsame para aprender a descubrir tu placer. —Su palma presionó y masajeó aquel punto resbaladizo donde convergía el deseo y el deleite de Laura—. Obedece a tu cuerpo.

Tímida al principio, ella siguió el sensual y suave vaivén de la mano de William. En cada movimiento crecía en Laura una conflagración de sensaciones que pugnaban por estallar. Su interior parecía tener vida propia al tensarse y relajarse alrededor del dedo de él, intentando atraparlo y arrastrarlo más adentro. Por momentos, ese toque parecía no ser suficiente. Se sentía tan cerca y tan lejos de algo que ella desconocía, era una especie de cosquilleo que la tentaba a ir más allá.

Necesitaba más contacto, más fricción, sentirse más llena.

Lanzó un gemido lastimero y frustrado.

—¿Más? —preguntó William, perverso, y abandonó su interior.

Laura se sintió huérfana de su toque. El deseo se desplomó y el ansia por volver a sentirlo la desesperó. Sus latidos se dispararon. Necesitaba más, mucho más. No obstante, aquella tortura no duró demasiado. William volvió a penetrarla, y ella sintió cómo su feminidad cedía para poder abarcarlo, era consciente de esa sensual tensión.

William, con una satisfecha media sonrisa, susurró:

—Me encanta que quieras más. Dos dedos te saciarán... por el momento.

Y aquel delicioso tormento comenzó otra vez. El instinto tomó el control del cuerpo de Laura. El pudor se esfumó. Cerró los ojos y se dejó arrastrar.

Laura gemía, empalándose y restregándose, y William resollaba al mismo compás. Pronto sus movimientos lograron una perfecta y salvaje sincronía. Presión y penetración la envolvían en una bruma de fruición que solo aumentaba más y más.

Y más...

El placer la encontró cabalgando. La derribó y la poseyó infiltrándose en cada rincón de su ser. Desde su mismo centro se propagó esa inefable marejada de vida y gozo. Oleadas y oleadas de fuego dorado la azotaban sin piedad.

William escuchaba su nombre entre jadeos y gemidos una y otra vez, como una sensual letanía. Sus dedos eran bañados por un néctar caliente y espeso, la demostración irrefutable del deleite de su mujer. Se sintió dichoso, satisfecho... orgulloso de Laura y de su entrega.

Su pecho se colmó del anhelo de ver siempre a su mujer feliz, extasiada, con esa expresión de dulce abandono previo a la calma.

La besó, reverente y se bebió su agotado aliento.

Y cuando ya no hubo nada más, se retiró lento y suave. Las piernas de Laura flaquearon, temblorosas. William la sostuvo por la cintura y la tomó en brazos.

La llevó a la cama y la acostó con delicadeza. No tardó en reclamar su lugar al lado de su preciosa mujer.

Laura se acurrucó en el pecho de William. Su respiración apenas volvía a ser constante y pausada entre suspiros entrecortados. Una sonrisa apareció en sus labios, su cuerpo le reveló uno de los secretos mejores guardados. Podía sentir un inexplicable placer. Había un lugar dentro de ella que le daba algo que no lograba describir, pero que quería volver a experimentar.

William le besó la frente. Esa sensación de plenitud en el corazón no se desvanecía, sino todo lo contrario, y ni siquiera él había llegado al culmen. Toda una vida de vacío se llenó en unos cuantos minutos, solo con el placer de Laura.

Estaba total e irremediablemente enamorado de ella. Todo lo que ella deseara, todo lo que ella le pidiese, todo lo que necesitara de él se lo daría en bandeja de plata.

—Te amo, Laura Martin.

Ella alzó su mirada y su sonrisa perezosa no desaparecía.

—Y yo también te amo, William Witney. —Volvió a acurrucarse—. Me tiembla todo el cuerpo y no puedo mover ni un dedo.

—Ya te acostumbrarás... Las primeras veces es así...

Laura estuvo a punto de preguntarle si él había sentido algo, mas se contuvo. En ese segundo constató que William debía sentirse muy parecido a ella momentos atrás. Esa ansia, esa impaciencia por liberarse. Ese estado permanente de insatisfacción.

Su mano lánguida vagó a la cinturilla del pantalón y con torpeza desabotonó. William no se

lo impidió.

Pronto ella se encontró con aquella longitud gruesa, pesada y caliente. La acarició. Era dura y sedosa, terciopelo y piedra. Recibió un grave murmullo como premio. La empuñó.

—Enséñame, Will —susurró Laura y se lamió los labios.

Él empuñó sobre la mano de ella. La guio indicándole la presión que necesitaba. Su caricia subió y bajó, lento, constante y sensual.

—Toca todo lo que quieras. —Fue la última y críptica instrucción. Con su mano libre, Laura indagó el resto de la oculta anatomía masculina—. Así mismo, con suma delicadeza... Dios, sí, sigue así.

No fueron necesarias más indicaciones

Laura se entusiasmó al ser ella quien le daba placer a William. Sin dejar de estimularlo, se arrodilló ante su amante, él se bajó el pantalón y con las piernas se ayudó a quitárselo por completo.

—Jesús bendito —siseó William. Las inexpertas manos de Laura eran tan embriagadoras como las de una profesional.

No pudo quedarse quieto. Necesitaba tocarla, ansioso, bajó el corsé y liberó uno de los pechos de Laura y apretó y jugó con él, al tiempo que sus caderas aceleraban las acometidas.

Ella notó la orden implícita y aumentó la velocidad.

La respiración de William se tornó frenética, excitadísimo al sentirse adorado, anclado a Laura. Para su consternación, no iba a durar más de cinco segundos más. Era demasiado para él, no podía recordar otro momento de su vida que fuera más íntimo y profundo que ese.

Y ya no pudo más. El nombre de Laura se quedó enredado en la garganta de William cuando el éxtasis se apropió de su alma y lo sumergió en el fondo de un océano de placer. Le quitaba el aliento y le insuflaba vida, todo a la vez.

Sostuvo la muñeca de Laura para que no continuara y siguió derramándose, espeso y caliente. Su éxtasis parecía no tener fin, esos gloriosos segundos fueron una verdadera eternidad.

Y Laura, fascinada por la experiencia, percibió por primera vez el aroma del sexo; la mano de William que se aferraba a su muñeca estaba impregnada de su propia esencia y ella, de la de él. No le produjo asco ni rechazo... Era extraño, animal, la primitiva combinación de ambos, y le encantaba.

La conexión de sus cuerpos era innegable. Lo único que ella deseaba era entregarse por completo. Unirse a William de forma definitiva e irrevocable. Marcarse y reclamarse mutuamente, sin que el tiempo apremiara.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó William sacándola de sus pensamientos—. ¿Hice algo que te incomodara?

Laura parpadeó y le sonrió.

—No, todo está bien. —Suspiró—. Creo que Remington no tardará en volver.

—No es idiota, por algo nos dejó a solas... Pero sí, volverá. —Se incorporó y la besó—. Permíteme limpiar este desastre... Te llevaré a Rock Hall y pediré tu mano, antes de que llegue un estúpido pretendiente con un ramo de flores...

Alec entró a la sala de estar de Rock Hall, inexpresivo. Ahí estaba su madre, su padre y Charity, quienes se ponían en pie. Serio informó:

—Laura no ha vuelto a la academia ni tampoco se encontraba en los almacenes.

Margaret dio un pisotón, frustrada.

—Sabía que no tenía que dejarla ir el día de hoy. —Miró a Charity y entrecerró sus ojos—. ¿De verdad que no te diste cuenta cuándo salió?

—Estaba impartiendo clases, mamá. No ando pendiente de Laura cuando estamos en la academia... —respondió con una verdad a medias y volvió a sentarse en el sofá. Podía intuir dónde se encontraba su hermana, con quién, y que no corría peligro, mas no lo revelaría. No era su secreto.

Miró a Alec de reojo. Su hermano también debía intuir dónde estaba. Más le valía no ser un traidor.

Michael, quien se había mantenido en silencio hasta ese momento, se acercó a su esposa y le tomó la mano.

—Querida, si Laura no quiere saber nada de pretendientes, no la obligues.

—Pero es que no entiendes, querido... Está tan empeñada en no darse una oportunidad. ¿Y si entre estos pretendientes, hay uno que llegue a su corazón?

—Lo sé... Pero ella quizás está desencantada de todo esto... O tal vez, de verdad no quiere casarse.

En ese momento entró el mayordomo y anunció:

—Lord Matlock ha venido a presentar sus respetos.

Margaret y Michael alzaron sus cejas. El vizconde había llegado más temprano de lo que se esperaba. Por su parte, Charity y su hermano se miraron, se avecinaba una situación más que incómoda.

Michael se acomodó las gafas y dijo:

—Que pase, por favor, Lincoln.

Un minuto después, el caballero en cuestión entraba en la estancia trayendo consigo un ramo de flores blancas.

Se hizo un incómodo silencio. Tenían que admitir que no sabían qué hacer, no habían recibido a un pretendiente en Rock Hall desde hacía casi treinta años, cuando la hermana de Michael, Olivia, fue cortejada por lord Felton, el progenitor de William.

Charity se dio cuenta de que era la única que no estaba en pie. Con cierto atolondramiento en sus maneras se levantó, hizo una reverencia y saludó:

—Eeeeeeh... Buenas tardes, lord Matlock.

Todos parecieron despertar de ese trance.

Margaret compuso una sonrisa y dijo:

—Disculpe, milord. Bienvenido, tome asiento, por favor.

Lord Matlock miró a todos con desconcierto al no encontrar a lady Laura entre ellos. De un momento a otro ya no sabía qué hacer con el ramo de flores que sostenía.

No obstante, sus inquietudes dejaron de tener importancia cuando lady Laura entró en la estancia del brazo de William Witney.

Margaret soltó un suspiro de alivio y fue al encuentro de su hija.

—Laura, querida... lord Matlock ha venido a verte. —Miró a William y dijo en voz baja—: Gracias por traer a tu prima, Will. La estábamos buscando por todas partes.

William se rascó la barba y dijo:

—Bueno... A decir verdad, necesitamos hablar con tío Michael y usted. En privado... Ahora.

—Me temo que no podremos, lord Matlock ha venido a ver a Laura y...

Charity, quien estaba atenta a lo que sucedía y a lo que se venía, quiso ahorrarle al pobre lord Matlock la humillación e intervino:

—No, madre, te equivocas. —Forzó una sonrisa, miró al caballero con un deje de apremio y dijo—: Lord Matlock no vino a ver a Laura, sino a mí. —Se acercó al vizconde y tomó el ramo; sin embargo, él no lo soltó y frunció el ceño. Ella mostró todos sus dientes y dijo—: ¿Cierto, milord?

Lord Matlock no sabía en qué casa de lunáticos se había metido y no fue capaz de hablar ni de soltar el ramo.

Por su parte, el gesto de William se endureció y le insistió a Margaret:

—Es muy, muy importante lo que tengo que contarles y no puede esperar.

Margaret hizo un ademán desestimando la urgencia de William.

—No podemos desairar a nuestra visita, querido. Estoy segura de que puedes esperar media hora.

Michael se acercó a su esposa e intervino para zanjar el asunto:

—William, ¿por qué no vas a esperarnos a la biblioteca y...?

—Tíos, de verdad...

Margaret abrió sus ojos, harta de tanta insistencia, y elevó su tono:

—¡Por todos los santos, William, no creo que sea más importante! —Se aclaró la garganta y añadió en un susurro—: Jamás han venido a...

William puso sus ojos en blanco y ya no soportó más.

—¡Vine a pedir la mano de Laura! Le propuse que fuera mi esposa y ella aceptó.

Lord Matlock soltó el ramo susurrando un «Santo cielo». Charity atrajo las flores a su pecho y aspiró su aroma. Le guiñó un ojo al pobre caballero y con una sonrisa dijo:

—Son preciosas, milord. Es muy amable. —Miró a William y a su hermana y exclamó—: ¡Qué maravilla, Will! ¡Felicidades, Laura!

Por otro lado, las miradas de Margaret y Michael alternaban, incrédulas, entre su sobrino y su hija.

Alec negó con su cabeza. Decidió cortar por lo sano; se aproximó a sus padres y sentenció:

—Es mejor que vayan todos a la biblioteca, yo me quedaré aquí con Charity y Matlock.

Margaret parpadeó, mas todavía se encontraba estupefacta y apenas balbuceó un:

—¿CÓ... cómo?

Al escuchar la voz de su esposa, Michael salió de su conmoción, tomó de la cintura a Margaret y enfiló sus pasos fuera de la estancia, al tiempo que ordenaba a William y a Laura:

—Vamos a la biblioteca. Necesito unas cuantas explicaciones.

Cuando se retiraron, la sala de estar se llenó de silencio. Alec se dirigió a una mesita de servicio donde había una botella de coñac y se sirvió un vaso. Con un gesto, le ofreció a Matlock y este se negó.

Alec se encogió de hombros y bebió el contenido de un solo trago, se sirvió un poco más y luego se sentó a leer el periódico en una poltrona situada en un rincón de la estancia.

En los labios de Charity había una inamovible sonrisa y se sentó en el sofá. Por pura inercia, Matlock tomó lugar al lado de ella, a una decorosa distancia. Se sacudió el desconcierto y le dijo con su grave tono de voz:

—No sé si agradecerle o no lo que acaba de hacer, milady. Apenas entiendo lo que ha sucedido.

—Creo que solo le ahorré el bochorno de ser parte de un mal trío, milord, pero ¿qué más podía hacer? Usted venía a ver a mi hermana, pero yo sabía que esto iba a terminar en un desastre.

—¿Usted ya sabía que lady Laura y él...?

Charity asintió.

—Es una lástima que haya descubierto la existencia de mi hermana tan tarde. —Se encogió de hombros—. *C'est la vie*.

—Así veo...

Ella hizo un femenino ademán de indolente optimismo y añadió:

—No se preocupe, usted tiene muchas oportunidades en el mercado matrimonial si lo que pretende es encontrar una esposa apropiada... Pero, si lo que buscaba era una Dama del Diablo, le informo que tenía que hacer algo más que presentarse con un ramo de flores.

Matlock alzó sus cejas, sorprendido:

—¿Ustedes aprecian su apodo?, ¿no les ofende?

Charity rio.

—Por supuesto que no nos ofende. El apodo separa a los idiotas de los hombres.

Matlock no sabía si asombrarse u ofenderse. Desde que puso un pie en la estancia, sintió que estaba en una especie de realidad alterna a Londres. No obstante, también se vio invadido por la curiosidad y repuso:

—Y a su juicio, ¿soy un idiota o un hombre?

Charity ladeó su cabeza y respondió un lacónico:

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De qué tanto aprecie su reputación y su orgullo, milord. Ninguna de nosotras aceptamos ni acatamos las reglas que se nos han impuesto por ser mujeres. —Alzó su barbilla, altanera—. Por mi parte, no necesito un esposo.

—¿No lo necesita?

—No, para nada.

—Y ¿qué va a hacer en el futuro sin un marido que la mantenga?

—Sé trabajar y tengo mi dote. Creo que puedo apañármelas bien sola... —Sonrió. Matlock la miraba con la boca entreabierta—. No se escandalice, milord. Cuando digo que no necesito un esposo, me refiero al concepto que todos ustedes entienden por matrimonio.

—Creo que no comprendo lo que pretende decir.

—Quiero un hombre al que le gusten las mujeres.

Matlock frunció el ceño, incrédulo de lo que acababa de escuchar y refutó:

—A todos los hombres nos gustan las mujeres. —Sin embargo, pensó en su primo y su predilección por los varones. Se sacudió esa imagen mental.

—Discrepo, milord.

Matlock esbozó una condescendiente sonrisa y desafió:

—Ilumíneme...

—Estoy segura de que a la mayoría de los hombres no les gustan las mujeres. No disfrutan de su compañía, de sus preferencias, de sus aficiones, de sus temas de conversación, de sus tribulaciones, ni de cómo se divierten. Lo que disfrutan y les gusta de nosotras es nuestro cuerpo. —Los ojos de Matlock casi salieron de sus cuencas con esa declaración—. A los hombres les encanta, les fascina estar con otros hombres. Por eso tienen sus clubes, temporadas de caza y el Parlamento. Piénselo, ¿a cuántos caballeros conoce que disfruten de verdad de la compañía de sus esposas? —Matlock no respondió—. Quizás un puñado y les llaman los Herederos del Diablo. ¿A qué clase de animal le gusta estar todo el día con una mujer? —Charity rio por su propia pregunta sarcástica, y se puso en pie. Matlock, aún impactado, hizo lo mismo—. Ha sido un placer conversar con usted, milord. Gracias por las flores, de verdad son preciosas. Me

encantan las margaritas.

Hizo una reverencia y se retiró de la estancia abrazando su ramo. Era de ella, se lo había ganado.

Por unos momentos, Matlock se sintió ridículo y luego... Ni siquiera podía describir lo que acababa de ocurrir. Su mirada se dirigió hacia Alec, quien estaba parapetado tras el periódico.

Matlock no dijo nada y salió a paso apresurado, apenas domando el impulso de correr.

Cuando Alec se quedó a solas en la estancia, soltó una risita burlona y dijo:

—Charity lo desplumó. Pobre Matlock. ¡Auch!

Capítulo 14

Antes de abrir la puerta de la biblioteca, Michael sentenció, severo:

—Primero quiero hablar contigo, William... En privado.

William miró de reojo a Laura. La verdad sea dicha, él esperaba otra reacción por parte de su tío, quien nunca lo llamaba por su nombre. Se aclaró la garganta, intentó imprimirle a su tono serenidad y firmeza cuando dijo:

—Por supuesto. Como ordene, su excelencia. —William ni siquiera se atrevió a recurrir al parentesco. En ese punto de su vida no servía de nada que fueran tío y sobrino. Estaba pidiendo la mano de la hija de un duque.

Diablos, de no haber sido Laura, él no se habría atrevido a apuntar tan alto. No era más que un bastardo.

Michael asintió. Giró el pomo de la puerta y entró. Se sentó frente a su escritorio con toda la propiedad que puede tener un duque. William lo siguió, cerró la puerta dedicándole una última mirada a Laura, quien dio un suspiro entrecortado, evidenciando su preocupación.

William se situó frente a su tío con postura marcial, erguido, con las manos en la espalda, a la espera de lo que dijera el duque de Hastings.

Michael lo miró fijo por largos segundos antes de decir:

—¿Esto no es una treta orquestada por mi hija para evitar que Margaret la obligue a asistir a bailes, o recibir mentecatos como Matlock?

—No, su excelencia —respondió.

—Entonces, debo suponer que, si te concedo la mano de mi hija, este compromiso llegará al matrimonio.

—Es lo que pretendo.

—Bien... ¿Qué le ofreces a mi hija y a esta familia con este enlace?

William nunca se había detenido a pensar en ello... De hecho, jamás se planteó que algún día se casaría hasta que se enamoró de Laura. Sus piernas temblaron.

Michael lo miraba fijo, esperando su respuesta. William sintió que cualquier cosa que saliera de su boca no iba a satisfacer a su tío.

Pese a que William poseía cierta fama en su profesión, ostentaba una pequeña fortuna, estudios, inteligencia y una ocupación decente, no lo abandonaba la sensación de que él no valía nada y, aun así, quería para él a Laura y construir lo que nunca soñó.

No le quedaba más alternativa que abrirse el pecho y exponer su corazón.

—Sé que no soy lo que usted siempre quiso para su hija, su excelencia. También soy consciente de que hay otros que están dispuestos a darle afecto, fortuna y posición. Pero soy egoísta... Lo único que tengo para ofrecerle a Laura es toda mi vida, todo lo que soy y todo lo que tengo... En consecuencia, lo que ofrezco a esta familia es la promesa de que ella será feliz a mi lado, porque nadie la amaré más que yo. No puedo garantizarle que no sufrirá, la vida no es fácil, pero no será por mi causa.

Michael solo asintió, su expresión era la misma cuando jugaba a whist; imperturbable. Tras unos segundos de silencio, prosiguió:

—¿En qué tienes pensado usar la dote de Laura?

William no lo dudó ni un segundo y respondió:

—Ella lo decidirá. No pretendo disponer de lo que sea que involucre su dote. Estoy lejos de ostentar grandes riquezas, pero lo que tengo es suficiente para darle una vida tranquila y sin sobresaltos financieros. No la necesito, pero si ella desea disponer de ella, así será

Michael volvió a asentar.

—Tengo una última pregunta antes de hablar con mi hija. —Miró a los ojos a su sobrino. William tensaba sus mandíbulas y sus fosas nasales se dilataban. Michael se inclinó hacia adelante y juntó las yemas de sus dedos—. ¿Tienes alguna enfermedad por la cual me tenga que preocupar?

William frunció el ceño. En su memoria se hizo presente el recuerdo de haber enfermado de peste cuando era niño y, extrañado, preguntó:

—¿A qué se refiere con eso?

—William, estuviste más de tres años en Italia, solo, sin ninguna clase de supervisión... Semejante libertad hace que los jóvenes se vuelvan descuidados y contraigan ciertas enfermedades, que después contagian a sus esposas cuando se casan... Las consecuencias pueden ser nefastas y, lamentablemente, no se curan con amor.

William abrió su boca comprendiendo los alcances de los dichos de Michael. Se aclaró la garganta y sintió que su rostro enrojecía de pudor. La inquietud del duque de Hastings era legítima. Sin embargo, jamás imaginó que sería sometido a esa clase de interrogatorio, el cual era más que sensato.

—Tiene razón... —Sin darse cuenta, se rascó la barba y luego el cuello. Apretó los labios al percatarse de su acto reflejo y volvió a su postura marcial. Sus manos sudaban. Una vez más se aclaró la garganta.—. Antes de viajar, mi padre me instruyó en todo y puso especial énfasis en la protección. Puedo asegurarle que, en ese sentido, no hay nada que temer... De haber contraído alguna enfermedad, esta se habría manifestado en estos últimos tres años de celibato. De todas formas, le ofrezco la promesa de ir a un médico, lo antes posible, para que me examine y dé fe de mi buena salud.

Michael volvió a asentar.

—Esperaré el resultado de ese examen mañana.

—Como ordene, su excelencia.

—Puedes retirarte y aguardar por mi resolución en la sala de estar. Dile a Laura y a Margaret que entren.

William cerró los ojos y maldijo para sí mismo... No podía marcharse sin dar su última palabra.

—Independiente de lo que resuelva, eso no borraré el hecho de que amo a Laura y ella lleva años esperándome. Si tengo que venderle el alma al diablo para estar con ella, lo haré. Si tengo que destruir mis relaciones familiares con todos ustedes, lo haré. No me quedaré de brazos cruzados, ni aceptaré con sumisión si usted se niega a darnos su bendición sin un motivo plausible.

No esperó ninguna clase de respuesta.

Cuando abrió la puerta se encontró con Laura, quien perdía el equilibrio por estar espiando con la oreja pegada en la madera. Con voz átona dijo:

—Su excelencia ordena que entres con la duquesa.

Laura se irguió y asintió. Intentó alcanzar los dedos de William antes de entrar, él los atrapó y, por un segundo, ambos sintieron el cálido y fugaz roce.

William se encontró con los ojos de su tía Margaret. Ella intentaba componer una sonrisa, pero fue inútil. Se encogió de hombros y solo dijo:

—Obedece a tu tío y ve a la sala de estar. Algún día, cuando seas padre, lo entenderás.

—Si Laura no es la madre de mis hijos, entonces nunca lo entenderé...

La puerta se cerró tras de él y el peso del mundo cayó sobre su espalda.

No obstante, William le mintió a su tía; comprendía la actitud de Michael. Fue un idiota al tener la desfachatez de suponer que solo por ser un pariente cercano, sería un mero trámite pedir la mano de Laura.

El duque de Hastings lo estaba poniendo a prueba como a un hombre cualquiera, sin ningún lazo que los atase.

Y William temió que, cuando se trataba de pretender la mano de lady Laura Martin, su valor se reducía a solo ser un bastardo con suerte.

William estaba sentado en el sofá de la sala de estar, mientras miraba un punto indeterminado del papel mural. En su mente se planteaba miles de escenarios en los que podía desencadenar su historia con Laura, si su tío no le daba su bendición.

La que más lo inquietaba era cumplir su palabra y fracturar a su familia, casándose con Laura en contra de la voluntad de su padre. Después de todo, ella era mayor de edad.

Entre escenarios fatídicos y posibles decisiones, los pensamientos de William se desviaban a recordar el interrogatorio de su tío. De todos los cuestionamientos que esgrimió Michael, nunca mencionó el hecho de que, al ser primos, existía la posibilidad de que sus futuros hijos heredaran algún defecto físico o mental. Era un alivio que no lo usaran como un impedimento. Ese tema ocupaba parte de sus pensamientos, él tenía conocidos que no tuvieron suerte con el intelecto de su prole. Eso se debía a que en esas familias tenían la costumbre de concertar matrimonios entre primos para conservar sus tierras a través de las generaciones. Él consideraba con optimismo que no correrían con esa suerte, pues no había antecedentes de uniones entre parientes cercanos desde hacía tres generaciones... y también se debía considerar que el antiguo duque de Hastings no fue engendrado por el hombre que se creía su padre.

Se mesó el cabello, inquieto. Quizás su tío reservó ese argumento para la conversación que sostendría con Laura.

En esa misma habitación se encontraba Alec, quien lo observaba en silencio. Cuando William entró, no quiso hacerle ninguna broma, en el semblante de su primo se reflejaba una verdadera agonía. Era evidente que la conversación no resultó de la forma que esperaba.

¿Qué habría pasado en la biblioteca? ¿Por qué su padre estaba poniendo trabas? Era William, por todos los santos.

De pronto, la puerta se abrió. Era Charity, y entró con una gran sonrisa. William, al instante, dirigió su desesperada atención hacia ella, y la decepción se reflejó en sus ojos. Aquella reacción mató la feliz broma de ella de llamarlo «primoñado», un juego de palabras entre primo y cuñado.

Charity miró a Alec y sin voz preguntó qué había pasado. Como única respuesta su hermano se encogió de hombros, estaba tan intrigado como ella.

No se atrevieron a decir ni una palabra. El ambiente parecía el de un funeral, en vez de una petición de mano. La postura encorvada de William y su expresión desdibujada daban la impresión de que jamás volverían a cambiar, si es que Michael no les daba su bendición. Charity se sentó cerca de Alec y todo se sumió en un sofocante silencio.

William se miró las manos entumecidas. Movié sus dedos que parecían inútiles. La espera era insoportable y eterna... Quizás hubiera sido más fácil decir que comprometió a Laura, pero él no era capaz de ensuciar la imagen de ella ante sus padres. Su mujer no merecía esa clase de traición...

Su mujer... lo era. Ni siquiera necesitaba una boda para saberlo.

Nadie, nunca, le sacaría esa idea de la cabeza.

La puerta volvió a abrirse. La voz de William, ahogada, apenas murmuró:

—Laura.

Se levantó y fue a su encuentro antes de que ella diera dos pasos.

—Will... —Él tomó su cara con delicadeza al tiempo que Laura se solazaba de su toque y cerraba sus ojos.

Por más que William quisiera hacer mil preguntas, el nudo que tenía en la garganta le impedía decir una sola palabra sin que su voz se quebrara.

Laura abrió los ojos, lo miró y sonrió.

Eso era lo único que él necesitaba saber, le bastaba con ese amado gesto; la sonrisa de Laura era radiante, llegaba a sus ojos.

Y su voz por fin salió, apresurada, desesperada:

—Por favor, di que nos casaremos.

—Nos casaremos.

—¿Qué pasó en la biblioteca?

—Les di argumentos contundentes. —Y rememoró lo que sucedió...

Laura se situó frente a su padre, mientras que su madre tomaba lugar al lado de él.

Michael, sin perder su expresión impertérrita, interrogó:

—Hija mía, ¿no crees que estás llegando demasiado lejos?

Laura ladeó la cabeza, confundida.

—¿A qué te refieres?

—A que me parece irrisorio que, de la noche a la mañana, ustedes se quieran casar —repuso con tono monocorde—. Nunca he visto nada entre tú y William que me diera una leve sospecha de que estaban enamorados, así que permíteme, por lo menos, sentir cierta renuencia sobre este inesperado suceso.

—Ah, eso... —Se acomodó sus gafas y luego alzó su barbilla—. Bueno... Yo he estado enamorada de él desde hace tres años. —Se encogió de hombros y sintió que su nariz enrojeció—. Pero él no me correspondía. Es obvio que yo se lo ocultara a todo el mundo.

Margaret se llevó la mano al pecho. Con cautela preguntó:

—Entonces, asumo que eso cambió. Sé que ustedes se quieren mucho, como primos. Espero que esto no sea por conveniencia o porque él te ha...

Los ojos de Laura se abrieron amenazando con salir de sus cuencas, avanzó hacia sus padres, apresurándose a decir:

—¡No! Te juro que no hay que restaurar el honor de nadie, mamá. Tampoco es conveniencia o lástima... Contra todo pronóstico, en las últimas semanas, los sentimientos de William cambiaron hacia mí.

Margaret intentaba comprender la situación, pero había demasiados cabos sueltos, por lo que indagó:

—¿Él sabía que estabas enamorada?

A Laura todavía le dolía recordar ese día en que le reveló sus sentimientos, podía evocar la misma desazón y decepción. Se concentró en controlar sus respiraciones para no llorar y contestó con dignidad:

—Se lo confesé en febrero, antes de que partiera a Italia. —Tensó una sonrisa—. Sabía cuál sería su respuesta, pero necesitaba empezar a olvidar... Hubiera sido una solterona muy

patética, enamorada por siempre de alguien que nunca la iba a corresponder, ¿no creen? Tenía que conservar algo de orgullo.

—Y nosotras los obligamos a estar juntos por lo de la subasta. Dios santo...

De pronto, muchas actitudes de su hija en el último tiempo cobraron sentido para Margaret. Esa profunda aversión a participar en los bailes de esa temporada, el tratar a toda costa de no involucrar a William en la tasación de objetos indios... Recordó esos días de febrero en los que se veía a Laura ojerosa y lo excusaba con problemas administrativos... Lo mucho que trabajaba su hija, al punto de que se hizo más frecuente que durmiera en la academia.

Laura rio flojo y sacó de sus pensamientos a Margaret. La duquesa miró con otros ojos a su hija, la cual asentía con la cabeza, y dos goterones formaron senderos por sus mejillas cuando admitía:

—Fue un verdadero tormento. —Secó sus lágrimas con sus nudillos—. Para mí no había pasado suficiente tiempo para poder olvidar, y para William..., pues no soportaba que nuestra relación hubiera cambiado para siempre. Supongo que eso sacó lo peor de nosotros y nos conocimos de otra forma... Y sucedió lo que parecía imposible para mí e inconcebible para él... —Centró su mirada en Michael y aseguró—: Papá, de verdad soy feliz. William me ama de la forma que yo tanto anhelaba.

Se hizo un largo silencio en que Michael y Margaret observaban a su hija como si fuera una desconocida. Sus declaraciones les dieron una nueva dimensión del carácter de Laura. Eso mismo le hizo comprender a Michael la vehemencia con la que William dijo sus últimas palabras.

Laura, ajena a las cavilaciones de sus padres, añadió:

—Papá, mamá, denle a William el beneficio de la duda. Ustedes mismos saben cuán rápido puede surgir el amor entre dos extraños. Bueno, imagínenlo en nosotros, que nos conocemos de toda la vida.

Aquellas palabras le arrancaron, al fin, una pizca de emoción a Michael y arqueó una ceja. Era cierto, se enamoró de Margaret en cuestión de semanas y su amor maduró y se acrecentó con el tiempo. Cada día que pasaba era una confirmación que lo de ellos era más fuerte que la pasión inicial.

Resopló.

—Esta niña tiene respuesta para todo, igual que su futuro esposo —claudicó Michael—. Ve y saca de su miseria a Will.

Laura sonrió. Se acercó a sus padres y ambos la abrazaron.

—Gracias, papá. Gracias, mamá. —Le dio un beso a cada uno—. No me pidan un compromiso largo, sería absurdo. Nos casaremos después de la subasta.

Michael y Margaret se miraron con incredulidad. La subasta sería en dos semanas en Pearl Palace.

Y Laura huyó.

En ese momento, a William no le importó nada más, le dio un beso a Laura que supo a alivio y quebranto al mismo tiempo. La desolación era un sentimiento con el que no sabía lidiar, y eso le hizo admirar más la templanza de su futura esposa, que soportó lo que no tenía que soportar.

La promesa que le hizo a Michael no era en vano. Él jamás volvería a hacerla sufrir. Laura era su nueva pasión, su felicidad estaba por sobre todo lo demás.

La abrazó con fuerza y aspiró su aroma. Ya no era la jovencita que estaba envuelta en la

fragancia de los nardos, era la mujer que exudaba una maravillosa y aromática complejidad. Y era de él... y él le pertenecía.

—Te amo, *cara mía*.

—Yo también...

—¡Caramba! —No era la voz de William, sino la de Gabriel, hermano menor de Laura—. ¿De qué me perdí?

La feliz pareja no se separó ante aquella intrusión. Solo se limitaron a darse otro beso.

La mirada de Gabriel alternaba entre la pareja y sus hermanos, buscando una respuesta que le diera sentido a la escena que estaba presenciando. Alec y Charity lo sacaron de dudas y, al unísono, anunciaron con sendas sonrisas:

—Se van a casar.

La quijada de Gabriel llegó hasta el suelo.

—¿¡Qué!? ¿¡Cómo!? ¿¡Cuándo!? ¿¡Dónde!?

Charity chasqueaba su lengua y con un tono de arrogancia dijo:

—Nunca te enteras de nada. Eso te pasa por estar sepultado entre libros, animales y montañas de bosta, Bestia.

—No es mi problema querer ser el mejor veterinario. —Miró a William y a Laura, ellos al fin se separaban—. Bueno, no me queda más que felicitarlos.

Gabriel fue al encuentro de Laura y la abrazó, luego se unió Charity y, al final, Alec, quien los abarcó a todos, apretándolos con fuerza.

—Me aplastas, Alec —se quejó Laura. No sabía si reír o llorar de felicidad. Al final, las risas y lágrimas brotaron al mismo tiempo.

William contemplaba la escena con creciente satisfacción, esperando que se repitiera de la misma forma en su casa. Definitivamente, sus padres no lo someterían a un interrogatorio de esas proporciones.

Sintió un toque a sus espaldas que le hizo dar un leve respingo. La voz de Michael dijo:

—Es ridículo darte la bienvenida a la familia, porque siempre has pertenecido a ella, Will.

William dio media vuelta, Michael y Margaret le sonreían. La duquesa extendió sus brazos hacia él y dijo:

—Pero, de todas formas, te damos la bienvenida, cariño.

William se vio envuelto por el calor de Margaret y sus ojos se tornaron vidriosos. La causa de aquello era el alivio, y la constatación de que su mente siempre lo llevaba por derroteros dolorosos.

Cuando se separó de Margaret, fue el turno de Michael en abrazarlo. Tras darle unas sonoras palmadas en la espalda, le dijo:

—Perdón si fui muy duro contigo, muchacho... Pero necesitaba estar seguro de que ustedes iban en serio. Todo esto me ha pillado de sorpresa... Y ahora que he confirmado lo mucho que se aman, la más grata.

William no pudo decir nada y solo aceptó las disculpas con un leve movimiento de cabeza. Se quedó un rato más en el abrazo de su tío, esperando a que su mudo llanto remitiera.

Cuando se atrevió a separarse de Michael, William se secó la humedad con el dorso de su mano y se sorbió la nariz. Sonrió y de súbito se vio sorprendido por la avalancha humana que eran los hermanos de Laura... y eso que faltaban dos, los que pronto se enterarían.

Ya había pedido la mano de su *carissima* Laura. Solo faltaba dar la noticia en Peony House.

Capítulo 15

La noche caía en Londres y era la hora de la cena en Peony House. Olivia observaba a sus hijos bromear y conversar, animados. A veces le parecía que el tiempo había pasado demasiado rápido, pero tenía el contradictorio sentimiento de preocupación por la felicidad de sus hijos. En especial la de su primogénito, siempre supo que para él sería más difícil encontrar un lugar y, por ese mismo motivo, lo impulsó a luchar por todo lo que se propusiese. Sin embargo, sería una ilusa pensar que a William no le afectaba, de un modo u otro, lo que se decía de él.

Miró el asiento vacío de su primogénito. No era la primera vez que su hijo se ausentaba a la mesa a causa del trabajo. Era la consecuencia de esa lucha, por demostrar ser más que su origen.

Sintió la mano de su esposo que tomaba la de ella y preguntaba, discreto:

—¿Dónde estás, Liv?

Olivia le sonrió y negó con la cabeza. En el mismo tono repuso:

—Solo pensaba que tendremos otra cena sin Will a la mesa.

Andrew le apretó un poco más la mano y le acarició el dorso con su pulgar.

—Su trabajo y ambición pronto darán frutos. Sabíamos que sería así. Era uno de los riesgos que corrimos hace veinticinco años, cuando volvimos a Londres.

Olivia suspiró y recordó esos turbulentos e intensos días.

—A veces me pregunto si nos equivocamos con esa elección.

Andrew hizo un leve gesto de negación. Besó los nudillos de Olivia y dijo:

—Mira a nuestros hijos... y piensa en los que no están en esta mesa. Marian es feliz con la vida que ha elegido y la familia que ha formado. Elijah persigue sus sueños en la universidad. William aprovecha todas las oportunidades que se le presentan... Y los demás tienen la libertad de hacer lo que quieren... bueno, casi. En más de un sentido, son más que nosotros a sus mismas edades.

Olivia sonrió. Andrew tenía razón. Ambos lucharon para que así fuera. Para ellos, ser padres era una tarea en la que era inevitable que se cometieran errores involuntarios, y las decisiones tomadas se cuestionaban cuando las dificultades y preocupaciones se presentaban.

—¡Llegas tarde, Will! —Fue el regaño de Violet a su hermano mayor—. Oh, vienes con Laura... Hola, prima, ¿cenas con nosotros esta noche?

Olivia y Andrew miraron hacia la entrada del comedor y sonrieron. William llevaba del brazo a Laura.

La madre de William invitó:

—Por favor, tomen asiento... —Dirigió su atención al mayordomo—: Carruthers, por favor, que pongan dos puestos más a la mesa.

El mayordomo no alcanzó a asentir y William interrumpió:

—Carruthers, que mejor traigan champaña porque vamos a celebrar.

Andrew alzó sus cejas y, curioso, preguntó:

—Y ¿qué celebraremos, hijo?

El pecho de William se ensanchó de puro orgullo y reveló:

—He pedido la mano de Laura y nos vamos a casar.

El comedor se inundó de exclamaciones.

—¡¿Qué!? —Provenientes de Andrew y Olivia.

—¡¿Aaaaaaaah?! ¡Noooooo! ¡Maravilloso! —Fue la mezcla de desconcierto y alegría de Violet.

—¡Ja! Me debes una guinea, Tony. —Y la sonrisa arrogante de Florence se asomó

mientras extendía su mano.

—¡Demonios! ¿Por qué no tardaron dos días más? —masculló Antony—. Quita esa mano, Florence, no tengo dinero aquí.

Olivia fue la primera en levantarse e ir a felicitar a la feliz pareja. Abrazó y besó a Laura en la mejilla mientras decía:

—Son unos bribones... Qué alegría me da que unan sus vidas de esta manera. Y yo que pensaba que eran imaginaciones mías. —Se separó y agregó—: Justamente hoy conversábamos sobre la tradición del ramo de novia. Aaah, nunca falla en nuestras familias... Se lo diste a mi Will y ahora están juntos, parece más magia que destino.

—Así es, tía —coincidió y sonrió. No quiso explayarse en cómo se desarrollaron los eventos de ese lejano día de febrero, pues tal parecía que William había dado otra versión de los hechos, lo cual agradeció. Se limitó a recibir el cariño, ya llegarían las aclaraciones... algún día.

Olivia soltó a Laura solo para aferrarse a su primogénito.

—Ay, Will, querido. ¿Por este motivo andabas tan serio e irritable?

—¿Lo estaba?

—Insoportable, Guglielmo —terció Florence arqueando una ceja—. Era muy mala tu excusa de «Tengo mucho trabajo».

William puso sus ojos en blanco. Olivia le acarició el rostro.

—Te has enamorado de la mejor mujer, hijo.

—Lo sé, mamá. —Miró de soslayo a Laura—. No hay nadie como ella.

—Cuidala o provocarás una catástrofe familiar —le advirtió medio en broma, medio en serio.

William recordó el tenso interrogatorio de Michael. Aquello fue una muestra insignificante de lo que se le vendría si osaba dañar a Laura.

Eso jamás sucedería. Su corazón eligió a esa mujer y solo le quedaba atesorarla hasta el fin de sus días.

Andrew vio toda su vida pasar mientras observaba a su esposa felicitando a la feliz pareja. Tensaba la mandíbula para que no le temblara el mentón, mas sus ojos traicioneros se anegaron. En tan solo un segundo recordó el día que Olivia y William llegaron a revolucionar su vida. No había un momento en que no agradeciera que Dios o el destino los pusiera en su camino.

Con su andar renqueante se acercó a su hijo y lo abrazó fuerte, fuerte, fuerte. Una vez más, la vida estaba cambiando...

—Felicidades, hijo mío. Estoy orgulloso de ti. —No lo soltaba, de pronto necesitaba aferrarse a William para saber que era cierto.

—Papá... No sería nadie si no hubieras amado a mamá.

—Ella habría hecho un gran hombre de ti de todas formas, conmigo o sin mí. De eso estoy seguro. Pero por suerte la tengo a mi lado... los tengo a mi lado. Tú y Marian me enseñaron a ser padre.

Pocas veces William escuchaba ese tipo de declaraciones. Andrew era un hombre que expresaba sus sentimientos con hechos y acciones más que con palabras. Nunca faltaba un «Te quiero, hijo» o un «Estoy orgulloso de ti»; sin embargo, en los momentos importantes su padre sabía darle lo que necesitaba.

William, con su voz apretada, dijo:

—Te quiero mucho, papá.

—Y yo a ti hijo... Ahora iré a felicitar a tu futura esposa. —Se separó de William y, con disimulo, se secó las lágrimas. Sonrió y le palmeó la mejilla con cariño.

Segundos después, Andrew estaba frente a Laura. Le tomó de las manos y le dijo, afectuoso:

—Si antes éramos familia, ese vínculo lo han fortalecido aún más con su unión. Les deseo una vida plena, sólida, y que nunca dejen de amarse.

Abrazó a Laura y pronto ella recibió el cariño de los demás.

Luego del brindis con champaña, Laura y William se unieron a la mesa y cenaron en familia. Hablaron de sus planes de casarse después de la subasta y, pese a la premura, no hubo negativas. Acordaron saltarse la celebración del compromiso dejándolo solo en el plano de las familias involucradas, debido a la organización de la subasta, la cual se encontraba en su punto más álgido. Sin embargo, la boda sería una pequeña e íntima celebración que, dentro de los parámetros del vizcondado, eso significaba una multitud de amigos y familiares.

Sí, cuando se trataba de anunciar un matrimonio a la familia del novio, todo era más fácil. Si es que se daba la condición de que la novia fuera la adecuada.

Y Laura era más que adecuada. Fue la única mujer que logró alcanzar el elusivo corazón de William Witney.

Al día siguiente, William estaba frente al espejo anudando su pañuelo. El reflejo le devolvía a una persona diferente al de semanas anteriores. Ya no era el hombre enojado consigo mismo, que no sabía que estaba enamorándose de Laura, la mujer a la que, precisamente, había rechazado meses atrás.

El hombre frente al espejo se sentía tranquilo, sin dudas ni incertidumbres. Y se iba a casar. Su mundo volvía a encontrar el punto de equilibrio que, quizás, había perdido cuando dejó de intentar ser como los demás hombres, quienes podían separar lo físico de los sentimientos. Durante todo ese tiempo de celibato quiso encontrar el amor, pero nunca experimentaba esa conexión, ese golpe de emociones que se suponía que debía sentir; las mariposas en el estómago, el intenso anhelo, los nervios si esa persona especial lo miraba. No obstante, tal como le dijo Sebastian, esa no era la única forma de enamorarse.

Quizás estaba un poco enamorado de Laura desde antes, pero se mimetizaba con el cariño fraternal, quizás no. Sin embargo, el golpe de realidad se lo dio ella cuando le confesó la real dimensión de su amor. Y su mundo, que ya estaba fuera de su eje, se volvió un desastre.

Unos golpes en la puerta pedían entrar a la habitación. William se sacudió los pensamientos y dio su venia. Era el mayordomo.

—Señor Witney, su padre indica que vaya a verlo a su despacho antes del desayuno.

A William le extrañó la petición y su ceño se frunció.

—Voy ahora mismo.

Cuando William cerró la puerta tras de sí, su padre se encontraba revisando unos documentos en su escritorio, levantó la mirada y lo invitó a sentarse frente a él.

—¿Qué necesitas de mí, papá?

Andrew entintó su pluma y firmó el documento que ocupaba su atención. Al finalizar, miró a William y dijo:

—Como bien sabes, Magnus le heredó a tu madre una mina de oro en su testamento.

—William asintió—. En ese entonces, ya estábamos casados, no pude hacer nada legalmente para que siguiera siendo de ella... ya sabes cómo funcionan esas leyes ridículas. Por ese motivo,

establecí un fideicomiso para que tu madre fuera la beneficiada y recibiera todos los dividendos. Y con ello inició el proyecto de la Academia Hope. Asimismo, ella ha destinado para cada uno de ustedes una cantidad de dinero que les ha entregado cuando alcanzan la mayoría de edad.

—Y lo he aprovechado al máximo. —Debido a ello pudo establecer su negocio con relativa rapidez—. Siempre se lo voy a agradecer.

—Pero eso no es todo... Magnus no incluyó en su testamento una propiedad que pretendía vender después de su fatídico viaje, la cual pasó a ser posesión del actual conde de Felton. Esa propiedad era la casa de soltero de tu progenitor. Lord Felton, como una forma de compensar los malos ratos que su hermano hizo pasar a tu madre, consideró que era justo que esa propiedad fuera tuya para cuando te casaras, y me dejó a cargo hasta que se diera la condición. —Le entregó el documento que había firmado—. Y ahora es tuya. No es muy grande, pero tiene una excelente ubicación y es un buen lugar para empezar tu nueva vida. Está tal como la dejó Magnus.

La mirada de William alternaba entre los documentos de la propiedad y el rostro de su padre. No podía creerlo.

Reverente, tomó los papeles que le ofrecía su padre. Una propiedad eran palabras mayores, por muy pequeña que fuera. Le sorprendió que lord Felton lo considerara como parte de su familia. En lo personal, él nunca mantuvo contacto con el conde —en términos prácticos era el primo de su progenitor—, pero el pasado, su origen y la lejanía le impidió atreverse a estrechar sus lazos.

Con cautela, preguntó:

—¿Es posible que pueda enviarle una carta a lord Felton para darle las gracias?

—Por supuesto. Lord Felton decidió alejarse de Londres por lo que tú y yo sabemos, y también para abocarse a sus propios proyectos, pero mantenemos una correspondencia cordial y esporádica. Le alegrará saber de ti.

—¿Mamá sabe de esta casa?

—Está enterada de todo... Magnus vivía ahí antes de conocer a tu madre. Cuando se comprometieron se trasladó a la residencia oficial del condado.

William no sabía demasiado acerca de su padre biológico. Solo algunas cosas que le contaba su madre, o momentos como ese en que se revelaban migajas del pasado. A lo largo de los años fue uniendo las piezas de ese rompecabezas que era Magnus Woods.

Como toda persona, Magnus tuvo virtudes y defectos, era un hombre conservador hasta cierto punto y, de haber vivido, no le habría permitido estudiar arte fuera del país.

No se imaginaba a su madre sin la libertad que tenía con su padre, que la dejaba hacer cuanto quisiera. No existiría la Academia Hope... Incluso, era muy probable que tampoco existiría Laura.

Las cosas pasaban por algo, aunque dolieran...

Y todo tuvo una nueva perspectiva en ese momento. En verdad, era un bastardo con suerte... Mucha suerte, y estaba agradecido por ello. Nadie podía superar como padre a Andrew Witney y se sentía afortunado de ser su hijo.

William se dio cuenta de que ya no necesitaba «hacerse un lugar» en la sociedad. Solo le bastaba con saber que actuaba en consecuencia a sus principios, ni más ni menos. Y que la única aprobación que necesitaba era la de los suyos.

Lunes. Laura miraba fijo a una nueva alumna de la academia Hope que estaba de pie frente a ella

y se retorció las manos, cabizbaja.

Según la carta de su primo, lord Ernest Smith, Gloria Pratts trabajaba como sirvienta en un pueblo vecino a Somerton, y fue deshonrada por su patrón. Ella lo denunció al magistrado local de Long Sutton, pero no le creyó, por lo que nadie quiso darle trabajo en su pueblo de origen. Llegó a Somerton en pésimas condiciones físicas por mala nutrición. Pese a ello, estuvo buscando trabajo y mendigando durante tres semanas. Aquella riesgosa situación la llevó a que un grupo de borrachos intentara violarla a plena luz del día. Por fortuna, Ernest logró impedirlo y, en vez de darle trabajo, prefirió enviarla a la Academia Hope para que recibiera educación. Gloria apenas conocía las vocales, pero demostró su inteligencia y voluntad por crecer cuando conversaba con lord Ernest y su esposa. Ellos tenían fe de que, si aprendía lo suficiente, podría optar a un trabajo en alguna casa decente.

—Bien, señorita Pratts, lord Ernest la ha recomendado para entrar en esta institución, y a él le enviaré los reportes de sus avances.

Gloria asintió con un imperceptible movimiento de cabeza, sin siquiera poder alzar la mirada. Laura nunca dejaba de conmoverse cuando se presentaba una nueva alumna ante ella, por lo que añadió:

—Supongo que lord Ernest le detalló en qué consiste este lugar. —La muchacha volvió a asentir. Laura suspiró y suavizó su tono—. Gloria, sé que ha pasado por cosas que ninguna persona debería pasar. Lo único que le puedo prometer es que aquí estará segura y que, si tiene algún conflicto con una de las internas o el personal, escucharemos su palabra sin humillaciones y sopesando la otra versión, y jamás la maltrataremos. Lord Ernest la envió porque vio en usted potencial y voluntad. Estar aquí no es sinónimo de caridad, usted le pagará a esta institución respetando el lugar, a sus compañeras y al personal, poniendo todo de su parte por aprender. Y mientras más aprenda, más posibilidades tendrá de ser algo más que una sirvienta. Algunas jóvenes han llegado a ser amas de llaves, institutrices, damas de compañía o atendiendo enfermos. Incluso una es maestra en una escuelita en Lancaster.

Gloria se sorbió la nariz y dos goterones cayeron al suelo.

Laura se levantó de su silla y se acercó a Gloria. La tomó de los hombros con suavidad y la instó a que la mirara a los ojos.

—Señorita Pratts, aquí estará segura. No tema, por favor.

La muchacha negó con la cabeza y repuso en voz baja:

—No es miedo... Aparte de lord Ernest y su esposa, usted también me trata con respeto, como si fuera una persona..., no como, «algo»... No sé si me entiende.

—Lo sé. Todas, de alguna forma u otra, en algún punto de nuestra vida, nos sentimos así. —Le sonrió—. Aquí todas son consideradas como personas valiosas, no importa el origen, religión, raza o qué las trajo a este lugar.

—Mu... muchas gracias por la oportunidad. La aprovecharé, señora Martin.

—Eso espero, señorita Pratts... Bien, ahora la llevaré con la señorita Sophie Montgomery para que le muestre el lugar y llenen su ficha de antecedentes, los cuales son datos confidenciales y que son de uso en caso de emergencia. Le pido, encarecidamente, que sea sincera y tenga fe en que no será juzgada. Sophie le contará por qué es tan importante que diga la verdad.

Laura instó a Gloria a que la siguiera y abrió la puerta. Justo en ese momento llegaba Sophie a recibirla. Después de las presentaciones, ambas jóvenes se internaron en uno de los pasillos.

Justo cuando Laura volvía a su despacho, la señora Waters la llamó y dijo:

—Señora Martin... —Laura dio media vuelta y notó una leve sonrisa en la señora

Waters—. El señor Witney ha venido a visitarla.

Laura alzó una ceja y, ladina, preguntó:

—¿Cuál de los tres señores Witney?

—El mayor... —Y con un tono de secretismo anunció—: Y viene con flores.

—Entonces hay que llenar de agua mi florero. —Uno al que siempre olvidaba ponerle flores—. Yo le avisaré cuándo puede ir a buscarlo. Dígale al señor Witney que pase, por favor.

—Enseguida. —Y, con el pensamiento de que pronto tendría que llamarla señora Witney, la gobernanta fue al vestíbulo a cumplir con su misión.

Cuando William entró en el despacho de Laura, ella fue a su encuentro con una radiante sonrisa, lo besó y luego dijo:

—No esperaba verte tan temprano, *caro mío*. Ni siquiera es mediodía. —William le entregó el ramo, eran rosas rojas y blancas—. Gracias, son hermosas.

Laura aspiró su aroma y pensó que sería maravilloso tener un perfume que capturara esa precisa fragancia; la frescura, el verdor y la suavidad. Así recordaría el primer ramo de flores que recibía de parte de su futuro esposo.

William sonrió al ver la expresión de Laura llenándose de la fragancia de las rosas una y otra vez. Sabía que la sagaz mente de su prometida ya estaba ideando la fórmula para conservarla en una botellita. Salió de su ensoñación y dijo:

—Pensaba venir más tarde, pero quería saber si puedes darme una hora de tu vida y acompañarme.

—¿Ahora? —William asintió. Laura gimió de frustración—. Oh, Will... Justo estamos recibiendo una alumna nueva, la envió Ernest. Sophie le está mostrando las instalaciones y luego tienen que completar el cuestionario para llenar su ficha de antecedentes. Mientras tanto yo tengo que hacer unas tareas administrativas. Después de eso, podría ir contigo donde quieras.

—¿Y eso cuánto tiempo te tomará?

—Una hora, hora y media como máximo.

—Entonces esperaré... ¿Tienes papel blanco y lápiz grafito?, ¿o carboncillo?

Laura parpadeó un tanto confundida y luego entendió. William iba a matar el tiempo dibujando.

—Claro, iré a buscarlo a la sala de arte.

El despacho de Laura estaba sumido en el sonido de su pluma anotando cifras y firmando documentos, y que se mezclaba con el del lápiz grafito de William, quien se encontraba en la zona de estar del despacho para no distraer tanto el trabajo de Laura.

Ella escribía concentrada, abstraída de la presencia de William. No dejó que la curiosidad y la anticipación la invadiera y retrasara su improvisada cita, por lo que ni siquiera hacía el intento de mirar de reojo a su prometido. Si no fuera por el sonido de su lápiz, nada delataría su presencia.

A sus fosas nasales llegó el aroma a rosas, las que ya colmaban su florero, situado en un lugar de honor en su escritorio.

En el ínterin, Emily, quien ya estaba enterada de las futuras nupcias, entró a la oficina. Debía informar a Laura que se estaban quedando sin insumos en las salas de clases, tales como tiza, pizarras, papeles, tinta, plumas. Cuando vio a William dibujando, serio y en silencio, solo le

sonrió y lo saludó con un gesto, que fue respondido con un ademán y un guiño.

Luego entró Charity, quien fue informada de la presencia de William por Emily. Su misión era solicitarle a Laura que le autorizara una salida grupal al Museo Británico, la cual se realizaría en dos semanas más.

Al rato después, entraba Sophie. Saludó a William y luego recordó a Laura que citara a reunión a las grandes damas para plantear el asunto de aumentar la cantidad de maestras en la academia.

Era una mañana muy ajetreada en la Academia Hope. No había mejor carabina que el trabajo de Laura.

No obstante, llegó el momento en que ella escribió la última palabra y soltó un resoplido. Sin una pizca de femenino decoro, se echó en el respaldo de la silla.

—Ay, pensé que no terminaría nunca. —Miró la hora en el reloj que se encontraba sobre la chimenea. Su estómago reclamó por comida—. ¡Por los clavos de Cristo! Ya es la una. Will, ¿por qué no me dijiste que me estaba pasando de la hora?

Él levantó la mirada y se encogió de hombros.

—Porque no me di cuenta del tiempo. Yo estaba en lo mío y tú en lo tuyo. No pasa nada, yo fui el que corrí el riesgo de venir sin avisar. —Le sonrió—. Es impresionante el trabajo que haces. Mi prometida es una mujer muy capaz, me encanta.

Laura se derritió un poquitín con ese elogio.

—Gracias... —Centró su atención en los papeles que él usó como lienzo—. Y ¿qué dibujaste?

—A ti, lógico. —Dio vuelta su dibujo y se lo mostró.

Laura se acomodó las gafas y no pudo ver con claridad. Se puso en pie y se acercó para apreciar mejor el boceto.

La inmortalizó seria, escribiendo, con sus gafas afirmándose al final de su nariz.

William le mostró otro, era la misma pose, pero fruncía el ceño y la punta de su lengua se asomaba por la comisura de sus labios.

—Pones esa cara cuando estás haciendo divisiones y multiplicaciones —puntualizó William.

El rostro de Laura se ruborizó. Todavía le costaba la tabla del siete y la del ocho.

William rio y le mostró un tercer boceto. Era Laura con expresión pensativa, la pluma descansaba sobre sus labios, mientras ella miraba la nada.

Laura sabía en qué momento la capturó. Fue cuando estaba repasando en su mente el discurso que daría a las grandes damas para reclutar más maestras.

William, enamorado, declaró sin la intención de dar banales elogios:

—Eres la modelo más hermosa que me ha tocado dibujar.

—Supongo que has inmortalizado a muchas con tu arte —soltó con un atisbo de celos imaginando que eran modelos de desnudos. William se estaba llevando demasiadas primeras veces, pero ella tenía pocas de él a su haber—. Dudo que yo sea la más hermosa. Debiste conocer muchas mujeres en el continente.

William se puso en pie y dejó a un lado los bocetos. Le tomó las manos. Ni siquiera pensó en mentirle y dijo:

—Es cierto que conocí a muchas mujeres hermosas, tanto que podrían ser llamadas diosas... Si me preguntas si las recuerdo, ni siquiera puedo evocarlas con claridad. En ellas, la palabra belleza solo es un concepto abstracto. En ti, es una realidad tangible, eres la única a la que le he dicho «Te amo». Tú tienes lo que nunca he entregado antes, mi corazón. Eres mi

primer y último gran amor, y para mí eres la mujer más hermosa del mundo y lo serás aun cuando seas una viejita de ochenta años. —La besó con dulzura en la frente. Laura cerró sus ojos y sonrió. Le encantaba descubrir esa versión de William como amante—. ¿Te parece si comemos algo rápido y salimos?

—Lo haremos en el camino. Tengo curiosidad y quiero ver lo que deseas mostrarme.

Capítulo 16

El carruaje de alquiler los llevó al número 8 de Vigo Street, al lado de los famosos apartamentos de Albany, lugar por excelencia para hombres solteros y de alta alcurnia. La casa, tal como le había dicho su padre, era pequeña y sencilla. De tres pisos y adosada entre dos construcciones, la fachada de la propiedad era angosta, contaba con una puerta francesa y a su lado, un ventanal. No tenía más ornamentaciones que el dintel circular, cuya forma se extendía hacia arriba.

Laura estudió la propiedad, había pasado frente a ella en varias oportunidades cuando se dirigían a la Real Academia de Artes, que estaba a una manzana de distancia.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Laura sin dejar de contemplar el lugar.

—Perteneció al antiguo conde de Felton, era su residencia de soltero. —Laura arqueó sus cejas y miró a William, sorprendida. Él seguía observando la casa, perdido en sus pensamientos—. Y ahora es mía, me enteré esta mañana. Quería venir contigo para verla por primera vez. Si te gusta, podremos vivir aquí cuando nos casemos.

William miró a Laura para obtener una respuesta y ella le sonreía.

—Me siento muy honrada de vivir este momento contigo. —Laura entendía lo que significaba para William estar ahí. Se aferró al brazo de su prometido y propuso—: ¿Entremos?

Él le guiñó y avanzaron hasta la puerta principal. Con solemnidad, William la abrió sin dificultad.

Entraron.

Laura de inmediato percibió el olor a décadas de encierro, polvo y recuerdos. El vestíbulo era pequeño, justo al frente estaba la escalera de acceso y se apreciaban tres puertas, dos al costado izquierdo y una al fondo.

El silencio lo rompió William al decir mientras avanzaban:

—Mi papá me comentó que un cuidador de confianza venía todas las semanas a inspeccionar el lugar.

Abrieron la primera puerta a la izquierda. Por lo que se podía apreciar debajo de las sábanas que cubrían los muebles y cuadros de las paredes, se trataba del comedor. No era una estancia amplia, pero era suficiente para una pequeña familia.

Laura se separó de William y, con un gesto, acordaron levantar con cuidado la sábana que ocultaba la mesa y las sillas.

William entreabrió su boca al ver los muebles. Eran estilo Luis XIV y en perfectas condiciones. Alzó la mirada, la araña de bronce y cristal que pendía sobre sus cabezas era de exquisita manufactura. Sus sospechas aumentaron y quitó las sábanas de los cuadros de las paredes.

William peinó sus cabellos, incrédulo. No sabía si esas obras de arte eran originales o reproducciones muy bien hechas, tendría que estudiarlas más de cerca. Era una impresionante muestra de Artemisia Gentileschi, Michelangelo Anselmi y Caravaggio.

Su voz apenas fue un susurro cuando dijo:

—Cielo santo. Todo esto podría costar una fortuna —Parpadeó, necesitaba quitarse el estupor de encima o nadie lo movería de ese lugar—. Veamos el resto.

En la sala de estar se encontraron con muebles, esculturas y pinturas que eran dignas de un museo. Tal parecía que Magnus Woods tenía afición por la belleza y el arte... La cual no se extendía a la parte posterior de la casa donde estaba la cocina, la lavandería y los dormitorios para el servicio.

En el piso superior se encontraban cinco habitaciones. En el dormitorio principal también

se repetían las ostentosas muestras de arte, poseía un amplio vestidor y, contiguo a él, los sencillos aposentos del ayuda de cámara y un lujoso cuarto de baño con una gran tina. Como pieza principal de la estancia, una suntuosa cama de cuatro postes con dosel. Laura y William se miraron, mas él sonrió con picardía y dijo:

—La tina y la cama se quedan. —Sin embargo, al terminar la oración, él se estremeció en su fuero interno. Era muy probable que su progenitor usó esa misma cama con sus amantes... Porque debió tenerlas antes de conocer a Olivia—. Eso sí, cambiaremos el colchón y todo lo demás.

Laura tragó saliva al imaginar el lugar renovado y su sensual potencial, y convino:

—Definitivamente, me gusta la alcoba... ¿Veamos qué hay en las otras habitaciones?

Y así lo hicieron.

Un cuarto de pintura. A William le había parecido una exageración por parte de su padre cuando le dijo que todo estaba tal como lo dejó Magnus, mas era cierto.

En un caballete había un cuadro de una naturaleza muerta a medio pintar, los pinceles y óleos detenidos en el tiempo. Bocetos, obras terminadas de paisajes, diosas griegas, la vida nocturna de Londres... Todas sin firmas, pero William con su ojo entrenado detectó en el cuadro a medio terminar que el pintor ocultaba las letras «MW» entre los elementos de la composición. La técnica era más trabajo que virtuosismo y, por ello, el artista ponía especial énfasis en los detalles y en perfeccionar al máximo.

Magnus fue un pintor cuyo talento era más que evidente, y parecía que nadie lo sabía, ni siquiera Olivia. De lo contrario, se lo habría dicho en cuanto notaron en William su inclinación por las artes. Padre e hijo se parecían más de lo que imaginaban.

Muchas veces William sintió una natural curiosidad por el hombre que lo engendró, y lo que le contaba su madre, nunca le brindaba satisfacción. Ese lugar contestaba muchas preguntas y estableció una conexión que iba más allá de la sangre, era la respuesta del porqué se sentía diferente a sus hermanos. Todos tenían un rasgo de su padre, los ojos, el cabello, los ademanes, el carácter, menos él. Era como si le faltara algo para sentirse... completo.

Y la visión que tenía de sí mismo volvió a cambiar. Una pieza más se añadía a su vida. La dicha lo invadía al sentir la mano de Laura sosteniéndolo y siendo parte de ese momento. No era una simple casa, era un fragmento de su origen.

Con una profunda sensación de nostalgia y gratitud abandonaron la habitación y entraron a las siguientes; dos, sencillas y sobrias, que de seguro eran destinadas para invitados, y la otra se trataba de otro cuarto de baño que debía ser modernizado.

Era una casa que tenía mucho potencial, y cualquier decisión que tomaría William respecto a ella, lo haría con su prometida. Tendrían que volver con más tiempo y acompañados por el hermano mayor de Laura, Lawrence, quien era arquitecto y se especializaba en remodelar casas.

Con sueños y expectativas, William llevó de vuelta a Laura a la academia. Quedaba tanto por hacer, tanto por vivir... Y estaban recién empezando.

Edward se encontraba en su embarcadero inspeccionando un cargamento de té proveniente de Assam. El sol matutino apenas entibiaba su cara, extrañaba las lejanas costas de la India y sentir ese calor que le obligaba a deshacerse de levitas y chalecos. Las sogas que sostenían un gran contenedor tambalearon y lo sacó de su ensoñación. Lanzó un fuerte silbido y advirtió al marinero:

—¡Con cuidado, hombre! ¡Eso es costoso!

—¡Lo siento, jefe!

Edward dio un resoplido. Con tan solo imaginar que ese cargamento caía al agua, sentía que le daba una apoplejía. Era el fruto de varios años de inversión y trabajo. En febrero perdió un cargamento completo en un incendio. El dinero lo recuperó con la indemnización del seguro, pero debió renunciar a la oportunidad de introducir el producto en las mesas de los aristócratas.

—Dutton —lo llamó una voz familiar a sus espaldas.

Edward, al reconocerla, esbozó una media sonrisa y se giró.

—Witney, qué inesperado placer tenerlo de visita.

—Ranjit me dijo que podía encontrarlo aquí. Espero que mi intromisión no sea tan inoportuna.

Edward hizo un ademán para desestimar lo último que dijo William.

—No se preocupe... ¿Qué lo trae a mi humilde morada?

William sonrió triunfal, sacó un sobre del bolsillo interno de su levita y se lo entregó a Edward, quien lo abrió de inmediato y leyó. Sus cejas se arquearon, miró de vuelta a su visita y su sonrisa se amplió más al decir:

—Vaya, vaya, después de todo no es un fanfarrón. Estaré en la iglesia sin falta. Mis más sinceras felicitaciones, Witney, se lleva a una dama excepcional.

—Lo sé.

—Le costó decidirse. No sé por qué no lo hizo antes. —William no quiso contestar, solo se encogió de hombros. Edward chasqueó su lengua y dijo—: El amor es un sentimiento tan complicado. ¿Cómo lo hacen ustedes para lidiar con él sin sentir que se debilitan?

—Es mejor entregarse a lo inevitable. La mujer correcta no debilita, sino todo lo contrario, uno se hace más fuerte y decidido... Pero me parece que todavía no está preparado para esa conversación... —Edward negó con la cabeza. William rio y añadió—: Cambiando de tema, he estado considerando lo de su sugerencia respecto a incluir en mi tienda obras de arte indio. ¿Aún está en pie hablar de negocios?

—Siempre. Aunque tengo una condición.

—Dígame, ¿cuál?

—Deje de lado este odioso trato formal. Es posible que seamos socios.

William lo sopesó por un par de segundos... Sí, se sentía más cómodo con el tuteo.

—Me parece justo. ¿Cuándo tienes disponible para que conversemos?

—Pasado mañana, a esta misma hora me daré una vuelta por tu tienda, si te parece bien.

—Excelente... Supongo que también nos vamos a encontrar en la subasta.

—Por supuesto. Aunque yo sea un donante anónimo, me encantará ver cómo la colección de John se convierte en algo bueno. —Se quedó en silencio. Por más que pasara el tiempo, aún no comprendía cómo su hermano se transformó en un monstruo bajo sus narices.

William, ajeno a los pensamientos de Edward, aseveró:

—Ten por seguro que lo recaudado rendirá frutos.

—Sé que así será... Witney, a propósito de la subasta, me tomé la libertad de enviarle una carta a un amigo que tengo en Italia, y le hablé de esa ilustración que evaluamos. Había algo en ella que me resultaba familiar y me acordé de él. Cuando reciba su respuesta te contaré si es que es importante o no.

—Gracias. La verdad es que para hacer una reproducción tan buena se debe invertir tiempo y estar cerca de la obra en cuestión.

—Algunos coleccionistas exhiben reproducciones en vez de la obra original, por si alguien intenta robarlas. Es una buena forma de proteger una inversión, sobre todo si es grande.

—Pues sí... —Se quedaron ambos pensativos. No obstante, William fue consciente de que el tiempo transcurría sin piedad—. Bien, debo irme, aún tengo trabajo por hacer. —Le entregó su tarjeta—. Te esperaré en la tienda.

Edward la tomó y asintió.

—Nos veremos... Ah, y gracias por la invitación. Envíale mis respetos a Laura... No te pones celoso, ¿cierto? —preguntó sin ánimo de burla—. Acordé con ella tratarla de manera informal.

William negó con su cabeza y extendió su mano. Edward la estrechó con firmeza.

—Ella te considera su amigo si te permitió ese privilegio. Le daré tus respetos. Ha sido un placer, Dutton.

—Igualmente, Witney.

Y llegó la gran noche. El resultado de meses de trabajo se veía reflejado en cada detalle. El último baile de las grandes damas de ese año tendría una importante subasta de arte, la cual inspiraba el tema central de la velada.

El arte en todas sus expresiones.

El gran salón de Pearl Palace, la residencia de los condes de Corby, estaba decorado con estatuas de diferentes partes del mundo, arreglos florales, lujosos cortinajes, candelabros con velas aromáticas por doquier, una gran orquesta, los más exquisitos manjares para degustar y ríos de champaña, vino, limonada y ponche para beber.

Las grandes damas y las directoras de la Academia Hope y el Colegio New Hope, orgullosas, daban la bienvenida a los invitados que ansiaban entrar al evento más importante de la temporada que llegaba a su fin.

Al interior, los esposos, junto a la progenie masculina —los Herederos del Diablo— se encargaban de velar que todo se mantuviera bajo control. En una habitación contigua al gran salón de baile se encontraban los objetos a subastar, y era resguardada por los hermanos mayores de las Damas del Diablo: Thomas, Alec y Lawrence, hermanos de Laura y Charity; Frank, Ernest, Justin y Horatio, hermanos de Emily, Sophie y Eleanor —la benjamina de los Montgomery, la que aún no era considerada solterona para incluirla en el grupo de damas díscolas—.

En el ambiente se respiraba una tensa anticipación. Los invitados, poco a poco, abarrotaban el gran salón, ataviados con sus trajes de gala y joyas que demostraban su poder adquisitivo. Todos estaban ansiosos por participar de la subasta y obtener ese objeto que anhelaban. Junto con la invitación se entregaba la lista de lo que se ofrecía para la puja y quién lo había donado.

William sería el martillero, su hermana mayor, Marian, estaría a cargo de la recaudación junto con Emily.

Después de recibir a la mayoría de los invitados, las grandes damas tenían dispuesto iniciar el baile con un discurso. Lady Corby, anfitriona de la velada, subió a un podio y llamó la atención de los invitados tocando una campanilla.

Al cabo de medio minuto, el silencio fue absoluto.

—Buenas noches, damas y caballeros. Sean bienvenidos al gran baile final que organizamos para ustedes, el cual, como todos los años, busca reunir fondos para la fundación que financia el funcionamiento de dos instituciones educativas: la Academia Hope y el Colegio New Hope. —El sonido de los aplausos de rigor flotó en el aire—. Es un placer y un honor ceder la palabra a mi amiga y gestora de esta iniciativa, la muy honorable, vizcondesa

Rothbury.

Los aplausos dieron la respetuosa bienvenida a la dama, quien esperó a que el silencio se volviera a instalar en el gran salón. Divisó a su esposo entre los invitados. Cuando lo encontró, esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Esta noche es especial. Nuestra iniciativa cumple veinticinco años de vida. Es motivo de orgullo para nosotras que en este aniversario se realice la primera subasta, la cual recaudará fondos para esta institución que ha brindado educación y trabajo a más de quinientas mujeres y, desde hace dos años, también ha ayudado a cincuenta niños que dependen de ellas.

»Queremos pensar que esta obra no es de caridad, sino de justicia y progreso, y no existiría si no fuera por las grandes damas que me han apoyado desde el inicio: su excelencia, la duquesa de Hastings; su excelencia, la duquesa de Ravensworth; la más honorable, condesa de Corby; la muy honorable, vizcondesa Grimstone; y la señora Montgomery. Tampoco puedo dejar sin mencionar a nuestros esposos, hijos e hijas que han colaborado de una u otra forma con esta causa. Y, por último, a ustedes, que todos los años nos entregan no solo sus generosas donaciones, sino también su confianza, las cuales se transforman en esperanza y futuro.

»Esta noche será inolvidable. Sean bienvenidos y que empiece el baile y subasta anual de la Fundación Hope.

Los aplausos volvieron. La orquesta ejecutó los primeros compases de un vals y el baile comenzó.

William buscaba a Laura en medio de la multitud. La perdió de vista cuando ella entró al salón junto con las grandes damas. Su vestido azul debería hacerla destacar, pero tal parecía que la mitad de las damas eligió ese color para esa noche.

En su campo visual entraron Grace y Sebastian, los duques de Oxford.

—Aquí estás, Guglielmo —saludó Grace con un evidente estado de embarazo.

William puso sus ojos en blanco. A su amiga le encantaba poner el dedo en la llaga y le bastaba con tres palabras.

Sebastian intentó no reír con la broma de su esposa y repuso:

—Felicidades por la futura boda... Lo bueno de este país es que no necesitas la dispensa de un obispo para casarte con tu prima. —No, él tampoco lo resistió.

—No lo van a olvidar, ¿cierto?

—No —dijeron al unísono.

—Ustedes dos son terribles.

Grace tomó de las mejillas a William y dijo:

—Oh, Willy, querido. Siempre das material para bromear.

—No me llames Willy. Sabes que lo detesto, traidora.

—Será nuestro sucio secreto... Pero ¿sabes qué? Me alegra mucho que tus sentimientos hayan cambiado... —Suspiró, romántica—. ¿Te puedo dar un consejo?

William puso sus ojos en blanco. Grace esbozó una media sonrisa de suficiencia.

—Sé que me lo darás de todas formas.

—Nunca permitas que Laura dude de lo genuino que es tu amor. En algún momento, ella va a pensar que te ha forzado a amarla.

—Pero si nunca...

—Lo pensará... Lo ideal es que no suceda, pero si aparece un indicio de duda, demuéstrole cuánto la amas. Tal como tú, Laura también tuvo su ideal del amor. Su sueño era que, de un día

para otro, te dieras cuenta de que ella existía como mujer, la que tú siempre anhelaste... Pero no fue así. Laura renunció a ese sueño cuando te confesó sus sentimientos, luego se vieron obligados a trabajar juntos y todo cambió... En especial para ti, porque ella siempre te ha amado. ¿Lo entiendes?

William no podía negar que Grace tenía razón. Su amor era nuevo y cada día se afianzaba más y más. Sin embargo, en ese aspecto no era posible competir, Laura llevaba tres años de ventaja, su amor ya había echado raíces profundas, él sentía que tenía que compensarla de alguna manera. Era evidente que en su vida en común tendrían altos y bajos. De eso se trataba el matrimonio y debía estar atento a las dudas e inseguridades de Laura.

—Lo entiendo... Gracias.

—De nada. —Sonrió con arrogancia y soltó sus mejillas—. Ah, casi lo olvidaba, Laura me pidió que, si te veía, te dijera que fueras a la sala de las obras de arte.

—¿Por qué no me lo dijiste primero?

—¿Y perderme la diversión?... No, demonio... —Frunció el ceño, dándose cuenta de un detalle—. Aunque eres un arcángel... ¿Por qué elegiste ese nombre? Desentonas con la temática demoníaca del grupo.

—Me gustaba la idea de que un arcángel desobedeciera una orden de Dios, y no sufriera las consecuencias. —Y sonrió, malicioso.

—Después de todo, sí eres un demonio. Ve a besuquearte con tu prometida, bribón.

William negó con la cabeza y enfiló sus pasos hacia su destino. Grace y Sebastian reían a sus espaldas.

Cuando llegó a la sala de las obras de arte, se encontró con sus siete primos que conversaban y bromeaban. William se rascó la barba antes de decir:

—Laura me mandó a llamar.

Siete miradas inquisidoras con su respectiva ceja alzada intentaron intimidarlo. Frank, el mayor de todos, dijo:

—Entra, pero Alec te acompañará. —Y sonrió con falsa simpatía.

William resopló.

—No necesitamos un vigilante. No haremos nada. —Todos rieron—. ¿Cómo se les ocurre que voy a intentar algo con ustedes poniendo su oreja en la puerta? Tan tarado no soy.

Ernest tomó la palabra y dijo:

—Tómalo o déjalo, Raziél.

William puso sus ojos en blanco.

—Como sea, entren todos si quieren.

Frank le abrió la puerta y Alec lo siguió.

Laura se encontraba repasando la lista de los objetos e iba haciendo anotaciones en la iluminada estancia. Justo cuando se acercaban, ella masculló una palabrota que fue escuchada por William y Alec.

William lo pasó por alto, estaba acostumbrado. Cuando eran niños, Laura atravesó una etapa en que fue bastante suelta de lengua y maldecía cada diez palabras.

No obstante, Alec la amonestó:

—Cuidado con ese vocabulario, eres una dama.

Laura lo miró como si ese hombre que la pasaba por treinta centímetros fuera un insecto.

—No estoy de humor, Badariel. —Alec supo que, si ella usaba su apodo, el asunto era serio. Lo más sabio era no molestar a su hermana. Laura dirigió su mirada preocupada a su prometido—. Will, *caro*, no encuentro un objeto... Sé que estaba en la bodega, y lo tuve en mis

manos cuando lo trajimos aquí y... ya no está... Ay, no puede estar pasando esto ahora.

—Lo buscaremos. No te preocupes. Dime, ¿cuál es?

—La serie de miniaturas de Richard Cosway.

—Cielo Santo... —Se peinó el cabello con los dedos. Con razón Laura estaba perdiendo la calma.

Alec se acercó a la pareja y dijo:

—¿Cómo los puedo ayudar?

William le respondió:

—Es una caja de terciopelo negro, alargada, de no más de diez centímetros de largo, cuatro de alto y tres de profundidad.

—Bien.

Laura, intentando calmar su respiración sin mucho éxito, añadió apuntando a un rincón:

—Puedes empezar por esa mesa, ahí están los objetos pequeños. Se supone que nadie ha entrado a esta habitación desde que hicimos el inventario en la mañana.

Alec asintió y emprendió la minuciosa búsqueda.

William enmarcó el rostro de Laura y la besó.

—Lo encontraremos. Llamaré a dos más para buscar. Con la premura y los nervios puede que hayas pasado por alto la caja. Es normal, ni yo me doy cuenta cuando pierdo cosas y las tengo en los bolsillos...

Laura abrió sus ojos de par en par. ¡Sí! Metió la mano en su bolsillo escondido en el faldón... Luego en el otro... Su esperanza se esfumó.

William reprimió las ganas de besarla otra vez para consolarla y salió por dos voluntarios. Volvió con los gemelos Horatio y Justin. Les dieron las características de lo que buscaban y ¡manos a la obra!

Tras cinco minutos de búsqueda, Laura no pudo quedarse más tiempo quieta. Según el cronograma, la subasta empezaría en una hora y no podía faltar ni una pieza. El listado de los objetos no solo se indicaba en la invitación, sino también en unos letreros situados en la zona donde se llevaría a cabo el evento.

Inspiró hondo y, con sumo cuidado, empezó a registrar al interior de los jarrones de porcelana china. Nunca se sabía. Tomó una palmatoria para iluminar el interior...

—¡Aquí está! —exclamó Horatio desde el otro lado de la sala.

Laura dio un respingo, el jarrón tambaleó. Soltó la palmatoria para intentar atraparlo.

Lanzó un gritito de dolor.

William dio media vuelta y la vio. Ella apenas sostenía el jarrón con un dedo, y hacía equilibrio sobre la punta de sus pies para no caer. La palmatoria estaba en el suelo y la vela, apagada.

—Ayuda... —Laura luchaba para no caer—. Aaaah...

William se movió tan rápido como pudo en medio de esa sala atiborrada de objetos preciosos.

Laura no pudo aguantar más y cayó...

Qué raro. No sintió el golpe contra el suelo, ni escuchó el jarrón romperse...

Atrapada. Atrapados.

William era su colchón, y con el brazo extendido logró amortiguar la caída del jarrón.

Ambos soltaron un suspiro de alivio. Rieron presos de la tensión.

Justin, se acercó en el acto y, mientras le ofrecía la mano a Laura para que se pusiera en pie, preguntó:

—¿Estás bien?

Laura tomó la mano de Justin y respondió:

—Ahora estoy aliviada, pero me quemé la mano con la cera de la vela. No duele casi nada.

William se levantó por sus propios medios y dejó el jarrón en su lugar.

—Yo también estoy bien, gracias por preguntar.

Justin rio y replicó:

—Tú estabas feliz teniendo encima a tu prometida.

William no pudo rebatir eso. Revisó la quemadura de Laura, apenas enrojecía.

—Tendrás que meter tu mano en agua fría. Vamos a la cocina...

—No, Will, de verdad casi no duele, fue el susto más que nada.

—¿Segura?

—Segura, segura.

Horatio y Alec también habían llegado segundos después que Justin, pero ya no tenían nada que hacer, por fortuna.

Horatio le entregó la caja a Laura, ella sonrió con gratitud e interrogó:

—¿Dónde estaba? —La abrió y constató que las miniaturas estuvieran en su lugar.

—Se encontraba detrás del sofá, al lado de la mesa que indicaste, en un rincón muy oscuro. Era difícil verla, y fue pura suerte, justo cuando moviste la luz de la vela, pude notarla.

—Qué alivio... —Soltó el aire de sus pulmones, de seguro cayó por accidente. Los anchos vestidos de gala eran un verdadero incordio—. No puedo con tanta presión. Menos mal que nuestras madres pretenden organizar una subasta una vez al año... si es que es un éxito.

—Lo será —dijeron William, Alec, Justin y Horatio.

Laura sonrió. Tomó el listado del inventario y tachó las miniaturas. Era lo último que faltaba.

—Bien... Ahora necesito algo fuerte para relajarme. ¿Vamos a la biblioteca, Will? Me gustaría tomar un poquito del coñac que lord Corby tiene ahí.

William sintió las miradas inquisidoras de sus primos encima de él. Se vio obligado a responder:

—Mejor te voy a buscar un vaso, *cara mía*. —Dirigió su atención a sus primos—. ¿Alguien más quiere?

Una sonrisa lobuna emergió en los labios de Alec y dijo:

—Trae la botella... Yo conseguiré más vasos.

Laura negó con su cabeza y dijo:

—Ustedes son terribles. Solo beberemos un poco de coñac en privado.

Todos sonrieron. Sabían lo que pasaba cuando se reunían los factores pasión, amor, privacidad y alcohol. Horatio se vio en la necesidad de puntualizar:

—Y quedan cuarenta minutos para la subasta. Es muy poco tiempo para algo medianamente decente... No sé si me entiendes.

Laura alzó su barbilla y dijo:

—Eres un idiota, Ascaroth. —De verdad solo deseaba sentarse cinco minutos y beber un trago de coñac. Para su primera vez quería una cama y unas cuantas horas, como mínimo—. Will, ve y trae esa botella. Esta noche será eterna y todo gracias a estos demonios infantiles.

Horatio rio y replicó:

—Yo no he dicho nada, tú eres la mente sucia que ha pensado que yo insinué algo sucio.

—No, tú eres el de mente sucia, que ha pensado que yo pensé que tú insinuaste algo sucio.

William tomó de la mano a Laura y dijo:

—Vamos a buscar esa bendita botella... Y no quiero que nos sigan... —Miró a Alec—. Y no necesito que seas nuestra carabina, Laura sabe cómo poner límites.

Alec alzó una ceja e hizo el ademán para que salieran:

—Adelante. Sean libres... y vuelvan en diez minutos o iré a buscarlos.

No alcanzaron a dar ni dos pasos y la puerta se abrió. Era el padre de William que informaba:

—Oxford me dijo que estabas aquí... Los invitados están demasiado ansiosos, debemos empezar ahora con la subasta.

Laura suspiró, decepcionada. Le dijo adiós a ese trago de coñac y a ese beso sensual, urgente y profundo que, de seguro, William le iba a dar.

Capítulo 17

William subió al podio y observó a todos los invitados. El martillo de madera que sostenía temblaba ligeramente. Su atención se desvió por un momento hacia Laura, quien se encontraba tras una cortina con la primera obra a subastar.

Inspiró profundo, impostó su voz para elevar su tono e inició el evento:

—Bienvenidos, damas y caballeros, a la primera subasta de la Fundación Hope. Para facilitar la puja se les ha entregado un número, el cual deberán alzar y dar el valor que ofrecen para participar. Al finalizar, el flamante ganador se dirigirá hacia la mesa de recaudación para pagar, ya sea con dinero, billetes bancarios o pagarés que serán cobrados a partir del lunes. También pueden hacer sus donaciones en la misma mesa cuando estimen conveniente. ¿Hay alguna duda?... ¿No?... A la una... a las dos... ¡Empieza la subasta! —Laura entró empujando un carrito de servicio, la obra se encontraba cubierta por un velo de seda. Se situó al lado del podio. William continuó—: El primer objeto a subastar es un cuadro donado por el duque de Ravensworth, el cual se titula *Tres Amantes*, del pintor francés Théodore Géricault. Debido al contenido no apto para las jóvenes aquí presentes, el cuadro está cubierto. Los interesados pueden acercarse y evaluarlo. —Varios se atrevieron a ir a estudiar la obra y Laura, discreta, alzaba el velo. Entre ellos estaba Edward, quien arqueó una ceja y reprimió una sonrisa con poco éxito—. Mientras esperamos, les puedo contar que la obra fue realizada entre 1817 y 1819. Es un boceto al óleo que representa a dos apasionados amantes abrazados, mientras un tercero los observa en una postura relajada. —Los interesados volvieron a sus lugares—. Bien, el valor inicial de la obra es de una libra.

No pasaron ni dos segundos y Edward alzó su letrero y ofreció:

—¡Tres libras!

Otro sujeto miró a Edward con sorpresa, alzó su letrero y dijo:

—¡Cuatro!

William esbozó una sonrisa y continuó animando al resto:

—Cuatro libras por el cuadro. Lord Porter se lo llevará por cuatro libras. ¿Quién da más?

El vizconde Matlock alzó su letrero y pujó:

—Cinco.

La atención del público iba y venía entre los participantes de la subasta. Edward no tardó en decir:

—Seis.

Ni bien terminó de pujar y lord Porter ofreció:

—Siete.

Edward puso los ojos en blanco. De verdad quería esa obra. Decidió dar un golpe:

—Veinte.

Un jadeo colectivo y decenas de pares de ojos miraron a Edward. ¡Qué atrevimiento! William añadió:

—La obra presentada es la única de esa temática que pintó Théodore Géricault...

—¡Treinta! —ofreció lord Sheffield.

William y Laura se miraron de soslayo. Él le guiñó, ladino. El movimiento de iniciar la subasta con una pintura erótica fue una jugada arriesgada. Dutton era un más que posible comprador al que debían tentar, y había resultado.

—¡Cuarenta y cinco! —ofreció Edward.

Silencio... William de inmediato alzó su martillo y dijo:

—El señor Dutton ofrece cuarenta y cinco libras. Cuarenta y cinco libras a la una... Cuarenta y cinco libras a las...

—¡Cuarenta y seis! —intervino Matlock.

—Cuarenta y siete —dijo lord Sheffield.

—Cincuenta. —Elevó su apuesta lord Porter.

—Noventa —zanjó Edward...

El silencio se volvió a cernir en la estancia... William no perdió el tiempo. Notó la decepción en los caballeros.

—Noventa a la una... Noventa a las dos... —Dio un martillazo en el podio—. ¡Adjudicada al señor Dutton por noventa libras! ¡Felicitaciones, se lleva la primera obra de la noche!

La sonrisa de Edward fue lobuna. El aplauso de la respetable audiencia, tibio. Él se dirigió de inmediato a la zona de recaudación para pagar por su pintura. Ahí se encontraban Marian y Emily. Saludó a la primera:

—Es bueno verla después de tanto tiempo, señora Montgomery. —Esculcó el bolsillo interno de su levita y sacó un fajo de billetes bancarios. Cada uno era de diez libras. Le entregó nueve a Marian.

Ella sonrió y mientras contaba los billetes replicó:

—Es mucho mejor aún verlo en estas circunstancias, señor Dutton...

Edward coincidió con una inclinación de cabeza y, acto seguido, centró su atención en Emily, quien lo observaba con una ceja alzada:

—Creo que no ha hecho un negocio tan bueno, señor Dutton. Falló si pretendía hacer que los honorables invitados pagaran más por esa obra.

Edward se llevó la mano al pecho, acusando que el dardo lanzado había dado en el blanco.

—Atrapado. No se le escapa nada a la brillante señorita Montgomery. Al principio ese era mi plan... —Se encogió de hombros—. Pero sé que un sujeto como Matlock no va a apreciar la verdadera dimensión de la obra.

—¿Y usted sí la va a apreciar?

—Por supuesto... —Entrecerró sus ojos. Se marcaron sus patas de gallo. —. Algo me dice que usted ya la vio.

Emily dio un leve y altivo asentimiento de cabeza y añadió:

—Es una hermosa e interesante obra, pero en mi opinión no me agrada la idea de poner a una tercera persona en una situación como esa.

Marian, al escuchar la declaración de su prima, apretó los labios. No se atrevía a intervenir en aquella inesperada crítica de arte, que en realidad era un osado flirteo.

En todo caso, Emily no era una debutante, tenía veinticinco años al igual que Laura... Y Marian tampoco era una hipócrita.

Edward, consciente de lo que ambos hacían, decidió subir su apuesta y preguntó:

—¿Es usted celosa?

Emilyladeó la cabeza, era un gesto de falsa inocencia. A la postre repuso:

—Más bien me considero egoísta, señor Dutton. Los ojos de mi amante, en la circunstancia que sea, solo deben estar en mí. —Y se dispuso a anotar en el registro la compra de Edward.

El señor Dutton hizo una mueca de aprobación. La señorita Montgomery no evadía sus avances como lady Laura. Interesante. Quizás la dama tenía su mente y corazón disponibles para llegar a un acuerdo que los beneficiara a ambos.

—¿Ser celosa y egoísta no es lo mismo?

—No es lo mismo... No supone ningún problema que un amante converse, baile o ría con

otra. Pero sus afectos y todo lo que conlleva lo quiero solo para mí. No me gusta compartir.

—Creo que la palabra posesiva aplica mejor a su descripción.

—Puede ser. —La voz de William indicaba que otra obra fue adjudicada a un comprador. Emily le sonrió amable al caballero que se acercaba a la mesa de recaudación y luego miró a Edward—. Ya es todo suyo el cuadro de Géricault. Buenas noches, señor Dutton.

Sí, esa era la despedida. Obligada, por cierto.

Edward dio una regia inclinación pensando que no era tan descabellado pujar por otra obra, solo para provocar a la señorita Montgomery.

—Cincuenta libras a la una... Cincuenta a las dos... —William dio un martillazo. Era el penúltimo de la noche—. ¡Adjudicada a lord Matlock por cincuenta libras! ¡Felicitaciones, es el flamante dueño de *Retrato de una dama*!

Muchos aplaudieron entusiasmados. La jornada estuvo llena de emociones, sobre todo cuando el señor Dutton pujaba. En resumen, él se llevó tres obras y gastó una cantidad obscena de dinero.

—Y ha llegado el final. Subastaremos un lote de arte indio de la era del imperio Mogol donado de manera anónima. Una espada, cuyo mango está tallado en cristal con incrustaciones de oro; un tintero de jade con tapa de oro; y una fiel reproducción de una ilustración de Manohar Das, pintada con técnica de guache, y que representa al emperador Jahangir pesando al príncipe Khurram.

Laura empujó el carrito de servicio con las obras anunciadas. Al fin la subasta estaba llegando a su fin. Se situó al lado de William, y él dijo, solemne:

—El valor inicial de este lote es de...

Voces que evidenciaban un malestar colectivo interrumpieron la subasta. Laura divisó a un caballero que se acercaba con agresividad hacia ellos. Se abrió paso entre la multitud sin importarle nada.

William lo conocía, era lord Burton. Un barón y destacado coleccionista de arte. Laura por puro instinto se interpuso frente a las obras. Burton salpicó saliva por doquier cuando vociferó:

—¡Exijo que detenga la subasta de inmediato!

El gran salón se llenó de susurros. Todos estaban sorprendidos de ser testigos de un escándalo en ciernes. William bajó del podio y se acercó a Burton, procurando alejar a Laura de él. Sin elevar su tono de voz, interpelló:

—¿Hay algún problema con la subasta, lord Burton?

—¿Un problema? Yo no le llamaría problema. ¡Esto es un robo!

Aquella acusación desconcertó a William. No entendía nada de lo que sucedía.

—¿Cómo que un robo? Ni siquiera he dado el valor inicial del lote.

—¡No! ¡Ustedes me han robado!

Susurros de incredulidad se elevaron por todo el salón. Laura sintió la necesidad de poner paños fríos y, con su tono más servicial, dijo:

—Lord Burton, ¿por qué no nos hace el favor de acompañarnos y aclarar esta situación en privado?

Lejos de tranquilizarse, el barón miró a Laura con desdén y estalló:

—Usted no se meta. —Dirigió su atención hacia William—. Como ustedes están intentando subastar mi propiedad ante toda la aristocracia, yo no arreglaré nada en privado. ¡Esa ilustración me la han robado! ¡Son unos ladrones! ¡Exijo que me la devuelvan ahora mismo!

William apretó los puños y sus fosas nasales se dilataron. De reojo notó que las grandes damas se acercaban. Él solo hizo un ademán, las detuvo y negó con la cabeza.

—No se preocupen, yo me hago cargo. —Tomó la mano de Laura con un gesto suplicante—. Ve con ellas, querida.

Burton era conocido por su idea de que las mujeres solo servían para la reproducción y que, de ser necesario, debían ser corregidas a bofetadas. Olivia y las demás damas eran un ejemplo de lo que él odiaba; mujeres con poder. Ellas solo recibirían insultos gratuitos por parte del barón, y William no soportaría la afrenta. En su calidad de bastardo no podría retarlo a duelo, pero sí arremetería contra él hasta matarlo, y su padre tampoco se quedaría de brazos cruzados.

Un paso en falso, y la situación se saldría de control con un sujeto tan impulsivo y agresivo como Burton. Inspiró hondo y claudicó:

—Lord Burton, lo único que puedo hacer por usted es suspender la subasta. Por favor, antes de que siga difamando la causa, le pido encarecidamente que me acompañe a la biblioteca para resolver el asunto como caballeros.

—Usted no es un caballero, Witney, es un bastardo.

Toda la audiencia soltó una exclamación que iba entre la incredulidad, el horror y el asombro. Nadie se atrevía a llamar bastardo en su cara a William Witney. Era una especie de acuerdo tácito solo hacerlo a sus espaldas.

William alzó su barbilla. Un leve mohín se asomó en sus labios intentando reprimir la ira que lo desbordaba. A él ya no le ofendía que le llamaran bastardo, lo que le enfurecía era el objetivo del insulto, el que iba directo hacia su madre. Un bastardo no lo era porque sí, para hombres como Burton, eran el producto de la debilidad de la mujer.

—Y este bastardo es el que está a cargo y es responsable de esta subasta, le guste o no. —De soslayo notó que los hombres de su familia se acercaban y comenzaban a rodearlos. William, al sentir el silencioso apoyo, añadió en voz baja—: Cualquier problema que tenga lo deberá resolver conmigo. El escándalo que está provocando no solo me va a afectar a mí o a mi familia, sino a usted y su reputación... Elija, lo sacamos a patadas o conversa con el bastardo.

Lord Burton se quedó mirando por unos segundos a William y sopesó sus opciones.

—Hablaré con usted, Witney... Solo usted y yo.

William se limitó a hacer un leve ademán, conminándolo a seguirlo.

—Por aquí, por favor, milord.

Burton siguió a William dejando tras de sí una estela de susurros, los que pronto ganaron fuerza y se transformaron en un descarado cotilleo. Estaban presenciando el escándalo del año. El lunes iba a ser titular en todas las columnas sociales de los periódicos de Londres.

Laura, al ver que las grandes damas no salían de su estupefacción y que todo estaba convirtiéndose en un caos, tomó el lugar de William en el podio. Dio unos golpes con el martillo y exclamó:

—Damas y caballeros, su atención, por favor. —Dio más golpes. Las personas, ávidas por más alimento para el cotilleo, dejaron de hablar poco a poco—. Por favor... Gracias. —Sonrió, tensa—. Tal como anunció el señor Witney, el lote que se estaba presentando era el último. Debido al... incidente del que todos fuimos testigos, y que pronto se va a aclarar, los invito a continuar con el baile... —Miró al director de la orquesta—. Maestro, si fuera tan amable, siga con el programa. —El hombre asintió y la música comenzó a sonar más fuerte que los cuchicheos.

Charity y Sophie, junto con sus primas y cuñadas casadas, ordenaron a los sirvientes que se repartiera la champaña, la cual estaba destinada para celebrar el fin de la subasta. Mientras tanto,

los esposos de las grandes damas intentaban consolarlas y tranquilizarlas. Nunca imaginaron que el plan más ambicioso para recaudar fondos fuera a ser objeto de un escándalo, que podría condenarlo para siempre.

Se sentían desoladas. Tanto trabajo y esfuerzo. Todo manchado por un vociferante hombre que era incapaz de controlarse.

Un hombre que era peligroso enfrentarlo, porque era de aquellos a los que no les temblaba la mano para golpear a una mujer en público. Si ellas se exponían, también exponían a sus esposos, porque ellos no tolerarían la afrenta.

Todo estaba en las manos de William.

William cerró la puerta de la biblioteca y se metió las manos a los bolsillos. No ofreció asiento ni nada para beber. Solo se quedó de pie e inició la conversación antes de que Burton tomara la ventaja.

—En primer lugar, le debo aclarar que la obra que usted dice que le robamos llegó de forma anónima a la residencia del duque de Hastings.

Burton se cruzó de brazos y repuso:

—¿Cómo puede probar que no la robó?

William se encogió de hombros con indolencia, era lógica su respuesta.

—Porque hay dos duquesas, dos vizcondesas, una condesa y una antigua marquesa que pueden dar testimonio de lo que digo... Y antes de que las menosprecie, sus esposos también pueden corroborarlo. La obra llegó con una nota que decía: «Para vuestra causa».

El gesto de incredulidad de Burton fue evidente y, burlón, interpelló:

—¿Y no averiguaron si era robada?

—¿Por qué habríamos de hacerlo, milord? Esta subasta se basó en la buena fe de las personas. Todo lo que se ofreció esta noche fueron donaciones de los aristócratas que se encuentran en el salón. De hecho, algunos decidieron mantener su identidad en secreto, pero también están presentes esta noche.

El desprecio de Burton se derramaba con cada palabra cuando declaró:

—El asunto es que me la robaron, y hoy me encuentro con la desagradable sorpresa de que ustedes la tenían.

—¿Y no sospechó nada cuando leyó el listado de las obras?

—No, podía ser una coincidencia. Manohar Das ilustró varias escenas del emperador Jahangir.

—Se lo concedo. Lo único que puedo decir en nuestra defensa es que llegó como una donación anónima.

Burton negó con la cabeza. Ni siquiera podía concebir que podían ser inocentes y repuso:

—Ustedes son famosos por defenderse en cualquier circunstancia... No me extrañaría que encubrieran este flagrante robo.

William contó hasta diez. Sí, era verdad que en su círculo íntimo se apoyaban en todo, e incluso podían solapar ciertos asuntos de dudosa moral. No obstante, un robo de esa naturaleza era un límite infranqueable.

—Ya que estamos con tantas suspicacias de su parte, me permitiré tener las mías... ¿Por qué se toma tantas molestias? La obra que usted reclama ni siquiera es auténtica, es una reproducción.

—Es una obra original, ¿por quién me toma?

«Por un imbécil con problemas de control de ira», pensó William, pero se ahorró el comentario.

—Permítame discrepar. Mi experiencia como anticuario y mis conocimientos de arte me hicieron sospechar que la ilustración era una falsificación, y lo he corroborado con un experto en arte indio. Por eso la declaramos como reproducción y no como una obra original. Sin embargo, ya noté que ese asunto parece no tener importancia para usted, sino el hecho de que supuestamente se lo robamos. Sigamos con la suspicacia... ¿Cómo me puede comprobar que la ilustración le pertenece?

Burton solo balbuceó furibundo antes de decir:

—¿Es que no le basta con mi palabra?

—No.

—¿¡Qué se ha imaginado!? ¿Acaso no sabe con quién está tratando?

—Con una persona que no me puede comprobar que la obra que reclama es suya. Cualquier profesional de las artes, ya sea un anticuario o un coleccionista, debe respaldar la autenticidad o la procedencia de sus adquisiciones... ¿O usted es un aficionado, milord?

El rostro de Burton enrojeció y una gota de sudor se deslizó por su sien.

William ya veía que el hombre se abalanzaba sobre él de pura frustración. No obstante, no movió ni un músculo cuando Burton invadió su espacio personal y bufó.

—Ya sabrá de mí, Witney. Esto no se quedará así.

—Eso ya lo sé, milord... Ya conoce la salida, que tenga buenas noches.

Burton no dijo ni una palabra más. Dio media vuelta y, antes de siquiera tomar el pomo de la puerta, esta se abrió con brusquedad. Era el conde de Corby, el anfitrión de la velada. Con una expresión draconiana, dijo:

—Lo acompaño, lord Burton... Y no se atreva a poner un pie en Pearl Palace en lo que le resta de vida, o sufrirá las consecuencias.

Burton fue escoltado por los esposos de las grandes damas. Todos le dieron la misma advertencia, no era bienvenido en ninguna de sus residencias. El único nexo para resolver el asunto de la ilustración sería el señor William Witney.

Cuando William quedó a solas en la biblioteca, soltó un largo resoplido. Su mandíbula acusó la tensión con dolor. Se dirigió al rincón donde lord Corby tenía su coñac especial. Se sirvió un vaso...

—Sirve otro más, *caro mio*, por favor. —Escuchó la voz de Laura a sus espaldas.

Su prometida fue un verdadero bálsamo para su estado anímico.

—Tus deseos son órdenes. —Sirvió otro vaso. Dio media vuelta y se lo entregó.

Ambos chocaron sus vasos y bebieron un trago. Se permitieron disfrutarlo. Laura estaba habituada al sabor y al aroma de ese verdadero elixir. La madera noble de las barricas, esa nota frutal que daba paso a las especias. El narcótico ardor recorriendo su garganta. Cada vez que estaban en Pearl Palace, William y Laura se escabullían a beber a escondidas. Era uno de esos momentos que ella atesoraba cuando lo amaba en secreto.

Esa noche el coñac tuvo otro sabor.

No hubo necesidad de llenar el silencio con palabras. Todo estaba claro para ellos; desde ese mismo instante, debían blindar la obra de las grandes damas ante el escándalo, y develar el misterio que implicaba la ilustración falsificada.

Capítulo 18

Al día siguiente, el ánimo decayó a niveles abismales en las casas de las grandes damas. Nadie se levantó temprano, no hubo desayunos ruidosos, solo pesar, decepción y frustración.

En el ambiente se respiraba una abrumadora y aplastante sensación de fracaso. Nada podía consolar a las familias que trabajaron durante veinticinco años por la Fundación Hope; ni el éxito de la subasta, ni las donaciones que aumentaron al doble.

¿De qué servía tanto dinero si la reputación y la credibilidad pendía de un hilo? ¿Hasta qué punto se había dañado el proyecto de la fundación? ¿Se podrían recuperar de un golpe tan bajo?

William fue el único que se levantó temprano ese día. Su primer destino era Rock Hall y luego Baker Street, lugar donde vivía su primo, Horatio Montgomery, destacado detective privado.

Ni bien avanzó diez pasos por la acera, y divisó la figura de Laura a la distancia. Sabía que era ella, no importaba que sus colores fueran los mismos que cientos de otras mujeres. Él podía reconocer su forma de caminar, las curvas de su cuerpo, el tono exacto del castaño de su cabello y ojos, las inconfundibles gafas que ya nunca se quitaba. La sonrisa se colgó en sus labios, inamovible.

Fue a su encuentro. Sus pasos se aceleraron y pronto se convirtieron en zancadas. Llegó a ella con su respiración agitada. Laura tenía un aspecto ojeroso y desaliñado, el mismo que él ostentaba. Poco y nada había dormido.

Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, sintieron algo muy parecido a la tranquilidad. En ese sostenido contacto estaba la certeza de que entre ellos se fortalecía un vínculo que iba más allá de que fueran una pareja, eran sus almas que resonaban en el corazón del otro.

Laura cerró sus ojos cuando William enmarcó su rostro y le dio un casto beso en los labios. Cada suspiro, cada toque era una declaración del amor que se profesaban. Por un efímero instante eran solo ellos dos, ni el mundo ni los problemas existían...

Y el terrenal ruido de Londres reventó esa frágil burbuja.

William soltó un suspiro y dijo:

—Iba a buscarte a Rock Hall.

Una enternecida sonrisa bailó en los labios de Laura. Arqueó una ceja y replicó:

—Tal parece que me adelanté. —Acarició la barba de William—. Te ves terrible.

—Igual que tú. No dormiste nada, ¿cierto?

Laura asintió añadiendo:

—Y supongo que me ibas a buscar por el mismo motivo por el cual he venido por ti.

—Es lo más seguro. Quiero respuestas y llegar al fondo de todo esto. Necesito reducir los daños colaterales hacia la fundación lo antes posible.

—¿Vas con Horatio?

Como toda respuesta, William le guiñó y le ofreció el brazo.

Caminaron por la impecable Brook Street, bordeada de elegantes mansiones y tiendas exclusivas, que mostraban su esplendor a sus privilegiados transeúntes. Por la calzada, los carruajes avanzaban lentamente sobre los adoquines. Cuando llegaron a la intersección de Grosvenor Square con North Audley Street, enfilaron sus pasos hacia el norte. La calle cambió de nombre a lo largo de las manzanas que recorrían, así como el ambiente se volvía más animado. Vendedores ambulantes ofrecían frutas frescas y flores de verano, sus voces se mezclaban con el bullicio de la ciudad. A Laura no le pasó inadvertido el aroma a pan recién

horneado y castañas asadas, entrelazados con el ligero olor a carbón de las chimeneas.

La conversación entre ellos se centró en los preparativos de la boda y la remodelación de su casa en Vigo Street. William decidió exhibir en su tienda el mobiliario que perteneció a su progenitor, era una buena forma de atraer clientes. Aquellas piezas de colección no eran apropiadas para el hogar de un matrimonio que pretendía tener hijos.

Al llegar a Baker Street, sus pasos se fueron acelerando sin darse cuenta. Bastaron unos minutos para estar al frente del 241. William tocó la aldaba. No tuvieron que esperar demasiado, el ama de llaves abrió la puerta y les sonrió.

—Qué sorpresa verlos tan temprano, señor Witney, milady.

—Buenos días, señora Adler. ¿Horatio está en casa?

—El señor Montgomery está desayunando. —Los dejó entrar—. Dijo que iba a ir a Peony House, pero veo que se le adelantaron. Permítanme anunciar su llegada.

El ama de llaves dejó a la pareja en el vestíbulo y se dirigió al comedor. Entretanto, William colgaba su sombrero en el perchero. Laura hizo lo mismo con su bonete.

—Pasen, por favor —dijo la señora Adler al volver.

Al cabo de unos segundos, Laura y William ya estaban saludando a un demacrado Horatio, quien desayunaba con su hija, Scarlett. La niña de dos años tenía un pequeño desastre con su tazón de avena con leche.

Después del cariñoso saludo de rigor, Laura preguntó:

—¿Y Marian?

—Durmiendo. Preferí que descansara un poco más. Anoche le costó conciliar el sueño...

—Alternó su mirada entre sus primos—. Bueno, creo que a todos nos pasó lo mismo.

Un suspiro general fue la única respuesta.

Scarlett le dio unos golpecitos a su cuenco de avena y sacó a todos de su transitorio ensimismamiento.

Horatio parpadeó y ofreció:

—Por la hora supongo que no han desayunado, ¿nos acompañan?

William y Laura aceptaron diciendo al unísono:

—Claro.

Una vez servido el té y las tostadas, Horatio comenzó con su interrogatorio:

—Will, ¿cuál es tu relación con Burton? —La pequeña Scarlett se lamía la boca y Horatio la limpió con una servilleta.

Mientras tanto, William respondió:

—Es un coleccionista de arte muy conocido en el rubro, y es dueño de una de las tiendas de antigüedades de Grosvenor Square. —Bebió un sorbo de té—. Lamentablemente, también es un secreto a voces su desprecio hacia las mujeres y su carácter irascible y violento... Enviudó hace cinco años, su esposa murió en extrañas circunstancias. Por eso intenté alejar a las grandes damas de él, provocar a un sujeto así trae nefastas consecuencias.

Horatio aprobó el actuar de William, y mientras esparcía mantequilla en su tostada preguntó:

—Entonces, ¿solo se conocen por sus reputaciones?

—Nunca hemos tenido el «placer» de hablar hasta anoche. —Una ceja irónica se arqueó y le dio un mordisco a su tostada.

—¿Y qué hay de la ilustración?

Laura, luego de beber té, intervino:

—La ilustración que pretendíamos subastar llegó de forma anónima a Rock Hall. Solo tenía

una nota que decía «Para vuestra causa». —Del bolsillo oculto en su falda sacó un papel y se lo dio a Horatio, quien lo estudió.

A la postre, el detective infirió:

—Bueno, es evidente que quien envió esto tiene una muy buena caligrafía, así que debe ser una persona educada y está ligada, de una forma u otra, a la aristocracia. ¿Será muy retorcido pensar si el mismo Burton la envió para provocar un escándalo? ¿Cuál sería su móvil?

El cejo de William se contrajo al pensar en aquello. Lo cierto era que no le convenía la hipótesis que se gestaba en su mente, mas de todas formas propuso:

—Anular a la competencia. Aunque en realidad es bastante poco probable, no somos los únicos anticuarios de Londres. En todo caso, anoche él no tenía forma de comprobar que la ilustración le pertenecía.

Laura hizo un mohín antes de decir:

—¿Y si Burton tiene un cómplice? —Horatio y William la miraron con interés—. Que uno escribiera la nota y entregara la donación, y el otro hiciera el escándalo. Ay, creo que sonó muy enrevesado.

Horatio chasqueó su lengua.

—Es posible. Siempre se cometen errores cuando un plan se lleva a cabo... Si yo fuera su cómplice estaría muy molesto si las cosas no resultan bien.

William sentenció:

—Podemos hacer muchas conjeturas, pero al final, lo único que sé es que, si Burton me comprueba que la ilustración le pertenece, se la debo entregar. El daño a mi reputación ya se habrá hecho, y este «robo» salpicará a la fundación y a las grandes damas. Eso es lo que más me duele, conmigo se pueden meter todo lo que quieran, pero no con el proyecto y nuestras madres.

Laura sintió un nudo en la garganta. Tanto por el daño a la fundación como a William. No quería ni pensar en las consecuencias. Si dejaban de recibir donaciones y se limitaban a lo que las primeras familias podían financiar, ya no podrían educar a tantas mujeres y niños como quisieran... y cada vez llegaban más.

No poder darles un mundo mejor, aunque fuera a unas pocas, la descorazonaba.

—Bien —zanjó Horatio—. La nota es un buen punto de partida si logramos que Burton escriba lo mismo para comparar. Will, ¿sabes cuál es la tienda de Burton?

—Sí, en Grosvenor Street, con New Bond Street.

—Bien. ¿Y sabes dónde vive?

—La verdad no lo sé, pero lo averiguaré.

—Perfecto, en cuanto lo tengas me la haces llegar. La obra que reclama Burton, ¿dónde está ahora?

—La llevamos a Peony House, junto con la espada y el tintero que también estaba en el lote.

—Sí, fue lo mejor, haberla dejado en Pearl Palace habría sido un incordio... En resumidas cuentas, hay que estar atentos a todo... Y a lo que van a hacer las grandes damas, ellas estaban tristes y decepcionadas, pero hoy, cuando se levanten, van a estar furiosas. —Laura y William coincidieron con un asentimiento de cabeza. Horatio añadió—. Y no se van a quedar de brazos cruzados...

Rato después William y Laura entraban a Peony House. Cuando traspasaron el umbral, él le preguntó al mayordomo:

—Carruthers, ¿la familia ya está en pie?

—Sí, están todos en el comedor, señor. ¿Desea que ponga dos puestos más?

—No, ya hemos desayunado. Gracias.

Entraron al comedor y se encontraron con lo que Horatio pronosticó. La expresión determinada en Olivia y Andrew lo decía todo, y también se reflejaba en sus hermanos.

La tristeza y la frustración se transformaron en furia, la cual se suavizó cuando vieron entrar en el comedor a la flamante pareja tomada de la mano.

William y Laura se sentaron a la mesa y contaron sobre la reunión que sostuvieron con Horatio.

Cuando finalizaron su relato, Olivia alzó su barbilla y dijo:

—Por supuesto que estoy furiosa y me temo que tendré que recurrir a estrategias sucias.

William frunció el ceño, entre sorprendido y extrañado. Su madre procuraba siempre actuar con rectitud, que dijera eso eran palabras mayores.

—¿Y cuáles son esas estrategias?

Olivia no alcanzó a contestar. El mayordomo entró en la estancia. Con su expresión descompuesta anunció:

—Oficiales de policía buscan al señor Witney...—William, Anthony y Elijah miraron al mayordomo y este precisó—: Al mayor.

Irónicamente, a William no le pareció extraño. Sabía de qué se trataba y a dónde iría. Estaba tranquilo. Se puso en pie, mas todos hicieron lo mismo. Laura intentó retenerlo del brazo.

—Will, no.

—¿Qué quieres que haga? —Miró a sus padres, a sus hermanas y hermanos—. No hay alternativa...

Elijah, el menor de los varones Witney, propuso:

—Ve por la puerta trasera, Will, nosotros los distraeremos...

William negó con la cabeza y advirtió:

—No voy a huir, porque soy inocente. Y nadie... Nadie hará nada que perjudique aún más este asunto. Papá, ve a hablar con tío August, lo necesitaremos para cuando me presente ante el magistrado. —Miró al mayordomo y ordenó—: Que pasen, por favor.

No transcurrieron ni tres segundos e irrumpieron cinco oficiales. Uno de ellos dio un paso al frente. Su nombre, número y rango estaban a la vista. Era un sargento. Aquello le dio un poco más de tranquilidad a los padres de Andrew. El oficial dijo con tono marcial:

—Buenos días. Soy el sargento David Garrett. ¿Quién de ustedes es William Witney?

William se aproximó al hombre. Había solemnidad y seguridad en cada uno de sus movimientos.

—Yo soy quien busca, sargento Garrett. ¿A qué le debo el honor de su visita?

—Hemos recibido una denuncia de robo en contra suya. Tendrá que acompañarnos.

—¿Y se puede saber quién ha hecho la denuncia?

—Me temo que no tengo esa información, yo solo cumplo órdenes.

A William no le sorprendió. De todas formas, era inútil resistirse en ese punto.

—Bien. —Ofreció sus muñecas sin decir ni una palabra más que pudiera ser usada en su contra. A sus espaldas escuchó los sollozos ahogados de Laura, sus hermanas y su madre. Los oficiales se miraron de soslayo, incómodos. Pocas veces se veía tanta sumisión ante una acusación.

El sargento lo esposó sintiendo que un conflicto interno se asomaba en su consciencia. Cualquiera que era acusado, ya fuera aristócrata o un delincuente, montaba un escándalo de

proporciones, mientras que William Witney era el epítome del refrán: «El que nada debe, nada teme».

—Vamos, señor Witney —dijo el sargento Garrett. Miró a Andrew e informó—: El lunes comparecerá ante el magistrado. Antes de eso, estará a la espera en el calabozo de Bow Street.

Andrew asintió con dignidad y replicó:

—Gracias por la información, sargento Garrett. —Para pesar de todos, William estaría encarcelado lo que restaba del sábado, el domingo y parte del lunes, dependiendo de lo que determinara el magistrado.

Se llevaron a William, y su familia lo siguió para asegurarse de que ese arresto no era una treta. En apariencia, el carruaje, los uniformes y los hombres parecían ser policías verdaderos. Andrew se mantuvo a la retaguardia de su familia y, mientras observaba cómo subían a William al carruaje, le dijo a Anthony:

—Ve al establo y prepara dos caballos de inmediato, tú seguirás al carruaje de la policía y yo iré a ver a August.

—Como digas, papá. —Rauda, Anthony se fue corriendo a los establos. De seguro Carruthers, con lo eficiente que era, ya se había adelantado a la orden.

Los transeúntes y otros carruajes se detenían por curiosidad y se fue congregando una considerable multitud. Era poco habitual ver a la policía llevarse a alguien de una de las mansiones de Mayfair.

El chasquido del látigo azuzó a los caballos, y el carruaje policial inició su marcha con lentitud para unirse al tráfico de Brook Street. Nadie dejaba de mirar cómo se alejaba.

—¡Padre! —llamó Anthony montado en un caballo negro, traía otro del mismo color.

Andrew fue a su encuentro y montó. Miró a Olivia y dijo:

—Ve con los Wexford, Liv... El resto que avise a los demás. Burton le ha declarado la guerra a esta familia, y eso le vamos a dar.

Domingo. William despertó de un ligero duermevela. No sabía si era de mañana o de tarde. Esa celda fétida y húmeda era el menor de sus problemas, comparada con los dos hombres con los que la compartía. William se limitó a mantenerse en silencio y solo respondía si le hablaban, no quiso extender ninguna clase de conversación más allá de lo esencial.

La noche anterior entró una prostituta que los miró con terror al entrar y, sin embargo, para ella era la mejor opción; el resto de las celdas estaban llenas de hombres. William notó de inmediato que los otros miraban a la mujer como si fuera un pedazo de carne.

Hasta ahí llegó su resolución de no decir ni una palabra.

Conversó con la mujer toda la noche con el objetivo de ganarse la confianza de ella y, si Dios era grande, desviar los bajos instintos de los otros dos.

Para su buena suerte, bastó que Magnolia —ese era su nombre— contara su trágica y desgarradora infancia para desanimar a sus compañeros de celda. William observaba los rasgos de la joven, que ni siquiera podía catalogar como mujer. Era una niña de unos quince años. Para muchos, ya tenía edad suficiente para ser madre, casarse o trabajar, pero ella era soltera y ya había vivido mil vidas, y cuál más desgraciada que la otra. Sin embargo, todavía conservaba el infantil sueño de ser maestra y tener una muñeca de porcelana para dormir en las noches.

William reflexionó lo absurda que podía ser la sociedad en la que vivía. Primero se era un infante y, llegado a cierta edad, de la noche a la mañana, ya se les consideraba como un adulto. No había transición, nada que preparara a esa mentalidad que recién dejaba la niñez, y que los

lanzaba de golpe al mundo de los adultos.

Uno de los sujetos de la celda, Sean, tenía dieciocho años. A su corta edad, ya había engendrado tres hijos, con distintas madres y a todos los había abandonado. Era como ver a un animal que solo obedecía a sus instintos, un alma que se perdió en el camino y que casi no sentía compasión, ni tenía consideración por los demás. La única señal de humanidad la tuvo cuando, al escuchar el relato de Magnolia, él susurró un nostálgico «Me recuerdas a mi hermanita»...

Magnolia se acurrucó al lado de William para descansar. Si tenían suerte, nada malo pasaría. El dormía a ratos y despertaba ante el menor ruido. No podía sucumbir al sueño. De todas formas, no se confiaba de esos dos sujetos.

Cerró los ojos. Tenía sueño y a la vez no quería dormir.

—¡Witney, visita! —anunció uno de los guardias que mantenían el orden de las celdas.

William despertó y se puso en pie. Fue un movimiento tan rápido que se mareó. Se acercó a los barrotes y se aferró a ellos.

Parpadeó lento. Inspiró. En medio de la fetidez, un oasis de flores frescas llegó a sus fosas nasales. Sintió una paz infinita.

Laura.

Traía una canasta. Él jamás la había visto vestida de esa forma, tan sencilla como una campesina. No era un disfraz, la podía imaginar atendiendo un huerto, recogiendo huevos u ordeñando una vaca y, aun así, no dejaba de ser ella. Era Laura y estaba seguro de que su prometida, en cualquier circunstancia, era capaz de hacer todo bien.

—Will, *caro mio*. —Sus dedos se entrelazaron entre los barrotes. Ni siquiera quiso preguntar cómo estaba, era evidente la respuesta. Sus labios se rozaron con ternura, para William ese fugaz beso sabía a libertad. La voz de Laura era casi un susurro cuando dijo—: Te he traído algo de comer... —Miró de soslayo hacia el interior y añadió—: También a tus «compañeros».

—Soborno estomacal para que no me golpeen. Una idea ingeniosa —bromeó en voz baja, al tiempo que recibía entre los barrotes los emparedados que Laura preparó. De inmediato Will los repartió entre todos, quienes agradecieron el gesto con genuina humildad.

—Aquí tienes agua fresca... —Le entregó una cantimplora.

—Gracias. Aprecio mucho que hayas venido... —La abrió y bebió sin respirar, estaba sediento. Dejó un poco para los demás y añadió—: Aunque no me gusta la idea de que me veas así, en estas condiciones... en este lugar.

Laura intentó aparentar que aquello no le afectaba y aseveró con ligereza:

—Te he visto en circunstancias peores... Como esa época en que no querías bañarte.

William agradeció ese recuerdo. Ella lo llevó lejos de esa celda y de Londres. Rosebud Manor, la casa de campo del vizcondado. A él le encantaban los veranos en ese lugar.

—Tenía diez años. ¿Cómo te acuerdas? Eras una pequeñaja de siete.

—Es inolvidable el recuerdo de tía Olivia persiguiéndote por toda la casa para meterte a la tina.

Ambos rieron en medio de esa oscuridad. No obstante, William debía aprovechar el tiempo y saber qué había sucedido las últimas veinticuatro horas... o más... o menos... ya no estaba seguro.

—¿Ha habido alguna novedad?

—Hoy salió en todos los periódicos de Londres el escándalo de la subasta.

—Imagino que no fue nada bueno.

—La verdad... no. En varios periódicos criticaron la falta de rigurosidad respecto a las donaciones... Pero también hay muchos otros que defienden la causa y señalan que Burton actuó

de mala fe.

—¿Y qué dicen las columnas de cotilleo?

—Ellos se inclinan más hacia nuestro lado. El Clarín Social te ha puesto como un héroe.

—Vaya...

—Te traje el ejemplar, de verdad me ha gustado leerlo. —Se lo entregó a William. Sus manos quedaron unidas—. Te amo tanto... Cómo deseo tenerte a mi lado. No quiero imaginar si todo empeora.

—¡Se acabó el tiempo, señorita! —Laura dio un respingo ante el sorpresivo anuncio del guardia.

—No va a empeorar... No si devuelvo esa bendita ilustración. La verdad es que no lo hice porque no confío en Burton, y su actuar en la subasta fue deleznable. Solo por eso no se la di de inmediato... Cuando comparezca ante el magistrado podremos obtener más información. Dile a mi padre que la traiga, por si acaso.

—¡Vamos, señorita! —apremió el guardia.

—¡Ya voy, oficial! —Apretó los dedos de William—. Lo haré... Nos veremos mañana.

—Así será. Te lo prometo... Espera, antes que lo olvide... ¿Andas con una de tus tarjetas?

—Sí, claro. —Sin siquiera hacer alguna pregunta esculcó su bolsillo, sacó una y se la dio a William.

—Gracias... Te amo, mi *caro* gorrioncito.

Los ojos de Laura se anegaron en lágrimas. Se obligó a separarse de William.

—Te amo, Will...

Y su prometida ya no estaba. Se había ido.

Para William todo se sumió en un sordo silencio por largos segundos, hasta que el aroma de Laura se disipó trayéndolo de vuelta a ese deprimente lugar.

Suspiró, ya faltaba menos para tener respuestas.

Capítulo 19

Sean salió esposado de la celda, escoltado por los guardias para su audiencia con el magistrado.

Solo quedaban Magnolia y William en el lugar. De pronto, él escuchó los sollozos de la muchacha. Posó la mano sobre la huesuda espalda femenina y preguntó:

—¿Por qué lloras?

La muchacha se sorbió la nariz y respondió:

—Hubiera preferido estar con *usté* en esta celda por diez años, que estar allá *ajuera* un día.

A William se le partió el corazón. Una cosa era ver a las jóvenes de la academia y saber que cada una de ellas conoció la desdicha, pero era muy diferente y desgarrador ser testigo de aquellas miserias. Qué triste era desear no ver la luz del día, solo por la sensación de protección que él y esa celda le daban. Ya había decidido darle la tarjeta a la muchacha, mas necesitaba hallar el momento correcto.

—Sé que afuera es terrible y tu vida no ha sido fácil... Pero, aunque no lo creas, tienes un arma muy poderosa y quiero que aprendas a usarla.

Entre sollozos Magnolia rio, burlona.

—¿Cuál arma, *eñor*?

—Aprendiste a leer prácticamente sola. Eso no lo logra cualquiera, eres una muchacha inteligente y todavía no caes en el vicio del alcohol. —Magnolia hizo un mohín, tan solo evocar el olor del vino le daban ganas de vomitar—. Toma... —Le entregó la tarjeta de Laura.

Magnolia murmuró entrecortado la información que leía a trompicones...

—Aca...de... mi... a... Hope...

—Cuando salgas de aquí, ve a ese lugar y di que vas de mi parte.

—¿Es muy estricta la *madame*? —Fue la genuina pregunta. En los bajos barrios, los burdeles también eran conocidos como «academias» o «escuelas», un eufemismo que la joven malinterpretó—. Una vez estuve en uno, pero era peor que la calle y me escapé.

William respondió, serio:

—No es un burdel, Magnolia, es una academia de verdad; aprenderás a leer mejor, matemáticas, historia y muchas cosas más. ¿Quieres ser maestra o no?

—Sí... siempre quise ser como mi mamá que era maestra en una iglesia. Me enseñó los números, las vocales y algunas letras... No alcanzó a enseñarme *too* porque justo se enfermó y murió.

—Y con eso fue suficiente para que hicieras el resto. Ve a la Academia Hope y pide hablar con la señora Martin, di que te envía William Witney... Memoriza la información de la tarjeta por si la pierdes o te la quitan.

—Pero, *eñor*... soy una puta, ¿cómo me van a aceptar ahí?

—Porque en ese lugar solo aceptan a personas que se merecen una nueva oportunidad... o que nunca la tuvieron.

Magnolia esbozó una sonrisa, la primera que él veía y que llegaba a sus ojos con esperanza. Se guardó la tarjeta entre sus senos.

—Gracias, *eñor* Witney.

—Espero, de corazón, que nunca más tengas que volver a una celda como esta.

—¡Magnolia Burton, tu turno con el magistrado!

William entreabrió la boca ante la coincidencia, la cual le recordó el motivo por el que estaba en esa situación. No le dio mayor importancia, Burton era un apellido bastante común y, según el relato de la muchacha, perdió a sus padres cuando tenía siete años.

De todas formas, Burton tenía todas las características de ser un hombre que abandona a sus hijos ilegítimos. A William no le sorprendería si un día le endilgaban uno a ese sujeto...

Magnolia le dedicó una última mirada a William. Con el corazón encogido, él brindó una inclinación de cabeza. Esperaba de corazón que fuera un hasta pronto.

Apoyó la cabeza en la pared y el tiempo se alargó. William sintió que todo el cansancio se desplomaba sobre sus hombros. Estaba solo en esa celda... Quizás si cerraba los ojos un rato...

—¡William Witney, tu turno ante el magistrado!

El rostro de William se contrajo cuando intentó ponerse de pie y todos sus músculos protestaron. Quejándose, salió de la celda y lo esposaron.

Minutos después, William entraba a la sala de audiencias. El lugar se encontraba abarrotado de personas; funcionarios, periodistas, testigos, denunciantes y, entre todos ellos, pudo reconocer a sus padres, los padres de Laura, Horatio y a su tío August, el abogado de los Herederos del Diablo. Su mirada se detuvo en los vidriosos ojos castaños de Laura que lo decían todo. Su memoria volvió a febrero... Sí, ahí estaba ese mismo amor contenido, pugnando por salir a la luz. Dios, cómo pudo haber sido tan ciego, la amaba tanto que ya no podía dejar de pensarla, soñarla y desearla en cada minuto de su vida.

Un bufido desdeñoso lo sacó de su estado de fascinación. Era lord Burton, quien estaba en el lado denunciante.

«Al menos dio la cara con su denuncia», pensó William con acritud. El guardia le indicó su lugar, el de los acusados, frente al estrado vacío del magistrado.

—De pie ante su señoría, el magistrado, Rowland Chauncy —anunció el encargado de la sala.

Todos los que estaban sentados obedecieron y esperaron a que el magistrado tomara asiento.

El bullicio general se convirtió en un expectante silencio, mientras que el magistrado leía unos documentos. Por encima de sus gafas, miró a lord Burton y luego a William. Le dio la palabra al primero para que expusiera su denuncia.

Burton con su tono más altivo comenzó a narrar:

—El día 22 de junio fui al 31 de Broad Street. En ese lugar alquilaba dos almacenes donde protegía parte de mi colección cuando no la estoy exhibiendo, o la que pretendo vender en mi tienda. Cuando estaba haciendo el inventario me di cuenta de que faltaba una ilustración. Por supuesto, demandé al dueño de los almacenes por su ineptitud y poca seguridad.

Al escuchar el testimonio, William se dio vuelta para buscar la mirada de Laura. Ella asintió coincidiendo con él. Burton almacenaba sus obras en el mismo lugar que ellos, y debía ser la víctima del robo que les señaló el dueño de los almacenes.

William se preguntó si de verdad le robaron o si todo era un montaje muy bien articulado.

Después de ello, el testimonio continuó sin ninguna novedad. Rowland Chauncy prestó atención e hizo algunas preguntas adicionales. Cuando el barón concluyó, el magistrado señaló:

—Lord Burton, dado que estamos hablando de una antigüedad, y no de una manzana precisamente, no me basta con solo su palabra cuando dice que es de su propiedad. Yo también soy aficionado a las antigüedades y, como ya sabe, siempre hay que verificar la procedencia, o asesorarse para que uno no sea estafado. ¿Tiene algún comprobante de compra, certificado, o quizás el testimonio de quien le vendió la obra para poder dar curso a su denuncia?

Burton alzó su barbilla y respondió:

—Así es, hoy he venido con lord Prescott Bromwell, dueño de la tienda de antigüedades Antiques Emporium.

Las cejas de William llegaron hasta el nacimiento de su cabello. No era la primera vez que escuchaba ese nombre. De hecho, lo perseguía desde Eton y fue una odiosa constante en su vida. Ni siquiera en Italia se deshizo de la presencia de lord Prescott Bromwell, el segundo hijo del marqués de Tetbury. Estudiaron la misma carrera en la Academia de Bellas Artes de Florencia. Ni siquiera podía llamar rivalidad a su relación, porque en esa dinámica, al menos, había respeto por el adversario. A lord Prescott le encantaba señalar su superioridad por sobre William en cualquier aspecto; cuna, talento, contactos, riqueza, posición y moralidad. Si había una oportunidad para humillarlo, no la despreciaba.

Era su némesis.

«Eton cada vez baja más su nivel, aceptando que bastardos y plebeyos sean educados junto a nosotros. Es asqueroso que el dinero nos iguale». A los ocho años, ese era el discurso del joven lord Prescott, el que había aprendido palabra por palabra por parte de su padre. Y cada vez que lanzaba ese despectivo discurso, William, Justin y Horatio estaban cerca. Era evidente que ese veneno iba dirigido a ellos, pese a que no eran los únicos.

La sonrisa cínica que lord Prescott le propinó a William tenía como por objetivo ser humillante, y habría resultado si él hubiera sido el mismo hombre de hacía unos meses atrás. En ese momento, le importaba un soberano camino su intento de provocarlo.

—¿Y qué rol cumple lord Prescott? —interrogó el magistrado.

Burton respondió, arrogante:

—Él es mi asesor de adquisiciones, y también es la persona que me vendió la ilustración que el señor Witney me robó.

—Bien... Lord Prescott, entonces, usted, en calidad de testigo, ¿puede afirmar que la ilustración presuntamente robada se la vendió a lord Burton?

—Así es, señor magistrado... He traído el registro de ventas de mi tienda, en el cual queda en evidencia la transacción.

—Por favor, muéstremelo. —Lord Prescott, ceremonioso, se acercó al estrado y abrió el libro. El magistrado se acomodó las gafas y leyó donde le indicaban—. Gracias, lord Prescott. Puede volver junto con lord Burton. Bien, acepto la prueba, la ilustración le pertenece al demandante. —Miró a William—. Ahora es su turno, señor Witney.

William narró los hechos en detalle, tal como sucedieron. El magistrado le prestó la misma atención que a Burton. En medio de la declaración, preguntó:

—¿Y tiene en su poder la nota que acompañaba la donación?

—No la tengo aquí, pero... —William miró a Horatio y este asintió. Se abrió paso entre los asistentes a la audiencia y le entregó el papel—. Mi primo, Horatio Montgomery, la tenía bajo custodia.

—¿El detective privado?

—Sí, el mismo... El sábado le entregamos la nota para que investigara más sobre el asunto. ¿Me puedo acercar para mostrársela?

—Por favor.

William se aproximó al magistrado y este revisó la prueba.

—Los duques de Hastings, aquí presentes, pueden dar fe de que lo que digo es cierto, después de todo, la donación en cuestión llegó a su residencia.

El magistrado asintió y ordenó:

—Por favor, que el duque de Hastings se acerque al estrado.

Michael obedeció sin perder ni un segundo ni el garbo. Se situó al lado de William y dijo:

—Yo, Michael Martin, duque de Hastings, doy fe del testimonio de William Witney. La

nota que tiene en sus manos llegó a mi casa en el mes de junio, junto con la ilustración.

El magistrado asintió y le devolvió la nota a Michael. Tras una pausa señaló:

—Bien, señor Witney, según lo que he entendido de toda esta situación, es que usted no es el autor del delito, sino que su única falta es que no ha devuelto la propiedad del señor Burton.

—Así es, señor magistrado. En su momento tuve las mismas aprehensiones que usted. También soy anticuario y no tenía constancia de a quién le pertenecía la ilustración, salvo la palabra de lord Burton. Si a la mañana siguiente él hubiera ido con lord Prescott a mi casa con la prueba que presentó hoy, en vez de denunciarme por robo, se la habría devuelto sin cuestionar. Esta situación ha sido del todo innecesaria y humillante. Es más, como muestra de mi voluntad por esclarecer este asunto, mi padre ha traído la ilustración para que sea devuelta frente a usted y quede registrado en el acta. A estas alturas puedo esperar cualquier cosa de lord Burton.

El magistrado le brindó una mirada de reproche a Burton y sentenció:

—Me temo que esto pudo haberse arreglado como caballeros, lord Burton. Su denuncia ha sido del todo desproporcionada.

Andrew se abrió paso entre las personas con la ilustración envuelta en papel. Con la venia del magistrado, se la entregó a lord Burton, quien rompió el envoltorio y comprobó que se trataba de su propiedad, tal y como estaba la última vez que la vio.

La sonrisa del barón fue todo lo que necesitó el magistrado para decretar:

—La demanda no procede. —Miró a William—. Es libre de retirarse, señor Witney. —Luego dirigió su atención a lord Burton—: Espero que tenga la decencia de darle las correspondientes disculpas públicas al señor Witney por manchar su reputación, y al sistema judicial por hacernos perder nuestro valioso tiempo. De lo contrario, ruegue al cielo que el señor Witney no interponga un juicio civil en su contra por injurias y calumnias.

La sonrisa de lord Burton se esfumó.

William le dedicó una última mirada a lord Burton mientras el guardia le quitaba las esposas; sin embargo, se encontró con los ojos azules de lord Prescott, quien le saludó con un burlón asentimiento de cabeza, que él no respondió.

Al verse liberado, William no perdió más tiempo. En su mente había un solo pensamiento. Su alma gobernaba todas sus acciones. Zigzagueó entre la gente que, de pronto, se hacía a un lado para dejarlo pasar. Su corazón se aceleró con cada respiración, y cuando vio a Laura avanzar hacia él, caminó más rápido hasta correr y colisionar con ella. Se entregaron en un abrazo que les supo a paz, anhelo y libertad.

No les importó nada más. Se dieron un beso largo, profundo y lleno de palabras que no salían, pero que se escuchaban fuerte y claro en sus corazones.

William sintió la humedad salada en su boca, mezclándose con ese beso, y no sabía si esas lágrimas eran de él o de Laura, mas no le importó. Pese a que todo había resultado tal como anticipó, también sintió que se estaba mintiendo a sí mismo al pensar que tenía todo el tiempo del mundo, y que podía esperar encarcelado un par de días.

El tiempo nunca era suficiente cuando se trataba de Laura. Surgía una necesidad casi insoportable de unirse a ella de una vez por todas, de hacer todo lo que planeaba para el futuro... Ese futuro que no llegaba nunca, porque no se había dado cuenta de que el presente era más importante y debía disfrutarlo junto a la mujer que adoraba, la que le llevaba tres años de ventaja amándolo...

Y cuando sus almas se aquietaron y se dieron cuenta de que ya todo había pasado, solo se mantuvieron unidos en ese abrazo. William cerró los ojos y se solazó del contacto, el calor y el aroma de Laura.

—Necesito tenerte todo el día... No me dejes hoy, Laura.

—Ni hoy ni mañana... Paciencia, cada vez queda menos para que nos casemos.

—Estas dos semanas serán eternas.

Se separaron, y el resto de los que acompañaron a William en el proceso se acercaron y lo abrazaron. Un problema se había resuelto... en apariencia.

Los daños colaterales se verían en el corto y mediano plazo, y todos tenían la certeza de que el asunto de la ilustración no había terminado.

¿Quién envió la «donación»? ¿Volvería a intentar algo más?

¿Era un montaje de Burton? Y si fue así, ¿solo para perjudicar a William o de paso también a la fundación de las grandes damas? O quizás el irascible coleccionista tan solo fue un tonto útil...

No había respuestas, pero las averiguarían.

Un hilo del cual tirar... Solo eso les dio la declaración de Burton. Al día siguiente, en la tarde, Horatio, William y Laura fueron a los almacenes de Broad Street.

La adusta expresión del guardia del lugar se suavizó al ver a Laura, quien saludó con su tono habitual de solterona a medio amargar:

—Buenas tardes, Knox. —El hombre, tan elocuente como siempre, asintió y gruñó—. ¿Se encuentra el señor Gordon?

—Sí, señorita Martin. —Abrió más la puerta y los dejó entrar. Tan solo esa acción indicaba que el dueño de los almacenes los recibiría. Horatio miró de soslayo a William, al verlo tranquilo se relajó, el guardia parecía que en cualquier momento estrangularía a Laura, la que parecía no temer cuando dijo:

—Muchas gracias.

Laura, William y Horatio siguieron al hombre hasta la oficina del señor Gordon, que estaba a un costado de la puerta de acceso. Knox anunció:

—Señor Gordon, lo busca la señorita Martin junto con dos caballeros.

El hombre se levantó, esbozó una sonrisa y dijo:

—Que pasen, gracias.

Knox, sin palabras, les permitió la entrada a los demás.

—Muchas gracias por recibarnos, señor Gordon. —Laura extendió su mano y el hombre se la estrechó.

—Siempre es un placer, señorita Martin... Aprovecho la oportunidad de expresarle mi pesar por el asunto de la subasta. Ha sido una lástima que tan noble causa se manchara por una acusación falsa.

—Gracias, señor Gordon. Es bueno saber que no todos piensan que ha sido un montaje para tener más exposición pública... —El dueño del almacén asintió—. Bien, creo que ya conoce al señor Witney. Le presento a mi primo, el señor Horatio Montgomery.

El señor Gordon saludó estrechando de manos a William, y cuando hizo lo mismo con Horatio dijo:

—Se llama igual que el detective.

—Soy el detective.

El señor Gordon sonrió como un chiquillo y, emocionado, dijo:

—Déjeme decirle que la forma en que resolvió el caso de las estatuas robadas fue impresionante.

Una pizca de orgullo se reflejó en la voz de Horatio cuando repuso:

—Solo tuve suerte.

El señor Gordon desestimó la modestia de Horatio y contradijo:

—La suerte se busca, no llega sola, señor Montgomery...

Laura carraspeó antes de que el señor Gordon se desviara demasiado de la conversación, e intervino:

—Señor Gordon, el motivo por el cual estamos aquí, es porque necesitamos información sobre uno de sus clientes.

—No sé si seré de mucha ayuda, no puedo violar mis políticas de confidencialidad.

—En realidad no es nada que sea referente a lo que se almacena. Permítanos hacerle algunas preguntas y usted verá si puede responderlas o no.

—Usted dirá.

Laura esbozó una sonrisa. Hizo una breve pausa para ordenar sus ideas y dijo:

—En junio, cuando usted nos informó que hubo un robo a uno de sus clientes... —El señor Gordon soltó un resoplido de molestia—. Sí, ese cliente... Por casualidad, ¿se trataba de lord Burton?

—Oh, sí, era ese hombre insufrible. Menos mal que se fue con todos sus cachivaches. Es de esa clase de clientes de los que uno se arrepiente de hacer negocios.

Aquella reacción llenó de esperanzas a William, Horatio y Laura. La aversión del señor Gordon hacia Burton lo incitaría a colaborar más de lo que la ética le permitía. Laura prosiguió con el interrogatorio.

—Quisiéramos conocer más detalles acerca de ese supuesto robo. Sabemos que sus medidas de seguridad son exigentes. Nos pareció extraño en su momento cuando nos lo comentó.

—Exacto, por eso siempre me molestó que pusiera en tela de juicio nuestra reputación... Estoy seguro de que ese «caballero» perdió su cuadro y nos quiso echar la culpa. Parece que para él es un deporte andar haciendo acusaciones falsas.

Horatio, aprovechando la creciente animadversión del dueño del almacén hacia el barón, intervino:

—Señor Gordon, ¿solo el señor Burton tenía acceso a su almacén?

—No, autorizó a dos personas más, su secretario y su asesor. Ellos contaban con toda la confianza de lord Burton.

William de inmediato ató cabos y se apresuró a preguntar:

—¿Ese asesor es lord Prescott Bromwell?

El señor Gordon arqueó sus cejas ante la pregunta y aseveró:

—Ese mismo. —Puso sus ojos en blanco—. Otro insufrible más.

William se inclinó hacia adelante. Un mal presentimiento le hizo indagar:

—Antes de que lord Burton denunciara el robo, ¿alguna de estas personas entró al almacén?

—Lord Prescott, precisamente. Él era el que siempre entraba y salía de aquí. Lord Burton le dio libertad de acción, la cual se la pedí por escrito para no tener problemas.

—Por casualidad, ¿lord Prescott se llevó algo justo antes de la denuncia?

El señor hizo una breve pausa y se quedó pensativo. A la postre, admitió:

—La verdad no puedo asegurarlo. Pero Knox debe saberlo... Lo llamaré.

El señor Gordon salió a buscar al guardia. Mientras esperaban, Laura dijo:

—¿Ustedes están pensando lo mismo que yo? —William y Horatio asintieron—. Me pregunto si esos dos estaban confabulados para hacer todo esto.

En ese momento entró el señor Gordon con Knox. William le formuló la misma pregunta que al dueño del almacén. El hombre respondió:

—Una semana antes de la acusación de lord Burton, lord Prescott se llevó varios objetos del almacén. Era algo que siempre hacía.

William siguió con su interrogatorio:

—¿Uno de esos objetos era un cuadro... peculiar?

Knox frunció el ceño y replicó:

—Si con peculiar se refiere a un dibujo feo y antiguo, enmarcado entre dos placas de vidrio, sí.

Horatio y Laura se miraron de reojo. William añadió:

—Si usted ve ese dibujo, ¿lo podría reconocer?

—Creo que sí...

William sacó de su bolsillo interno un papel y se lo entregó a Knox.

—¿Era como ese dibujo?

El hombre, impertérrito, solo asintió.

—Sí, muy parecido, pero pintado.

William, Laura y Horatio exhalaban y fueron conscientes de que estaban aguantando la respiración ante la respuesta de Knox.

—Cielo santo —murmuró Laura—. Entonces fue lord Prescott...

Horatio subrayó:

—Lo que no sabemos es si Burton es un cómplice o no... Me parece que eso es lo más difícil de averiguar. No confío en la palabra de sujetos como él. —Miró al señor Gordon—: Por casualidad, ¿todavía tiene ese permiso que tuvo que dar lord Burton para autorizar a lord Prescott?

—Por supuesto. Ese tipo de documentación la guardo por tres años si es que el cliente deja de serlo... Uno nunca sabe.

El señor Gordon se levantó y se dirigió al archivador. Después de unos minutos de búsqueda se volvió a sentar frente a ellos y le entregó el documento a Horatio, quien se esculcó el bolsillo y sacó la nota anónima. Se tomó su tiempo comparando ambas caligrafías. Con un suspiro sentenció:

—No es la misma. Otra persona envió el anónimo... Lo cual no descarta del todo la participación de Burton. Puede que nos sorprenda siendo un poco más inteligente de lo que ha demostrado... Señor Gordon, ¿tiene algún registro escrito de lord Prescott?

El señor Gordon negó con la cabeza.

—No se preocupe —dijo Laura—. De verdad ha sido de mucha ayuda.

William y Horatio convinieron con Laura y le expresaron al unísono, atropellándose entre ellos:

—Es un gran paso para nuestra investigación.

—De verdad, ha sido más de lo que esperábamos.

Al ver esa reacción de todos, el señor Gordon dijo:

—Me alegro mucho de haber sido un aporte. ¿Necesitan hacerle más preguntas a Knox?

Laura sonrió. Sin palabras, consultó a William y a Horatio si ya estaban conformes, a lo que ellos respondieron que sí. A la postre, ella replicó:

—Creo que es todo. No saben lo agradecidos que estamos por su colaboración.

—Ha sido un placer, señorita Martin.

Knox solo gruñó, coincidiendo con el señor Gordon.

William, Laura y Horatio se levantaron y se despidieron de ambos hombres.

Cuando los tres salieron a la calle y se disponían a subir al carruaje que los esperaba, Horatio pensó en voz alta:

—¿Cuál ha sido el objetivo de todo esto? ¿Perjudicar a las grandes damas o a William?... ¿O ambos?

William, con emociones contradictorias, señaló:

—Sabes que jamás he sido santo de devoción de Prescott.

—Pues sí, incluso cuando era un chiquillo resultaba insoportable, pero he de reconocer que es demasiado que siga con esa actitud.

Laura frunció el ceño y preguntó:

—¿De qué me estoy perdiendo?

A Horatio no le sorprendió que ella no estuviera al tanto. Esa clase de historias eran las que se mantenían en secreto para no perturbar a la familia. Muchas de las cosas que vivieron en Eton se enterraron en el pasado. No obstante, debía admitir que Prescott siempre estuvo presente en la vida de William, por lo que le resumió:

—Lord Prescott se dedicó a acosar a Will en Eton, en Italia y, tal parece, que ni de adultos lo deja en paz.

—Pero qué tonto, ¿por qué?

A William le bastaron tres palabras para definirlo:

—Clasista, elitista, conservador... En esencia, es la antítesis de lo que somos.

Y Horatio agregó:

—A nosotros siempre nos pareció que estaba enamorado de ti.

William puso sus ojos en blanco. Cada vez que podían, recurrían a esa broma gastada.

—Cállate, ridículo.

El detective se carcajeó y, entre risotadas, dijo:

—Es como cuando un niño hala las trenzas de la niña que le gusta.

William no pudo evitar reírse al imaginar a lord Prescott persiguiéndolo como un lunático para tirar de sus imaginarias trenzas.

—Eres un idiota... En fin, Prescott no me soporta. Yo no lo soporto, pero nunca se me pasaría por la cabeza hacer algo en contra de él.

Laura bufó y dijo:

—Pues ese imbécil no solo se está metiendo con mi esposo, sino con toda mi familia. Ya quiero que caiga y esta vez le haremos pagar.

Una sonrisa bobalicona apareció en los labios de William. Horatio rio y dijo:

—Ay, Laura, mira cómo lo has dejado, y eso que todavía no se casan. —Ella frunció el ceño, intrigada—. Lo has llamado «mi esposo».

—Ah... —Se sonrojó—. Es que en mi mente ya lo es.

—Te entiendo, suele ser así antes de la boda... —Suspiró—. Como ya tenemos información más certera, ya puedo trabajar en una línea de investigación más sólida. —Miró a William—. Me comentaste que Remington está espionando a la competencia, ¿cierto?

—Sí, es un actor frustrado, incluso se consiguió unas pelucas y se está dejando crecer la barba.

—Perfecto, creo que voy a necesitar su ayuda. Prescott me conoce, no me podré acercar mucho a su tienda, pero Remington sí.

—No me digas... —Laura satirizó. Era lógico que Horatio no pudiera acercarse sin parecer sospechoso, era más alto que el promedio y además su cabello pelirrojo era en extremo

llamativo.

—Como sea... Ustedes solo preocupense de la boda... Después de todo, Burton y Prescott tarde o temprano van a caer.

Capítulo 20

Olivia suspiró cuando vio a su hijo bajar la escalera de Peony House. Su traje de gala le hacía lucir gallardo y le hizo recordar cuando conoció a Magnus. Si bien William y su progenitor no se parecían en sus rasgos físicos, sí había heredado su porte, complexión y carácter. Recordó con cariño al hombre que cambió su vida y su destino, dándole a su primogénito. Un repentino nudo se instaló en su garganta. Su vista se tornó borrosa.

Cuando William llegó frente a su madre, la abrazó y ella no soportó más la emoción. Sollozando, escondió la cara en el pecho de él.

Pocas veces un hijo consuela a su madre. A William le pareció más pequeña y frágil. Evocó su recuerdo más antiguo, el que, por algún motivo nunca se borró; quizá tenía unos dos años, se encontraban en una habitación de una cabaña. Olivia lo sostenía en brazos y lo mecía. Afuera, el cielo estaba despejado y soleado. William recordaba el aroma de su madre, su calor, su voz que murmuraba una canción de cuna, la certeza de sentirse seguro y amado.

Con esa sensación y ese recuerdo en la mente, él se meció lento, tenue, tal como ella lo hizo cuando él era pequeño. Besó su cabeza. De pronto, cayó el peso de que todo era real, se iba a casar, abandonaría su hogar para formar el propio con la mujer que, hasta hace poco, nunca soñó.

En ese momento su vida se estaba partiendo en dos.

Inspiró hondo para aplacar ese nudo en la garganta que amenazaba con dejarlo sin habla y dijo:

—Mamá, gracias por todo... por haber luchado por mí. Sé que no fue fácil al principio.

Olivia alzó su mirada llorosa, sonrió y le acarició el rostro.

—Te amé desde que me di cuenta de que crecías dentro de mí. Luché porque eras todo lo que tenía en ese momento... Y hasta el último día de mi vida lo seguiré haciendo, por ti, por tus hermanos y por tu padre. —Se secó las lágrimas con el dorso de su mano y sonrió—. Estoy muy orgullosa de ti... Haz feliz a Laura. El matrimonio no es un camino fácil y mucho menos tranquilo, pero si se escuchan el uno al otro, si se hacen saber todos los días cuánto se aman, su vida como marido y mujer será maravillosa, y no habrá tormenta que los derribe... Te conozco, hijo, ya le entregaste el alma... atesora la de ella.

—Así lo haré. Te lo prometo.

En ese momento llegó Andrew. Les sonrió a ambos con la nostalgia reflejada en sus ojos. Una vez más su vida cambiaba. Nunca se iba a acostumbrar del todo a ver a sus hijos partir del nido. Todavía extrañaba a Marian, pese a que ya llevaba dos años casada. Ahora era el turno de William. Tomó una profunda bocanada de aire y dijo:

—Vamos, hijo. A esperar a tu esposa en la iglesia.

Los ojos vidriosos de Margaret lo decían todo. Ver a la mayor de sus hijas vestida de novia era uno de sus más grandes anhelos. No solo por el hecho de casarse, sino porque ese matrimonio implicaba que Laura amaba y era amada por su futuro esposo.

Todo un privilegio para una mujer.

Margaret había vivido las dos caras de la moneda de un matrimonio. El primero fue por conveniencia y la única dicha que le trajo fueron sus hijos, Thomas y Alec. Ellos se convirtieron en su razón de ser para soportar humillaciones, golpes y carencias económicas. Luego llegó Michael con su hijo, Lawrence. Casarse por segunda vez fue un salto de fe impulsado por el

poderoso amor que surgió entre ellos. Unieron sus familias y trajeron al mundo a Laura, Gabriel y Charity.

—Oh, mamá... No llores.

—Ay, es la emoción, hija mía. —Se sorbió la nariz. Laura la abrazó con fuerza—. Siempre quise para ustedes esto, que encontraran el amor. —Se separó y tomó las manos de su hija—. En el fondo sabía que, si te quedabas soltera, podrías hacer tu camino sola..., pero cuando una se resigna a no perseguir un sueño es difícil consolar el corazón... —Inspiró hondo y dijo—: Hija, quiero que sepas que si, por el motivo que sea... el que sea, tu matrimonio ya deja de ser un lugar seguro y feliz, puedes volver a casa. Rock Hall siempre será tu hogar y nosotros y tus hermanos siempre velaremos por ti. Ahora estás feliz e ilusionada y confiamos en que tu matrimonio será maravilloso. Sin embargo, si pasa lo contrario (ojalá nunca, nunca suceda), no estás sola. Escúchame bien, hija, no soportes ni un insulto, ni que te levanten la mano, ni humillaciones. Si ves que William deja de ser el hombre que amaste, si ves que ya no te ama; no dudes, abandónalo. Nadie te juzgará, porque sabemos que diste el corazón, que luchaste... Eres una mujer extraordinaria, pero siempre serás mi bebé... Thomas y Alec fueron el fruto de mis sueños por tener hijos, tener a alguien a quien amar y ser amada... Tú fuiste el fruto del amor que siento por tu padre, la esperanza de que mi felicidad sería eterna.

La mirada de Laura estaba anegada en lágrimas.

—Gracias, mamá... Por todo.

—Menos mal que te di «la conversación» hace muchos años —bromeó—. Espero que también disfrutes esa parte del matrimonio y, si tienes dudas, puedes confiar en mí, pero creo que te sentirás más cómoda con tus amigas casadas. —Laura rio entre lágrimas—. Sé feliz, querida. Te amo con todo mi corazón.

Margaret la abrazó por última vez. Le secó la humedad de su rostro con ternura y le besó la frente.

—Ve con tu padre para que te lleve a la iglesia.

William dejó de respirar cuando las puertas de la iglesia se abrieron. Primero entraron los hijos de Frank, los gemelos Liam y Erin, quienes regaban pétalos de rosas blancas por su paso. Luego entró Charity, como la dama de honor.

La música, a cargo de sus primos y amigos del Quinteto Divino, era una marcha nupcial compuesta por ellos mismos. La ejecutaban por primera vez en la boda de William y Laura, como regalo para todas las familias. Esperaban que en el futuro fuera usada en los matrimonios. Se titulaba *Con este anillo te desposo, con mi cuerpo yo te adoro*, parafraseando los votos matrimoniales.

—Respira, hombre —le susurró Remington, su padrino de bodas—. No quiero que te desmayes.

—Ridículo.

—Entonces respira... Ahí viene tu mujer. —Discreto, le palmeó la espalda—. Suerte, amigo.

William tembló al verla entrar del brazo de su padre. Radiante, su vestido níveo y sencillo realzaba el castaño de su cabello recogido y decorado con pequeñas florecillas blancas, las que eran el único adorno de su atuendo. Sus facciones apenas las podía vislumbrar; el velo cumplía con su misión de ocultar a Laura. Se suponía que debía alzarlo antes de que el sacerdote preguntara si alguien se oponía a la boda.

¿O era al final? Cuando la besara.

¿O al principio cuando su tío Michael la entregara?

Secó las palmas de sus manos.

Sin embargo, su ansiedad se disipó cuando vio el ramo que llevaba Laura.

Rosas blancas y ramas de muérdagos. «Supero mis dificultades, amor puro». Ahora ese ramo simbolizaba algo mucho más profundo; la valentía, el estoicismo y la madurez de Laura.

La profunda admiración que él sentía por ella.

Cuando su futura esposa llegó a su lado, él pudo notar a través del velo que ella le sonreía y que llevaba sus gafas puestas.

Sonrió amplio como si fuera un niño.

—*Sei la donna più bella del mondo, cara mia.*

—Esto está pasando, ¿cierto, Will?

Laura sentía que estaba soñando. Nunca imaginó que su vida cambiaría tanto como en los últimos meses... y todo fue por pensar en el imperio romano.

William también seguía siendo su imperio romano, mas no en la caída, sino en todo su esplendor, y ocupaba la mayoría de sus pensamientos cuando no estaban juntos.

Y en ese instante no podía hacer otra cosa más que mirarlo.

William dominó sus ganas de besarla para convencerla de que ese momento era real, y encauzó su ímpetu tomando la mano libre de su inminente esposa. Entrelazó sus dedos con los de ella y dijo:

—Está pasando, nos vamos a casar, gorrióncito... Seré tuyo para siempre.

Michael se aclaró la garganta y William desvió su mirada hacia él. El tono de su tío sonó como una amenaza cuando dijo:

—Cuida a mi niña, William. Ámala o te desollaré vivo. —Entregó a su hija, una parte de su vida y de su corazón.

William la recibió y, solemne, prometió:

—No tendrá que desollarme. Siempre la amaré, su excelencia.

El sacerdote aprovechó el breve silencio que surgió e inició la ceremonia.

—Queridos y amados, estamos reunidos aquí ante los ojos de Dios y ante esta congregación, para unir a este hombre y esta mujer en el Santo Matrimonio...

William y Laura no se soltaban de las manos. Se obligaron a contemplar al hombre de Dios y fingir que prestaban atención. No obstante, sus miradas se desviaban una y otra vez para encontrarse y no podían dejar de sonreír.

El corazón de Laura latía brioso. Apretaba la mano de William y él lo hacía de vuelta. Tres años amando en silencio y ahora podía expresar su sentir en cada momento, a cualquier hora.

Lo miró de nuevo. William le guiñó, pícaro, y su atención se quedó en ella. Sin voz, él le dijo: «Te amo». Ella respondió: «Yo más».

William arqueó una ceja ante ese atrevimiento. Él la amaba más... Laura tenía la ventaja del tiempo, pero él... Él sentía que la vida era más hermosa cuando miraba su rostro, y su corazón era más feliz cuando ella estaba cerca.

Ya discutiría con ella ese detalle. En privado. Se lo haría saber en la cama.

A sus oídos llegó la voz del sacerdote que conminaba, mirando a los feligreses:

—Por lo tanto, si algún hombre puede mostrar cualquier causa justa, por qué no pueden unirse legalmente, que ahora hable, o de aquí en adelante que calle para siempre.

Solo se escuchó el estornudo de Scarlett, la hija de Horatio. Laura y William miraron hacia atrás. Silencio.

Justo cuando la atención de él volvía hacia el altar, notó de reojo que un hombre los observaba desde un rincón de la iglesia. Se quedó mirando por unos segundos por si trataba detener la ceremonia, mas nada de eso sucedió. Intrigado, intentó dilucidar quién era, pero no lo pudo reconocer, la penumbra de ese recóndito espacio velaba las facciones del desconocido.

Tal vez no significaba nada. Estaba tan nervioso de que algo o alguien impidiera su unión que ya sobrepensaba.

El religioso, conforme con el prolongado silencio que señalaba que no existía ninguna objeción, le susurró a William:

—Puedes alzar el velo y ver a tu futura esposa.

William parpadeó, volvió al momento. Tomó una bocanada de aire y obedeció. Su pulso se aceleró cuando vio los ojos de Laura. No le importó que no fuera el momento, necesitaba más contacto. Besó su frente y dijo:

—Te adoro.

Laura se sonrojó. El sacerdote carraspeó y continuó:

—William Vincent Witney, ¿quieres tener a esta mujer como tu esposa, para vivir juntos después de la ordenanza de Dios en el estado sagrado del matrimonio? ¿Quieres amarla, consolarla, honrarla y soportarla en la enfermedad y salud? Y, abandonando todo lo demás, ¿guardarte solo para ella, mientras los dos vivan?

William, con la mirada centrada en Laura, respondió a viva voz para que todo el mundo lo oyera:

—Sí, para siempre. —Su corazón galopaba y su respiración se aceleró. La amaba, la amaba, la amaba.

—Laura Adele Martin, ¿quieres tomar a este hombre como tu esposo, para vivir juntos después de la ordenanza de Dios en el estado sagrado del matrimonio? ¿Quieres obedecerle y servirle, amar, honrar y soportarlo en la enfermedad y en la salud? Y, abandonando a todos los demás, ¿guardarte solo para él, mientras los dos vivan?

Laura inspiró hondo. Sus ojos se anegaron en lágrimas y su voz se quebró cuando dijo:

—Sí... lo haré...

La ceremonia continuó y el sacerdote preguntó:

—¿Quién entrega a esta mujer para casarse con este hombre? —Michael se acercó, y ofreció la mano de Laura al religioso, quien, al recibirla, se la dio a William—. Hijo, repite después de mí...

—Yo, William, te tomo a ti, Laura, como esposa —repetía como un eco las palabras sagradas—, para poseer y sostener desde este día en adelante, para bien, para mal, en la riqueza, en la pobreza, en enfermedad y en salud, para amar y atesorar, hasta que la muerte nos separe, según la santa ordenanza de Dios; y a ti te doy mi tributo. —No obstante, tomó la libertad de agregar—: Gracias por amarme, por tu espera y por haber confiado en mí cuando no tenías que hacerlo. Te prometo ante todos que honraré tu amor y fe cada día de mi vida. Haré lo posible y lo imposible para que nunca te arrepientas por haberme elegido.

—Oh, Will —susurró Laura y su mentón tembló.

Y fue el turno de Laura de recitar sus votos y repitió después del sacerdote:

—Yo, Laura, te tomo a ti, William, como esposo, para poseer, sostener y obedecer. —Hizo una pausa, la voz no le salía. William esperó paciente y le acariciaba la mano con su pulgar. Inspiró profundo y continuó—: Desde este día en adelante, para bien, para mal, en la riqueza, en la pobreza, en enfermedad y en salud, para amar y atesorar, hasta que la muerte nos separe, según la santa ordenanza de Dios; y a ti te doy mi tributo... Me entrego entera.

Soltaron sus manos e iniciaron el ritual del anillo. Al sacerdote no le sorprendió del todo que hubiera dos alianzas, pues el año anterior había casado al hermano mayor de Laura. Era la costumbre familiar que ambos cónyuges portaran un anillo de matrimonio.

Laura se quitó el guante para recibir su alianza, mientras la voz de William, solemne, recitaba mientras la deslizaba en su anular:

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo yo te adoro, y todos mis bienes mundanos yo te los doy. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Laura admiró su alianza de oro, decorada con flores, hojas y ramas de muérdago labradas en toda la banda.

Luego fue el turno de Laura. El anillo de William era idéntico, lo cual señalaba que a él no le afectaba en su hombría tener un labrado que podía catalogarse como femenino.

Sus anillos significaban igualdad.

Deslizó la banda en el dedo de William repitiendo las mismas palabras:

—Con este anillo te desposo...

Y ya estaba hecho.

Después de las oraciones, la ceremonia se acercaba a su fin. Fueron declarados como marido y mujer. Los novios y testigos firmaron el registro que legitimaba esa unión.

En el momento en que la última firma se rubricó, William ya no aguantó más...

La tomó de la cintura y la besó.

Se acabaron las caricias furtivas, los besos a escondidas y los minutos robados, el contener las ganas de expresar su amor tal como quería. Laura llevaba su apellido, ahora era una Witney, pero eso no era nada... Ella tenía su alma, su vida y su corazón.

El desayuno nupcial estaba en su apogeo. En el gran salón de Rock Hall, los invitados disfrutaban de la comida, la conversación, las bromas y esa maravillosa oportunidad de estar todos juntos, entre familiares y amigos. En cada unión había más personas, una nueva generación se cimentaba sobre la sólida base del amor, comprensión y compromiso.

Laura y William, juntos o separados, le dedicaban minutos a cada uno de ellos para recibir sus parabienes y ponerse al día, sobre todo con aquellos a los que no podían ver tan seguido.

Hubo un momento en que William miraba por la ventana hacia el jardín. Ahí estaba Laura rodeada de todas las mujeres de su familia, solteras y casadas.

—Al fin te encuentro libre. Felicitaciones, Witney. —Escuchó la voz de Dutton a sus espaldas.

William dio media vuelta y le ofreció la mano. Edward se la estrechó firme.

—Gracias, Dutton.

—¿Qué hacen las Damas del Diablo en el jardín?

William rio.

—Ellas tienen sus propios rituales cuando una de ellas se casa. Debo decir que ese en particular es bastante desvergonzado.

La expresión de Edward revelaba una divertida intriga, mas no se abstuvo de preguntar:

—Y, ¿sabes de qué se trata?

William se debatió en contarle o no, pero su dilema interno no se prolongó por mucho tiempo. Si Dutton pretendía unirse a la familia, más le valía saber dónde se estaba metiendo. Era una prueba más para probar si era digno de alguna de ellas.

—La recién casada les cuenta a las demás los pormenores de su historia de amor. —En lo

personal a él no le importaba quedar como un idiota en ese relato, lo fue, y se estaba redimiendo.

—¿Siempre es así? ¿Una historia de amor? —William asintió—. ¿Y si es un matrimonio por conveniencia?

—Ese último término no existe en su vocabulario, ya te dije una vez, ellas exigen el corazón. Puedes tener todo el té de la India y a ellas no les importará, se casarían hasta con un vendedor de manzanas si él les da amor, compromiso y devoción.

—Me parece bastante iluso, el dinero es determinante.

—El dinero ayuda, sí, pero no es primordial... Si un vendedor de manzanas se casa con una de ellas, deberá luchar para ser más que eso. Tendrá que ser un hombre inteligente, humilde y abierto de mente, que acepte que ella es más que él, y que le puede ayudar a evolucionar para igualarla... Ellas no se casarán con cualquiera, el factor dinero no es importante si él es digno.

—Le palmeó el hombro—. Tienes que estar dispuesto a todo si ya elegiste... y si eres aceptado.

Un coro de risas y vítores femeninos traspasó los cristales de la ventana. Dutton rio flojo.

—Parece que están en la mejor parte del relato.

—Sí, puede ser... —William miró a Edward, su socio tenía los ojos perdidos en el grupo de señoras y señoritas demoniacas. Sin embargo, presentía que su atención se centraba en una de ellas—. Dime, ¿quién te gusta? —Edward miró de soslayo a William, pero no contestó—. Y yo pensé que no eras un cobarde.

—Precavido es una palabra que me describe bastante bien. Necesito conocerla mejor, ¿no crees?

—¿La vas a cortejar?

—Probablemente.

—Sé que soy más joven que tú para darte consejos, pero... No la vas a conocer con un cortejo tradicional, sobre todo si te estás fijando en una de las mayores.

—¿Y cómo sería un cortejo no tradicional, según tú?

—Creo que lo sabrás en su momento... Si es que estás dispuesto a enamorarte. —Edward no alcanzó a replicar. Las damas entraban a la estancia, animadas. William añadió—: Ahora viene el lanzamiento del ramo de novia... Ese es otro ritual que no falla, si lo atrapa la dama que es de tu interés, Dios te pille confesado.

—Pamplinas.

—Te recomiendo orar... Mejor me voy, va a empezar mi luna de miel...

William sonrió, burlón, y se alejó para estar cerca de Laura. Era la última parte de todos los ritos y costumbres nupciales, y por fin sería suya.

Completamente suya.

Capítulo 21

Laura se cepillaba el cabello, sentada frente a su tocador. Se preparaba para William. Intentaba controlar el ritmo de su respiración para sosegar el temblor de su cuerpo y los latidos de su corazón, mas estaba fracasando.

Iba a recibir a su esposo por completo por primera vez. Ya sabía lo que se avecinaba, pero, aun así, había una pequeña cuota de temor al dolor. Sus amigas casadas le dijeron que, si estaba relajada y William lo hacía con paciencia y calma, el dolor sería ínfimo o casi nulo. Lo malo era que algunos hombres tenían la costumbre de entrar con fuerza... Ese era el temor de Laura, que su esposo no fuera tan paciente, llevaba tres años de celibato, cabía la posibilidad de que la ansiedad lo traicionara por muy buenas intenciones que tuviera.

Esa vez que probó la pasión en el estudio de William, fue sensual y erótico. Un descubrimiento de sí misma. Su esposo la guio y compartieron el placer. Sin embargo, una cosa era el juego y las caricias, y otra, la penetración total.

Quizás estaba pensando demasiado. Debía confiar, deseaba entregarse. William no era un idiota. La escucharía y comprendería si no se sentía a gusto.

Inspiró profundo. Se levantó y se miró al espejo. El ajuar que eligió era sensual. La seda y el encaje traslucía su cuerpo de una forma que mostraba y velaba al mismo tiempo.

Su imagen le reflejaba una parte oculta de ella. Una que anhelaba la pasión y ansiaba volver a sentir el éxtasis unida al amor de su vida.

—Laura... —Escuchó del otro lado de la puerta—. ¿Te falta mucho, *cara*?

Inspiró por última vez y solo dijo:

—Entra.

William abrió la puerta de la habitación con cautela y, cuando sus miradas se cruzaron, Laura pudo notar cómo cambió la expresión de su esposo. Su mandíbula se tensó. Con la punta de la lengua se lamió los labios, los cuales formaron una línea recta. Sus movimientos se ralentizaron.

Laura observó a su esposo a consciencia y sus temores comenzaron a disiparse. Él estaba tan nervioso como ella. Lo notó por su andar lento y comedido mientras se desanudaba el pañuelo del cuello, sus dedos temblaban traicionando su voluntad. La levita se la quitó con torpeza al igual que el chaleco. Con la manga de su camisa secó el sudor que perlaba su frente.

Cuando sus cuerpos quedaron a un palmo de distancia, William susurró:

—No sabes cuánto te he soñado así y de tantas maneras. Incluso estando despierto te he imaginado. —Tomó a Laura de los brazos con gentileza y sus pulgares acariciaron la sedosa piel—. Haré todo lo posible para que disfrutes. Si algo te incomoda o no te gusta, por favor, dímelo... —Se debatió entre revelar un secreto que podría arruinar el momento o callar. Al final, resolvió que la honestidad era fundamental en su relación, y dijo—: Sé que asumes que tuve intimidad con otras mujeres, pero debo confesarte que nunca he desflorado a ninguna, ni tampoco lo he hecho sin protección.

Laura agradeció esa revelación. Estaba al tanto de lo que significaba la «protección», y respecto a lo otro, hablaba mucho de los límites de su esposo y explicaba sus nervios.

—Entiendo... En cierto modo, también es tu primera vez.

William esbozó una sonrisa. Le gustaba mucho esa idea.

—Así es... Los dos nos vamos a conocer un poco más, y no quiero que pienses que tu inexperiencia no te hará una buena amante. Ten por seguro, lo que hagas me dará gozo... Verte así ya es demasiado tentador. —La besó con ternura y aspiró el aroma del perfume de Laura—.

Te amo.

Esas palabras eran lo que ella necesitaba. No obstante, quiso honrar lo que él le pedía y dijo:

—Por favor, sé gentil cuando... entres en mí.

—Seré delicado, lo ideal es que quieras repetir... —Sonrió de medio lado—. Tenemos una semana completa para disfrutarnos.

Laura asintió. Sus manos viajaron al cuello de William y dijo:

—Entonces, no perdamos más tiempo.

—Seremos como una de las estatuas de Dutton, no sabremos dónde empieza uno y dónde termina el otro.

Y todo comenzó con un beso. Uno que los envolvió en fuego. Sus lenguas saborearon con impetuosa voracidad. Durante las últimas semanas, no tuvieron esos minutos preciosos de privacidad para saciar el hambre y sed que sentían por el otro. Necesitaban expresar y demostrar con sus cuerpos el amor que los desbordaba.

Degustaron de ese banquete que estaba servido para el placer.

Laura fue la primera en abandonar la boca de William para explorar con libertad el viril cuerpo. Él le facilitó la tarea desabotonando la camisa, permitiendo que ella besara su cuello, su pecho y aspirara su aroma en el proceso.

Cuando William al fin se pudo quitar la camisa, Laura acarició su torso y regaba besos por doquier. Siseó cuando ella jugó con su diminuto pezón trazando círculos con la punta de su lengua. Tal parecía que no solo él había imaginado ese día, y le encantaba que su esposa hiciera lo que quisiera con él.

Le iba a ceder el control por el momento, eso le daría la seguridad y tranquilidad que ella necesitaba.

—Toma todo lo que quieras de mí, *cara mía*... Aquí nada es prohibido, nada es pecado, nada es sucio... Nada.

Laura lo miró, se mordió el labio inferior y preguntó:

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Incluso que ambos nos probemos al mismo tiempo? —Y, para indicar a qué se refería con probar, acarició el rígido miembro de William, el que aún permanecía confinado en los pantalones.

Inocencia y perversión. Fue demasiado para él.

—Estaré encantado de ser devorado por ti mientras te bebo entera... Siempre y cuando tengas cuidado con tus dientes... —Posó su mano sobre la de ella y apretó—. Esto está duro, pero es delicado y sensible.

Laura lanzó una risita maliciosa. William se apresuró y se quitó el resto de la ropa. Su esposa lo observaba con atención, estudiando su cuerpo expuesto por primera vez. Como si fuera presa de un hechizo ella se acercó y acarició su piel. Presionó cada músculo para probar qué tan duro era. El instinto la llevó a frotar todo su cuerpo con el de él y enredarse, intentando fundirse en uno solo.

Para William aquella era una nueva experiencia. Se sentía bien ser adorado por su mujer, percibir la creciente necesidad en ella. En el universo masculino ellos siempre debían ser los que seducían, los que incitaban el deseo y exploraban la pasión. Invertir los papeles en ese sentido con su esposa era algo liberador.

La instó a que se impulsara y le rodeara la cintura con sus piernas. William se regodeó

explorando con sus dedos la húmeda intimidad de Laura que se abría para él mientras la llevaba a la cama.

Sin soltarla, él se sentó en la orilla. Laura se separó de él y lo conminó a que se acostara. Ella se quedó mirándolo por unos segundos, evocando en su memoria la escultura de Dutton, dilucidando cómo aplicarlo en la realidad y, cuando encontró su respuesta, esbozó una media sonrisa.

Se quitó el ajuar. Se montó a horcajadas sobre el pecho masculino, dándole la espalda a su esposo. William la tomó de las caderas y corrigió su postura para tener libre acceso a la resbaladiza intimidad de su mujer. Laura sintió que él abrió sus pliegues con sus pulgares y lamio.

El gemido que ella lanzó fue de puro gozo, y disfrutó de esa nueva forma de sentirse venerada. William parecía estar devorando un manjar. Aquello le hizo desviar brevemente su concentración hacia la tensa longitud que esperaba por ella. Quería llevar a la realidad esa fantasía que rondó por su mente desde hacía semanas. Empuñó el miembro de William y, sin más, engulló evitando el contacto con sus dientes. Con su boca imitó el movimiento que aprendió para darle placer con la mano.

Mientras aquel pesado miembro entraba y salía de su boca, Laura fue consciente del sutil sabor de la piel, mezclado con la esencia de él que impregnaba su lengua. El aroma del sexo rezumaba por doquier y se entrelazaba con la limpia fragancia masculina. Todo ello unido al delicioso tormento que le propinaba la lengua y boca de William, que no dejaba ni un centímetro sin recorrer.

Sus voces se elevaron ahogadas por estar comiendo y bebiendo del otro. Sus cuerpos se volvieron un amasijo de piel, calor y sudor. Sí, no se sabía dónde empezaba uno y dónde terminaba el otro. Aquella forma de amarse era tan sublime como primitiva y desinhibida.

En esas cuatro paredes no importaban las reglas de la sociedad o las de la religión, que dictaban hasta dónde llegaba la decencia y el decoro. En la cama, ellos eran los amos de su propio mito de la creación.

Laura abandonó el miembro de William para lanzar un gemido al sentir que los dedos de su esposo entraban en ella. Sus caderas se movieron buscando más contacto, profundidad y presión de esa páfida y gloriosa lengua. Estaba tan cerca, lo sentía, pero a la vez se le antojaba esquivo.

Necesitaba más... algo más duro.

Se alejó de William y se giró hacia él. Su esposo se limpiaba la boca con el dorso de la mano sin dejar de mirarla a los ojos y preguntó:

—¿Quieres cambiar de posición?

—Sí.

—Ya sabes que puedes hacer lo que quieras, lo que dicten tus deseos.

Laura se acomodó y quedó montada sobre el regazo masculino. Sus sexos expuestos se rozaron. Fue demasiado tentador para ella. Se aferró a William y se estimuló con el miembro de él sin llegar a la penetración. Ansiaba sentir la dureza y el calor en ella, esparcir su propia humedad en él, encontrar ese punto que espoleaba más su deseo.

William la dejó experimentar a costa de su cordura. Tomó sus pechos y se dio un festín con ellos, se llenó las manos y la boca de esa carne firme y lozana. Gimió. Lo que hacía Laura era tan estimulante como penetrarla y perderse dentro de ella. Sabía que con solo ese contacto podría derramarse sin más... y no le importaría siempre y cuando su mujer también alcanzara el éxtasis antes que él.

Laura jadeaba y gemía, su cuerpo era gobernado por la primitiva naturaleza femenina, que

ansiaba alcanzar el prístino placer.

Y de pronto, ella encontró ese punto preciso de perfección. Todo convergió. Cada movimiento, cada roce era un peldaño que la ascendía al cielo. Velocidad, presión... El amor de William que se vislumbraba en la intensidad de su mirada castaña.

Ahí, sí... ahí.

Esa búsqueda llegó a su fin. El clímax la llevó lejos, su cuerpo se colmó de una inefable sensación, tan placentera que resultaba casi dolorosa, y no importaba. Cabalgó libre a lo largo de esos segundos en que no era ella y a la vez sí lo era.

Y William la observaba olvidándose de sí mismo. Sabía que nunca podría borrar de su memoria cómo lucía Laura cuando alcanzaba el éxtasis. Su espalda tensa y arqueada, sus ojos cerrados y su boca entreabierta murmurando su nombre sin cesar. Su cuerpo entregado al deleite esperando el dulce abandono.

Y cuando eso sucedió, se derrumbó sobre él.

Dejó que Laura descansara. Sus extremidades laxas no se movían, pero esa sonrisa en sus labios lo satisfacía y le hacía sentir algo maravilloso. Para muchos podía ser casi antinatural que ella se sintiera así sin siquiera ser penetrada, pero para él no. Él estuvo con su esposa a lo largo de ese camino, provocó sus sentidos, eliminó de su mente las culpas y las restricciones. Con esa libertad, Laura tuvo lo que necesitaba para experimentar el placer.

De pronto, su esposa se incorporó suspirando. Una sonrisa somnolienta con una pizca de maldad adornaba su rostro.

—Quiero más... Quiero tu placer... Tómame como quieras.

William constató que incluso las palabras podían dejarlo al borde de un precipicio.

Se giró junto con su esposa para que ella quedara abajo. Sus movimientos casi desesperados contrastaban con los lánguidos miembros femeninos que solo se dejaban hacer. William, de rodillas, se situó entre sus piernas. Guio su erección al volcánico centro femenino e inició su primera invasión.

Poco a poco ella se abría para él y lo cobijaba. Llegó a un punto en que encontró más resistencia y retrocedió... Al no ver que ella reaccionaba, insistió con un poco más de presión... Empujó, empujó... Un siseo...

Se detuvo.

—¿Te duele mucho?

—Sigue, *caro mio*... No ha sido tanto. —Las manos de Laura fueron hasta las caderas de William y lo conminó a que continuara.

Retrocedió y volvió a entrar... Lento, lento... lento. Jamás se había sentido tan unido a una mujer, tan compenetrado. Sin ninguna clase de barrera que le impidiera experimentar la verdadera dimensión de entregar el cuerpo y el alma.

Y ya fueron uno solo.

Unidos. Una vez más eran el inicio y el final.

William se quedó quieto esperando a que ella se acostumbrara a él. Laura lo observaba y acariciaba su torso y sus brazos.

—Te ves hermoso desde aquí. Ojalá pudieras verte como yo te veo...

William se inclinó y la besó profundo, tan profundo como él estaba enterrado en ella.

Embistió.

Laura abrió más sus piernas para recibirlo entero. William no sabía cómo había resistido hasta ese punto, mas ya no importaba. Estar dentro de Laura, marcarla, reclamarla para sí iba más allá de cualquier cosa.

Desde que la besó por primera vez su destino quedó sellado. Ella lo poseía en cuerpo y alma.

Sus acometidas se tornaron más rápidas y vigorosas para llegar cada vez más profundo. Laura iba a su encuentro alzando sus caderas y sus cuerpos colisionaban con furor.

Ella era exquisita, su interior lo aprisionaba como si quisiera retenerlo. Y los tres años de celibato cobraron su factura, aquello fue demasiado para él.

El placer se dejó caer como un mazazo dado por un titán. Destruyó cada minúscula parte de él y lo devolvió a su forma original en medio segundo.

Gimió sollozante mientras drenaba toda su semilla en su esposa, llenándola de él, fundiéndose como hierro incandescente.

Ni siquiera sintió miedo a volver a experimentar ese vacío en su pecho. Ese temor quedó atrás cuando probaron el éxtasis juntos y separados en su estudio. Desde entonces, supo, sin duda alguna, que nada ni nadie podría igualar lo que sentía por Laura, y lo que ella provocaba en él.

Ahora constataba lo que siempre falló. Él no solo debía estar enamorado, sino que debía amar profundamente y tener un vínculo fuerte con la mujer con la que hacía el amor.

Y se dio cuenta de que hacer el amor no era solo entrar en una mujer y dejar su impronta. Lo era todo. Cada acto, cada caricia, cada palabra, cada mirada.

Desde el primer beso le hacía el amor a Laura... Y por eso se sentía lleno, no necesitaba más.

Solo a su esposa, solo su amor.

Cuando Laura despertó, la tarde londinense estaba muriendo. William roncaba. Ella suspiró. Dio gracias al cielo, los ronquidos de su esposo no eran tan poderosos como los de sus hermanos mayores. Ellos eran terribles, al punto de desvelarla.

William era diferente, su ronquido era como una respiración grave y profunda. Podía sobrevivir a ello... Se removió, tenía sed.

Le dolían todos los músculos del cuerpo. Todavía sentía a William en su interior. El sensual agotamiento era un feliz precio para todo el placer que obtuvo. Después de la primera vez, volvieron a hacerlo dos veces más. Su esposo logró mayor resistencia y ella pudo alcanzar el éxtasis teniéndolo en su interior. Era maravilloso descubrir las posibilidades que le daba su cuerpo para brindarle deleite tanto a ella como a él.

Se estiró por largos segundos y luego esa exquisita relajación.

En la mesita de noche se encontraba una palmatoria y una caja de cerillas. Encendió la vela y la estancia se bañó de una luz dorada. Se puso sus gafas.

Mucho mejor.

William dejó de roncar y murmuró, deambulando entre el sueño y la consciencia:

—¿Gorrioncito? ¿Por qué encendiste la vela?

—Me dio sed, iba a buscar un vaso de agua a la cocina. ¿Quieres?

William se incorporó con pereza y lanzó un quejido, luego añadió:

—Yo voy... Quédate en la cama, querida.

—Pero sí puedo ir.

—Déjame mimarte... ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

Justo el sonido proveniente de las tripas de Laura hizo acto de presencia. No había probado bocado desde el desayuno nupcial.

—Pues, me acabo de dar cuenta de que también quiero comer algo... ¿Te acompaño?

William no quiso negarse. Una cosa era mimarla, pero si su esposa quería estar con él, no se lo impediría. Asintió. Podía darle de comer mientras conversaba con ella.

Le encantaba estar con Laura, compartir sus gustos, sus tribulaciones e inquietudes. Bromear, reír, tontear...

Se vistieron con lo justo. Previo a la boda, acordaron prescindir de la servidumbre para tener mayor privacidad durante su semana de recién casados.

Bajaron a la cocina. William invitó a Laura a sentarse a la mesa, mientras él encendía el fuego para calentar agua. El té no debía faltar.

Sirvió un vaso de agua para saciar la sed de su esposa, y ella bebió sin prisa ni pausa hasta vaciarlo. William sonrió y ofreció:

—¿Más?

—Por favor.

El segundo vaso siguió el mismo destino que el primero.

William buscó en la despensa té, azúcar, leche, pan y queso. En un rincón colgaba algo que parecía haber sido la pata de un animal, la cual tenía atado un cuchillo. Laura, intrigada, preguntó señalándola con el dedo:

—¿Qué es eso?

William miró hacia donde ella indicaba y respondió:

—Prosciutto... Es un jamón italiano. Traje varias piezas en mi último viaje. Sé que no se ve apetitoso, pero es una verdadera delicia. ¿Quieres probar?

—Claro, en la vida hay que probar de todo —aseveró con un evidente doble sentido.

—Ciertamente...

William descolgó el prosciutto junto con el cuchillo y lo puso sobre la mesa. Cortó finas lonjas, casi transparentes, como si fuera la cosa más fácil del mundo.

Laura observaba, impresionada. William no solo tenía habilidades amatorias, sino también culinarias. Le gustó constatar que él sabía todo lo que había en la estancia. Si bien ambos participaron y tomaron decisiones respecto a la remodelación de la cocina, ella se encargó de abastecerla para sobrevivir una semana sin tener que preparar comidas demasiado elaboradas. Y, por lo visto, su esposo se tomó el trabajo de anticiparse a sus necesidades, verificar todo y agregar un par de cosas más.

—Veo que te manejas bien en la cocina —elogió, y descansó el mentón en su palma—. ¿Qué pretendes, Raziél? ¿Quieres que me enamore más de ti?

William sonrió mientras cortaba rebanadas de queso y respondió:

—¿Lo estoy logrando?

—Algo.

William rio y añadió:

—Mi padre fue estricto cuando me envió a estudiar a Italia. Mi presupuesto no alcanzaba para contratar sirvientes. Era suficiente para alquilar un pequeño apartamento, pagar mis estudios, los útiles de trabajo, movilizarme y comer. Nada muy ostentoso. Ganaba un dinero extra haciendo retratos rápidos en zonas turísticas. Sin embargo, tuve que aprender a cocinar. —La miró brevemente arqueando una ceja—. No podía comer solo pan con queso todos los días... Los italianos están a otro nivel si de comida se trata. Aquí no se encuentran los ingredientes necesarios para preparar un auténtico plato italiano, pero se puede improvisar algo sencillo y delicioso.

—¿Quién te enseñó?

—Un compañero de estudios, se llama Guglielmo Spada, me presentó a su madre, la que

tuvo la amabilidad de enseñarme, la *signora* María. —Besó la punta de sus dedos en un gesto dramático. Acto seguido sacó de la alacena una tetera y tazas—. Te va a encantar conocerla y su comida. Te morirás de gusto cuando pruebes su salsa de albahaca y ajo.

Laura sonrió, embelesada ante la idea de ese viaje.

El agua hirvió. William echó hojas de té a la tetera y luego las remojó. Después le dio a probar una lonja de prosciutto a su esposa.

—Mmmmmmmm, sabe muy bien.

—¿Quieres un emparedado de queso y prosciutto?

—Oh, sí. Es maravilloso.

Preparó los emparedados, sirvió el té, fuerte con un poco de leche y dos terrones de azúcar. A ambos les gustaba de esa manera. Se sentó al lado de Laura y la besó.

—Cuando terminemos te quiero mostrar algo.

Laura lo amonestó con la mirada y dijo:

—No puedes decirme eso sin que muera de curiosidad.

Con una media sonrisa pícara, replicó:

—Come rápido entonces.

—No cambias, siempre haces lo mismo. Eres terrible, Will.

—Así me amas. Ya te casaste conmigo, no hay cambio ni devoluciones. Sé que puedes aguantar y postergar la gratificación, diablilla. —Sonrió, malicioso.

Laura negó con su cabeza y tomó un sorbo de té.

Mientras comían y bebían, comentaron lo que vivieron durante el desayuno nupcial y la ceremonia. Rieron y se besaron. Se alimentaron y conversaron. Silencios que se extendían con comodidad y que luego se dispersaban con un repentino «Te amo».

Cuando terminaron, William limpió la mesa, dejó todo en su lugar, lavó las tazas y la tetera.

Servicio completo.

—Y ahora, lo prometido es deuda. —Tomó la palmatoria, y le ofreció el brazo—. Venga conmigo, señora Witney.

Laura siguió el juego, se levantó con actitud altiva y tomó el brazo de su esposo.

Subieron las escaleras. Pasaron de largo su alcoba y William se detuvo frente a la puerta de la habitación contigua.

—Cierra los ojos. —Laura obedeció—. Entra cuando te lo diga. No hagas trampa.

—No lo haré...

William abrió la puerta y entró. Con la vela de la palmatoria encendió las que se encontraban en la estancia. Quería que su esposa lo viera todo.

—Da cinco pasos y detente. —Laura acató la orden. En el ambiente sintió un aroma familiar. William se situó al lado de su esposa. Se rascó la barba y dijo—: Ahora, abre los ojos.

Y cuando lo hizo, Laura jadeó. Aquella sorpresa explicaba el aroma. No podía creerlo, ¿en qué momento organizó todo?

—Oh, Will...

Una gran mesa de trabajo, sobre ella un alambique de cobre; la herramienta primordial para obtener aceites esenciales. Goteros, botellas, recipientes con medidas. En una vitrina, frascos etiquetados: alcohol, jazmín, bergamota, nardo, rosa, naranja, lirio, y muchos más, decenas de ellos.

—Me informé con el señor Floris sobre lo esencial para estudiar el arte de la perfumería y bueno... esto es lo que se supone que sirve para empezar.

Laura miró a William con sus ojos vidriosos.

—Es maravilloso. Gracias Will, no tenías por qué...

—Sí, tenía. Es algo que querías hacer, y debías probar si es más que una afición. No quiero que te arrepientas de nada, ni que postergues tus sueños por mí o por la familia que vayamos a formar. Somos un equipo, ¿no? El señor Floris fue muy amable en dedicarme tiempo para darte esta sorpresa, de verdad aprecia tu talento... Aunque no le agrada la idea de que después seas la competencia.

Laura sintió que sus mejillas se calentaban. William siempre demostró una sensibilidad diferente a la de los demás, y esa fue una de las cosas que le enamoró. Le llenaba el corazón confirmar que él la escuchaba y se preocupaba por ella y sus necesidades.

—No me veo como la competencia de él... Pero puede que le venda mis recetas por un porcentaje de las ganancias.

William sonrió, ladino.

—Me gusta tu visión. Y cuando viajemos, podrás descubrir más aceites esenciales o prepararlos si traemos los ingredientes. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto. —Lo besó—. Mi regalo de bodas no se compara con lo que me has dado... Espérame.

Tomó la palmatoria y salió hecha una exhalación. Volvió en menos de un minuto con una bolsa de terciopelo negro. Se la dio a su esposo, era pesada. Una botella.

William sonrió mostrando todos sus dientes. Sabía lo que era antes de abrirla.

—Gracias, *cara mía*. Justo hoy se me acabó el perfume que me regalaste en Navidad. Lo estaba guardando para este día y oler bien para ti. —Abrió la botella y se perfumó—. Aaaaah, me encanta. Me acostumbré a usarlo todos los días por tu culpa.

—Lo preparé pensando en ti. —De pronto, notó de reojo que había algo singular sobre una mesita. Se alejó de William para observarlo mejor. Jadeó—. Dios santo. ¿Guardaste el ramo que te di en febrero?

William se acercó y admiró el ramo seco protegido por una cúpula de cristal. De un cajón secreto de la mesita sacó un bloc de dibujo y se lo entregó a Laura.

Ella lo hojeó y observó los bocetos que daban testimonio de cómo se fue secando el ramo durante los días previos al viaje que emprendió William y cuando volvió. Unas hojas de muérdago se habían desprendido y unos pétalos de rosas también, pero aún conservaba su marchita belleza.

—No fui capaz de arrojarlo a la basura o dejar que se destruyera... Sentía que no era justo para ti, ese ramo simbolizaba tu corazón, tus anhelos... No pude, no fui capaz... Puede sonar tonto y cursi, pero...

Laura lo interrumpió poniendo los dedos sobre los suaves labios masculinos. No quería que se autoflagelara.

—Pero nada. Es hermoso y aprecio que lo hayas protegido, incluso cuando no me amabas.

William besó su frente.

—Bueno, voy a tener que concederle a mi madre que la tradición no falló. Tú atrapaste el ramo, me lo diste y nos casamos... —Rio—. Ya veremos si funciona con Alec.

—Hizo trampa. Aprovechó su altura para interceptar la trayectoria, iba directo hacia Emily.

—Dicen que en el amor y la guerra todo se vale... —Bostezó—. ¿Vamos a dormir?

—¿Tú crees que vamos a dormir?

—Después de quedar exhaustos... Sí, creo que dormiremos.

Lord Prescott Bromwell entró a la biblioteca de Tetbury House, con la idea de despejar su mente por un par de horas leyendo un libro.

Ya se sentía más tranquilo después de experimentar el episodio de ira más visceral de su vida.

Solo un poco más tranquilo, a decir verdad.

Cuando recordaba ver a ese bastardo casándose con la hija del duque de Hastings, su respiración se tornaba furibunda, y apenas era capaz de controlar sus ganas de gritar y arrasar con todo.

Estaba enfadado, en especial, con él mismo y su torpeza. Ese día en Bow Street, no sospechó que la presencia de los duques de Hastings y su hija en la audiencia se debía a algo más que defender al bastardo. No se dio cuenta de que estaban comprometidos, no vio ninguna señal que delatara la relación. En el momento que el magistrado dictó la sentencia, Burton monopolizó su atención con su tedioso parloteo.

Se enteró del enlace por pura casualidad en su tienda. Un cliente, ufano de traerle la primicia, le contó el cotilleo más sorpresivo y sospechoso. Nunca hubo anuncio de compromiso, lo mantuvieron en absoluta reserva. El cliente señalaba que un matrimonio tan secreto y apresurado involucraba, sin lugar a dudas, una deshonra.

Prescott salió de su tienda y caminó, pensando cómo era posible que después del escándalo que mancilló la reputación de Witney, este siguiera obteniendo lo que quería. Sus pasos lo llevaron a Trafalgar Square, frente a la iglesia Saint Martin-in-the-fields que estaba rodeada de curiosos. Su atuendo le permitió entrar haciéndose pasar por uno de los invitados.

Apretó sus puños, su odio aumentaba cada vez que recordaba la ceremonia. No era posible siquiera oponerse al matrimonio. Era absurdo, si lo hacía, podía darse el gusto de arruinar la boda, pero solo ocasionaría un escándalo innecesario y perjudicial para él mismo. En esa iglesia había buena parte de la aristocracia a la cual no deseaba enfadar.

—Aquí estás, Prescott...

La voz de su padre, el marqués de Tetbury, lo sacó de esa espiral de pensamientos. Con su tono de voz más humilde respondió:

—Llegué hace un momento, milord. Solo venía a buscar un libro.

—¿Te has enterado del matrimonio de la hija de Hastings?

Prescott avanzó hasta los anaqueles y sacó un libro cualquiera, necesitaba con su vida aparentar serenidad. Su padre disfrutaba provocarlo.

Humillarlo.

—Me enteré esta mañana...

Lord Tetbury rio flojo y miró a Prescott, quien le daba la espalda.

—Witney es un bastardo con suerte. Es impresionante que tú aún no lo superes. Ahí se nota que a tu madre ni siquiera le importaba acostarse con alguien que le diera, al menos, una buena semilla. Puedes tener mi apellido, pero ni eso te quita lo mediocre y poca cosa que eres.

Prescott tensó la mandíbula y sus fosas nasales se dilataron. El marqués de Tetbury no perdía la oportunidad de restregarle en la cara su origen. Él no era culpable de que su madre buscara felicidad en los brazos de otro... O eso era lo que decían, nunca la conoció, falleció un mes después de darle a luz.

Inspiró profundo y dio media vuelta. Lord Tetbury esbozaba una sardónica sonrisa.

—No veo cuál es el punto al que quiere llegar, milord. —Miró de soslayo hacia su derecha. En la mesita descansaba una pequeña estatua de bronce que representaba a Apolo.

La voz de su padre comenzó a sonar lejana, como un molesto eco preñado de desdén...

—He invertido demasiado dinero en ti y aún no me devuelves nada. Esa tienda de cuarta categoría y tu escaso talento ni siquiera te dan para comer. Eres una decepción tras otra.

Lord Tetbury lo estaba logrando. Prescott sintió el ardiente fuego de la ira recorriendo sus tensos músculos. Acarició la fría estatua de bronce. Le costó horrores mantener su voz monocorde para responder:

—Estoy haciendo todo lo posible por saldar mi deuda, milord.

Y sí que lo estaba haciendo. Era tal su desesperación, que se valía de cualquier medio para abastecer su tienda con antigüedades a pedido, y vendérselas a aficionados como Burton, que no sabían diferenciar un Caravaggio de un Gentileschi. No le importaba demasiado engañar a sujetos que no eran capaces de notar las sutilezas en el arte. Imbéciles que solo deseaban demostrar su estatus y a esos les daba basura, reservaba lo mejor para aquellos que sí podían apreciarlo. ¿Era ético? No. Lo sabía a la perfección, pero estaba resultando ser un negocio bastante lucrativo, y lo llevaría hasta el final. Saldaría su deuda económica, y si lo sorprendían, tendría la satisfacción de manchar al marquesado con el escándalo.

El plan iba bien, hasta que sus clientes empezaron a pedir certificados de autenticidad y de procedencia, «tal como en Magno». Ya estaba perdiendo oportunidades de venta gracias a ello. Esperaba que el escándalo de la subasta fuera suficiente para enlodar la reputación de ese bastardo.

—Haz como Witney, cástate con la hija de un duque. A ese tipo ni siquiera le tembló la mano para deshonar a su propia prima... Te falta ambición.

Prescott tomó la estatua de bronce...

En ese momento entró el hijo mayor del marqués, Logan. El heredero de Tetbury.

El hijo legítimo.

—Buenas noches —dijo con solemnidad. Le dedicó una breve mirada de simpatía a su hermano a modo de saludo—. Padre, te estaba buscando, necesito conversar un par de cosas contigo.

Lord Tetbury asintió. Ignoró a Prescott y le ordenó:

—Déjanos a solas.

Prescott asintió y salió de la estancia, evitando la mirada de su padre.

Casi perdió el control... Su medio hermano lo salvó.

Capítulo 22

Después de una semana de luna de miel, Laura volvió a sus tareas habituales en la academia. Si le preguntaban si se sentía diferente ser una mujer casada, su respuesta era sí y no. Ella era la misma de siempre, pero ahora conocía facetas propias que complementaban la concepción de su persona.

Descubrir que también podía cumplir sus metas, por pequeñas que fueran, aumentaba su amor propio. Esa semana estuvo experimentando en su laboratorio. Hubo momentos en que fracasaba, pero otros en que obtenía un indicio de lo que quería lograr. La satisfacción de los pequeños triunfos la llenaba de dicha y espoleaba una inusitada sed de conocimiento.

Y no menos importante, la faceta de vivir el amor sin tener que ocultar sus sentimientos, le confería a su alma una sensación de plenitud; la misma plenitud que perdió cuando confirmó lo profundo y unilateral que era su amor por William. No quería imaginar cómo hubiera sido el viacrucis de olvidar, no haber sido correspondida nunca. Conociéndose, quizás lo habría logrado, pero pagando un alto costo; ya no sería ella, se habría transformado en otra mujer, una que no le agradaba: más cínica, amargada, fría... solitaria. Enfrascada en mantenerse ocupada para no estar consigo misma, a tal punto de cerrarse al mundo para no conocer a nadie nuevo, y no correr el riesgo de enamorarse.

Laura no podía evitar elucubrar sobre su vida si los sentimientos de William no hubieran cambiado. Era su forma de no perderse de vista y ser consciente de sí misma.

Suspiró, se concentró en la ficha de la alumna que debía enviar a Oxford House como institutriz.

En ese momento entró Emily a su oficina. Laura levantó la mirada y le sonrió.

—Hola, Emily. Buenos días.

—Buenos días. —Le sonrió, ladina, mientras se sentaba frente a Laura—. Y... ¿Qué tal la pequeña luna de miel?

La sonrisa de Laura fue suficiente respuesta. Emily aplaudió de una forma dramática, elegante y altiva, una discreta celebración del triunfo de su prima y amiga.

—Bravo, bravísimo... Tal parece que William no es un idiota.

—No, no lo es.

Emily hizo una mueca de aprobación y, desinhibida, comentó:

—Da la impresión de que todos los Herederos del Diablo hicieron algún curso titulado «Cómo no arruinar la vida íntima de tu esposa». Ninguna de nuestras nuevas primas y cuñadas dan muestra de amargura.

Laura rio, pero tenía la obvia respuesta y repuso:

—Ellos tienen la ventaja de practicar sin que los tilden de «hombres caídos en desgracia». Incluso si son libertinos no se les trata como si estuvieran enfermos, sino como héroes.

—Sí, qué terrible. ¿Y qué hay de nosotras? —Dio un largo suspiro—. En fin... A lo que vine. Como directora subrogante, debo informarte que no hubo ningún problema que no se pudiera solucionar. Dejaste todo tan ordenado que casi no tuve que hacer nada. A excepción de una sola cosa. —Hizo una pausa dramática—. Will envió a una chica nueva, llegó con una tarjeta tuya.

Laura arqueó sus cejas, sorprendida. Y todo vino a su memoria.

—Oh, ya veo. Así que ese era el motivo por el cual Will me pidió una tarjeta cuando estuvo arrestado. Supongo que, con todos los asuntos de la boda y la luna de miel, ambos lo olvidamos. Debí haberle preguntado. —Y un sentimiento de culpa la atenazó. Sabía que era absurdo sentir

eso por algo que no podía controlar, pero ella tenía sangre en las venas.

—No te preocupes, fueron semanas intensas y a cualquiera se le hubiera olvidado. La chica se llama Magnolia Burton, tiene quince años y llegó en muy malas condiciones. Estuvo dos semanas en la cárcel por prostitución y al salir... —Emily no quiso seguir detallando. Escucharlo una vez fue suficiente, repetirlo no era agradable—. En el expediente está todo. Llamamos a Matt para que la atendiera y constató que, de momento, no se ha contagiado de alguna enfermedad venérea. La va a revisar cada tres meses, por si todavía no aparecen síntomas.

Laura resopló. Había historias peores que otras, pero las que más la perturbaban se relacionaban con lo que vivían las más jóvenes. No obstante, el hilo de sus pensamientos se desvió y dijo:

—¿Magnolia Burton? —Se levantó y fue al archivero de los expedientes. Buscó el de la muchacha. Leyó la primera página y con cierto alivio constató que su padre se llamaba Ambrose Burton y su madre, Mary Burton. Ambos ya estaban muertos cuando Magnolia tenía siete años. Sin embargo, confirmar que no era una hija perdida de lord Burton no le daba tranquilidad.

Se volvió a sentar en la silla con pesadez. Tenía un presentimiento.

Emily también lo tuvo en su momento y reveló:

—A juzgar por tu reacción, puedo suponer que también tuviste ese presentimiento. No me quedé tranquila y me puse a indagar en el Debrett's. Burton tenía un hermano llamado Ambrose, pero no hay más información de si se casó o no, ni siquiera sale su fecha de muerte.

—Típico de los que repudian a sus familiares, intentan borrarlos no actualizando esa información.

—Así es. Por eso me tomé la libertad de contactar a Horatio para que averiguara si Magnolia es pariente de Burton, o solo se trata de una coincidencia. Burton es un apellido bastante común.

—Sí, lo es, pero no está de más averiguar. Gracias, eres la mejor. Bien hecho. —Se quedó mirando los documentos de Magnolia, no sabía si era bueno o malo que resultase emparentada con Burton. Centró su atención en Emily y preguntó—: Y, ¿cuándo llamaste a Horatio?

—Magnolia llegó al día siguiente de tu matrimonio. Contacté a Horatio esa misma tarde... Puede que tengamos pronto alguna noticia de su parte.

—Ojalá... Lo bueno es que Magnolia está en un sitio seguro. No todas se atreven a venir por voluntad propia.

—No, y es una lástima...

—¡Ha llegado el flamante señor Witney de Laura! —Fue el singular saludo que Remington le lanzó a William. No pudo evitarlo, su amigo tenía una sonrisa que atravesaba su cara cuando entró a la tienda. Se levantó y lo recibió con un abrazo y le palmeó la espalda. Al separarse, añadió, socarrón—: Me alegra que hayas sobrevivido a la primera semana de matrimonio. Te ves más delgado, parece que tu esposa te ha succionado la vida... En el buen sentido, no me malinterpretes.

William le dio un palmazo en la cabeza.

—Ridículo. Lo dices de envidioso.

—Es divertido burlarse de un recién casado. —Se dio unos toques en la cabeza—. ¿Ves que has perdido la fuerza? No me dolió tu golpe.

William puso los ojos en blanco. Mejor se dedicaba a lo suyo y preguntó:

—¿Cómo ha ido todo en mi ausencia?

La sonrisa de Remington se esfumó. Se rascó la cabeza y respondió:

—¿Quieres primero las noticias buenas o las malas?

William se masajeó la sien. Sí, ya había vuelto a la realidad. Esa semana con Laura no la olvidaría jamás. Era como si no tuviera suficiente de ella, de su compañía, de su presencia. Era increíble, su esposa siempre estuvo en su vida, pero se sentía fascinado. Era hermosa esa sensación de que conocía todo de ella y a la vez la estaba conociendo como si fueran un par de extraños. Su amor era un regalo inesperado del destino.

Se deshizo del hilo de su fugaz pensamiento y volvió al momento respondiendo:

—Dame las malas noticias primero, a ver si las buenas me alegran.

—Bien, la mala noticia es que las dos últimas semanas solo hubo una venta. Parece que va a costar sus buenos meses que nos recuperemos del escándalo de la subasta. Ese imbécil de Burton y lord Escoria solo trajeron problemas con su treta.

La seriedad de William reflejó la decepción que sentía. Por mucho que se hubiera aclarado el asunto en varios periódicos y revistas, en otras ni siquiera ofrecieron disculpas por dar información falsa o imprecisa.

—Espero que pronto se olviden. No podré mantener por demasiado tiempo este lugar si no vendemos. Haré algunos cálculos para establecer cuánto podremos aguantar. —Resopló—. Creo que no hay tiempo para aplicar el proverbio «La venganza es un plato que se sirve frío», sino Magno se irá a la bancarrota... Tienen que pagar y pronto.

—Exacto, amigo mío.

—¿Hay más malas noticias?

Remington negó y sonrió. Esa fue una buena señal para William.

—Horatio y yo ya hemos avanzado mucho en la investigación. Ayer confirmamos que Prescott fue el que envió la donación falsa.

Sí, definitivamente, era una muy buena noticia.

—¡No me digas! ¡Qué bien! Cuéntame, ¿cómo lo hicieron?

Una sonrisa arrogante y satisfecha apareció en el semblante de Remington antes de relatar:

—Horatio necesitaba cotejar la caligrafía de la nota con la de Prescott. Como no podía averiguarlo él mismo, me pidió que llevara a cabo su plan. Me disfracé de caballero, usé una peluca y cambié mi hermoso acento inglés. —Sonrió. Con una marcada entonación norteamericana, la cual era rápida y nasal, añadió—: Y me convertí en el señor Steel, asistente del señor Kingsman, un emergente magnate de Estados Unidos, enviado para evaluar las obras de arte de su tienda... —Volvió a su acento natal y continuó—: Le di una carta de este supuesto magnate, en la que se elogiaba la buena reputación de su tienda, y que yo era su emisario para constatar la fiabilidad de su negocio, pues su interés era comprar cuando él viniera personalmente.

—Asumo que cayó.

—Ojalá hubieras estado ahí. Fue hermoso verlo tan servicial y carismático. Ávido por mostrarme todo lo que tenía... Debo reconocer que incluso me estaba simpatizando. Tiene buenas piezas, muy buenas de hecho... demasiado. Después de ello, estaba tan encantado conmigo que hasta me sirvió té y galletitas. —La expresión de Remington tenía un tinte de venganza por su amigo—. Le pedí un inventario de todo lo que tenía disponible. Tardó un día en darme una copia de su puño y letra para dársela a mi jefe que, de seguro, es un vulgar nuevo rico. Y, gracias a ello, comprobamos que lord Escoria fue el autor de la donación falsa.

Aquella noticia era muy alentadora. William sintió que, al menos, parte de su revancha podría concretarse al probar que fueron víctimas de un complot.

—Excelente. Eso les va a encantar a las grandes damas.

—Y eso no fue todo lo que averiguamos. Horatio estuvo siguiendo a lord Escoria y también consiguió información de lo más interesante. —Hizo una pausa dramática. William lo apremió con un ademán que lo conminó a continuar su historia—. Por lo general, al cerrar la tienda, este tipejo se va al White's y luego se dirige a Tetbury House a pernoctar. Pero un día, en vez de ir a su casa, pasó al puerto. Fue a inspeccionar un desembarco y el posterior almacenamiento de una carga. A Horatio le pareció sospechoso el barco y su capitán, y averiguó con la gente del lugar que se trata de un contrabandista.

Las cejas de William se alzaron y produjeron profundos valles en su frente. De Prescott podía decir muchas cosas, pero dado los hechos de las últimas semanas, ya podía agregar la palabra «estafador» y «ladrón».

—Vaya... No pensé que Prescott llegara a ese punto. Tú que viste la mercancía de su tienda, ¿crees que haya falsificaciones en ella?

—Como te decía, era demasiado bueno. ¿Una sección entera de muebles Luis XIV en excelentes condiciones? No lo sé, Will, pero me parece falso. Aquí solo tenemos el comedor que trajiste y ni siquiera está a la venta.

William se quedó pensativo. Se cruzó de brazos y su dedo índice daba golpecitos en su bíceps. A la postre, reflexionó:

—Tener tantos muebles de casi doscientos años en un solo lugar no es tan común... De por sí son escasos, sobre todo después de la Revolución Francesa. —«No sé cómo mi progenitor se atrevió a comer en esa mesa si era una reliquia», pensó William.

Remington asintió. Él no tenía tanta experiencia como William, pero sí confiaba en su intuición y en sus conocimientos de arte, obtenidos en la Government School of Design. Pudo estudiar en aquella institución gracias al vizconde Rothbury, quien era el mejor amigo de su padre, Adam Churchill. Esa gran amistad se replicó en sus hijos mayores.

—En conclusión, mi estimado Will, solo habría que confirmar si lo que vende es falso o no. Sabemos que vendió una falsificación, pero no si es una práctica recurrente. Una golondrina no hace verano.

—Exacto. Con eso sería suficiente para actuar conforme al daño que provocó... —Inspiró y espiró varias veces. No quería seguir perdiendo tiempo—. Tendremos que tomar medidas extremas.

—¿Extremas? ¿Estás hablando de secuestrar a Escoria y torturarlo hasta que diga la verdad?

William rio y replicó:

—No tan extremas, pero sí ilegales. Allanaremos su tienda.

—¿Lo haremos pasar por un robo?

—No robaremos nada... —Remington entrecerró sus ojos, incrédulo. William se rascó la barba y admitió—: Bueno, quizás tomaremos algo prestado si es necesario.

—Bien. A la noche iré a ver a Horatio para que veamos qué tan factible será meternos en la tienda de Prescott.

—Lo dejo en tus manos... —Se hizo un breve silencio, ya estaba todo zanjado—. Me iré a trabajar en el retrato de Oxford.

—¿No lo habías terminado? Pero si está formidable.

—No, le falta... Solo son algunos detalles.

—Detalles que nadie notará.

—Pero yo sí... —Avanzó hacia su estudio un par de pasos y se detuvo en seco—. No estoy

para nadie, excepto Laura, mis padres u Horatio.

Dos días después, a las tres de la madrugada del jueves, William, Horatio y Remington se bajaron de un carruaje perteneciente a la familia Witney, el cual aguardaría por ellos. Estaban en Chapel Street y caminaron hacia la esquina de Curzon Street. Vestidos de negro, se fundieron en la sombra del callejón gracias a los altos muros de la capilla, la que impedía que llegara la luz proveniente de las farolas a gas.

Esa noche de pleno verano londinense estaba saturada de la fragancia de las verdes plazas y jardines en flor, cercanos a ese lugar. La temporada social llegaba a su fin y ya se apreciaba que la actividad nocturna era más tranquila. Pocos carruajes transitaban a esa hora.

En el lado opuesto de su ubicación se encontraba Antiques Emporium, la tienda de antigüedades de lord Prescott Bromwell. Esperaban que la pareja de policías que hacía ronda en ese sector pasara pronto frente a ellos. Cuando eso sucediera, entrarían en acción. Eso les daría una ventana de media hora, en la cual no correrían el riesgo de ser sorprendidos *in fraganti*.

Ya habían estudiado el lugar los dos días anteriores para saber cómo actuar. La tienda era parte de una serie de edificios y casas que ocupaban toda una manzana, y que compartían una plaza interior de libre acceso. Entrarían por ese lugar, amparados por la oscuridad. Remington y William debían perpetrar el delito; el primero, por conocer la tienda, y el segundo, porque podía identificar las piezas falsas —de haberlas—. Horatio vigilaría ante cualquier incidente.

Los policías pasaron.

William y Remington se cubrieron la mitad del rostro con pañuelos negros. Llevaban todo lo necesario para cometer un robo —un juego de ganzúas, un napoleón, una soga y sacos de tela—. Por su parte, Horatio vestía como un caballero común y corriente. Encendió una pipa, su tarea era fingir que era un sujeto de vida noctámbula que se detuvo en la plaza para fumar. Le pasó una caja de cerillos a Remington, quien portaba una pequeña lámpara de aceite.

Horatio salió en primer lugar y cruzó hacia la plaza. Miró alrededor por si había luz en alguna ventana de los vecinos.

Un carruaje pasó, no le prestaron atención.

Horatio hizo una señal. William y Remington cruzaron la calle y se internaron en la plaza. Las copas de los árboles ocultaban su presencia.

Encendieron la lámpara y dejaron la llama baja. Avanzaron pegados a las paredes que cercaban los patios traseros de las propiedades, hasta llegar a la que correspondía a Antiques Emporium.

William se encorvó y entrelazó sus dedos. Remington subió sobre ellos y, en un movimiento fluido, fue impulsado hasta alcanzar el borde de la pared que medía dos metros de alto.

Se dejó caer y lanzó una soga para que William pasara.

En el momento en que ambos ya estaban del otro lado de la pared, William susurró:

—En el plan no contemplé que mi estado físico estuviera yéndose a pique. No entiendo cómo trepaba árboles cuando era niño.

—Ahora que estás casado puedes tener algo de actividad.

—Silencio. Ilumina mejor el lugar.

Remington dio más mecha a la lámpara, la llama creció y la luz devoró la oscuridad. Se encontraban en un pequeño patio donde solo había un basurero. William lo inspeccionó. Óleo, pinceles, diluyentes, periódicos viejos, lienzos rotos y hojas de té que fueron infusionadas. Una

pared desnuda sin ventanas. Una puerta.

—Luz en la cerradura.

Remington obedeció. Como todo buen Heredero del Diablo, William estaba instruido en el arte de abrir cerraduras y candados, requisito indispensable para poder fugarse de noche, y hacer una que otra travesura o pequeña venganza.

Sin embargo, no consideraron que la puerta tendría dos cerraduras. William maldijo por lo bajo. Por suerte una de ellas era solo un seguro, por lo que no era necesario abrirlas al mismo tiempo.

Tras unos minutos, William liberó el seguro. Diez minutos más tarde también lo logró con la cerradura principal. Abrió la puerta, mas apenas fueron diez centímetros. Una nueva barrera.

No contento con las dos cerraduras, también había un seguro de cadena. Esa posibilidad la contemplaron. William llevaba a cuestas un carcaj, en el cual guardaba un napoleón. Una hermosa herramienta para cortar metales y cadenas.

El último seguro no opuso resistencia.

Les quedaba menos de la mitad del tiempo. Los policías volverían en cualquier momento.

Entraron a la habitación posterior de la tienda, era un estudio de pintura. No tan grande como el de William, pero tenía lo necesario. Remington iluminó el lugar y se encontraron con varias piezas terminadas. William reconoció una de inmediato. Era un cuadro de Caravaggio, el estilo era característico del periodo en que el artista residió en Roma. Le extrañó que Prescott lo tuviera en su poder. Esa obra pertenecía a uno de sus profesores de la Academia de Artes de Florencia.

William se acercó a la pintura. Olía a nuevo, no a una obra que tuviera doscientos cincuenta años... Se trataba de una reproducción.

Una muy buena. Debió tomarle bastante tiempo a Prescott lograrla. Se preguntó cómo lo hizo, quizás tuvo acceso a la pintura original para poder reproducirla a la perfección.

Una de las cosas que William podía decir de Prescott era que era mucho mejor que él, cuando se trataba de pintar obras como las de Caravaggio, en las cuales se retrataba el carácter humano sin adornos. Sus modelos eran gente común, sus expresiones, la luz... Las naturalezas muertas con defectos, hongos y gusanos. Una brutalidad.

Una hermosa y honesta brutalidad.

No se permitió distraerse más. Sin embargo, sus ojos se desviaron al atril de su obra en progreso.

Era extraño y perturbador. Una gran mancha roja atravesaba la composición, como si hubieran lanzado pintura. El espectador era un intruso que espiaba un momento íntimo. Una gran columna de mármol bloqueaba la vista total del lugar, una iglesia. Al fondo, se apreciaba a una pareja de novios besándose al final de la ceremonia religiosa. Se notaba el público aplaudiendo...

Lo perturbador era que el vestido de la novia era idéntico al de Laura, incluso tenía el detalle de las gafas. El atuendo del novio le recordaba al que usó. La iglesia era Saint Martin-in-the-fields.

¿Por qué Prescott los pintó? Un escalofrío le recorrió la espalda.

De súbito, la voz de Remington lo apremió, sacándolo de su estupefacción.

—No perdamos tiempo.

William parpadeó.

Entraron a la tienda cuidando que la luz no delatara su presencia desde el exterior. Fueron directo al área de los muebles y objetos estilo Luis XIV, y William comenzó a buscar indicios de

su autenticidad.

Se acercó a una vitrina. Acarició las curvas elegantes, los detalles dorados le daban una apariencia majestuosa. Se inclinó para observar de cerca el diseño de la marquetería. Notó que los motivos florales, aunque muy bien elaborados, carecían de la finura y precisión que caracterizaban a los maestros ebanistas del siglo XVII. Los bordes de las flores y hojas eran demasiado uniformes. Muchas técnicas carpinteras habían mejorado a lo largo de los siglos, y ese trabajo no parecía antiguo.

Sin embargo, estaba decidido a buscar más pruebas que fueran contundentes. Abrió uno de los cajones.

—Dame más luz, Remington... Ahí, bien. Gracias.

A la luz de la lámpara, William notó que el interior, pese a no estar del todo limpio, no correspondía a un mueble antiguo. No mostraba señales de desgaste, manchas o uso en las partes menos visibles. Además, el aroma a madera no coincidía con el olor a tiempo y encierro que debía tener una pieza de casi dos siglos de antigüedad. Al examinar las juntas, descubrió que estaban ensambladas con clavos que parecían modernos. Ese detalle le confirmó sus sospechas...

—No es auténtico.

—Lo sabía, era demasiado bueno para ser verdad.

Revisaron el resto de los muebles y objetos. La mayoría eran falsos. En un saco metieron un candelabro, un joyero, un tintero de piedra pulida con detalles en bronce dorado. Con eso sería suficiente. Era una lástima no poder llevarse los muebles, sería un arriesgado despropósito.

Volvieron sobre sus pasos y atravesaron el estudio. William se detuvo un segundo e, impulsivo, se llevó la reproducción del Caravaggio y otra obra más al azar. Con el botín auestas, apagaron la lámpara y emprendieron la huida casi de la misma manera como ingresaron. No obstante, fue más engorrosa y lenta.

Ni bien William plantó sus pies del otro lado de la pared, escuchó una voz masculina que parecía dirigirse a Horatio:

—Buenas noches, señor... ¿Disfrutando la noche?

—Buenas noches, oficiales. Así es... —respondió la voz de Horatio.

A esa hora de la madrugada y en ese silencio casi absoluto, sus voces se escuchaban tan claras como si estuvieran a un metro de distancia.

William y Remington se agazaparon de inmediato, intentando no emitir ningún ruido. Sus pulsaciones se dispararon.

Otra voz masculina le preguntó a Horatio:

—¿No debería estar con su esposa?

—¿Por qué lo dice?

—Si fuera soltero, estaría bailando en una fiesta, no fumando pipa.

—Oh... Bueno, su deducción es correcta. Precisamente por eso estoy aquí, disfrutando del silencio de la noche. Con mi esposa tuvimos una pequeña discusión después de... usted ya sabe.

Los policías rieron. Sus carcajadas resonaron en toda la manzana.

—No me diga que en su casa mandan las faldas —dijo el primer policía con un tono burlón.

—No me echó, yo preferí no despertar a los vecinos alentando su berrinche. No debería burlarse de mí, oficial, ya sabe cómo son las mujeres cuando se ponen dramáticas.

Los policías volvieron a reírse.

—Vuelva a casa, señor —conminó el segundo policía—. Si tarda demasiado, su esposa se enfurecerá si piensa que se fue a desahogar con alguna mariposa nocturna por venganza.

—Sí, ya estaba pensando en volver, llevo cuarenta minutos esperando. Terminaré de fumar mi pipa. A mi amada esposa le repugna el tabaco.

—A todas les repugna... Buenas noches, señor.

—Que tengan una ronda sin novedad. Soy un ciudadano que aprecia su labor.

—Gracias.

William y Remington soltaron el aire de sus pulmones. Se quedaron en sus lugares por un eterno minuto, calculando que los policías se alejaran lo suficiente. Observaban a Horatio a lo lejos y el humo que expulsaba. El detective consultó la hora en su reloj de bolsillo y miró hacia donde ellos se encontraban. Les hizo una señal.

William y Remington salieron de su escondite a paso rápido pero sigiloso. Cuando adelantaron a Horatio, este botó el contenido ardiente de la pipa y se les unió a la carrera. Cruzaron la calle y se internaron en el oscuro callejón.

Sin dejar de dar largas zancadas, Horatio interrogó, ansioso:

—¿Lo lograron?

—Superó las expectativas —reconoció William.

Avanzaron una manzana hasta alcanzar el carruaje y, aliviados y sudorosos, se subieron a él con su botín.

Ya tenían la prueba de la falsedad de lord Prescott Bromwell... Ahora solo quedaba decidir cómo usar esa información para hundirlo.

Capítulo 23

La noticia del robo a la tienda de Prescott no apareció en ningún periódico en los siguientes días. Situación extraña para cualquiera que supiera del asunto. Aquel hecho confirmó aún más la hipótesis de William; Prescott estafaba a sus clientes. De ser piezas originales, las habría asegurado e interpuesto la denuncia a la policía.

Y era obvio que lord Prescott manipuló la situación para que Burton hiciera el escándalo de la subasta.

¿Por qué? William podía esgrimir muchas justificaciones debido al historial que compartía con Prescott, y cualquiera le parecía plausible.

Lo que ya no era gracioso era que se había metido con la fundación que su madre encabezaba, y tampoco contaban con la garantía de que no fueran a cesar sus intrigas.

Por ese mismo motivo estaba frente a las grandes damas y sus esposos; su hermana mayor, Marian, directora del Colegio New Hope, el esposo de ella, Horatio; y Laura, la directora de la Academia Hope.

En esa calurosa tarde de principios de agosto, todos ellos se encontraban en la sala de estar de Peony House a la expectativa de lo que William tenía que informar.

—Bien, gracias a todos por venir. Sé que varios de ustedes van a partir a sus casas de verano durante la semana que se avecina. Por ese motivo los he reunido hoy, para que estén informados de lo que hemos averiguado respecto a lord Burton y el escándalo que manchó nuestras reputaciones. Resulta que...

Y así, en medio de un silencio absoluto, William contó todo lo que descubrieron. A excepción de Marian, Horatio y Laura —quienes ya estaban al tanto—, los demás tenían diversas expresiones que iban desde la seriedad más solemne hasta la incredulidad. La cual se acentuó cuando él reveló:

—Y eso no es todo. Cuando estuve arrestado, conocí a una muchacha llamada Magnolia Burton... Sí, a mí también me llamó la atención su apellido, es común, pero en ese momento tenía la cabeza en otro lado como para profundizar... En fin, sin saber cuál sería su destino, le di a la joven una tarjeta de Laura para que fuera a la academia por si quería cambiar su vida. Por fortuna, apareció unas semanas después mientras estábamos de luna de miel. Emily sospechó de inmediato y revisó el parentesco en el Debrett's. El hermano de Burton coincidía con el nombre del padre de Magnolia, razón suficiente para contratar a Horatio para que investigara el origen de esta muchacha...

Miró a su primo para darle la palabra. Horatio se levantó de su asiento, se situó al lado de William y declaró:

—Lord Burton tenía un hermano llamado Ambrose. Me reuní con el abogado de la familia Burton con la excusa de que estaba frente a un posible caso de suplantación. Como no era necesario dar información tan sensible, el hombre contestó mis preguntas. Gracias a ello, pude averiguar que Ambrose se casó hace diecisiete años con Mary Whittaker, una institutriz, y ese fue el motivo por el cual fue repudiado. No sé a ciencia cierta cómo vivieron, pero cuando Magnolia tenía cinco años, falleció su padre, y su madre, dos años después. No obstante, Ambrose dejó un testamento antes de morir. Pese a no tener propiedades o riquezas que heredar, instruyó que lord Burton fuera el tutor de su hija en caso de que quedara huérfana... Cuando Ambrose falleció y se leyó el testamento, el barón no quiso hacerse cargo de su sobrina.

—Pero qué hijo de... —masculló Andrew.

William asintió y añadió:

—Y eso que no has escuchado nada sobre cómo ha tenido que sobrevivir Magnolia... Bien, con toda esta información quiero hacer algo de justicia por nosotros y por ella... Sé que, gracias a ciertas conexiones con la prensa, han podido poner paños fríos a la situación, y de verdad espero que no afecte las donaciones en el futuro. Sin embargo, estoy decidido a exigir disculpas públicas por parte de Burton, y terminar de una vez por todas con los intentos de lord Prescott por perjudicar mi trabajo. A él no le importó pasar por encima de ustedes, pues yo tampoco tendré consideraciones. Y esto es lo que pretendo hacer...

Lord Burton leía en la biblioteca de su residencia. Era de noche. Antes de cambiar la página de su libro, le dio una calada a su cigarrillo cubano y lo saboreó. Expulsó el humo en una larga exhalación. Admiró toda la belleza que lo rodeaba: libros, esculturas, pinturas, muebles dignos de la realeza, alfombras persas. En el centro de todo se encontraba su ilustración recuperada. Esbozó una sonrisa, se sentía como un dragón sentado en su tesoro.

Golpes en la puerta anunciaron la presencia del mayordomo.

—Milord, el señor William Witney y su esposa solicitan una entrevista con usted. Insisten en que es importante.

Lord Burton hizo una mueca que demostraba indiferencia; pero, de todas formas, la curiosidad emergió y se preguntó qué querían esos dos.

—Hazlos pasar. —Marcó la página en donde quedó su lectura doblando la esquina de la hoja, cerró el libro y lo dejó en la mesita auxiliar, al lado de un cenicero.

No pasó mucho rato cuando los tenía frente a él. William fue el primero en hablar. Su tono fue comedido pero seguro al decir:

—Gracias por recibarnos, milord.

Burton miró de soslayo a Laura. Ella no le quitaba los ojos de encima. Incómodo, preguntó:

—¿Cuál es el motivo de esta insólita visita?

—Vengo a exigirle disculpas públicas por su escándalo en la subasta de la Fundación Hope, y por haberme encarcelado sin necesidad.

Lord Burton le dio otra calada a su cigarro. Se tomó su tiempo para replicar:

—¿Para qué? —Con cada palabra que soltaba, el humo era expulsado de su boca—. Ha pasado casi un mes. Todo el mundo lo olvidó.

—Pero yo no.

Burton se encogió de hombros, indolente. Le dio otra calada a su cigarro.

William reprimió sus ganas de golpearlo. Pero prefirió darle otro tipo de golpe, miró a Laura y ella intervino:

—Bueno, ya que no desea colaborar, no nos deja más alternativa que enlodar su nombre ante la prensa. ¿Sabe quién ha llegado a nuestra academia buscando educación? —Sonrió—. Una jovencita de quince años llamada Magnolia Burton. No se tome la molestia, sabemos que no es su hija, sino su sobrina... La que abandonó a su suerte. Por su culpa, ella fue violada a los diez y quedó tan mal que ya no puede tener hijos. Deshonrada, sin techo y sin dinero, se dedicó a la prostitución. Los periódicos de crónica roja se van a sobar las manos cuando lleguemos con esta historia, que ni siquiera podrá negar, y le juro que me encargaré de que todos se enteren en plena temporada. Su nombre va a estar en la boca de medio Londres. Lo que quiso evitar repudiando a su hermano, va a suceder de todos modos, y de la peor forma.

—¿¡Quién se ha imaginado que es, mocosa!? —Burton aplastó su cigarro en un cenicero.

Se levantó y se plantó frente a Laura, amenazante.

Ella no tembló, ni retrocedió. Tampoco le quitó la mirada de encima cuando dijo:

—Soy la directora de la Academia Hope, eso soy. Amparamos y educamos a decenas de mujeres como Magnolia, quienes no tuvieron a un hombre para ser protegidas, y terminaron siendo víctimas de otros hombres, gracias a cobardes sin alma como usted.

Burton hizo el leve ademán de alzar su mano. No pudo hacer más, los dedos de William se aferraron con fuerza a la tráquea del barón, provocando desesperación y dolor. Burton por puro instinto trató de liberarse aferrándose a la muñeca de William, quien solo apretó más.

—Ni lo intente, Burton. Toque a mi esposa y lo mato. —La única respuesta que recibió fue un quejido sibilante y un parpadeo lento. Lo soltó.

Laura esbozó una media sonrisa al ver a ese viejo resollando, y continuó:

—Agradezca que mi esposo tiene mejores reflejos que yo. Qué humillante debe ser para usted que no pueda silenciarme con golpes. Tal vez su esposa murió solo por hablar, ella no tenía un hombre que la protegiera, dormía con el enemigo... —Hizo una pausa, esperando a que Burton se moviera, porque no dudaría en propinar el rodillazo en la entrepierna que tenía preparado para él—. No tenemos pruebas, pero tampoco dudas... Sin embargo, en este caso particular de la ilustración sí las tenemos. No nos podrá acusar de difamación y calumnias, pues lo cierto es que usted es escoria. Ni siquiera sé que es mejor, ser prostituta o haber sido «protegida» por un animal como usted.

Las fosas nasales de Burton se dilataron y una gota de sudor resbaló con lentitud por su frente. En el fondo —bien en el fondo— tenía que admitir que su reputación siempre estuvo en la cuerda floja, solo algunos le daban su apoyo y amistad de manera pública. El resto esperaba la oportunidad de verlo envuelto en un escándalo desfavorable hacia él para humillarlo... Por ese mismo motivo conseguía sus piezas de arte por medio de Prescott, ningún otro coleccionista deseaba tratar con él.

Si lo de Magnolia salía a la luz...

Estaba entre la espada y la pared.

—Está bien. Haré lo que quiera.

William asintió con altivez.

—Me alegra que sea razonable. Primero, compensación económica de mil libras a su sobrina por los años de abandono, más una pensión anual de ciento cincuenta libras hasta su mayoría de edad. —Sacó un papel y se lo entregó—. Aquí está la cuenta bancaria a nombre de Magnolia. No se preocupe, no tendrá que verla ni ocuparse de ella, ahora se encuentra bajo la protección de la Fundación Hope.

»Lo segundo, disculpas públicas a las grandes damas, a la fundación y a mi persona. Lo publicará a página completa en todos los periódicos, revistas y semanarios de tiraje nacional. Tiene cinco días para cumplir con nuestras exigencias.

Burton soltó una cansada exhalación. Claudicar no era algo a lo que estaba acostumbrado. Le costó toda su voluntad decir:

—En cinco días estarán todos satisfechos.

—Ah, una cosa más...

El rostro de Burton se contrajo de frustración. Se tiró de los cabellos mientras explotaba:

—¿¡Qué más quiere de mí!? ¡Maldita sea!

—Solo respuestas, milord... Sobre la ilustración, ¿usted aún insiste en que es auténtica?

Burton, aún preso de su pequeño episodio de ira, replicó de mal talante:

—Por supuesto que lo es. Lord Prescott me lo aseguró.

—Lord Prescott no está especializado en arte indio, ¿no pidió otra opinión para corroborar?

—Confío plenamente en el criterio de lord Prescott.

William asintió, como si esa respuesta fuera suficiente.

—Le contaré por qué debería dudar de su asesor. Cuando estaba tasando su ilustración para la subasta, noté algo extraño en ella que me hacía desconfiar, y fui con un especialista en arte indio. Tal y como le comenté con anterioridad, coincidimos en que no era auténtico y lo catalogamos como una reproducción... Ahora, poseemos pruebas recientes de que lord Prescott estafa a sus clientes. Una de ellas es el testimonio escrito del señor Mattia Rizzo, un coleccionista italiano de arte indio, amigo del experto que determinó que su ilustración es falsa, quien, no contento con ello, le envió una carta comentándole el asunto. Resulta que el señor Rizzo es el dueño de la ilustración original y de la reproducción, la cual vendió a lord Prescott hace un año.

»Si desmontamos su ilustración, de seguro no olerá a papel viejo. El polvo de oro no tiene el desgaste propio del tiempo, y estoy seguro de que tampoco pasará la prueba de autenticidad con *aqua regia*... Y, por si eso fuera poco, el guardia de los almacenes, donde usted resguardaba parte de su colección, vio a lord Prescott llevarse la ilustración, varias semanas antes de que usted denunciara el robo. Él hizo todo para que usted montara su dramática e iracunda interrupción en la subasta.

El rostro de Burton se desfiguró. Miraba a William con la boca entreabierta sin siquiera poder balbucear. De pronto tuvo tanto sentido que lord Prescott lo convenciera de ir a la subasta, incluso le aconsejó hacer una donación monetaria a la fundación para recibir una invitación. Miró de reojo la ilustración.

No, no podía ser.

—Entienda, ¿para qué le voy a mentir? —añadió William—. Ya tengo su palabra de ofrecer disculpas públicas, lo que quiero es ir con el verdadero culpable... Después de todo lo que le he dicho, ¿aún confía en lord Prescott? —Desvió su mirada hacia la mesita auxiliar estilo Luis XIV—. Es una pieza notable... ¿Se la vendió su ilustre asesor? ¿Me permite?

William no esperó la venia de Burton. En segundos estudió el tallado del ébano y los adornos en bronce. Quitó el libro y el cenicero y dio vuelta la mesita.

—Venga, vea. —Burton se acercó y miró donde le señalaba William—. Clavos modernos en las juntas, el pulido de la madera se ve pulcro. ¿Siente ese olor? Polvo, pero no a la suciedad y humedad de más de doscientos años. Los tallados de ébano son perfectos y uniformes... no es una técnica de la época, que es hermosa, pero con pequeños defectos.

Burton se peinó el poco cabello que tenía y un sudor frío le recorrió el cuerpo, para dar paso a una ola de visceral calor. No podía rebatir, se sintió estúpido y humillado. Se derrumbó en su sillón con la vista perdida... Tanto dinero invertido, no recuperaría ni la quinta parte.

—Maldita sea...

William no sintió lástima ni compasión. Laura tampoco, solo satisfacción. Altanera, agregó:

—Es increíble que todos los muebles y obras que tiene en su poder valgan más que la vida humana y su propia sangre. ¿De qué le sirvió repudiar a su hermano por casarse con alguien inferior? ¿Por reputación? ¿Por el qué dirán? Mire cómo la vida le hace pagar el daño que ha hecho, y por su propia causa. Usted y solo usted se ha hundido.

—No tiene idea de nada, mocosa.

A Laura no le ofendió la despectiva palabra. Se encogió de hombros y replicó:

—Es obvio que no tengo idea. Pero los hechos hablan por sí solos. Nada justifica

abandonar a una niña de siete años que no tiene la culpa de haber nacido. Usted no es Dios. Es un simple hombrecillo patético y miserable que solo se siente mejor pisoteando a los demás... —Miró a su esposo y alzó su barbilla—. Vámonos, Will. Estoy asqueada del hedor a putrefacción humana.

William consideró que hablar con Prescott era algo que debía resolver a la brevedad posible. Por ese motivo, dejó a Laura en casa y partió junto a Horatio hacia Westminster. En las cercanías del Parlamento, en Great George Street, se encontraba Tetbury House. Esperaron en la pequeña plaza contigua a la propiedad a que Prescott llegara.

A las once y media de la noche lo vieron acercarse a la puerta de su casa y fueron a su encuentro. William lo llamó a viva voz:

—¡Lord Prescott!

El hombre se paralizó por unos segundos. Con movimientos lentos miró hacia su izquierda. Frunció su ceño al constatar que era William acompañado de Horatio Montgomery, quien llevaba consigo un saco.

—¿Qué quieren?

William llegó hasta quedar frente a él. Su tono de voz rezumaba inocencia cuando aseveró:

—Conversar. Podríamos hacerlo aquí en la calle, pero en este barrio tan elegante e influyente no se vería muy bien que te vean hablando conmigo, y con un sujeto que porta un saco de dudosa procedencia. —Sonrió, malicioso—. ¿Últimamente no has echado de menos algunos objetos de tu tienda?

Prescott abrió sus ojos hasta que casi salieron de sus cuencas y, conteniendo su creciente ira, acusó entre dientes:

—¡Ustedes! ¡Son unos hijos de...!

William, artero y sin escrúpulos, apresó la entrepierna de Prescott y apretó lo justo para producir un agudo dolor. Señal suficiente de que iba en serio.

—¡No! Ni intentes insultar a nuestras madres... O te juro que te dejo estéril. Una ofensa más y te arrepentirás. ¿No te intriga saber por qué hemos traído de vuelta lo que tomamos prestado?

Prescott tragó saliva. Miró hacia abajo. Se sentía humillado y... No quiso pensar más. Un ramalazo de calor fue la antesala del sudor que proliferó en toda su piel. Tomó una bocanada de aire y dijo:

—Entremos... —William lo soltó y se limpió la mano contra el pantalón. Prescott, aliviado, tomó la aldaba y golpeó la puerta.

Horatio, quien solo oficiaba de escolta, alzó una ceja. Era muy extraño que el hijo de un marqués tuviera que golpear la puerta, en vez de tener las llaves de su propia casa.

Fueron recibidos por el mayordomo, quien no demostró su sorpresa al ver a los invitados de lord Prescott. Era la primera vez que el joven amo lo hacía.

Prescott los guio hasta la biblioteca y se quedó de pie con los brazos cruzados. William cerró la puerta tras de sí e inició la conversación sin más ceremonias.

—¿Qué pretendías lograr manipulando a un idiota como Burton?

Prescott arqueó una ceja con cierta arrogancia. Se masajeó el mentón, pensativo. Tras unos segundos repuso, irónico:

—¿Sabías que eres una verdadera piedra en el zapato?

William intuyó la dirección de las palabras de Prescott, era una velada admisión. No era

suficiente, por lo que jugó con las mismas cartas y replicó, guasón:

—Suelo tener ese efecto en las personas, basta con que le preguntes a mi esposa. —Rio—. Pero no sé por qué te tomas tantas molestias conmigo. Todo ese numerito de circo solo para fastidiar mi reputación y, de paso, manchar el de una loable institución social. Me parece que fue un exceso.

—Daños colaterales que no preví. En fin, siempre has sido un fastidio, Witney. Incluso respirando lo eres. Mientras pueda joderte la existencia, lo haré.

—Ah, por un momento pensé que se debía a algo más profundo. —Suspiró con excesivo dramatismo—. Entonces eso me facilitará llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? Tú no eres de acuerdos, sino de amenazas o extorsión.

—Acuerdo suena mejor, tal como lo hacen los caballeros.

—Tú no eres un caballero, eres un bastardo.

—Pues sí, lo soy... Uno con mucha suerte.

—Veo que ya no lo admites a regañadientes ni bromeas para ocultar tu molestia.

—Maduré, deberías intentarlo. Ser un bastardo con suerte es lo que me tocó. De haber sido el hijo de un conde no habría podido ser pintor, tener mi negocio, viajar, casarme por amor... Ya sabes, esas cosas que dan satisfacción, ¿no crees?

Prescott hizo un gesto de indiferencia. Se estaba alargando demasiado esa conversación, y no le convenía ir más lejos.

—Da igual, ve al grano. ¿Qué quieres de mí? ¿Una promesa para que me aleje de ti y de tu negocio? ¿Una disculpa pública?

—No, eso lo hará Burton, él fue la cara visible del escándalo. Tú estabas riéndote de todos en las sombras.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Amenazarme con ir a la prensa y difundir que estoy estafando a mis clientes? ¿Hundirme?

William arqueó una ceja. Prescott lo estaba sorprendiendo al tomar el camino que era el menos probable al momento de presionarlo; confesar, fingir que no le importaba su reputación.

—Oh, no, eso es demasiado fácil, pensaba en algo más violento. Ojo por ojo... Pasar un fin de semana en los calabozos de Bow Street, por ejemplo. Pero presentándonos con pruebas, el testimonio de lord Burton y el de otros clientes enojados. Adivina, ¿quién se arriesga a pasar una temporada en New Gate por estafa?

Prescott miró fijo a William. Estaba atrapado. El bastardo ya no era tan predecible como antes, apostaba más fuerte.

—¿Y cuál es el acuerdo al que quieres llegar?

De pronto, la puerta se abrió. Lord Tetbury los miró a todos, extrañado. Sin embargo, aquella expresión cambió a algo que William no pudo identificar.

—¿Qué significa esto? —El tono del marqués fue inequívocamente despectivo.

—Nada, milord —se apresuró a contestar Prescott, su voz era casi un murmullo—. Ellos ya se iban.

La atención de lord Tetbury se desvió por un breve instante hacia William y Horatio... y ese extraño saco. Entrecerró sus ojos e insistió a su hijo:

—¿Nada?

A William casi le dio lástima Prescott. ¿Quién llama milord a su propio padre? Era evidente que esa palabra estaba vetada en esa relación.

Era impresionante el cambio que Prescott sufría en presencia del marqués. Su postura se encorvó y sus brazos colgaban a sus costados. Él único signo de resistencia eran esos puños

apretados.

Lord Tetbury era el némesis de Prescott.

Y el dilema surgió. William tenía en sus manos aniquilar a Prescott provocando una crisis familiar que podría terminar muy mal, o reducir los daños a terceros.

Sus ansias de venganza no llegaban a ese nivel, no al de ensuciar su consciencia. Ese costo era demasiado alto.

Y rasgó el silencio al decir:

—Es un asunto entre colegas del rubro, milord.

Lord Tetbury volvió a mirar de soslayo a William y replicó:

—No te he hablado a ti, sino a Prescott. —Volvió su atención a su hijo. Ladeó su cabeza, amenazante—. Responde.

—Estamos llegando a un acuerdo con el señor Witney.

Tetbury arqueó una ceja, suspicaz, y continuó con su interrogatorio:

—¿Y qué papel cumple Montgomery? Hasta donde sé, no es anticuario.

Horatio intervino:

—Solo acompaño a mi primo.

—No te estoy hablando.

William, harto de que lord Tetbury pensara que podía tratarlos como a Prescott, prorrumpió:

—Usted es insufrible, milord. Confórmese con lo que le dicen, estamos negociando entre colegas. ¿Qué más quiere?, ¿que le pidamos perdón de rodillas por respirar?

—Ustedes ni siquiera debieron entrar a esta casa por la puerta principal. Lo único que los diferencia de un mendigo es el dinero. —William y Horatio alzaron sus cejas. Sabían que el marquesado de Tetbury era famoso por ser inflexible. Tenía una idea muy clara respecto al lugar que debían ocupar las personas en la sociedad. El marqués miró a su hijo y repuso—: Te advertí que nunca te mezclaras con ellos, son una lacra para nuestra sociedad. ¿Hasta cuándo quieres seguir actuando como un imbécil? ¿¡Es que no puedes hacer nada bien!? ¿¡Qué es lo que pretendes!? Eres como tu madre, no le pierdes pisada, siempre metiendo indeseables en esta casa.

Prescott escuchaba la vociferante voz de su padre, y su mirada se perdió en la preciosa estatua de Apolo.

Sus recuerdos lo llevaron a ese día en que la creó. Quería escuchar a su padre decir, aunque fuera una vez, que tenía talento. Le pidió de favor a su medio hermano que se lo diera de regalo como si lo hubiera comprado.

Tetbury llenó de elogios la pieza. La misma que despreció cuando él se la mostró.

Jamás iba a ser amado. Su padre nunca iba a ver más que pecado en él.

La voz de lord Tetbury llenó sus oídos. Grave, ensordecedora. Desquiciante.

—¡... no eres más que un depravado repugnante! ¡¡Un sucio y antinatural bastardo!!

Bastardo...

Bastardo...

Bastardo...

Prescott lo vio todo rojo, a excepción de esa boca que escupía odio y esos ojos azules inyectados en sangre. Y la ira arrasó con todo dentro de su mente, en su corazón. Liberó los veintiocho años de humillaciones, vejaciones y falta de amor.

Empuñó la estatua. Tetbury seguía vociferando con su rostro deformado por el desprecio.

Prescott ya no se pudo contener más, se dejó arrastrar por la furia.

—¡¡¡Cállate!!! —La base de la estatua dio de lleno en la mandíbula del viejo—.

¡¡¡CÁLLATE!!! —El segundo golpe impactó en la cabeza, salpicando sangre en la cara de Prescott.

Lord Tetbury cayó al suelo dando un golpe seco. Su rostro quedó como un testimonio del último segundo de consciencia, con los ojos en blanco y la mandíbula desencajada. La sangre se esparció en la alfombra, dejando la mortal mancha que drenaba los últimos latidos del marqués.

Prescott levantó la mirada. Ahí estaba William, con sus ojos desorbitados, la boca entreabierta y paralizado. Ahora él lo sabía, ambos eran iguales... Casi... Casi...

La voz de Horatio exclamó, al tiempo que se acercaba al cuerpo inmóvil de Tetbury:

—¡¡Llaman a un médico!!

Solo en ese momento Prescott se dio cuenta de lo que había hecho. Era irreversible, traspasó un punto sin retorno. Su respiración se aceleró, sus pulsaciones se dispararon.

Tembló y trastabilló al retroceder un paso... No podía seguir en ese lugar... No podía respirar. ¿Dónde estaba el aire?

¡¡Aire!!

Soltó la estatua y el sonido del impacto fue la señal.

Huyó.

Capítulo 24

—¡Alcánzalo, William! ¡Va a cometer una locura! —ordenó Horatio.

William volvió en sí.

Corrió... Salió de la estancia y en su carrera chocó de lleno con el mayordomo. No se detuvo; sin embargo, gritó:

—¡Llame a un médico!

William salió a la calle, sin saber a ciencia cierta qué dirección debía tomar. Miró a su derecha. La voz de un hombre que increpaba: «¡Fíjate por dónde vas, idiota!», le dio el indicio de enfilar rumbo en dirección contraria, y emprendió la persecución.

A una manzana de distancia divisó a Prescott, desesperado, corriendo hacia el puente de Westminster.

William, con la mirada fija en su némesis, sentía que la distancia se alargaba, pese a que avanzaba veloz. Tal parecía que la gravedad de sus actos le confería a su rival un ímpetu sobrehumano para correr.

No obstante...

—¡¡¡Cuidado, Prescott!!! —exclamó con voz rota al ver que un carruaje se cruzaba en la trayectoria.

El sonido de los caballos relinchando y el grito de una mujer detuvo la carrera de William... Y la de Prescott también.

Lord Prescott sentía que en cualquier momento el pecho se le iba a romper. Los caballos piafaban furiosos ante la repentina frenada y el cochero le gritaba... Hubiera sido tan fácil continuar y dejar que pasaran sobre él, pero la voz de William, llamándolo, fue como chocar con una pared.

Ahí estaba el inútil instinto por vivir. El corazón le dolía con cada brioso latido, el peso de su cuerpo y su pecado se desplomó sobre él... Todavía sentía el sabor metálico de la sangre de su padre en la boca... La única sangre que compartían.

Ese mortal sabor le hizo reaccionar y emprendió de nuevo la carrera. Estaba cerca.

La maravillosa sensación de ser libre, de no sentirse encadenado a nada ni a nadie.

Por todo lo que le quedaba, podía hacer lo que quería.

Sin mirar atrás, corrió. Los carruajes eran sombras oscuras que se atravesaban, y que él lograba evadir o anticipar su velocidad para poder cruzar. Quería decidir cómo... Sí, no por accidente, no por mala suerte. Porque quiso.

Atrás quedaba el imponente palacio del Parlamento... Los músculos de sus piernas ardían al igual que sus pulmones. El que fue su hogar toda su vida estaba tan lejos y tan cerca. Sus zancadas comenzaron a perder vigor, mas no era capaz de detenerse.

De pronto, el aire cambió. Se tornó húmedo. La calle y el cielo se abrieron ante él. Ahí estaba el puente. Desde la aciaga bóveda celestial, millones de ojos se cernían sobre él, señalándolo.

Corrió hasta llegar a la mitad del puente de Westminster...

Sus pasos se ralentizaron. El gran afluyente de Londres era una serpiente negra salpicada de luces doradas, provenientes de las embarcaciones que no cesaban de transitar. La luna era la única que no lo observaba, esa noche dormía y no daba su pálido resplandor. No obstante, en cada pilar del puente había una luminaria que reemplazaba su luz.

—¡Prescott! —La voz de William. Lo estaba alcanzando.

Faltaba poco...

Se apoyó en la fría balaustrada de piedra y se impulsó para sentarse sobre ella, dándole la espalda a su persecutor. Estaba cansado, necesitaba un respiro. Liberarse de su carga.

—¡No lo hagas! —William se encontraba a dos metros de distancia. Miraba a ambos lados del puente. Estaban solos.

Avanzó un paso más. Prescott lo miró por sobre su hombro.

—¡No muevas ni un músculo, Witney! —Prescott sentía que esa voz no era suya... Temblorosa, nueva... Sin nada que ocultar.

William no sabía qué hacer. Tenía la certeza de que cada palabra que decía empujaba a Prescott al río. Alzó sus manos hasta la altura de su pecho. Una tácita promesa de obedecer.

Prescott volvió a contemplar el río y preguntó:

—¿Está muerto?

William supo que esa sería su misión, mantenerlo entretenido respondiendo lo que fuera. Tal vez así podría evitar que se dejara seducir por el camino más «fácil»... Aunque quizás ya era tarde. Lo apresarían, enjuiciarían y encerrarían, en el mejor de los casos. A la larga, era una forma más lenta de morir.

No tenía más alternativas. Respondió, sincero:

—Creo que sí... Había mucha sangre.

Prescott asintió. El silencio se arrastró hacia ellos y los envolvió. Un carruaje pasó por el lado, ni siquiera ralentizó su andar.

—Debí invitarte antes a casa... —sentenció Prescott—. Debí desobedecerlo cuando dejé de creer.

A William solo le quedaba la conjetura. No tenía demasiado margen de error para interpretar las causas y efectos que llevaron a Prescott a ese lugar.

—A veces uno no quiere ver la verdad...

—¿Nunca te has sentido así? Un intruso que nadie quiere, pero que están obligados a aceptar. —Rio flojo—. Claro que no, he visto a lord Rothbury, te mira igual que a tus otros hermanos. Su amor es genuino... Aunque la verdad sea dicha, nuestras circunstancias de origen no fueron las mismas.

—En realidad, sí me es familiar la sensación. Tú me hacías sentir como un intruso. En todas los lugares en los que coincidíamos. Eton, Italia... Aquí en Londres.

—No hay comparación. Yo no soy tu familia, Witney.

—No... Tienes razón. Aun así... Pensé que en algún momento cambiarían las cosas allá en Florencia. Quizás tener una relación más cordial... de amistad.

—Siempre dejé en claro que no era posible. —En el tono de sus palabras había pesar, no ese desdén tan propio de él.

Y William empezó a unir las piezas y vislumbrar la verdad.

—Sí, sí... lo sé. Soy un bastardo que no sabe cuál es su lugar.

—Eso. Él no podía enterarse... Ahora que no está, entiendo que mi miedo era irracional... Pude desobedecer y que me dejara a mi suerte en Italia. —Un par de goterones cayeron de sus ojos y se perdieron en las aguas del río—. Pero creía que era Dios... que donde fuera que estuviera, ahí estaba... Se enteraba de todo. Siempre lo sabía todo, mis temores, mis alegrías, mis secretos.

No hubo más palabras. Sus oídos se llenaban con el sonido del agua que corría bajo sus pies. William, sigiloso, avanzó un paso. Tal vez, si se acercaba lo suficiente, podría impedir que Prescott se quitara la vida. Entendía que su futuro no sería promisorio, pero todavía quedaba esperanza si en un juicio se alegaba demencia temporal, o si él atestiguaba... Había atenuantes.

Se negaba a creer que la única solución fuera la más drástica y definitiva. Dio otro paso.

La voz de Prescott lo detuvo cuando confesó:

—La primera vez que te vi en Eton quise ser tu amigo, pero cuando supe tu nombre, me di cuenta de que iba a ser imposible. Eras justo una de esas personas que mi padre me prohibió para entablar amistad... Con los años te empecé a odiar, siempre fuiste superior en todo, más ingenio, talento, afectos, carisma, incluso tu maldita suerte. Así fue más fácil para mí esconder la envidia y esa antinatural inclinación que me hacía desear ser parte de tu vida...

»Te odié más cuando perdí toda clase de ilusión. Por un instante pensé que eras como yo... De pronto ya no te acostaste con ninguna mujer...

William, hasta ese momento, no entendía del todo las palabras de Prescott. Sin embargo, de súbito, la claridad llegó con el recuerdo de los gritos de lord Tetbury que resonaban en su cabeza.

Depravado...

Repugnante...

Antinatural...

Y lo supo.

En el fondo, la críptica confesión de él era tan parecida a las palabras y sentimientos que Laura le reveló en febrero. William aprendió que no podía quedarse en silencio y desestimar la profundidad del sentir de Prescott, el cual fue pisoteado toda su vida. Sabía que no era capaz de brindarle ninguna clase de consuelo. Pero era mejor intentarlo, en vez de fingir que no lo había escuchado, y contestó la pregunta implícita que le hizo:

—Me harté de acostarme con mujeres sin sentir nada más que atracción. Solo fue por eso. Aunque, si hubiera sabido algo acerca de tus sentimientos, pese a que me siento honrado, no habría podido corresponderlos... Me casé porque, contrario a lo que dicen los rumores, me enamoré y no quería perder más tiempo. Amo con todo mi corazón a mi esposa.

—Sé que la amas, se nota mucho cuando la miras... Supongo que viste lo que hice en mi estudio.

—Sí, lo vi. Ahora entiendo el tema, la composición y la técnica. Hermoso y perturbador. Siempre consideré que tenías un gran talento.

—Adulador... Cuando muera, ni siquiera será famosa mi última obra. Me he condenado.
—Lo miró y se encogió de hombros. Sonrió—. Al menos ya no tengo nada pendiente... Dile a mi hermano que lo siento.

Se dejó caer...

William jadeó, extendió su mano y corrió.

—¡Noooooo!

A sus oídos llegaron los gritos espantados de transeúntes que se encontraban a sus espaldas. No había notado que ya no estaban solos.

Todo fue demasiado rápido. William solo atrapó el vacío y la visión de su antiguo némesis que caía.

Prescott cerró los ojos. En un segundo pasó toda su vida ante él, mezclada con la culpa, el miedo, la libertad y el fin.

Su cabeza impactó contra una embarcación y su consciencia se apagó, llenando su mente de silenciosa negrura.

William, aún con su mano extendida, sintió esos segundos como una angustiante y dolorosa eternidad. No fue capaz siquiera de cerrar los ojos cuando vio el golpe y cómo Prescott se hundía bajo la embarcación, perdiéndose en la aciaga inmensidad del agua.

No se atrevió a ir tras él.

Laura dio un respingo cuando escuchó que abrían la puerta principal. Debía ser William. Dios, tenía que ser William.

Tomó una palmatoria y fue al vestíbulo.

Llevaba cinco horas en vilo. Se suponía que su esposo debía arribar a la medianoche, y el tiempo pasó, pasó y no hubo ninguna noticia. Imaginó miles de posibles escenarios, que explicaban el angustiante retraso. Intentaba no ir por senderos trágicos. Se distrajo un par de horas probando una nueva fragancia en su laboratorio, pero era imposible concentrarse. Desistió y bajó a la sala de estar para leer, fue infructuoso. A medida que pasaba el tiempo, sus conjeturas se volvieron oscuras, al punto de pensar que, a veces, las historias se replicaban de padres a hijos. ¿Y si William repetía el sino de su progenitor? Ella no quería perder al amor de su vida... Estaban recién empezando, viviendo de verdad.

Fue imposible para Laura reprimir un estrangulado sollozo de alivio cuando vio a William, dejando sus llaves en el recibidor. Él levantó su mirada triste y torturada.

Ella se apresuró, colocó la palmatoria en el recibidor y abrazó a su esposo con fuerza. No hizo preguntas, solo necesitaba sentirlo y tener la certeza de que estaba bien. Que todo estaba bien.

El mudo llanto de William solo era evidente por la tibieza de las lágrimas que empapaban el hombro de Laura, y por ese férreo abrazo que se negaba a romper. Ella acariciaba el cabello de su esposo, era inevitable sentir el dolor de él, mas no sabía cómo mitigarlo.

Poco a poco, William encontró la tranquilidad en el cálido abrazo de Laura. Reunió el valor para erguirse y mirarla a los ojos sin avergonzarse, no por el llanto, sino por sentirse responsable de la muerte de Prescott.

Laura enmarcó el rostro de William intentando domar su ansia por respuestas. Lo besó para encontrar la calma y las palabras. Sintió un profundo alivio cuando él contestó a su llamado. Fue lento, suave, compasivo.

—¿Quieres contarme qué sucedió?

William asintió, pese a que su voz se negaba a salir de su garganta. Tomó de la mano a Laura, ella se llevó la palmatoria y se dejó conducir.

Subieron las escaleras, y luego entraron a su alcoba. En silencio, William fue al cuarto de baño, llenó la tina hasta la mitad. Agradeció tener un moderno sistema de tuberías, que proveía agua desde una cisterna. Una carga menos para su mente.

Se desnudó y se metió al agua templada. Fue inexorable pensar en las aguas frías del Thames. Laura entró al cuarto. Tomó la pastilla de jabón y limpió el cuerpo de su esposo, quien se dejó hacer como si fuera un niño.

Para William fue como quitarse el peso del día, necesitaba ser cuidado...

Cuando estuvo seco, se acostaron. Piel con piel se fundieron, enredando sus brazos y piernas.

La oscuridad de la habitación perdía fuerza, un nuevo día comenzaba. Lo primero que dijo William fue:

—Nada salió como lo planeamos...

Y las palabras salieron a borbotones, no se guardó nada, confiaba en su esposa. Laura no podía creer lo que había ocurrido. Ahora entendía el pesar de William. No fue una experiencia fácil ni grata. Tampoco lo fue el posterior viacrucis de declarar los hechos ante la policía, dar las malas noticias a los demás y guardar el secreto más grande de Prescott. No supo de dónde obtuvo

el temple para ser testigo del dolor que deformaba el rostro del nuevo marqués de Tetbury, al ver a su padre asesinado por su hermano... Culpándose por haber sido tan pasivo, tan cobarde.

En esa historia terrible, todos parecían tener la misma culpa de un modo u otro.

—Will, ¿cómo iban a imaginar lo que iba a acontecer? Nada de lo que sucedió fue por tu causa.

—Lo sé, todos me dicen lo mismo... Pero ¿por qué tengo esta sensación de que debí impedirlo de una u otra forma?... Quizás debí hablar antes con Prescott, enfrentarlo, no seguir ese juego de rivales que se detestan. Tal vez... —No pudo continuar, otra vez sentía que la voz se le apagaba.

Laura aprovechó ese breve silencio y dijo:

—Habrá miles de tal vez. Will, él tampoco lo facilitó y no es por culparlo. Fueron tantos los factores que combinaron de una manera terrible que era imposible preverlo. No eres adivino. Las personas tendemos a caer en comportamientos absurdos, haciendo todo lo contrario a la sensatez. El miedo paraliza, hasta un punto en que la realidad que ves es una versión distorsionada de lo que es en verdad...

William suspiró entrecortado. Necesitaba hacer algo para no sentirse tan miserable, pero en ese momento no sabía qué.

Quizás, con el paso de los días, encontraría la forma de lidiar con ese peso.

El cuerpo de Prescott fue encontrado cinco días después, a varios kilómetros río abajo.

La muerte del marqués de Tetbury a manos de su hijo fue el escándalo que enlutó el caluroso y solitario verano londinense. Los principales periódicos del país llenaron sus titulares y columnas, cubriendo el suceso durante una semana. Si no hubiera sido porque las disculpas públicas de lord Burton fueron a página completa, estas habrían pasado desapercibidas.

Esa venganza tuvo un sabor agri dulce.

Luego de eso, las grandes damas recibieron muchas cartas de apoyo a la Fundación Hope. La esperanza de que todo volvería a ser como antes se transformó en certeza. No sabían si iban a repetir la organización de una subasta, eso lo definirían después del merecido descanso en sus casas de campo. Pese a todo lo ocurrido, nunca habían obtenido tanto dinero para poder tener en mejores condiciones a las muchachas que recibían.

Entre agosto y septiembre, William se refugió en la pintura y en los brazos de su esposa. Las ventas de Magno poco a poco volvieron a normalizarse gracias a las disculpas públicas de lord Burton. Aquello fue una preocupación menos para William y Remington, el negocio y su reputación ya no tambaleaba sobre una cuerda floja.

No obstante, William todavía revivía en sus pesadillas la caída de Prescott en el río. Despertaba en medio de la noche sudado y agitado. No podía evitar que sus gritos siempre perturbaran el descanso de Laura, quien lo único que podía hacer era brindarle su apoyo con abrazos, caricias, escuchándolo, o solo acompañándolo en silencio, sin importar la hora. A veces, para volver a conciliar el sueño, él le pedía a su esposa que le hablara sobre el proceso de crear perfumes, de la academia, de los avances de Magnolia, de las nuevas maestras que se incorporarían en otoño. Cualquier cosa que le permitiera evadir su propio tormento.

Y así, la voz de Laura le traía paz, como si fuera una especie de canción de cuna.

A mediados de septiembre, William ya tenía sobre el lienzo el boceto de su retrato con Laura.

Utilizó un daguerrotipo como referencia, en él se immortalizaron vestidos de novios, rememorando el mismo día de su matrimonio.

Sin embargo, no se atrevía a pintarlo. A veces volvía a su mente la imagen del cuadro de Prescott de su boda. William se preguntaba cómo podía reconciliarse con aquel recuerdo manchado de sangre y muerte.

Ahí estaba sentado, mirando las líneas de carboncillo que lo desafiaban a avanzar y a no distraerse con cualquier otro trabajo.

Inspiró hondo.

Remington golpeó la puerta, y se asomó con una expresión contrariada.

—Will, tienes visitas... es lord Tetbury.

Al escuchar ese nombre, William sintió que su sangre dejaba de fluir.

Se aclaró la garganta y dio su venia.

Pocos segundos después tenía frente a él a Logan Bromwell, el nuevo marqués de Tetbury.

Se quedaron unos segundos en silencio, en los que Logan estudiaba el lugar... Esbozó una sonrisa y dijo:

—Con razón mi hermano me hablaba tanto de usted en sus cartas. Su trabajo es notable.

William no entendió las palabras de Logan, su duda fue genuina cuando preguntó:

—¿De qué cartas me habla?

—Manteníamos una nutrida correspondencia cuando Prescott estudiaba en Italia. Él me hablaba de usted porque era su némesis... No me malinterprete, mi hermano lo respetaba.

William, inexpresivo, comentó con acritud:

—No se notaba mucho en ese entonces.

Logan convino con un leve asentimiento y añadió:

—Prescott nunca pudo mostrarle su verdadera forma de ser a ninguna persona. Todos vimos una pequeña parte diferente de él... Pero nunca hubo nadie que dijera: «Yo lo conozco»... Lo cual es muy triste.

«Sí, lo es», pensó William. Una vez más, se sintió afortunado de lo que tenía. Si bien era lógico que una persona estaba compuesta de diferentes facetas, y que no era posible mostrarlas todas, él podía decir que muchos lo conocían y apreciaban su manera de ser. Tenía a Laura, la mujer a la que le había entregado su vida. Miró de soslayo el lienzo, se dio cuenta de que ya era hora de hacer su propia versión de su matrimonio.

Las dos caras de una moneda.

Dirigió su atención a Logan, y preguntó sin siquiera pensar:

—¿No odia a su hermano por lo que hizo?

Logan se quedó en silencio por unos momentos antes de responder:

—A veces, pero, aunque no lo crea, lo entiendo. Lo que me sorprende es que mi hermano no se hubiera ensañado más. No era fácil ser hijo de mi padre, para ninguno de los dos. Ambos fuimos decepciones para el gran marqués de Tetbury, pero a Prescott no le perdonaba nada, de haber podido, lo hubiera matado cuando nació.

—Entonces, usted sabía que no compartían su sangre.

—Mi padre siempre dejó en claro cuánto lo odiaba sin decirlo... Por eso accedió a que estudiara en Italia, para liberarse unos años de su presencia, y por las apariencias. Todo el mundo le decía que no debía desaprovechar el talento de mi hermano. —Suspiró—. Castigaba a mi difunta madre a través de Prescott... Ni siquiera a ella la culpo por haber buscado consuelo en otra persona. Hay matrimonios por conveniencia que no tienen nada de conveniente. Mi familia es un ejemplo de ello.

William no entendía por qué Logan le estaba contando todo eso, ni el motivo de esa inesperada visita. La respuesta llegó después de otro prolongado silencio.

—En el estudio de mi hermano había un borrador de su testamento. Lo fechó dos semanas antes de su muerte. No alcanzó a legalizarlo, por eso mismo heredé todo. En él me dejaba unas reproducciones que hizo; la que usted devolvió y otra más de Botticelli. El resto: el dinero, la tienda y todo su contenido se lo legó a usted, para que hiciera lo que estime conveniente.

El estupor se apoderó de William... Apenas pudo balbucear un...

—¿Por qué hizo eso?

—Él no tenía amigos. En su testamento decía que usted es la única persona a la que respetaba, y confiaba en que podría hacer algo decente. No señaló nada más... En todo caso, yo voy a actuar conforme a la última voluntad de mi hermano. —Logan llevaba un portafolios que dejó sobre la mesa. Sacó varios papeles y unas llaves—. Aquí están todos los documentos que acreditan que usted es el propietario del legado de mi hermano. —Esbozó una sonrisa trémula—. Es lo que él quería. Sé que hará lo correcto.

Logan dejó a William a solas en su estudio. Él miraba, conmovido, esa pila de papeles que eran el resumen de la vida de una persona que fue condenada desde el día que nació.

William sabía que Prescott no había planificado la serie de sucesos que lo llevaron al suicidio, pero lo que sí presagió fue que, si a alguien le podía confiar su trabajo, era a él.

Sin querer él le dio una misión, una que le permitiría estar en paz con su recuerdo.

Capítulo 25

El verano se fue desvaneciendo y llegó el otoño. Esa mañana de octubre, Laura inspiró y se solazó con el aroma a flores que se esparcía en el ambiente, y combinaba a la perfección con la luminosidad del lugar, proveniente de los amplios ventanales y puertas francesas. Ya quería apreciar todo en primavera y verano, iba a ser maravilloso.

Sonrió. Tenía la completa certeza de que esa fragancia sería parte de la identidad de la galería Sparrow Fine Art, lugar en el que se impartirían clases de pintura a principiantes, y exhibiría las obras de artistas emergentes para venderlas, sin cobrar comisiones exorbitantes.

Cuando William le contó acerca del legado de Prescott con la genuina esperanza de poder hacer «algo», ella se entusiasmó, y tomó como suya la misión de ver materializada la idea de su esposo a la brevedad.

En primer lugar, se dirigieron a Antiques Emporium y separaron las piezas auténticas de las reproducciones e imitaciones. Las primeras fueron vendidas a través de Magno, y el resto fue empeñado. Con el dinero obtenido, más el que formaba parte del patrimonio de Prescott, compraron la propiedad adyacente a la tienda de William y la transformaron en una galería de arte.

William la bautizó como Sparrow Fine Art, en honor a su gorrioncito incondicional.

Debido al escándalo, no usaron la propiedad de Prescott para ese fin. El recuerdo del crimen de su propietario era algo que la gente no olvidaba tan fácilmente. Decidieron esperar un tiempo antes de alquilarla o venderla.

William entró a la gran estancia con un cuadro. Sería el primero en ser colgado en las paredes de la galería. Olfateó el aire.

—Qué bien huele... ¿Estás usando un perfume nuevo?

La sonrisa de Laura se asomó con emoción y picardía. No aguantó más y reveló:

—En realidad es un aromatizante de ambiente. —Le mostró a William unas botellas llenas de un líquido ambarino—. Estuve pensando en crear un aroma único y especial para la sala de exhibición. Así, cada vez que alguien sienta un olor parecido a este en otra parte, lo asociará con la galería. Que sea una experiencia sensorial.

A William le encantaba esa visión de Laura. Parecía que ni ella misma se daba cuenta de que era innata esa capacidad de mejorar todo con sus ideas.

—Eres extraordinaria. —Inspiró la fragancia—. ¿Qué es?

—Tuberosa, geranio, acacia, azahar de naranjo y civeta.

William asintió, aprobando el resultado. Le fascinaba escuchar las combinaciones que Laura usaba. Era impresionante que esas mezclas logaran un toque único.

—Me encanta. Tendrás que abastecerme de una buena cantidad de... ¿Qué nombre tiene esa mezcla?

—El perfume de Alhambra.

—Me gusta, *cara*... Voy a colgar este cuadro, tú dime si está derecho.

Laura asintió y se alejó para tener mejor perspectiva. William colgó el cuadro de sesenta por sesenta centímetros.

—Un poco a la derecha... Ahí... No, te pasaste... Ahí. Ahí...

—¿Listo?

—Perfecto.

William se alejó del cuadro, retrocediendo hasta llegar al lado de su esposa y observaron la obra por largos minutos.

La primera vez que Laura la contempló, sintió algo muy diferente a su esposo. Él vio una perturbadora belleza, y ella, violencia, tristeza y desesperanza. En cierto modo, entendía a Prescott. Básicamente, vivieron la misma experiencia, amar sin ser correspondido. Para Laura ese sentimiento era ir más allá del anhelo; no era solo el deseo de ser amada por esa persona especial, también era la vehemencia del corazón que se negaba a dejar de amar, pese a saber que era imposible. El límite de la razón se tornaba borroso y nunca se tenía la certeza de cuándo se convertiría en obsesión o locura.

Ella tuvo el privilegio de decir lo que sentía y dar un paso al costado. Así conservó su cordura y parte de su corazón. Después de todo, William siempre iba a tener un trozo de él.

—¿Crees que alguien la va a comprar? —preguntó William con cierta incertidumbre—. Me parece que muchos ni siquiera la van a catalogar como una buena pintura.

—Bueno, en cosa de gustos no hay nada escrito. Quizás, ahí afuera, hay una persona que aprecie más lo que le hace sentir, en vez de qué tan hermoso pueda ser. Es como sucede con las fragancias, para algunos puede oler como un ramo de flores, y para otros, como orina de gato.

William rio. De corazón esperaba que la última obra de Prescott fuera famosa, o al menos, apreciada.

Al observar a la luz del día las obras de él, se dio cuenta de que no firmaba sus trabajos de la forma tradicional, sino como Magnus, escondiendo sus iniciales en la pintura. En esa obra ocultó las letras «P» y «B» en el velo de la novia. También las titulaba en el reverso, incluso antes de hacer el boceto en el lienzo.

Esa obra en particular no llevaba título. Así rezaba el texto informativo al costado del cuadro:

Sin título
Autor: Anónimo
Óleo sobre tela

William decidió no dar a conocer el nombre de Prescott en su exhibición póstuma. Debido a los últimos sucesos, redactó su testamento, en él especificó que se revelara la identidad del artista de esas obras, solo cien años después de su muerte.

Cuando eso sucediera, a nadie le importaría lo que hizo Prescott.

Dio un suspiro.

—Iré a buscar el resto. —Se dirigió al almacén trasero.

—Espera, te ayudaré... —Ni bien dio dos pasos, y se detuvo—. ¡Ay, no!

William dio media vuelta.

—¿Pasa algo malo? ¿Estás bien?

Laura hizo una mueca de incomodidad y respondió, lacónica:

—El sangrado.

—Oh... eeeeh. Nos pilló desprevenidos.

—Ay, lo detesto, nunca sé cuándo llegará. Ve al estudio, en la mesita de noche hay una bolsa roja. Ahí tengo todo lo necesario... No me atrevo ni a moverme.

—Voy, voy, voy. —Y la dejó a solas.

Laura resopló. Sus periodos eran muy irregulares, no como las demás. Se preguntó si le costaría tener hijos. Su madre le decía que de momento no se preocupara, que mientras tanto se dedicara a realizar todas esas cosas que no podría hacer con hijos pequeños.

Pero la pregunta rondaba siempre en su cabeza.

William llegó de inmediato con lo que ella necesitaba y se lo entregó. Laura caminó lento hasta el almacén para tener un poco más de privacidad, e hizo lo suyo.

A los pocos minutos, ella salió y William le propuso:

—Te llevaré a casa para que estés más cómoda.

—Gracias... —Miró a su esposo. Con todo lo sucedido no había podido hablar con él, siempre retrasó esa inquietud y admitió—: Estoy preocupada...

—¿Por qué? —Le dio una breve mirada de reojo al vientre de Laura—. ¿Te duele mucho?

—No, es que... ¿Y si nos cuesta tener hijos? Es que esto no es normal, y nunca le tomé la debida importancia hasta ahora... Tampoco es que lo estemos evitando... y...

—Y será lo que tenga que ser... A mí me encantaría ser padre, no lo niego. Pero también tenemos planes por realizar. Por ejemplo, nuestra luna de miel que ya retrasamos por este proyecto.

—¿Y si no llegan nunca?

—Pues nos tendremos que conformar con ser solo dos, y nuestros sobrinos... ¿Qué tantas ganas tienes de ser madre?

—La verdad... muchas. —La tensión en su rostro se difuminó un poco—. Pero no ahora. Tengo tantas cosas que hacer, si tengo un bebé, quizás no podré dedicarle el tiempo debido a todo y termine fracasando.

William esbozó una sonrisa, los temores de Laura no eran banales. Tomó su cara y le acarició los pómulos. Le besó la frente.

—Recuerda que siempre estaré contigo. Tus pasiones son tan importantes como las mías y, si concebimos un bebé ahora, veremos el modo de arreglárnoslas... Quiero confesarte algo. Nunca imaginé casarme o ser padre, pero aquí estamos. Ahora estoy contigo y me hará feliz tener hijos... Sin embargo, si no podemos engendrarlos, y si tú deseas ser madre, no me cierro a la idea de criar a un bebé que nadie quiso y, aunque no sea nuestro hijo de sangre o por la ley, le daremos amor y haremos lo que mi padre hizo por mí.

»De lo que sí estoy seguro es que no importa lo que nos depare el futuro, me he casado contigo porque te amo, no por los hijos que me puedas dar o no.

Laura sonrió... Era lo que necesitaba en ese momento. Reafirmación. Seguridad.

La esperanza de que, de una forma u otra, todos sus sueños se realizarían.

Que fuera lo que tenía que ser.

Laura miró con orgullo al plantel de maestras, conformado por extraordinarias mujeres; parientes, amigas y exalumnas. Reunidas en la biblioteca de la Academia Hope, almorzaban y conversaban.

Las nuevas maestras ya llevaban un mes impartiendo clases, las cuales se iniciaron en el mes de septiembre. Laura determinó que era el momento ideal para hacer las preguntas de rigor.

Aprovechó un breve silencio en la conversación y dijo:

—Quiero preguntarles a nuestras nuevas maestras, ¿les ha gustado formar parte de la academia? Necesito que sean sinceras. Si no se cumplen sus expectativas o preferencias, no es necesario que se fuercen, lo ideal es que lo disfruten, porque eso se traduce en su trabajo y el trato con las alumnas.

Betty, una exalumna que ya tenía cuarenta años, sentenció:

—A mí me ha encantado volver a este lugar y retribuir todo lo que me dieron. La mayoría de las alumnas saben que esta oportunidad no se dará otra vez en la vida.

—Concuerdo —dijo Marjorie, otra exalumna de treinta y cinco años—. Pero tengo inquietud con un par de jóvenes que parecen no adaptarse, sugiero que busquemos alternativas para ver qué sucede con ellas.

—Por supuesto. Gracias a que ustedes tienen más experiencia, nos podrán ayudar a ver cómo solucionamos eso. Podríamos empezar por conversar con ellas, propongo que lo hagan ustedes pues, pese a que a mí y a las demás nos respetan, piensan que, por nuestro origen, no podemos entenderlas.

Betty asintió:

—Sí, al principio cuesta creer que ustedes no son unas simples ricachonas estiradas.

Laura y las demás rieron. Rachel, la hija mayor del conde de Corby, fingió enfado y la amonestó:

—Betty, le aguanto lo de ricachona, no lo de estirada. Insolente.

Volvieron a reír.

Laura se valió de la intervención de la joven dama y le preguntó:

—Rachel, ¿cómo te has sentido? ¿Te gusta trabajar en la academia o quisieras dedicarte a otra cosa?

—Oh, lo paso muy bien aquí. Mi última temporada en los grandes salones me confirmó que dan lo mismo los pretendientes. Si no ofrecen nada más que lo que ya tengo, ¿para qué arriesgarse? Aquí puedo hacer algo de provecho sin tener que soportar el mercado matrimonial.

Laura asintió y agregó:

—Bueno, tal parece que los salones no son lo nuestro. Ya habrá otras formas, si es que desean casarse algún día.

Eleonor, la hermana de Emily y Sophie, agregó:

—Empecé esta temporada con esperanza, pero después del escándalo de la subasta, se me abrieron los ojos respecto a cierto caballero que se alejó de mí como si tuviera gonorrea. —Todas las damas arquearon sus cejas ante lo explícito del comentario, había mucho enfado en él. Emily y Sophie se miraron, ellas sabían quién era ese «caballero»—. Con razón Charity no quería otra temporada más. En fin, este lugar ha sido un soplo de aire fresco sin tantas normas ridículas, es mucho mejor ser una Dama del Diablo que una damita indefensa.

Laura asintió, tomando su respuesta como positiva en el sentido de la comodidad de Eleanor. Su prima tenía la misma edad de Charity, mas se notaba que se había ilusionado con casarse en alguna de sus temporadas.

A decir verdad, todas se ilusionaron al principio, unas perdieron esa ingenua esperanza más temprano que tarde.

Eran las Damas del Diablo.

La conveniencia, el dinero o la posición no eran suficientes.

Querían más, mucho más. No solo amor, ese era el primer requisito.

Porque ellas eran capaces de dar la vida entera.

El imponente Palazzo Vecchio se alzaba como un guardián silencioso, que vigilaba la plaza y sus alrededores. Las estatuas de mármol blanco y otras de bronce, con sus formas perfectas y expresiones congeladas en el tiempo, les daban la bienvenida con soberbia grandeza. Parecía que en cualquier momento podrían cobrar vida.

William le señaló a Laura la fuente de Neptuno, una obra maestra de Bartolomeo Ammannati. Ella, fascinada, se acercó para admirar los detalles de la figura central y las ninfas

danzantes que rodeaban al dios del mar.

La Piazza della Signora era un lugar sin parangón. Siglos de arte e historia en un solo espacio los colmaba de una sensación abrumadora de lo efímeras que eran sus vidas, en comparación a todas esas obras que permanecían incólumes ante el paso del tiempo y los elementos.

Florencia era una ciudad que parecía hacerle honor a su nombre en primavera. La luz, el tibio calor, los jardines en flor que contrastaban con las antiquísimas calles empedradas, el mercado y el arte.

Majestuosa era una palabra que podía describir bien a esa ciudad.

—Cuando leía tus cartas siempre me preguntaba si algún día podría verlo. —Laura apoyó su cabeza en el hombro de William—. Me encantaban tus dibujos y cómo describías todo. Ahora que lo veo, siento como si ya lo hubiera visto... como un *déjà vu*.

—Volveremos cada vez que podamos... —Besó la cabeza de su esposa—. Mañana estarás más maravillada aún, conseguí que nos permitieran entrar a la galería Uffizi.

—A veces me da la impresión de que nos faltará vida para ver todo.

—Te acostumbrarás. —Le besó la coronilla—. Al cabo de tres meses extrañarás a la familia, y ni todas estas maravillas impedirán tu retorno... Aunque debo admitir que, teniéndote a mi lado, las ganas de volver pierden fuerza.

Laura suspiró, su imaginación voló.

—Tal vez podríamos usar mi dote, y comprar una pequeña propiedad aquí... Pasar una parte del año en Inglaterra y otra en Italia.

—¿Y la academia? ¿Y tu laboratorio?

—Podría dejar de ser directora y limitarme a ser maestra de alguna asignatura que no necesite que le dedique tantas horas. No me afectaría tanto el cambio ni a las demás... Excepto a la que sea la nueva directora. Y, respecto al laboratorio, puedo trabajar en cualquier parte.

—Ya veremos cómo resulta. —La miró de arriba abajo—. Aunque, si este país logra que vistas con más ligereza, lo consideraré seriamente. —La atrajo hacia él y pudo constatar que no había tantas barreras, la delgada tela de sus atuendos les permitía sentirlo todo. El calor se dispersó entre ellos—. Es una maravilla que el hotel esté cerca... ¿Te parece si vamos y te quito la ropa en menos de treinta segundos?

—Con esa ansiedad dudo que me la quites. —Alzó su barbilla, como la dama que era.

—También tiene su encanto hacer el amor con ropa. —Y arqueó sus cejas, pícaro.

—*Sei un demone malvagio*.

—*Sempre, cara mia*.

Epílogo

Londres, marzo de 1858.

La luz entraba a raudales a la sala de exhibición de Sparrow Fine Art. Laura inspiró el aroma del lugar y era como estar en casa. Siempre le comentaban a William que la fragancia de un ramo de flores frescas les evocaba la galería.

En las paredes se apreciaban siete obras de arte que formaban parte de la exhibición *El origen del mundo*.

Artistas, familiares y clientes observaban con sumo interés cada uno de los cuadros. En ellos se representaba un mito sobre la creación según las culturas grecorromana, hindú, sioux, azteca, guaraní y mapuche. Era una muestra de sus diversos rasgos étnicos, tratados con realismo y respeto, utilizando los elementos propios de cada uno de ellos.

Algunos decían que sentían la omnipresencia de Dios visto por cada cultura, a otros les impresionaba ver a personas tan distintas a ellos. También hubo detractores que comentaban que, estéticamente, eran horribles.

A William no le importaba, y así lo hizo saber en su discurso inaugural de la muestra.

—Han transcurrido casi catorce años desde la primera exhibición del artista anónimo que hizo posible que esta galería cobrara vida. Espero que, en el lugar donde esté, se sienta orgulloso de lo que hecho con su legado. Su última obra se vendió hace cinco años, esa persona supo ver lo que ocultaba el pintor en su corazón. —Hizo una pausa para no permitir que el nudo en su garganta ahogara su voz. Respiró profundo y continuó—: En todo este tiempo hemos visto cientos de artistas pasar por esta sala. Hoy es un día especial porque presentaré mi proyecto más ambicioso... En mis años de juventud... —Rio—. Aún soy joven, pero no como en ese entonces... Una singular dama de origen mapuche me contó cómo era su mito de la creación del mundo, y fue la chispa que inició un viaje de cuatro años por cuatro continentes, y que hoy culmina. Lo que ven aquí es el reflejo de lo diverso que es nuestro mundo, y que lo diferente no es menos hermoso.

»En primer lugar, debo darles las gracias a mis padres, por animarme a perseguir mis sueños y ambiciones. —Los miró. Se sentía feliz de que aún vivieran para ver hasta dónde había llegado—. Padre, madre, siempre diré que fui afortunado de tenerlos y por darme la mejor familia.

»También agradezco a mis parientes y amigos, que me han apoyado en las buenas y en las malas, sin condiciones. La vida que me tocó junto a ellos no la cambiaría por nada del mundo.

»Y, por último, y no menos importante, mi gratitud, mi vida y mi amor es para mi esposa, Laura. Sin ella, esto no habría sido posible. Me ayudó a planificar, a organizar y llevar a cabo este viaje, que no fue nada fácil y por eso duró tantos años. Intenten viajar con dos niños en barco por semanas, detenerse tres meses para trabajar, y volver a embarcarse. Ella se preocupó del clima, de las condiciones del viaje, de mantener la comunicación con la familia y con quienes nos recibieron en cada país... Y, como si no fuera suficiente, volvió con un tercer hijo gestándose en su vientre. Sin Laura me habría vuelto loco.

Un sujeto no se abstuvo de comentar, sarcástico:

—Soltero se habría tardado un año.

William lo miró, severo, y amonestó:

—Su comentario ha sido muy desagradable, señor. —No dijo nada más, esperó a que le replicara. Todos miraron al sujeto, cuyo rostro explotó en un color rojo intenso. William negó

con su cabeza y añadió—: La soltería está muy sobrevalorada, eso lo pueden corroborar todos los miembros de mi familia y amigos. —Miró a los Herederos y Damas del Diablo con orgullo—. Como iba diciendo, sin ella quizás habría muerto en alguno de los países que visitamos. Laura se preparó para que pudiéramos volver de este viaje sanos y salvos, y con muchas historias para contar... En fin, no soy muy bueno dando discursos, me expreso mejor con la pintura. No me queda más que dar las gracias por asistir y esperar que disfruten de esta inauguración.

Una ovación se elevó hasta el cielo. William, colmado de orgullo, fue hacia Laura quien tenía unos... No sabían si eran siete, ocho o nueve meses de embarazo. Nunca podían calcular bien hasta que el bebé nacía. Abrazó a su esposa y la besó con la misma pasión que la primera vez.

—Estoy muy orgullosa de ti, *caro mío*.

—Esto es tan tuyo como mío, lo sabes.

Iban a cumplir catorce años de matrimonio, en los que cada cierto tiempo se enfadaban por alguna nimiedad, se reconciliaban y procuraban amarse un poco más. No había que hacer grandes demostraciones de amor. Bastaba con decir la palabra adecuada o dar una caricia furtiva y provocativa. A veces solo era suficiente el silencio y darle espacio al otro para trabajar. En otras ocasiones necesitaban un día o dos a solas —momento ideal para pedirle ayuda a alguien de la familia—. Siempre buscaron una manera para que las rutinas de sus vidas no se comieran su relación.

Cada pequeño gesto, cada detalle, alimentó ese amor y lo hizo crecer, madurar y sumergirlo en la calidez de ser el lugar seguro del otro.

William sintió que unas personitas se le unían a ese abrazo. Era su primogénito, Massimo, de once años, y la pequeña Alessia, de ocho. Sus hijos eran la perfecta combinación de ellos dos. Él no se cansaba de acariciar sus tersos rostros y mirarlos a los ojos.

El primogénito llegó cuando ya estaban resignados a no concebir, y barajaban la idea de visitar un orfanato. Laura se dio cuenta solo porque estaba engordando de un modo extraño. En ese entonces, Matt, el médico de la familia, determinó que ya tenía unos ocho meses de embarazo. Ella no había asimilado la idea de estar esperando un hijo, cuando ya lo tenía entre sus brazos.

Tres años después llegó Alessia, y la experiencia fue similar, salvo que tuvieron tres meses para prepararse.

Laura tenía sus opciones para nombrar al bebé que estaban esperando. Se inspiró en las historias que escuchó en Chile sobre la resistencia mapuche, un pueblo guerrero e indomable que jamás se rindió. Quería que su futuro hijo poseyera esas nobles características.

Como William fue el que nombró a los dos primeros, ella decidió que era su oportunidad con el tercero. Si era varón se llamaría Lautaro y si era niña, Guacolda... Nombres extraños, sin duda, pero inolvidables.

William prefería, por lejos, Lautaro. Incluso ya tenía un diminutivo, Taro.

—Felicitaciones, papá —dijo Massimo con juvenil e incómoda solemnidad—. Se ve muy linda la exhibición.

William entrecerró sus ojos con sospecha. Ese tipo de discurso no era propio de su hijo y preguntó:

—¿Tu abuela Olivia te dijo que me lo dijeras?

Massimo no fue capaz de mentirle.

—Es que no sé qué se tiene que decir en este lugar. Además, ya he visto cómo los pintabas.

—Entonces, esto no es novedad para ti.

Massimo se encogió de hombros.

—Te ves guapo, papá —halagó Alessia dando saltitos, pidiendo ser tomada en brazos. William no tardó en tenerla a su altura—. ¿Te vas a vestir así siempre?

William frunció el ceño.

—Pero así me visto.

La niña negó.

—En el barco y en los otros países no te vestías así. —Alessia hacía referencia a que no usaban ropas que evidenciaran su origen aristocrático. Durante su viaje aparentaban que eran una familia de artistas excéntricos.

—Oh, es que aquí hace más frío, ¿no crees?

—Sí... —Miró a Laura—. ¿Cuándo nos vamos, mamá?

—En un rato más. El abuelo Michael los llevará a Rock Hall... La última vez fueron a Peony House.

Massimo negó con la cabeza e intervino:

—No, es que Alessia ya está aburrida de Londres, quiere irse del país. Me ha estado fastidiando con esa pregunta toda la semana.

Laura y William se miraron de soslayo. Sus hijos se habían acostumbrado a ser nómadas. Una consecuencia que no previeron.

—Aún no nos vamos, pero lo pensaremos. Mientras tanto van a ir con sus abuelos. Estuvieron muchos años sin ustedes y quieren recuperar el tiempo perdido.

A ambos niños se les iluminó la mirada. Pese a sus ansias por viajar, adoraban pasar una noche o dos en casa de sus abuelos. No importaba si eran los padres de su papá o los de su mamá, siempre los mimaban y, a veces, había más primos para jugar. Esos eran los mejores momentos.

Alessia se removió, William supo que ya era suficiente de estar en brazos, y la dejó ir. Ambos niños fueron hacia donde estaban Michael y Margaret, para confirmar si era verdad que irían a Rock Hall.

William y Laura sonrieron. Sus hijos eran niños muy especiales, y no era porque fueran de ellos. Que vieran el mundo a edades tan tempranas, había transformado sus vidas de una forma en que pocos podían decir lo mismo.

En ese momento, una voz conocida llamó a Laura a sus espaldas. Ella dio media vuelta. Era el señor Floris.

Los años no pasaban en vano.

—Señora Witney, señor Witney, felicidades por la exhibición. Sin duda es notable.

—Gracias, señor Floris —respondieron al unísono.

—Señora Witney, ¿puedo hablar con usted en privado? —preguntó dando una breve mirada subrepticia a William. Ellos eran un matrimonio muy unido, pero cuando se trataba de ciertos negocios, los mantenían por separado. Al ver que el señor Witney esbozaba una ligera sonrisa de orgullo, confirmó que seguía siendo así.

—Los dejo un momento. —William le guiñó a Laura y fue hacia sus padres que querían felicitarlo.

El señor Floris sacó un sobre grueso de su bolsillo y se lo entregó a Laura.

—Sus regalías por «Mystic Flower». En el sobre está el detalle. Tal como le dije por cartas, su propuesta era en extremo atrevida, y no me convencía para nada. Tiene que agradecerle a mi hijo que siguió al pie de la letra su receta, e hizo unas muestras a mis espaldas. Contra todo pronóstico, cautivó a las damas.

—Eso demuestra que puede confiar en el criterio y visión de su hijo.

—Va a estar en buenas manos la siguiente generación de perfumistas... ¿Ha leído el libro de G. W. Septimus Piesse?

Laura sonrió con amplitud.

—Es una muy buena guía para principiantes. Me habría encantado tenerlo cuando empecé. Sus conocimientos de química fueron los que me faltaron a mí para poder llevar a otro nivel este arte. —Tomó aire y añadió, entusiasmada—: Me gustó mucho el concepto de «notas» en la perfumería, era la palabra que faltaba para describir tantos aromas.

—Sí, el hombre se está luciendo, y es ahora la competencia.

—Señor Floris, hay espacio para todos, no se preocupe.

—Usted debería preocuparse y empezar a crear otra fragancia controversial que nos haga ganar dinero, señora Witney. —sentenció con un tono que parecía de broma, pero que iba muy en serio—. Y cuando la presentemos al público, daré a conocer su nombre.

Laura arqueó una ceja, ¿por qué no?

—Lo consideraré... En la semana iré a su tienda para ver qué tiene en mente.

El señor Floris asintió y enfiló sus pasos a la salida... De pronto, miró por sobre su hombro y dijo:

—Incluso aquí tiene su impronta, sin duda huele a talento.

Laura rio e hizo un gesto de despedida.

Suspiró. En ese breve momento de soledad, recordó ese lejano día de febrero en que se escondió detrás de su hermano. A toda costa quería evitar que cayera un ramo de novia en sus manos. La lección que aprendió fue la más importante de su vida; el amor que sentía por un hombre no debía superar al que sentía por sí misma. A veces era más sano alejarse de lo que ya no le hacía bien.

Eso mismo le hizo cambiar y a William también.

Miró a su esposo. Era extraño, no parecía que hubieran transcurrido tantos años, pero sus hijos y progresos confirmaban su inexorable paso.

Se preguntó cuál sería el próximo objetivo. Quizás comprar al fin la casa en Florencia y vivir algunos meses allá...

¿Por qué no?

Ya se lo propondría a su esposo. Pero primero...

Enfiló sus pasos hacia él, mas una ominosa sensación la detuvo...

—Ay no... —Sintió que un líquido se escurría entre sus piernas—. ¡Will!

Él dio media vuelta. Lo supo todo al ver el charco bajo Laura. Pensó que con el tercero no le temblarían las piernas, pero se equivocó. Con una pizca de desesperación llamó al médico de la familia:

—¡Maaaathew! ¡Laura va a tener al tercero!

Eso era lo maravilloso de las reuniones especiales. Siempre había una sorpresa.

Para su alivio, la sorpresa nació fuerte, sana y con todos sus deditos.

Para buena suerte de William, fue varón.

Y se llamó Lautaro Witney, Taro para sus amigos.

Agradecimientos

Otra vez estamos aquí, al final de mi vigesimoquinta obra.

Si estás leyendo esta parte, puedo asumir que esta novela fue medianamente buena como para mantenerte interesada hasta el final.

Solo por eso, gracias.

Ahora, si comentas, pones tus estrellitas, recomiendas mi trabajo y lo difundes, gracias x 43546413486416577965498.

Cuando empecé hace más de diez años, no imaginé que estaría en estas circunstancias. Puedo decir que me siento orgullosa de tener una larga y sana relación con este oficio, que se transformó en una parte de mí.

Faltan dos minutos para la medianoche, tengo sueño y esta vez no me extenderé demasiado.

Mi gratitud siempre será para quienes me leen. Si fuiste mi lectora beta, la de Wattpad, la que me revisa la corrección, o la de Amazon... Son las mejores —si hay algún varón entre ustedes, siéntase aludido—, sin ustedes, su servidora no existiría.

Tampoco existiría si, hace cuarenta y cuatro años, mis padres no hubieran hecho el frutifantástico, así que gracias también por eso.

Y, si yo no hubiera hecho el frutifantástico, mis hijos no existirían y yo no sería madre... Gracias, hijos míos (ya quiero ver sus caras de «Eeeeew» cuando, algún día, lean estos agradecimientos).

Y bueno, también hay que agradecer a la persona que hace el frutifantástico conmigo, el señor «eres mi final feliz». Alfred, querido, te amaré hasta que seas un viejo gruñón de ochenta años.

Y este es el fin. Os amo, os quiero y os adoro. Nos leeremos en unos meses más.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos... nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, sígueme en mis distintas plataformas de compra y redes sociales, y regálame un comentario.

